

PREMIO REVISTA DE LIBROS 2014

Jinete en la niebla



CRISTIÁN BARROS

Lectulandia

Jinete en la niebla relata la travesía desde Irlanda a Buenos Aires, a mediados del siglo XIX, de Jonas Wilde, un médico que se pone a las órdenes del dictador Juan Manuel de Rosas y es enviado en una misión a los territorios que domina Calfucura, leal al régimen por conveniencia. Obsesionado con adueñarse de la última manada de caballos salvajes, el cacique mapuche arrastra al recién llegado en una penosa marcha hacia la Patagonia.

«Un texto que va hipnotizando y cautivando al lector con una descripción elegante, delicada y armoniosa de paisajes y atmósferas, donde uno respira tanto la Irlanda del siglo XIX como el extremo sur de nuestro continente. Es además un intento por proponer una visión diferente de la historia mapuche».

Roberto Ampuero.

«La obra de Barros es una memoria de la amistad y una exploración de la violencia. En sus personajes están los instintos que mantienen unidos a los hombres y los accidentes que los separan para siempre. Es una novela bella si a ese adjetivo le atribuimos una cualidad puramente humana basada en el dolor y la esperanza».

Alonso Cueto.

«*Jinete en la niebla* reinventa ambientes antiguos volviéndolos atemporales con un estilo moderno, de gran riqueza léxica. Su autor tiene un excepcional oído para la música del idioma. Es una obra singular, anómala en el panorama literario actual, (...) con una capacidad asombrosa de construir mundos distantes espacial y temporalmente».

Carlos Franz.

Lectulandia

Cristián Barros

Jinete en la niebla

ePub r1.0

Bookanero 12.10.15

Título original: *Jinete en la niebla*

Cristián Barros, 2015

Diseño: Paula Montero Ward

Editor digital: Bookanero

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Para Almudena y Guillermo

Prefacio

La manada entra en el viento, es el viento, ataca con un galope cerrado, las crines azotadas, los ollares acezando y despidiendo un vaho azul, denso, alucinado. La estampida invade la pradera, es ya la pradera entera, evoluciona bajo el sol ciego, se abre y disgrega y vuelve a reunirse, deviene una constelación pesada, una fuerza que lo arrolla todo, que es todo.

Los caballos corren desbocados, horadan la tierra con cascos que caen como martillos. En torno prospera un vasto anillo de fuego, una trampa corrediza que los va acorralando, que los condena a una fuga errática y aniquiladora. La pradera arde. Briznas incandescentes se pegan a los ojos, ascienden por la resaca de aliento y queman las visceras antes de quemar el exterior.

Los potrillos son los primeros en rendirse, rodando en plena carrera, para después levantarse y vagar rezagados en la envolvente cortina de ceniza. Separados del resto del grupo, su propia deriva los conduce a uno de los flancos en llamas. Viran en redondo, corvetean, resoplan, piafan, escarban con el filo del casco, galopan sin rumbo, y luego se botan presa de la bruma asfixiante.

Cruces, espinazos, ancas, una arquitectura brillante y extenuada se alarga y saca una cabeza de ventaja al cerco de fuego, pero aun así los más fuertes de la manada se desorientan y retuercen en un coceo estéril, volviendo grupas hacia ninguna parte. Las yeguas ocupan el centro de la estampida, chocan y ruedan, y las otras sortean atropelladamente los cuerpos tirados, a veces reventando cabezas, costillas ajenas.

El aire recalentado refracta las imágenes, las hace temblar y pone sobre ellas un velo ilusorio. Los arbustos de coirón revientan con la savia convertida en un alcánfor volátil, y chisporrotean y estallan y dispersan alrededor una nube azufrosa. El horizonte, una línea recta tendida sobre la nada, posee una dimensión tan vasta que incluso parece curvarse.

Y en la curva se esbozan algunos puntos móviles, negros, erizados de armas, jinetes sin duda, cazadores de caballos, cuatreros, indígenas de maloca, algunos de ellos andando a pie. Los últimos se despliegan ominosamente. Hacen flamear antorchas de brea, azuzando el pastizal que todavía queda por quemar. La pantalla de calor hiere las retinas, conque avanzan cubriéndose con ponchos mojados de agua, dejando solo una rendija para los ojos.

El incendio reclama poco a poco toda la tierra. Bastaría así un leve trastorno en el curso del viento para ver las llamas retroceder y asediar ahora a los hombres. El fuego es entonces otro viento. Un medio que acoge en su seno cosas que detonan como granadas de luz, que flotan, que se consumen y subliman.

Un jinete termina siendo descabalgado por el fuego. Todo él se vuelve una crisálida negra, una costra que destila chorros de serosidades que se evaporan al instante. Prende como un tronco verde. El humo blanco y acuoso sube y gravita sobre el estrato de humo gris. Relinchos mezclándose a un gemido humano. Luego sigue el

animal. El infierno inicia una digestión minuciosa, breve, deletérea. Horas después reina el vacío.

El viento acariciando la escoria.

Primera parte

«Pero del otro lado del océano, en la tierra de los Houyhnhnms, hay seres mucho más racionales de lo que vos
sois...».

Los viajes de Gulliver

I

La lluvia arrecia, embiste contra los tejados de bálago, barre y horada los caminos. Una ola intermitente entra en las casas, en las tabernas, en las sórdidas capillas que huelen a incienso y cera y a heces de rata. Se infiltra a través de los techos, y forma musicales goteras que repican sobre cacharros de hojalata. Los abrigos se pudren y enmohecen saturados de una humedad brillante y celosa.

Ha llovido desde hace meses.

Jonas Wilde pisa por fin el umbral de la taberna de Feargus Lynch, un cobertizo con aspecto de corral de gallos, y cuyo dueño realmente se parece a uno, las sienes rasuradas y un tupé pelirrojo erizado sobre el cráneo abollado y cónico, cubierto por una membrana biliosa, una piel de bebedor. El salitre ha comido los tallos de bronce del par de lámparas que alumbran el ambiente. Jonas Wilde se descubre, se quita los guantes.

Feargus, el patrono, arquea una ceja con tácita familiaridad.

Wilde avanza un poco a los tumbos. Sus pies chapotean dentro de sus zapatos. Saluda al viejo Feargus, quien languidece acodado sobre la barra, la misma donde hace un año velaran al muerto, el difunto padre Carrigan.

Escoge una mesa, se sienta y coloca su sombrero sobre la cubierta de pino cepillado, patinada de grasa. Juguetea con el ala del sombrero hongo tipo *bowler*. Sus dedos tamborilean sobre el casquete de fieltro. Se finge impaciente. Ordena una pinta de cerveza. Un caldo aguado y con gusto a ciruela verde. A ceniza.

El patrono sacude un paño sucio. Se vuelve hacia el pitorro de un barril y llena una jarra. El líquido gorgotea, bulle, remansa. La jarra levita en dirección de la mesa de Wilde. La espuma chorrea por el dorso de vidrio y plasma una auréola en torno de la base del recipiente. Wilde toma la jarra, despegándola con un chasquido ahuecado.

Sorbe silencioso.

—¿Qué hay de nuevo, Feargus? —pregunta echándose atrás en la silla.

—¿Qué hay de nuevo? —el patrono remeda, enrollando y desenrollando el paño para secar vajilla—. Pues nada, eso hay, la mierda de siempre —responde y después gira la cabeza de gallo de corral, escudriñando el fondo de la taberna. Entonces titubea—. Hay alguien aquí que quiere verte —añade con aire sobreactuado, levemente cómico.

Feargus se despide con una sonrisa torcida, un palito de regaliz colgando en el intersticio de la dentadura, bajo el colmillo derecho. Un tercero se remueve en lo que debe ser el cuartito del baño. Sin duda es el parroquiano al que aludía Feargus, piensa Wilde, observando el acuario de ámbar en que se ha convertido ahora su cerveza, un mosquito muerto flotando en su interior.

Una figura se recorta sobre el telón de oscuridad, y evoluciona con zancadas regulares y seguras. Un haz de luz cruza el ambiente y se abre en un cono dorado, untuoso. El desconocido atraviesa la luz y se deja ver con la majestad de un antiguo

actor.

—¿Tú aquí?

Una aleta de pelo negro cae sobre la oreja puntiaguda y vibrátil. El cuello de celuloide aprieta la papada de un burgués de Dublín, vestido en impecable casimir negro. El hombre se ha plantado en medio de la sala, los bolsillos cargados de dedos y monedas. Da un taconazo contra el piso de madera. Carraspea. Wilde hubiera tomado al sujeto por un próspero dueño de pompas fúnebres si no hubiera sido por el estallido de risa que embargó a Lucas Keating, algo más que un colega de profesión.

—¡Tú aquí! —Wilde reitera.

Keating se abalanza hacia Wilde y no espera a que este se levante para abrazarlo. El forastero huele a tabaquería francesa, a sábanas de hotel. Trae el bigote engomado, curvado en las puntas como dos signos de interrogación.

—Maldito Jonas Wilde, me lleve el diablo —dice Keating—. ¡Conque has sobrevivido a las mil hambrunas y pestes de la Isla! Algún día te canonizarán, San Jonas Wilde, hijo del Condado de Galway, medicastro de pacotilla y aficionado al retrato por baño de colodión.

—Se llama ambrotipia —explica Wilde—, y es simplemente un procedimiento fotográfico, admito que algo moderno. Bien, ya te mostraré. Hasta ahora solo he capturado algunas naturalezas muertas.

—Naturalezas muertas es todo lo que hay en Irlanda —Keating añade con una sonrisa amarga—. Debes emigrar, Jonas Wilde.

Wilde se queda pensando. Le acerca una silla a su amigo.

—Te imaginaba aún en Francia.

—¿Francia? Solo estuve allí hasta licenciarme en el Hôpital-Dieu, cumpliendo lo que puedes llamar mi *peregrinatio academica*. Hice algún dinero curando señoras ricas. Luego viajé a América. Serví allí en un comité de ayuda para Irlanda. No sabes cómo asquea la caridad ajena.

Keating lo mira reconcentrado.

—Claro que no lo sabes. ¿Eh?

Keating se interrumpe con una tos cortés, retórica. Afuera sigue lloviendo.

Un perro, un pastor pulgoso y medio tullido, sesteaba melancólicamente junto a la puerta, inmóvil como un montón de ropa sucia. Un grupo de parroquianos juega a las cartas en el extremo contrario del salón. El mazo de naipes restalla, las cartulinas golpean la mesa con el ruido de impotentes bofetadas. El tableteo de la baraja termina arrullándolos.

Keating saca un paquete de picadura y se prepara un cigarro. Gira el papelillo de fumar con una laboriosa digitación. A continuación extrae una pequeña lupa de aumento. Orienta el lente en un ángulo propicio. Captura un haz de luz y concentra su efecto sobre el extremo del pitillo a medio hacer. El resultado es más bien pobre. Wilde le extiende su yesquero de pedernal.

Keating agradece ladeando una sien.

—Me quedaré por poco tiempo —dice—. Solo unas semanas.

Virutas de tabaco rubio acunadas dentro de un papelillo de fumar. Keating aprieta el cilindro por un cabo, lo ensaliva y lo enciende con el yesquero prestado. Aspira ansioso. Jadea.

—Adivina qué —dice guiñando un ojo—. Me he instalado en lo del faro.

Sus palabras tienen el efecto de una invocación, una contraseña. La memoria de Wilde retrocede a una edad poblada de dioses, de gigantescos adultos... Solía ir con Keating a la torre del fanal. Accedían al observatorio del edificio octogonal a través de un tortuosa escalera de caracol, para celebrar allí clandestinos trueques de cigarrillos y postales pornográficas. Mujeres gordas de París tumbadas sobre soporíferos divanes cubiertos con flabelos de avestruz. Iniciaciones de ese estilo, Wilde recuerda, y se lo menciona a Keating con una sonrisa.

Keating aprueba con un cabeceo.

Convida tabaco a su interlocutor, pero Wilde posterga la oferta. Keating sesga una nalga sobre el asiento, cruza sus piernas, manipula los gemelos de sus puños. Expulsa una voluta de humo azul. Observa los muros desvaídos, color cáscara de huevo. Los desconchados dejan en evidencia una entraña granulosa y frágil. Como la arena de un reloj.

Keating piensa en el faro, en las gordas mujeres de París.

—Un homenaje al pasado —dice—. Ahora cuéntame de tus pacientes.

—Gente pobre. Campesinos. Niños tuberculosos.

Keating muerde una mota de tabaco y la escupe a un lado. El diálogo zozobra. Una pantalla de escepticismo se acaba de alzar entre los antiguos amigos. Wilde vuelve a su cerveza y bebe largamente. Luego se interrumpe. Acaricia el aro superior de la jarra con un meñique.

—Mis pacientes solo mueren —dice Wilde—. Trágicos comedores de papa.

A través de la ventana, justo por sobre el hombro de Wilde, se abre una pequeña perspectiva de la calle. El caballo de Feargus, un mestizo negro, recién herrado, ramonea entre unos macizos de ligustre. Sus orejas, dos triángulos de terciopelo, se atiesan y giran en semicírculo. Como si escuchara de lejos la charla del par de médicos.

Wilde zarandea una pernera impregnada de lluvia, haciendo pinzas con los dedos. Arrulla en su regazo un bolso de charol cuarteado por el uso. El maletín encierra botellas de éter o colodión, un estetoscopio, una lanceta Savigny, un fórceps, un cauterio con mango de carey, bisturís, ganchos, tijerillas. El ajuar de una modista o un carnicero.

Nada que realmente sirva para curar, Wilde piensa sin confesarlo.

La lluvia recrudece. Un océano invertido precipitándose sobre el océano.

Keating chupa su cigarro, animando el ascua púrpura y después roja. Tira la colilla al piso, mullido por el involuntario cultivo de líquenes. Desliza sobre la mesa un montón de calderilla. Una de las monedas escapa al gesto y baila a la manera de

una peonza. La rotación colapsa al cabo de poco.

—Podemos pedir prestado el caballo de Feargus. Él no se molestará.

Keating se vuelve hacia el patrono del local. Le dedica un elocuente braceo, señalando con su índice hacia la montura, las riendas atadas a un destartalado palenque, la pezuña derecha hurgando entre los adoquines de la calle. Para entonces, la lluvia ha aislado al caballo en una cortina líquida, mercurial. Las ancas, el lomo, la cabeza negra escurren copiosamente. Hilillos plateados descienden a través del pelaje oscuro.

Feargus mordisquea el palito de regaliz. Tapa un bostezo.

—Llevad al caballo adonde diablos queráis mientras se quede en Irlanda — responde.

II

Keating despliega la membrana de su paraguas, tal vez el único en todo el Condado de Galway. Comparte la silla con Wilde, mientras este apenas se esfuerza en guiar el caballo de Feargus, un mestizo de percherón bautizado con el ridículo nombre de Lobo.

Las herraduras de Lobo chacolotean sobre un sinuoso lecho de grava. El camino baja desde la colina hasta la lengua de playa, a través de una bóveda de robles llovidos. Los ollares resoplan y expulsan una fumarola celeste.

Dos hombres a lomo de caballo. El camino describe una curva, y luego engolfa en una especie de terraza abierta sobre el mar luctuoso. Keating mantiene en alto el paraguas, protegiendo su cabeza y la de Wilde. Hacen una pausa para observar el mar. Una pausa gratuita y casi molesta, como si se tratase de una mutua concesión.

Keating plantea un acertijo, el aliento pastoso y fúnebre.

—«Adelante, y los dos al unísono, como dos en un caballo». ¿Adivinas la cita?

Wilde se encoge de hombros.

—Shakespeare en *Como gustéis*.

—No des la lata, Keat —Wilde susurra.

—Andando, entonces —Keating aconseja, la otra mano agarrada férreamente al borde de la silla. Entre los radios abatibles de su paraguas, articulados como patas de grulla, se forman algunas pozas. La seda impermeable se abomba y estremece y vuelve a relajarse, desembarazándose del agua con un rápido chorro lateral—. Cenaremos en el faro —Keating anuncia optimista—. Ya verás.

Lobo trota a su aire. A medida que avanza y acelera, el terreno se afina y atenúa hasta convertirse en arena de playa. Sus cascos se hunden cada vez más dentro del suelo, y se quedan allí como succionados por la arena húmeda, forcejeando contra invisibles ventosas.

—¿Ves el faro?

Promediando el trayecto, Lobo ataca con un sofocado galope la orilla de mar. Las olas reptan y lamen las jarretas del caballo, salpicando a los dos jinetes, no obstante las protestas de Keating. Su paraguas se comba de revés por el viento en contra.

Wilde corta las riendas poco a poco.

Un cuarto de milla los separa del faro. Bolsones de bruma gravitan en torno al basamento de la torre. Un cinturón de granito con una puerta baja, pintada con barniz de bote. La mole gana nitidez. Los jirones de niebla se disipan paulatinamente.

Lobo aminora la marcha y frena con suavidad. Los hombres bajan por turnos. El estribo recibe dos tirones secos y sucesivos. Abandonan a Lobo en la explanada del faro sabiendo que regresará por su cuenta a lo de Feargus.

Franquean la puerta y ascienden a través de la escalera de caracol. Los peldaños de hierro conducen a la tenebrosa sala de luz, accesible tras una larga, anhelante remonta en espiral. Las paredes convergen y se cierran en un tubo cada vez más estrecho.

La escalera desemboca en un rellano claustrofóbico, concebido sin duda por el Real Cuerpo de Ingenieros Navales de Liliput, Keating bromea y empuja una puerta de vidrio esmerilado y penetra por fin en la cámara del faro.

Wilde lo sigue de cerca.

El recinto circular encierra una lámpara Fresnel, enorme capullo de lentes anillados y convexos. Keating se quita el saco de casimir, y recomienda a Wilde que lo imite. La instalación sugiere haber estado vacante durante años, sin otro inquilino salvo el óxido y la polilla. Una cristalera, con algunos losanges de menos, cubre todo el perímetro, desplegando una órbita ambiciosa sobre el mar.

Un pavimento de losas ajedrezadas acoge a los nuevos invasores.

Wilde experimenta la rara sensación de ser pinchado en un tobillo. Baja la vista y descubre aquel monstruo, todo tenazas y antenas, proyectando unos inquisitivos filamentos que recuerdan los mostachos de su amigo, el doctor Lucas Kearing, quien virtualmente acaba de desembarcar.

La langosta, cuya presencia parece un motivo de orgullo para el propio Keating, el flamante conspirador de América, entretiene una pinza sobre el zapato de Wilde, alistándose para un abrazo punitivo. Las patas del crustáceo pican y tabletean contra el pavimento, emitiendo un tintineo de porcelana.

Llevado por el azar de las analogías, Wilde recuerda el ruido que hacían las uñas nacaradas de Teresa Keating sobre el piano mientras interpretaba los *Nocturnos* de John Field hacia el 1850, poco después de la hambruna.

—Cuidado, ¡no pises la comida! —el hermano de Teresa advierte, para después apresar la langosta con un gesto culinario. Levanta a su víctima y la regresa triunfalmente a un cesto de mimbre.

El monstruo se agita y cosquillea un rato y entonces termina por aplacarse, sumido en una repentina indefensión. Su armadura, segmentada en placas cobrizas, se

ahúsa hasta culminar en una achatada cola de abanico.

—Bien, ponte cómodo —Keating sugiere, remangándose la camisa y batiendo sus palmas—. Hoy tendremos una cena de caballeros en un país de famélicos. Felicítame, pues incluso he traído vino. Busca tú mismo la botella y dime si tiene la temperatura precisa. ¿Está bien así? Perfecto. Quítate el saco y ayúdame a pelar unas cuantas papas. Vamos, aprisa. ¿Me oyes, San Jonas Wilde, mártir y pródigo?

No oye, por supuesto. El piano de Teresa sigue sonando en una remota plenitud. El eco ensordecedor de las partituras al plegarse. El chirrido oscilante de la tapa del teclado. El trasteo de las uñas antes de que la tecla golpee la cuerda. El aliento suspendido entre un acorde y el siguiente.

Lucas Keating termina por comprender. Sorbe por la nariz y luego sonrío. Una navaja de barbero brilla en su mano derecha. La langosta pega un coletazo dentro del cesto, de lo cual se enteran solo por aquel chasquido fofo y amortiguado, semejante al que haría un libro al cerrarse.

—Recuérdame que visitemos la tumba de Teresa —dice Keating pelando una papa, sentado sobre el apelonado saco de casimir, las piernas cruzadas a la manera de un jefe indio. Limpia el tubérculo diestramente, girándolo en el elástico cuenco de una mano. El ejercicio logra desprender un largo bucle de piel terrosa.

III

El viento pasa aullando alrededor de la torre.

—Qué clima —Keating murmura asomándose fuera de la cristalera del faro.

Mordisquea una pata de langosta, los carrillos atiborrados de una pasta suave y esponjosa. Tras una nueva mordida, apunta con el pulpejo escarlata, acaramelado por la cocción, hacia la explanada de abajo.

—No lo creerás —dice Keating atorándose—, pero el caballo continúa aquí.

—¿Lobo? —pregunta Wilde.

—Ven y observa por ti mismo.

El caballo de Feargus persistía bajo la lluvia, calándose con un heroísmo taciturno. Tiene metido el morro entre los penachos de un macizo de lupinos: las flores han arraigado misteriosamente en la arena negra, viciada por la escoria de carbón que han dejado los cargueros. De súbito, el caballo alza el hocico, se relame y sacude las crines. Su lengua, como el prodigioso brazo de un molusco, atrapa los pétalos azules y azucarados. Venenosos.

—Ha estado comiendo lupinos —Keating acusa con un mohín burlón.

Wilde retrocede y tropieza con la botella de aquel pésimo vino blanco.

—Se emborracha, nada más. Como nosotros.

Keating titubea. Se muerde la uña del pulgar.

—En América he visto caballos morir por la adicción a los lupinos, solo que allá les llaman yerba loca, o quizá se trate de otra especie vegetal, no lo sé muy bien — Keating balbucea y se encoge de hombros—. Comoquiera que fuese, un caballo opiómano (o dipsómano, si vamos a eso, pues sé de caballos que prefieren la cerveza al agua, y ciertamente no los culpo) no tendría mucho sentido si no le concediéramos un *pathos*, una sensibilidad más o menos humana, quiero decir burguesa.

Keating adopta un ridículo tono de oráculo. Lleva el cuello de celuloide corrido a un lado y las guías del bigote deshechas, ya sin vigor. De pronto parece un empleado de banco pillado en una orgía. Tira de sus suspensores una y otra vez. Las bandas de lustrina azotan un abdomen que empieza a lucir solemne, seriamente filisteo.

Pontifica.

—Allá lejos, en las Praderas del Oeste, he visto tribus enteras de caballos salvajes, por supuesto los más aficionados a la yerba loca. *Mustangs*, amigo mío. Cientos de cimarrones. ¡Verdad como que estoy parado aquí, junto a la lámpara Fresnel, cenando bajo esta máldita bóveda en compañía del médico Jonas Wilde! Porque algún día conocerás las Planicies del Nuevo Mundo, querido amigo. ¡Sí, algún día! —Keating exhorta, mientras las orejas se ruborizan a causa del licor, los lóbulos encendidos como fresas.

Wilde se agacha para recoger la botella.

Percibe el preámbulo de un calambre, atribuible a la larga vigilia que realizó en un quirófano improvisado. Una víspera empleada en seccionar y cauterizar la otra pierna de la viuda O'Rhea. Episodio muy poco memorable, se apura en admitir con una náusea, esforzándose en exorcizar la visión... Toma la botella por el cuello y vierte el último sorbo sobre su lengua. Un vino ligero, ácido, lechoso, que sabe a vinagre de peras, a coño. Después se queda mirando el interior vacío.

Un ojo escruta a través del gollete. La cámara del faro se tiñe de un verde irisado. Las partes más luminosas de la habitación, en particular el fuego de la melindrosa estufa, pero también las losas blancas del pavimento, brillan con un nimbo glauco y frío.

Wilde parpadea.

—Casi no has probado la langosta —Keating protesta.

Wilde enfoca el culo de la botella hacia los cascarones del crustáceo.

—Ya no me apetece —explica—. Se parece demasiado a una autopsia.

—Prométeme algo para cuando estemos sobrios —insiste Keating, fingiéndose más ebrio de lo que realmente estaba. Una segunda botella rueda sobre el arco que trazan las puntas de sus zapatos.

—¿Prometer qué?

Acaba de escampar, y las gaviotas graznan sobre la playa cenicienta, se aprietan en veloces falanges aéreas, se zambullen y resucitan como una hoz viva, una legión de cuchillos. Keating arrima un hombro al hombro de Wilde, y acerca la cabeza con aire sentencioso, confidencial. Wilde abandona su telescópica botella, depositándola

sobre el montante de la lámpara Fresnel.

—Visitarás la tumba de Teresa. Que sea una promesa.

—¿Tess? ¿Tu hermana Tess? ¡Siempre voy allí! —Wilde añade defensivo, como puesto en guardia—. Me refiero al cementerio —concluye—. ¡Todas esas cruces, Dios mío! Hielan la sangre. Cuando la hambruna, simplemente enterrábamos los cadáveres niños en un lecho de cal. Tomé fotos de eso. Supongo que no había más dinero que para erigir una lápida colectiva.

—Me faltó el valor para escribirles a ustedes dos —Keating se justifica—. Me refiero a la muerte de Teresa, ya sabes. ¿Tocaba bien el piano o era solo mi idea? Pobre Tess. Siempre machacando los *Nocturnos* de Field, como si fuese el San Patricio de la música, aquel inglés de Dublín.

El rostro de Keating se contrae como una ubre a punto de ser ordeñada. Posa un nudillo sobre el lagrimal, ejerciendo una presión más o menos enfática, el bigote colgando lacio y desengomado. No acaba de consumir su remilgo, cuando se refrena y corrige, cala hondo y hace un aparte. Su humor se entrega a una extraña deriva. Wilde se pregunta si así se comportan todos los militantes de la Joven Irlanda.

Divas secundarias de un melodrama inacabado.

—Quiero mostrarte algo —Keating resume.

IV

El equipaje de Keating resulta más bien parco. Viaja solo con una valija de cuero, conteras de latón en las cuatro esquinas. La maleta descansa tímidamente junto a la estufa de carbón. Su dueño va por ella, atropellándose sin querer en el camino. La toma y tira de unos corchetes que se disparan a manera de catapultas. Hurga entre las mudas de ropa hasta dar con un estuche o funda rígida.

Se trata de un carcaj. Su posesión engendra una veleidosa antesala.

Keating demora deliberadamente su apertura y da curiosos rodeos. Actúa como si fuese a retractarse, temiendo profanar un precioso objeto de culto, degradarlo frente a un neófito, un aprendiz infiel. Retira la tapa, y condesciende a compartir la revelación con Jonas Wilde, quien aguarda indiferente. Vuelca su contenido.

Media docena de flechas.

Toma una en particular, y apunta con su índice sobre los alerones coloreados, confeccionados con plumas de un tinte rojo granada, como sacadas de una ilustración ornitológica de Audubon. Es un objeto poderoso y frágil a la vez. Un junco que podría volar hacia un hombre y fulminarlo sin más premonición que un sordo silbido.

—Así de rápido —Keating juzga y ejemplifica chasqueando sus dedos.

Se lleva la punta de flecha hacia el corazón, y después sube con ella hacia el esternón, repta carótida arriba, se detiene volublemente en el hoyuelo de la barbilla.

Keating sonríe.

—Un regalo de los indios Choctaw —informa dejando resbalar la valija mientras entrega la flecha a Wilde.

Irónicamente, parece aliviado de ceder la manipulación a otro. Wilde acaricia los alerones, toca las levísimas barbas de pluma. Un tornasol rojo sube y baja a través del flanco de filamentos.

—¿Y de dónde demonios has sacado esto? —interroga Wilde.

Keating saca un peine de tortuga y alisa sus patillas minuciosamente.

—Es una larga, larga historia, Jonas Wilde. Existe esta nación de pieles rojas, los Choctaw de Oklahoma. Se hallan en un estado de meridiana civilización. Casi como nosotros. Bueno, un poco más avanzados, hay que ser justos. Escuelas, ejército, cobradores de impuestos. Incluso tienen agentes diplomáticos. Excelentes personas, debo decir, estos filantrópicos Choctaw. Además, y esto es lo mejor, amigos de la causa irlandesa. Sabiendo de la hambruna, han hecho una suscripción voluntaria y reunido casi mil libras para nuestros desnutridos. Pero también enviaron esto.

Wilde observa el artefacto. La punta lanceolada, el tallo flexible.

—Sigo sin comprender —declara cortante.

—Flechas consagradas para la guerra —Keating suelta como si el asunto fuese obvio por sí mismo—. Lamentablemente, creo que nuestros cordiales pieles rojas nos sobreestiman. Se hacen una pintura demasiado elogiosa de sus correspondientes de ultramar. No saben la pandilla de alfeñiques que somos. Gente lacrimosa y canora, destinada a dialogar con duendes y navegar en barriles de malta agria. Y créeme que yo me cuento en el bendito lote. ¿Sabes? Opino que debiéramos regresar las flechas al remitente, mataselladas de acuerdo a las ordenanzas del Real Servicio Postal de Su Majestad Británica. Sería una muestra de honor. No somos dignos, Jonas Wilde. Tan solo patéennos el culo.

—¿Puedo quedarme con ella?

—¿La quieres? Pues es tuya. Ahora ayúdame a ponerme de pie.

—No es para mí. No tengo flores que llevar a Tess, pero esto servirá.

—Dije que la flecha es tuya. Te pertenece. El Gran Espíritu Choctaw te unge y espera recibirte transfigurado en el Cielo de los Guerreros. *Non veni pacem mittere sed gladium*. Arriba, arriba, eso es. Ahora puedo sostenerme por mi cuenta. Te debo la propina. Buen chico.

—Algún día alguien te quitará lo gracioso. ¿Sabes eso, verdad?

—Sé muchas cosas. Las más completamente inútiles. Pero responderé a tu pregunta. En cuanto a las palizas que podría granjearse un carácter como el mío, admito que un tanto bocazas, confío en que mi mostacho de jefe de cocina francés disuadirá a los púgiles más optimistas. Solo un cobarde atacaría a un hombre con bigote.

—Error. Anteojos de lectura.

—¿Ah, sí? Bien, sospecho que me he equivocado de talismán.

Keating gira tambaleándose y alcanza la pared circular con un paso casi coreográfico. Permanece de espaldas a Wilde. Su ausencia se hace eterna. Guarda el peine de concha con un gesto de sonámbulo, vacío y ligeramente tétrico. Vigila el movimiento del mar, y de pronto él mismo comienza a bandearse. Su cuerpo oscila de izquierda a derecha, de una manera febril y pesada. Transcurren unos minutos. Se oye el chasquido de los suspensores contra la barriga de señorito.

—Uno se la pasa bien en el exilio —dice Keating y se desabotona la bragueta.

Hecho esto, llama a Wilde haciendo ondas con su palma, y lo invita a que lo sostenga mientras orina afuera del ventanal panorámico. El miembro recuerda el perfil de un tapir en un libro de animales exóticos.

—No me dejes caer.

—Por supuesto que no —dice Wilde.

El chorrillo se precipita contra las matas de lupinos. Veinte yardas en línea recta, ni más ni menos. La rociada alcanza al caballo de Eeargus.

—Deseo ver tus fotografías, es decir tus ambrotipias —demanda Keating, equilibrándose sobre la cornisa volada—. Ahora bien, en cuanto a las flechas consagradas... Solo recuerda que el inmortal Quirón murió con una de esas. Sé sabio, Jonas.

V

Regresa la docena y algo más de ambrotipias al compartimento de su maletín, una vez que Keating ya ha visto la serie entera, barajándola ceremoniosamente. En el momento de sacar las fotografías Wilde ha volcado sin querer parte del contenido de su bolso, sobre todo ampollas de láudano, quinina y colodión. Las botellitas quedan tiradas sobre el pavimento del observatorio.

Wilde cierra su maletín. Mira a Keating.

—¿Y bien?

Keating vacila. Busca algo que beber.

—Ante todo, gracias por, ehem, enseñarme las fotografías.

—Ve directo al grano, Keat. ¿Qué te parecen?

—Pues no sé... Eso depende —Keating rumia suspicaz.

—¿Depende? —pregunta Wilde.

Keating se muerde el padrastro de un pulgar.

—¿Qué destino les piensas dar a las malditas fotos?

—Ninguno —Wilde replica—. ¿De eso depende, entonces?

Keating ensaya el gesto de escupir, pero parece retractarse.

—O sea que solo las tomaste para una contemplación privada.

—Suenan como un reproche.

—¡Es un reproche! —afirma Keating—. Podrían ser el material de una campaña de prensa. No aquí, por supuesto. Aquí nadie quiere recordar la hambruna. Pero en América...

—Temo que no haya muchos irlandeses ricos en América.

—¿Ricos por qué? ¿Quién habló de eso?

Wilde se agacha para recoger las ampollas de láudano.

—Es obvio, ¿no? Una campaña de prensa... Contribuyentes.

—¡Oh, vamos! ¿Puntillosos ahora, Jonas Wilde? Se trata de política. ¿O prefieres que tus fotografías sigan siendo un asunto puramente privado, fetichista, masturbatorio? No, Jonas. ¡No tienes el derecho!

—¿No tengo el derecho?

—Claro que no. Esas fotos merecen ser conocidas.

—Pero alguien se beneficiaría de su exposición.

—Tu sensibilidad para las truculencias me abruma.

—A veces sueñas como un héroe de comedia.

—Todos los heroísmos son cómicos. Alguien que hace algo sin que se lo pidan. ¡He aquí una posición realmente graciosa! —argumenta Keating—. Pero ese no es el caso. No ahora, por lo menos.

Keating ayuda a recoger las ampollas de láudano.

Toma una y se la queda viendo al trasluz.

VI

Eran solo tres en lo de Feargus, sin contar al propio cadáver. Carrigan yacía tendido sobre la barra de la taberna, largo como un bote de remo, vestido de paisano, la camisa sin cuello abotonada hasta arriba. Molly Ann se cuidó de colocar dos velas en el extremo de la barra, espabilando la mecha con un tacto sigiloso y benigno. Traía puesto un canesú color azafrán deslavado, y sobre él un abrigo de lana que antes había pertenecido al propio cura.

En la víspera, Wilde había enviado a una patrulla de niños salvajes por una rápida cosecha de flores. Los neófitos herboristas regresarían de su excursión con un deshecho montón de convólvulos, escaramujos, lilas silvestres y botones de oro. El conjunto, destinado a decorar el remedo de capilla, hizo un efecto conmovedor una vez puesto en el lugar. Como era de prever, Molly pernoctaría en la taberna, velando junto a los restos mortales de Carrigan hasta la mañana siguiente.

Wilde llegó temprano ese día y entró sin golpear. Ahí estaba Molly. Un nudo humano sobre el suelo, envuelta en una colcha de tartán, la adormilada cabeza oculta dentro de la membrana plisada de la cofia. Wilde contempló la escena con un vuelco en el corazón. Evitó despertar a Molly, conque siguió de largo hasta el catafalco.

Aunque muerto desde ayer por la mañana, Carrigan aguardaba con aire impaciente, acostado cuan largo era sobre la barra del local. Ocupaba toda la extensión del mueble, pero aun así sus zapatos quedaban colgando en el vacío, torcidos cómicamente hacia dentro, tocándose las puntas como si mantuvieran un diálogo furtivo y se pasaran secretos a la manera de dos apostadores de hipódromo. En cuanto al resto de su fisonomía, el padre Carrigan era el de siempre.

O tal vez no.

Tal vez era igual, pero distinto. Tal vez había rejuvenecido y regresado a una versión más sublimada e intensa de su propio yo. Wilde se lo quedó mirando espaciosamente, atento al flujo interno de imágenes que suscitaba el cadáver del padre Carrigan. Una arquitectura magra y fuerte, con insolentes filos de hueso aflorando en manos y quijada.

Las imágenes eran pocas, sin embargo.

Carrigan asaltando la iglesia y apuntando a los feligreses con un puño pugilístico, llamándolos hipócritas y necios. Carrigan consagrando el pan de una misa celebrada en el descampado, un espectáculo suave y curiosamente blasfemo, pues él había sido excomulgado poco antes. Carrigan cargando en andas a Molly Ann durante un crepúsculo lluvioso.

Luego todo se perdía y desdibujaba, tragado por la misma resaca de nostalgia, un mar interior que esperaba a ser cartografiado. Entonces Wilde volvía a tropezar con las evidencias físicas de su vecindad inmediata, por ejemplo una silla o una puerta o el bulto de un muerto.

Los botones de oro se abrían poco a poco.

En ese momento irrumpió Feargus, despertando involuntariamente a Molly Ann. Ella se desperezó e incorporó pegando un respingo, asombrada de que también estuviera allí Jonas Wilde, colado de rondón durante su duermevela. Se enderezó y puso de pie, disimulando su bochorno. Feargus cerró tras de sí, azotando la hoja con un chirrido de quicios.

Saludó con un guiño.

—Bien, bien —suspiró inaudible—. Creo que somos solo nosotros.

—Así es —dijo Wilde—. Solo nosotros tres.

—¿Son esas todas las flores? Hmm. Convólvulos.

Molly Ann asintió, no sin antes escudriñar los labios de Feargus.

A su turno, Feargus miró a Wilde y le dirigió una mueca amistosa y campechana. Restregó sus palmas lanzando un seco aplauso. Se quitó una bufanda. Su manzana de Adán experimentó un vaivén de peonza. Se había rasurado a la rápida antes de acudir a la taberna. Chasqueó la lengua. Parecía haber estado bebiendo.

—¿Una cerveza? ¡La casa invita! —dijo Feargus—. Sospecho que a Carrigan le hubiese divertido la idea. ¿Quién quiere? ¿Molly? ¿M-o-l-l-y?

Molly negó con la cabeza. Se ciñó los flancos del abrigo.

—¿Me acompañas entonces, Jonas? Un solo trago, lo prometo. Brindaremos por

Carrigan. Vamos, tú harás las oraciones. ¡Palabra de lobo de mar!

—Nunca has estado en el mar, Feargus.

—Una licencia poética. Además te diré algo, y escucha bien, maldito sabelotodo. Luces muy serio para un funeral. ¿Te has visto en el espejo? Esas ojeras. Y los dedos manchados con yodoformo. ¿Desayunaste ya? ¡Qué aspecto! Pálido como un papel. No has dormido, claro. Y ahora que me lo pregunto, vaya, ¿cómo diablos anda la gangrena de la viuda O’Rhea? La maldita bruja. Eso ha debido tenerte en vilo, estoy seguro. El gusano siempre acecha, ¿eh? Pero pierde cuidado. Debes atajar la maldita corrupción, y luego venir a festejar en lo del viejo Feargus —dijo.

Y se trasladó hasta el lado contrario de la barra. Una vez allí, se acuclilló junto a un tonel de cerveza negra. Abrió la espita. Llenó dos pintas. Se irguió en el acto. Wilde se aproximó para tomar su jarra. Feargus brindó y ensayó una salida humorística. Estaba a punto de llorar.

—En fin, ¿y qué hay del bueno de Carrigan? ¿No se ha levantado para orinar? Aguarden. Maldición, este hipo. Levantar los brazos, respirar, y ya está. Nada. La verdad es que no debí haber tomado whisky tan temprano. ¿Puedes silbar algo de tu repertorio, querido Jonas? Hay una canción americana, una melodía de vodevil, pero no logro recordarla. Tal vez tú sí.

Minutos después, los tres deudos dejaban ir el tiempo sentados sobre una banca, observando las escurriduras de esperma en torno al par de bujías. Al medio de Feargus y Wilde permanecía una imperturbable Molly.

—¿Podría haberse salvado? —preguntó el primero.

—Lo dudo —dijo Wilde—. *Angina pectoris*, ya sabes.

—Llevaba un diario, ¿no? Algo así como un diario de la peste.

—Hambruna. Peste. Da igual. ¿Lo has leído?

Feargus negó con la cabeza. Él y Wilde hablaban sabiendo que Molly no podía escucharlos. La oficiosa viuda de Carrigan había congelado su vista en un punto ausente. Juguetecía con una especie de fardo, media libra de pan liada en un papel marrón. Abismada, se mordió los labios hasta hacerlos sangrar.

Feargus siguió hablando.

—Los niños lo descubrieron tumbado en la mitad de un campo de alfalfa, con dos liebres muertas recién sacadas del cepo. Molly había aprendido a desollarlas y hacer un excelente guiso con ellas. (No te preocupes, la pobrecilla no oye, está sorda como una tapia). Carrigan solía subir al monte por días enteros, ¿te acuerdas? Sospecho que era un buen cazador —dijo Feargus y entonces calló por un rato—. *Angina pectoris*, ¿correcto? Al menos resultó fulminante —comentó resignado—. Ni siquiera se habrá dado cuenta.

—Es probable —murmuró Wilde.

Molly tomó el pan, un bollo negro y abarquillado, y lo elevó lentamente. Lo partió en dos hemisferios. Entregó una mitad a Feargus y otra a Wilde. Era como si el padre Carrigan se hubiese materializado entre ellos y ejecutado un mínimo milagro.

VII

El cementerio es una selva de helechos, cercado por espontáneos macizos de acebos en flor. Los dos jinetes desmontan y se apresuran en echar un vistazo en torno, buceando virtualmente dentro de la cortina de lluvia. Poco más allá se adivinan las fustas plateadas de los alisos, desnudos y altos como palos de barco. Las lápidas se hunden en el mantillo fresco, afelpadas de musgo en las cuatro esquinas.

Se pisa en torno de ellas con una seguridad engañosa, como si la muerte las hubiese fijado a una eternidad práctica e inamovible. Sin embargo, algunas losas han desaparecido del todo, y en su lugar prospera una costra de pasto más oscuro que el resto. Keating busca la tumba de su hermana, y procede a tientas, barruntando sin éxito, separando la capa de musgo y cieno con la punta del paraguas, sacando a flote herméticos visos de mármol o alabastro.

—Debiera estar por aquí —piensa Keating en voz alta.

De un lado se alza el esqueleto de una iglesia, reducida por entonces al muro del ábside y dos brazos perpendiculares, derruidos, flojos, cuya sillería acoge una rica flora parásita. La lluvia lava las piedras de la construcción, y forma una especie de alberca en la depresión central del edificio, sin tejado, completamente al aire. Colonias de hongos se apiñan en el perímetro de la iglesia parroquial.

Jonas Wilde mantiene la flecha en un puño. Avanza a solas y se arrodilla junto a un parche de pasto negro, mullido, sedoso. Afortunadamente ha dejado de llover, aunque solo sea por un momento. Hay un olor a setas frescas, un cierto aroma de cocina, que casi da hambre. Wilde respira acezando y clava la flecha por la cabeza, un triángulo de cuarzo o hueso pulido. Tan pronto lo hace, Keating se voltea y dirige sus pasos hacia él.

—La tumba de Tess —notifica Wilde—. ¿Qué hay de nuevo, querida Teresa?

Keating aprueba con un suspiro. Puede olerse el propio aliento. Una nube ácida, trasnochada. Hubiera deseado no haber empollado la víspera bebiendo a solas, conjurando una vida de la cual había creído escapar para siempre. Se arrepiente de haber vuelto a Irlanda y encontrar el mundo, el pasado, igual a como lo recordaba. Una vida insular, persistente, llena de actos circulares. Como un tiovivo.

—Hubiera sido una excelente esposa, ¿no?

Pero incluso en eso falla: un simple comentario. Se sorprende de que Wilde no se levante y le atice un guantazo. Estaría bueno. Ha tenido una salida de mal gusto, pero juzga ridículo disculparse. ¿Esposa? Tess siempre soñó con casarse: esos dos se querían desde que él tenía memoria... Y ahora esto. Muerta. Tuberculosis. Seis pies de tierra irlandesa.

Wilde ha hecho bien en fingir que no lo ha oído.

—¿Sabes? Realmente soy un viudo. Al menos en un sentido sacramental.

—Es decir simbólico... ¿No?

Keating completa la frase con una entonación sabihonda. Vuelve a sentirse

culpable, pero la tentación de hacerse el listo lo sobrepasa, lo doblega. Ve que Wilde lleva en un dedo una alianza de oro. Se arrepiente. Desvía la mirada y escudriña la resaca del mar.

—Os debo el regalo de bodas —dice y se sube las solapas.

—Basta con la flecha. A Tess le hubiera gustado.

—¿Hablas en serio?

—Ella estaba muy orgullosa de ti. Eras algo así como un embajador oficioso de la Joven Irlanda en América. Todas tus aventuras de frontera... Un verdadero pionero. Y además un patriota. ¿Cómo querías que se pusiera Tess?

Keating calló por un momento.

—Lamento no haber estado aquí cuando ella murió.

—Lo sé. Pero tenías el océano de por medio. No era fácil.

Wilde se yergue poco a poco, y recobra su altura con un esfuerzo consciente.

—También murió Carrigan.

—Pero no lo encontraremos en el cementerio.

—Lo enterramos sin ceremonias. Junto a su casa.

—Excomulgado, naturalmente.

Sopla un viento racheado desde el mar. Los alerones de la flecha tiemblan a merced del aire salitroso. Los helechos se agitan y murmuran.

—¿Debiera hacer una visita a su viuda, no te parece? —pregunta Keating.

—Si tienes tiempo, pues claro. Molly guisa espléndidamente.

—Recuerdo que Carrigan era un buen cazador. Orzuelos para perdices, cepos para liebres —Keating enumera y luego reflexiona—. Pero Molly también era buena recogiendo setas, ¿verdad? ¡En fin! Tal vez tienes razón, y debiéramos dejarnos caer por la madriguera del viejo blasfemo. Además, aprovecharíamos de tributar una postuma cortesía al querido padre Carrigan. Teniendo suerte, hasta podríamos conversar con su espectro —bromea.

VIII

Como en ocasiones anteriores, Wilde se reclinó sobre un lado de la cama y aprovechó de sestear un rato y mitigar así la falta de sueño. Arrastraba varias noches en vela, pasadas relucientemente en compañía de la usurera del pueblo, la viuda O'Rhea, cuya metamorfosis final la había convertido en un saco de gangrena. El domicilio de Tess constituía, en efecto, la última escala en el cabotaje de visitas médicas, y también una oportunidad para verse con su prometida en un contexto decoroso.

—¿Qué ha sucedido?

—Pues espera y te diré.

A esa hora, las ocho y fracción, las tías de Tess acostumbraban a estar en casa, por ejemplo bordando en el cuartito de costura, o entibiándose los sabañones junto a la salamandra del vestíbulo, pero hoy no era el caso. La ausencia del coro de guardianas, buenas mujeres pese a todo, creaba un cierto estado de desahogo y licencia. De otra manera él no se hubiera sentido así de cómodo, durmiendo vestido en la habitación de la enferma, mientras Teresa leía a media voz una edición barata de *Los viajes de Gulliver*.

—¿Y bien? Estoy curioso.

—Dios, ¡pero qué majadero!

Comoquiera que fuese, la parentela de la planta baja parecía respetar la intimidad de la sobrina, si bien por motivos exclusivamente higiénicos. Ella misma solía preguntarle a Wilde si no le daba miedo contaminarse y seguirle antes de tiempo a la tumba, cuestión que no dejaba de hacer gracia al proyecto de novio.

—Cuéntame sobre Gulliver.

Tess levantó la cabeza, suspendiéndola sobre la almohada.

—Ahora se dirige a la Isla de los Caballos Sabios —anunció.

Esa noche en particular, Wilde se sentía tan exiliado de la realidad que le hubiera dado lo mismo morir el día después. De hecho, todavía era una perspectiva medianamente atractiva. Todo a su alrededor tenía la irreprimible tendencia a yacer dentro de un cajón y hundirse en una zanja. La muerte de los otros era un fenómeno pegajoso y ubicuo, que no merecía de su parte sino una mueca complaciente, rápida, clínica. Un consomé de pata de pollo se había enfriado y cuajado sobre el tablero del velador.

Tess dio vuelta a una página.

—¿Quieres que te siga contando?

Wilde roncaba a su lado, aunque en verdad se trataba de un sueño poco profundo. Las últimas noticias de Lemuel Gulliver entre los Houyhnhnms, los caballos racionales y telepáticos, se infiltraron en su imaginación. Repentinamente, Wilde mismo se vio caminando entre ellos... Un codazo vino a interrumpir la fantasía.

—No ronques, por amor de Dios.

Wilde entornó un párpado. Vio que Tess, iluminada de pronto por una de esas efímeras rachas de salud, se había vuelto hacia él y que lo contemplaba con una languidez impaciente. Ella se acercó y lo besó en la comisura del labio. Él se incorporó a medias. Se giró y la abrazó con suavidad.

La enferma rio a causa de las cosquillas que le producía el tacto de Wilde. Antes él la tocaba de esa manera fría y estudiada, husmeando los estigmas de la tisis, pero ahora era distinto, tan distinto, Tess pensó nerviosa. Entonces se puso boca abajo, y ofreció una cerviz cerosa, coloreada por el dibujo sumergido de un par de venas. Por algún motivo seguía encorsetada. Los muslos protegidos por un hojaldre de lencería y enaguas de tubo. Wilde deslió los broches de la camisa y luego desanudó el zigzag de cordoncillos que daban al corsé esa típica forma de clepsidra de arena.

Entró en ella. Era la primera vez que lo hacía.

IX

Tan pronto ha escampado y hecho un poco de sol, el par de curiosos decide explorar el terreno en busca de setas. Primero cosechan unos champiñones que afloran a los pies de las lápidas, cosa que pone un poco la piel de gallina, y después van por los bulbos que levantan cabeza junto a los muros de la iglesia sin techo. El caballo toma nota de la evolución de los dos hombres, y les va a la zaga con un paso medido, omnisciente, procurando no perderles la pista.

Lobo holla la carretera con las herraduras recién claveteadas.

—Mira aquí —dice Keating, trepando a una cuesta boscosa—. Níscalos.

—Buena pesca —dice Wilde—. Veremos si Molly se anima a cocinarlos.

Recogen níscalos de caperuza elíptica, plana, como la oreja de un duende, el gusto marronoso, mezcla de nuez y corcho de vino. Poco más allá tropiezan con las ostras del bosque, pintadas de un rosa etéreo, una carnación estilo Tiépolo: abanicos de setas colonizan un tronco moribundo, el aroma escarchado, con algo de picante. Luego están los anillos de hada con su perfume de almendra y sudor de caballo, sombreritos de un bronce pálido con coquetos flecos radiales por debajo. Escondida como una gema, asoma en un parche de cieno y hojarasca una *chanterelle* de un amarillo cálido, el cáliz carnosos y con una textura de tulipán, oliendo a duraznos podridos.

Keating se detiene y toma aire. Se apoya en un árbol.

—No soy tan bueno como crees —dice.

Por supuesto —Wilde admite con un reflejo de ironía—. Tal vez seas mejor.

No me tomes el pelo. Quisiera hablarte con cierta seriedad. Es decir, proponerte algo. Te figurarás de qué se trata.

—He aquí tu, ehem, redobles por favor, Modesta Propuesta... ¿Inmigrar? ¡Oh, vamos, Keat! ¿Y adónde se supone que lo haga? No creo que necesiten otro tipo remachando traviesas de raíl allá en el Oeste —Wilde argumenta, tal vez un poco en vano. Casi puede ver la escena: una fila de mil hombres esgrimiendo martillos sobre una línea de ferrocarril en construcción—. Quizá para la próxima, Keat.

—No tiene que ser en América del Norte. He estado en contacto con las colonias de irlandeses en México y en Argentina.

—Eso es bastante lejos, Keat. Sería un viaje solo de ida.

Lucas Keating, Keat para los íntimos, observa las setas que trae dentro del sombrero, y entonces mira hacia la carretera, donde los espera Lobo, ramoneando estoicamente entre las matas de aulaga.

El caballo revolea la cola negra, cerdosa.

—Hay esta familia en Buenos Ayres, los O’Gorman, personas muy bien relacionadas, entre ellos el médico que introdujo en el país la cura antivariólica... Hubo un horrible incidente, que puso a esta familia en una situación difícil con el gobierno argentino, pero aun así los O’Gorman conservan una influencia importante sobre el dictador Rosas, el hombre fuerte de turno.

—¿Podrías ir al grano, Keat?

—Tengo una carta de recomendación con tu nombre.

—Bueno, eso ya es un comienzo. ¿Y qué haría yo con esa dichosa carta?

—Emplearte como médico del gobierno argentino. Tal vez médico militar, no lo sé. Es solo una idea. No tienes que responder ahora. Tan solo piénsalo. ¿Qué oportunidades hay aquí? Ninguna. En realidad nunca las hubo. Jamás podrías haberle dado una buena vida a Tess en este pantano. Lamento decirlo.

—Si tanto insistes, pues bien: le daré una vuelta al asunto.

Keating escucha incrédulo, aunque no tarda en convencerse de su victoria. Un colmillo que recuerda una púa de marfil demora triunfalmente en el extremo de su boca. La sonrisa colapsa al poco rato, reemplazada por un rictus sobrio, tenso, de un raro júbilo interior. Toma una de las setas recién cortadas y hace el amago de llevársela a la boca. Da un puntapié al tronco con aire satisfecho.

—Nunca las he probado crudas. ¿Qué tal sabrán?

—Pues creo que has cogido la única venenosa de todo el grupo.

—¿De nuevo tomándome el pelo? Qué forma de incordiar.

—No es que lo diga yo, Keat. Mira detrás de ti. Las marcas en el árbol.

Keating se gira para ver. Una cabeza por encima de él, justo en el tronco del pino. Marcas hechas a navaja. Dos o tres. Un asterisco, punteado con un par de tildes. De los cortes escurre un mucosa lágrima de resina. El viento hace chasquear las pinochas del árbol.

—Pertenecen a Carrigan —Wilde explica—. Verás marcas así un poco por todas partes en el bosque. Las setas venenosas siempre brotan en el mismo lugar, de modo que nada costaba a Carrigan dedicar una seña de advertencia al incauto. Hay marcas para las madrigueras de conejos, también para indicar las rutas de becasas y patos.

—¿Y tú puedes leer eso, Jonas?

—Molly es la experta —instruye Wilde.

Keating tira el hongo venenoso al suelo.

—Había olvidado el tipo listo que era Carrigan. ¿Todavía hablas español, verdad? Recuerdo las clases de Carrigan —dice Keating—. El español me sirvió de ayuda en Texas. Y también del otro lado de la frontera, echando una mano a los voluntarios irlandeses que militaban a favor de México en el Batallón San Patricio... Si llegas a ir a Buenos Ayres —añade— tendrás un problema menos sabiendo el idioma.

Wilde calla por un momento.

—Este invierno será más crudo que el anterior —sentencia.

Se quita el sombrero para rascarse la coronilla, y deja en evidencia un obstinado

remolino de pelo color hierro viejo, la consistencia de la estopa. Reflexiona un rato, espabila por fin, y dirige su atención al tronco varado a sus pies, el mismo que acogía el ejército de hongos. Lo hace notar con un vaivén del brazo.

—Seguramente Molly está corta de leña —Wilde piensa en voz alta—. No sería mala idea llevarle algo de madera.

—¡De acuerdo, camarada! ¿Lo acarrearás sobre el hombro?

—No seas idiota, Keat. Feargus tiene un arnés y un ovillo de soga en la albarda del caballo. Amarraremos el tronco a la collera de Lobo. ¿Cuento contigo?

Remolcaron el fuste de abeto camino arriba, Keating y Wilde compartiendo la montura. La cosecha de setas permanecía dentro del sombrero del primero, el casquete puesto de revés a la altura de la bragueta.

X

La halló sentada en la mecedora de costumbre, convertida en una boya jadeante. El ajuar de bordar languidecía en el hueco del regazo. Sus ropas se derramaban en un cono mustio, crujiente, de un gris plateado. Toda ella parecía penar dentro de la satinada hojarasca, respirando acogotada, el cuello latiendo a merced del último botón del vestido. Sobre este anidaba un camafeo de auténtico hueso de narval.

La mujer se llevó un dedo a la joya.

—¡Por fin! —madam O’Rhea suspiró, dirigiendo a Wilde un indisimulado reproche—. Me he hecho esclava de sus cuidados, mi estimado doctor. Pero usted ya está aquí, y eso basta por ahora. ¿Ha dejado el abrigo con la sirvienta?

Wilde negó con la cabeza.

—Hace buen tiempo afuera —dijo.

—¿Lo dice en serio? Casi he olvidado cómo era la calle.

La usurera del pueblo se dobló adelante, y escudriñó al médico con unos ojillos de hurón. Wilde descansó su maletín sobre una consola, se quitó los guantes y fue hasta la ventana. Descorrió los visillos. Todavía era temprano. El cuarto de costura se iluminó repentinamente. Madam O’Rhea se agachó para sobarse una pantorrilla. Un polvo afelpado cubría los muebles.

—Estas piernas —se quejó ella—. ¿Piensa que deberíamos aserrarlas?

La mecedora volvió a cabecear, las patas encajadas a un par de duelas largas como esquís. Ambos listones rechinaban al curvarse sobre el piso. La paciente se tiró el polisón del vestido, acomodándose sobre el asiento. A su lado dormía una palada de carbón. Pequeñas brasas agazapándose en un rincón de la chimenea.

Wilde se acercó para tomar el pulso de madam. Le desabrochó el puño de la blusa y subió la manga, posando su pulgar sobre la vena de la muñeca derecha. Simultáneamente, sacó su reloj y midió los latidos cardíacos por espacio de un

minuto.

Adoptó una educada reserva.

—Todo en orden —diagnosticó.

—No es el corazón —madam protestó—. Es la sangre. Un fluido grueso, abigarrado. ¿No consideraría usted una flebotomía?

—Eventualmente —Wilde razonó con la mujer—. Usted padece un estado avanzado de gota. Ante todo, deberíamos mejorar la circulación.

—De ahí las abluciones heladas, me imagino.

—Y también las calientes —Wilde completó, hincando una rodilla en el suelo, mientras madam arreglaba la bocamanga de su blusa—. Los cambios de temperatura pueden restituir cierta tonicidad a sus arterias.

Wilde arrimó un escabel hasta los pies de su paciente.

—¿Me permite usted? —sugirió.

La gotosa subió su vestido a la altura de los tobillos.

—¿Así está bien?

Wilde retiró los vendajes, descubriendo las pústulas de ambas piernas. Las extremidades tenían el aspecto de berenjenas. Una pulpa violácea, purulenta, globosa. Limpió las llagas con una mezcla de aceite, aplicando encima una esponja.

No había terminado la curación cuando la sirvienta irrumpió trayendo consigo una cuba de agua fría. Era una chica pálida, nerviosa, el pelo de un rubio plumizo, piernas de palillo, rápidos giros de veleta. La fragilidad encarnada.

—¿Dónde quiere que deje la cuba, madam O'Rhea?

—Basta con que pongas el agua aquí —madam instruyó a la sirvienta.

La criada hizo una venia afirmativa y puso el recipiente justo en donde se lo indicara madam. Poco antes de irse saludó a Wilde con un movimiento subrepticio de sus cejas. La puerta se cerró con un cascabeleo. Pisadas precipitándose escalera abajo.

La enferma introdujo sus talones dentro del agua.

—Tan pronto la traje a casa quiso embarcarse a América —se quejó—. Y como si no fuese suficiente, me pidió dinero para el pasaje, auxilio que solo puedo prestar, usted comprenderá bien, teniendo en garantía alguna propiedad, por ejemplo la alquería de sus padres... El caso es que sus padres ya estaban endeudados conmigo desde la época del hambre, y el terreno que ocupan actualmente, incluyendo la casita, no puede aguantar otra hipoteca. Aun así, admitiendo que yo le entregara a la chica el dinero del pasaje, tendría el mismo problema con la siguiente. ¡Todas quieren marcharse!

Exhaló con los pies dentro del agua, grumos de escarcha sobrenadando aquí y allá. Experimentaba un frescor intenso y paliativo. Era el único remedio que realmente tenía un efecto inmediato sobre el dolor. Esbozó una sonrisa torturada. Volvió a tocar su camafeo y se meció nuevamente en la silla. El aire se llenó con las rancias de la enfermedad. Olor a pus, a moho.

—Todos aquí me deben algo —anunció la enferma—. Incluso usted.

Señaló con un índice crispado hacia el enorme libro de contabilidad que dormía sobre la consola. Pero Wilde no tomó en serio la demostración, y se limitó a sacar desde su maletín un frasco oscuro, color de ajeno, además de una escudilla y una brocha. Abrió el frasco y vertió un largo chorro de colodión dentro de la escudilla.

Una punzada de éter evaporado ascendió por su nariz.

—Le diré al señor cura que escriba un sermón contra la emigración. Pronto no tendremos gente en los campos —madam O’Rhea refunfuñó—. Es un cura diligente y decoroso, con una divertida cara de chihuahua y una vocación por repetirse el plato cada vez que lo invitan a cenar, pero aun así es mejor que ese Carrigan, el trampero políglota. ¿Todavía Carrigan sigue amancebado con la chica tarada?

—Sordomuda —Wilde rectificó.

—Tarada, sordomuda... Da igual. ¿Sigue aún con ella?

—Eso creo.

—Todas esas peroratas exaltando la pobreza, la santidad del trabajo, el sacramento del pan... Y luego seduce a una huérfana idiota. ¿Me comprende usted? Es decepcionante. Sospecho que le hicieron un favor al excomulgarlo. Comoquiera que fuese, me imagino que Carrigan se halla muy feliz en su —se demoró en encontrar la palabra precisa— ostracismo. Ahora puede hacer cuanto se le antoje. ¿Me escucha, Wilde? Oh, vamos... Sé que le tiene cariño al viejo blasfemo, pues Carrigan se ha convertido en eso últimamente, ¿verdad? Una especie de Simón el Mago, un sacrílego, un milagrero... ¡Lástima! —dijo y se palpó las muelas con la punta de la lengua—. Y pensar en toda la educación que recibió en Roma... Usted y el hijo del farero, ese tal Keating, lo frecuentaron bastante. Supongo que su influencia tiene algo que ver en que mister Keating se haya iniciado en la demagogia. ¿Es cierto que su amigo estudió en París?

—¿Keating? Pues naturalmente. Un tipo brillante.

—¿Ve usted a qué me refiero? Toda esa arrogancia. La gente estudia en Roma o París, y después regresa acá para practicar alguna variedad del aventurerismo político. Las cosas tienen un lugar en el mundo, y son más útiles y precisas si conservan su sitio. Un médico que se vuelve demagogo. Un doctor en teología que vive como un bárbaro en el bosque. ¿Tiene usted algún plan para su futuro, mister Wilde?

¿Convertirse en aeronauta, por ejemplo? Oh, sí... Casi había olvidado su afición por la fotografía.

Wilde se armó de paciencia.

—Siempre podemos cambiar.

—Lo cual no deja de resultar gracioso —madam completó la idea—. ¿Sabe qué es lo peor de mi estado? Pues justamente eso: no cambiar. El dolor parece llevar una vida propia, y simplemente ocuparme como receptáculo. Lo irónico del caso es que la podagra, esta penosa infición, gota o como usted la llame, ha exacerbado una cierta

vitalidad en mí. Quiéralo o no, el dolor me mantiene viva. Soy víctima de un empate. Un juego puesto en tablas. Sigo siempre igual: ni siquiera siento que envejezco.

Wilde le pidió con un gesto que sacara sus piernas de la cuba.

—Una especie de enferma crónica... ¡En realidad, ni siquiera me he acatarrado este último invierno! Lo que prueba mi punto. Podría convertirme en un saco de gangrena, pero eso me haría, digamos, aun más fuerte. A veces pienso que moriría de cualquier otro achaque en cuanto me mejorase. ¿Ya es tiempo?

—Sí. Ya es tiempo.

Wilde pasó una toalla alrededor de los tobillos, sobre los empeines. Mojó la brocha en la solución, la que al secarse creaba una película con la consistencia del celofán, y embadurnó con ella las pantorrillas de madam O'Rhea, sellando toda la pierna en una bolsa traslúcida. La gangrena maduraba sigilosa, manifestándose plenamente solo a la altura del dedo gordo del pie, donde aparecía como una floración negra, corrupta.

—¿Utiliza la misma sustancia para mi y para emulsionar sus fotografías?

—Parece sorprendida —Wilde admitió, mientras vendaba con un rollo de gasa las piernas de la mujer—. Funciona como preservante o fijador, ignoro el proceso químico.

—Podría retratarme. Le pagaría.

—No lo hago como negocio —pretextó Wilde.

Madam tragó la negativa con una náusea.

—¿Todavía sigue viendo a la hermana de Keating?

—Se refiere a Teresa, por supuesto.

—¿Continúa ella postrada en cama?

Wilde se encogió de hombros.

—Tuberculosis —dijo.

—¿Y aun así esperan ustedes dos casarse?

Wilde se levantó y guardó sus cosas en el maletín. Quedó de espaldas a la enferma. Caviló un rato, ponderó el silencio: de pronto le resultaba un objeto precioso... Había omitido mencionar a madam que tal vez tendría que seccionar su pierna izquierda. Justo bajo la rodilla.

La mecedora volvió a rechinar.

—Pues eso depende de Tess —dijo Wilde antes de largarse.

Se sentía como envenenado.

XI

Las setas caen en una cacerola con mantequilla en fusión. Siguen pronto las papas sin cáscara, rodajas de pan duro, y un anémico trozo de pollo. La joven muda desliza

la tapadera sobre el pote de latón y entonces regresa con sus huéspedes. Molly sirve un té tibio, deslavado, con gusto a arcilla. Crónica lectora de labios, un comprensible tropismo le hace bajar la mirada y poner una atención vehemente en el movimiento de las bocas.

Las cuatro paredes encaladas segregan una humedad grasienta. Keating se cruza de piernas y bebe sin prisa. Ella escribe con una tiza sobre un pequeño tablero de pizarra: «Es bueno verlos a ambos».

El chirrido de la tiza pone los pelos de punta.

—Digo lo mismo —responde Keating, y luego mira a Wilde—. Wilde me dijo que pronto será un año desde la muerte de Carrigan.

Molly observa y asiente con un meneo de cabeza, las breves manos sobre el regazo, finísimos dedos curtidos de lejía, del tamaño de cerillas americanas. Sorbe el té de una manera sonora, crepitante, como si se tratara del cachorro de un gato. En una de sus muñecas lleva atada una almohadilla, una especie de alfilerero sin alfileres. El accesorio sirve el propósito de limpiar la pizarra de una sola pasada.

Vuelve a escribir encima: «Ha sido un otoño muy lluvioso».

Wilde tose y saca un pañuelo.

—¿Has hecho alguna conserva últimamente, Molly Ann?

Molly agita la cabeza con aire afirmativo, y señala con un dedo hacia un anaquel lateral. Hay allí un frasco de vidrio verde, con una entraña apretujada.

—«Castañas» —escribe.

Keating se palmotea las rodillas: luce un tanto ansioso, cuestión que escasamente logra disimular o inhibir. En realidad, parece zozobrar en aquel ámbito pequeño y opresivo, y no imagina muy bien al corpulento Carrigan reducido a una voluntaria miniatura, achicándose para caber dentro del escondrijo que compartía con Molly Ann.

Suspende la mirada y observa junto al frasco de castañas el perfil de la Biblia latina, una de las pocas herencias del excomulgado. El libro bosteza abierto por la mitad. Es un fárrago de tapas descuajaringadas, vomitando rojas cintas de raso. Un rosario y un crucifijo de madera le hacen compañía, olvidados en la vecindad inmediata. Eso sin mencionar la pipa del blasfemo.

La tiza rechina nuevamente: «¿Queréis ver la tumba de Carrigan?».

Aquiescente, Wilde menea la barbilla y se toma la molestia de hablar enfrentando a Molly, evitando que a ella se le escapen sus palabras.

—Aprovecharé de cortar algo de leña, si es así.

Molly asintió y volvió a escribir en su pizarra: «Os prepararé una pipa de tabaco mientras veis el huerto».

Keating apura su taza de té: un pocillo desorejado, veladuras de sarro asomando desde la cavidad interior. El huésped de ultramar aprueba la sugerencia de Molly enseñando una hilera de dientes, los incisivos torcidos y sucios de té viejo, al tiempo que se levanta de un salto.

—Echemos, pues, un vistazo al viejo Carrigan —anuncia.

Tan pronto Keating se pone en marcha, Wilde no tiene más remedio que imitarlo. Salen juntos al huerto de Molly, precedidos por la propia chica. Cruzan frente a una carretilla estropeada por la intemperie. Se detienen y miran alrededor, Keating el primero. En un extremo del huerto hay un muro a medio enladrillar, los resquicios invadidos de un líquen aterciopelado, de un verdor magnético.

El muro hace biombo contra el viento, y permite que el salitre del océano no muerda las hojas de los cultivos. Un calabazal medra en una zanja, cargado de cabezas amarillas de diferente tamaño, algo así como una familia de calabazas: papá, mamá, niño, niña. Una calabaza oronda y picada de avispas, con un flanco abolsado y mustio, recuerda elocuentemente a una suegra.

De este lado de la tapia, se alza la solitaria cruz del padre Carrigan. Una cruz corriente, nada de epitafios, ningún signo distintivo. Entre la cruz y la tapia hay un par de troncos botados, uno inclinado sobre otro, y también el hacha que antes había pertenecido a Carrigan. A los pies de la tapia y en torno de la cruz crecen brezos de un azul desvaído. Molly los conduce afuera, solo para regresar a la casa, poner a hervir más agua y limpiar la cazoleta de la pipa.

Tras su partida, Wilde da unos pasos y coge el hacha por el mango, el tacto suave y pulido como un pecio. Eleva y descarga la herramienta alternativamente. Deja que la cabeza de metal haga todo el trabajo, guiada por la inercia de su propio lastre. Keating merodea aquí y allá, hasta que por fin decide hincarse junto a la tumba del blasfemo y desmalezarla.

—Ignoraba tus virtudes como leñador. ¿Eh, Jonas?

El hacha cae de sesgo sobre uno de los troncos, descortezando unas escamas abarquilladas de humedad. Wilde parte la madera y amontona los trozos haciéndolos rodar con la punta del pie. Se sacude el polvo de serrín, los dobladillos del pantalón tiesos de lodo. Asesta un último hachazo y después clava el hacha en un muñón del tronco.

—Ven aquí y echa una mano, ¿quieres, Keat?

Wilde se rasca las coderas de su saco de pana gris, despellejados al extremo de la transparencia, y delega en Lucas Keating, hasta aquí un simple mirón, la misión de llevar la carga a la leñera. El anexo consiste en un cuchitril con techo de una sola vertiente, pegado a uno de los muros de la casa. Entre los bloques de leña brillan telarañas perladas de rocío.

—¿Recuerdas la cometa de Carrigan? —Keating menciona con evidente nostalgia, ocupado a la sazón en abarrotar la leñera. Su saco de casimir se llena entretanto de astillas y briznas—. Era todo un espectáculo verlo izar la maldita cometa mientras fumaba su pipa, ¿verdad, Jonas?

XII

Celebraron la partida de Keating al continente en la playa del faro, aprovechando uno de los escasos días sin lluvia del otoño de 1848. En realidad, solo se habían citado tres personas sobre la playa desierta. Carrigan fue el primero en llegar, y aguardó a los otros dos encumbrando su cometa, la melena canosa cayendo sobre la negra espalda, la pipa encajada plácidamente entre las muelas del juicio.

No transcurrió mucho antes de que Jonas Wilde se dejara ver. Descendía por la cuesta de la dunas, trasladándose a lomos del caballo de Feargus. La silueta del cometa se anticipaba desde la carretera rural, dando tumbos contra el cielo de plomo. Por su parte, Keating hizo el camino a pie desde el faro, pasando sus últimas jornadas en lo de su padre, la estrecha vivienda del farero.

Intercambiaron saludos a lo lejos, y se reunieron lentamente en torno del elevador de cometas. Carrigan pegó una calada a su pipa, se meció sobre sus talones, tironeó del hilo de la cometa, y expulsó por las narices una fumarola. Solicitó a Keating que sostuviera el carrete de hilo por él. Libre ya, Carrigan sacó su bolsita de tabaco y se reaprovisionó. Preguntó a los dos jóvenes médicos si no les molestaba compartir la pipa, a no ser que Keating hubiese traído consigo papel de fumar.

Keating negó con la cabeza.

—Compartiremos la pipa —confirmó—. Será como fumar una *calumet*.

—¿Cuándo zarpas de Liverpool a Nantes? —preguntó Wilde a Keating.

—Este sábado —dijo Keating, ahora en poder de la cometa—. No extrañaré nada de aquí, sin embargo.

—Y haces bien, Keat —dijo Carrigan.

El cura había consagrado los últimos meses a la instrucción de la joven sordomuda, una cierta Molly Ann. La chica debía de andar en los diecisiete, y había aparecido en el bosque de un día para otro. Una forma esquelética asomándose a través del follaje. Huérfana a causa de la hambruna y del desalojo de los inquilinos agrícolas. Carrigan podía imaginarse la historia. Una de tantas.

—Después de las clínicas de París, pienso cruzar el Atlántico y ver qué sucede allá —añadió Keating—. Estoy en contacto con otros militantes de la Joven Irlanda. Pero todavía no puedo decir mucho al respecto.

—Seguro, Keat —Wilde suspiró—. Te has convertido en todo un patriota.

—Noto cierta ironía —replicó Keating.

Carrigan pasó la pipa a Wilde y estudió el movimiento de las nubes.

—Basta, muchachos. Y tú, Keat, mantén arriba nuestra cometa.

La cometa ascendió en una rápida, ambiciosa diagonal. Keating tiró del hilo y este se cortó repentinamente. La cometa zigzagueó errática, y planeó en la dirección del faro. Los tres se quedaron mirando la trayectoria del bólido. Al cabo de un rato, la cometa terminó estrellándose en la explanada de la torre.

Keating acarició las puntas de su naciente bigote.

—Espero que no sea un presagio de mi próximo embarque —Keating chanceó con su humor de costumbre, aunque la broma pasó desapercibida para Wilde y Carrigan, quienes ya enfilaban la ruta del faro. Haciendo alarde de su habitual clarividencia, Lobo les había tomado la delantera: sus herraduras percutían sobre la arena apelmazada.

—Siempre me ha parecido curioso —intervino Carrigan, sin más panorama que las ancas de Lobo— que el centauro Quirón resulte ser el patrono mitológico de la cirugía. Cada vez que veo a Wilde montado sobre el animal de Feargus Lynch (me refiero a su caballo, no a Feargus mismo: lo anterior equivaldría a perpetrar unas de las bromas escatológicas de Keating, ¿no es así, Keat?), pienso en Quirón, es decir *Cheiron*... Ahí tenéis la etimología (odio ponerme etimológico a estas alturas): *cheir*, mano; *cheiourgein*, trabajar con las manos, es decir curar.

—Muy bien dicho, padre *Cheir*-rigan —Keat bromeó, incapaz de reprimir una de sus salidas, temeroso, en fin, de abortar los productos de su ingenio y reducir uno de sus chistes a un póstumo e irredimible *esprit d'escalier*. Todo tenía que salir de su mollera en el acto, pues de otro forma amenazaba con fermentar y engendrar una pesadilla—. He soñado últimamente con centauros —añadió Keating.

XIII

Despachan las últimas onzas de tabaco en lo de Molly, acurrucados alrededor del brasero. Ella revuelve el estofado de setas, armada con un cucharón labrado por el difunto Carrigan. Saca un embudo de algún sitio, al que luego siguen dos botellones de cuello ancho. Coloca el embudo dentro del gollete y después vierte dentro del cono la mitad del guiso.

La sustancia cae chapoteando y sube poco a poco.

—¿Llevaremos el estofado a la torre, entonces?

—Molly insistió en eso —explica Wilde—. Amarraremos los botellones a la grupera del caballo. Pierde cuidado, Keat. Lo digo en serio. Al menos ya tenemos algo que cenar. De la langosta solo quedan unos cascarones incomedibles, así que ya puedes despedirte del prospecto de *bisque de homard*. Claro, a no ser que quieras agregar a nuestra dieta los lupinos del faro.

—Lobo se enojaría, naturalmente. A nadie le gusta que le quiten su licor favorito. A propósito de lo cual... —Keating dice y se queda cavilando—. ¡Todas esas cápsulas de láudano! ¿Tienes pacientes con problemas de sueño? ¿Por eso tal cantidad de tintura de opio?

—Algo así —se justifica Wilde—. Analgésicos, Keat.

Cuando todo está listo, Molly toma un corcho y lo embute dentro de uno de los botellones, para después lacrarlo con esperma de vela. Reitera la operación con el

segundo recipiente. Se gira hacia sus invitados y se da a entender con una mímica ligera, entusiasta. Sostiene una palmatoria. La llama trepida en el aire viciado.

Keating escancia algo más de té, una taza más antes de irse. Solo una, piensa y entonces vuelve a mirar hacia la Biblia de Carrigan. Se despereza, estira sus rodillas y se traslada hasta el anaquel, empinándose de puntillas con tal de apresar el libro. Lo abre por una de la cintas.

—Lo de siempre —Keating murmura—. Apocalipsis 6, 5.

—¿Qué figoneas allí? —Wilde interroga desde su silla.

—El tercer jinete, ¿recuerdas? El jinete del hambre.

—Sería más interesante que revisaras las notas de Carrigan sobre el comercio de granos. Carrigan mismo había dejado de leer la Biblia poco antes de morir.

Un postigo tabletea a causa del viento. Lobo relincha fuera de la casa, sumergido en la luz que precede al crepúsculo. Una cucharilla tintinea dentro de un pocillo de té. Regueros de lluvia caen desde los aleros. Molly se arregla el flequillo castaño. La mirada dulce, indulgente.

—«¿Ya os vais?» —escribe ella sobre su pizarra.

La misma caligrafía del viejo blasfemo.

XIV

Muerta. Una máscara de carmín y polvos de arroz, pero aun así muerta. Había transcurrido una tortuosa víspera de fiebre, tercianas y expectoraciones, los bronquios reducidos a guiñapos. Avanzada la madrugada, Tess entró en un sueño pesado, sin duda ayudada por el opio. No volvió a despertar.

Wilde permaneció con ella, doce pocillos de té negro a lo largo de toda la noche. La mañana lo encontró cabeceando sobre una silla, sufriendo la resaca de vigilia. Las tías de Tess iban y venían, a la manera de un improvisado coro de tragedia. Instalaron la capilla ardiente en el dormitorio de la sobrina, y mandaron entonces por flores y cirios de iglesia.

La parentela decidió sacar la escasa platería desde sus cajones, y divulgar la triste noticia entre las relaciones de la casa. La gestión dio frutos instantáneos. De un momento a otro el lugar se llenó de caras lóbregas, compungidas, lacrimosas. Las ropas de luto producían un frufú hormigueante, sobre todo cuando uno de los invitados aparecía para tributar sus condolencias.

La afluencia de cotillas disminuyó a eso del almuerzo.

Desde los bajos de la casa subía un ruido de platillos tintineando, de conversaciones en sordina, de grandes suspiros teatrales. A solas con los despojos de Tess, Wilde se dio el tiempo de montar su cámara y capturar una última imagen. Los cirios ardían con una llama inquieta, como si se hubiera colado dentro una corriente

de aire.

La muerta yacía con las manos cruzadas. Wilde notó que faltaba la alianza de oro, pero juzgó absurdo plantear el asunto a las tías, considerando que ellas pagarían por las exequias. En cierta forma, la muerte de Teresa era un evento que todos deseaban, incluido el propio Wilde. No sentía culpa por eso. En realidad no sentía nada en particular, excepto un vacío anónimo y frío, tolerable.

La agonía había drenado como un sifón todo la ternura que Tess le inspirada, sin dejar nada a cambio. Una muerte sin agonía, pensó mientras arreglaba la placa fotográfica, debía resultar un horror incomprensible, algo así como una ecuación en un manual de química: un cambio de estado sin transición.

La agonía había permitido un cierto reacomodo, una negociación con lo irreversible. Durante los últimos días, en efecto, Tess misma se refería al evento con un fatalismo leve, casi humorístico, e incluso se permitía hacer planes respecto del futuro viudo, aconsejando ciertas rutinas, maneras de vivir solo, de ordenar ropas y comidas... Su amor siempre había tenido esa cualidad póstuma, desencarnada.

Wilde contó, reloj en mano, los minutos necesarios para la exposición de la placa. Pero el cálculo no alcanzó a consumarse debido a la intrusión de madam O'Rhea, quien se presentó anadeando sobre un par de muletas, el muñón de pierna escamoteado bajo la flotante arquitectura del vestido. Hizo una entrada aparatosa, y saludó a Wilde con una mueca dolorida.

Se propulsó con una paletada de su muleta izquierda, haciendo ostentación de una agilidad casi juvenil. Sus ropas irradiaban un tufo de lavanda añeja. Advirtió que interrumpía la sesión fotográfica. Esperó a que Wilde le acercara una silla. Miró a Tess, se sentó junto a ella, y posó su palma sobre la mejilla demacrada, helada, ajena. Habló en voz baja, como si temiera que Tess pudiese oírla.

—¿Por qué el reloj?

—La placa química —resumió Wilde.

—¿Es verdad que está hecha de plata?

—Nitrato de plata —dijo Wilde, lacónico.

—Hace gracia, ¿no? —madam suspiró—. Que la plata sirva para eso. Tal vez su única utilidad práctica.

—Sí, hace gracia.

Madam carraspeó. Sacó un pañuelo. Se miró las uñas.

—Vine a manifestar mis respetos —dijo.

—Algo más por lo que le estoy en deuda —Wilde respondió.

—Lo que me recuerda... Pero no. No es oportuno tratarlo aquí. Ahora.

Wilde cerró la valva del reloj. Se acercó a un cenicero y escogió la colilla más saludable de la colección. Prendió la colilla con la llama de un cirio. Echó una bocanada.

—Le pagaré a usted, madam O'Rhea.

—Sus cuentas, claro. Todos esos gastos. La enfermedad de la chica.

Madam O'Rhea negó con la cabeza.

—No es el momento, por supuesto.

—No es el momento —repitió Wilde.

—No vi a nadie de la familia de usted.

—Debe recordar que no soy del lugar.

—Naturalmente —dijo madam—. ¿Veló junto a ella?

Wilde señaló elocuentemente hacia las tazas de té, orladas de sarro.

—¿Fue una muerte apacible?

—Opio —explicó Wilde—. Generosas dosis de láudano.

Madam sonrió como si fuese a cometer una indiscreción.

—No ha preguntado por mi pierna mutilada —protestó sutilmente.

—Es evidente que ha cicatrizado bien.

—Condenada a una vida ortopédica. Nada mal.

—Nada mal —remedó Wilde—. ¿Se retira ya?

—Así es —dijo madam y se irguió casi sin esfuerzo.

Wilde observó casualmente las manos de la usurera, mientras ella se volvía a enguantar, dos mitones de encaje negro, quizá tejidos por ella misma. Eran las manos de siempre. Falanges nudosas, crispadas. Uñas recortadas y suaves.

Habría jurado que madam llevaba puesta la alianza de Tess.

XV

Salen y toman la ruta que los conducirá nuevamente al faro, bordean la playa desierta, sin otra presencia excepto las barcas volcadas, con los costillares al aire, recién calafateados. Un tufo de alquitrán, de madera cepillada y algas podridas asciende desde la orilla de mar. La sensación se acentúa tan pronto el bosque ralea y muestra claros a través de los cuales se vislumbra una franja de arena.

El camino es una fatigosa procesión de charcos que se comunican entre sí: manchas de tierra firme sobrenadan a manera de islotes, cada vez más distantes uno de otro. Pasada una cuesta, una segunda cabalgadura aparece avanzando desde el fondo del camino. Su jinete cobra entidad poco a poco: parece escurrir el bulto, escamotear la mirada.

Wilde lo saluda desde lejos.

—¿Y quién es ese? —pregunta Keating desde atrás, evitando resbalar desde la grupa llovida, aferrándose a las gualdrapas del caballo, los talones metidos en las asas de los botellones llenos de estofado.

—Pierde cuidado —murmura Wilde girando la cabeza—. Es solo Ignatius Moran, negociante de caballos, supuestamente un gitano auténtico, aunque a mí me parece un tipo del montón. Viene al pueblo año de por medio, a vender y comprar animales.

Moran refrena y se yergue en la silla, encaramándose sobre los estribos, un pulgar embutido en la hebilla del cinturón. Sujeto moreno, ojos grises y desorbitados, nictálopes. Bolsas bajo los párpados implacables. Las cejas formando un arco interrogador. Boina de pana calada de un lado. Pañuelo color poso de vino atado al pescuezo granuloso, herpético, de buitre sabio.

Se toca la visera de la boina a guisa de saludo.

—Buenas, caballeros.

Wilde detiene la montura.

—Buenas, Ignatius —replica—. ¿Qué te trae por aquí?

—Tengo un par de deudas —dice como escupiendo, guiñando involuntariamente con un ojo mortecino—. ¿Habéis visto a Carrigan?

Keating estira el cuello por encima del hombro de Wilde. Se siente especialmente ridículo de ir montado atrás. Comoquiera que fuese, la respuesta de Moran le hace un efecto anómalo, perverso.

—¿Deudas con Carrigan?

Moran asiente con un escupo.

—¿Lo habéis visto entonces?

Wilde acaricia las crines de Lobo.

—Carrigan murió hace un año —notifica por fin.

Ignatius Moran guarda un silencio hostil, desafiado.

—Eso no es posible —arguye—. Sé qué está vivo.

—¿Vivo? —Keating interviene repentinamente.

Moran toma su tiempo antes de responder.

—¿De regreso en el país, mister Keating? Lo hacía a usted en América disparando a los búfalos. ¿Todo bien por allá?

Keating apenas se da por aludido.

—¿Vivo? —reitera—. ¿Vivo dónde?

Moran suspira con un pujo escéptico.

—Vi sus signos en los árboles. Signos frescos.

—Pero Carrigan está muerto hace un año —insiste Wilde—. En cualquier caso, si tenías deudas con él puedes saldarlas ahora con su viuda.

—Conozco las marcas que hacía el viejo Carrigan. Los árboles están llenos de ellas. Todo el sendero. Y no las pudo haber hecho otra persona. Mucho menos Molly, la sordomuda. Las marcas alcanzan casi dos yardas desde el suelo. Tal vez subida a una silla, pero aun así no creo que Molly fuese su autora.

—Puedes ver su tumba en lo de Molly Ann —Wilde recapitula, ya sin interés de convencer al supuesto gitano—. Sin embargo, ¿qué deuda es esa?

Moran se aprieta una fosa de la nariz y expulsa con un bufido un esputo de flema. Chasquea la lengua, y tuerce una media sonrisa, dejando entrever una dentadura blanca, en donde brillan sendos caninos de oro.

—No se trata de dinero —se justifica—. Carrigan salvó a mi hijo.

Se inclina sobre el arzón de la silla, el vientre estrangulado por una chaqueta erizada de botones de nácar.

—¿Y cuándo fue eso? —pregunta Keating.

—Hace una semana de la curación. El crío se quemó la piel, y estuvo medio muerto durante meses, hecho una costra viva, sudando ícor. Se curó virtualmente de un día para otro. Casi sin cicatrices ni manchas. Excepto por una pequeña inscripción. Un estigma.

Moran desmonta y se acerca hasta Lobo con zancadas imperiosas. Soba la paleta del caballo y le pasa encima las uñas crecidas, agudas. Traza sobre la frente de Lobo una cruz invisible.

—Lo único que quedó de la enorme quemadura fue un estigma en forma de cruz, con un aspa levemente torcida. Igual a las marcas de Carrigan. Pero en el pecho, es decir sobre el corazón —añade y palmotea el cuello de Lobo.

XVI

Carrigan se internó en el abetal y permaneció allí preparando los cepos para liebres y perdices, el traje de pana parchado en rodilleras y coderas. Se detenía a intervalos, reclamado por alguna sospecha, y entonces dirigía una nariz escrutadora hacia el fondo del bosque. Había acechado largamente bajo el follaje resonante, solo armado con una navaja, las perneras embutidas en la caña de sus botas.

Imprimió una serie de marcas sobre uno de los abetos. A los pies de este había una madriguera de erizos de tierra. Siguió adelante y penetró poco después en la espesura de pinos. Manipuló la navaja contra la corteza estriada, reiterando la operación de un principio. Junto al tronco de la conífera prosperaba una colonia de setas venenosas. Se interrumpió. Oyó agitarse un macizo de arbustos a sus espaldas.

No tardó en ir a inspeccionar del otro lado de la zarza.

Una liebre adulta, gorda, tenía una pata pescada en uno de los cepos de Carrigan. Él mismo no recordaba haber puesto una trampa allí. La presa apenas si pataleaba: probablemente llevaba más de un día con la jarreta cogida en el cepo de ballesta. Se prosternó junto al animal y lo volcó panza arriba. Una hembra preñada. Carrigan deslió el cepo y dejó huir a la liebre, la que se alejó rengueando.

Se reincorporó y se quedó barruntando los vapores del pinar. Fue entonces cuando sintió que algo se rompía detrás de su esternón. Intentó una bocanada, pero el oxígeno era un flujo reluctantante. Las sienas bombeaban pesadamente, sus oídos zumbaban. Temió derrumbarse y caer muerto, pero el dolor pronto remitió. Solo quedó de él un eco lacerante, y sin embargo... Carrigan pensó que aún debía esperar la revancha.

Sufrió un segundo episodio al final de la batida en el bosque, saliendo de la

carretera al alfalfal vecino. Esta vez la angina de pecho no mostró misericordia. El ataque fue precedido por una angustia abstracta. Una hidra de imágenes que no acertaban a fijarse en su memoria. Levantó una mirada sin objeto. El sol espejeaba en las espigas de alfalfa. Todo regresaba a él.

Recordó los aposentos helados, luminosos, de la Gregoriana en Roma. Se vio a sí mismo joven, una gramática latina abierta entre sus manos, repasando las declinaciones de la palabra rosa. Recordó el cuello de Molly, sus brazos desnudos, tenues como los cartílagos de un ala. Sintió una plenitud física, casi estomacal, como si viniera de hartarse en una larga cena con amigos. Su primera misa, el acto de dar de comer a otro, la beatitud intensa, casi dolorosa, de ser el alimento de otro...

Cuando los niños removieron el corpachón al día siguiente, pasada la noche de lluvia, la alfalfa aplastada seguía el contorno del propio Carrigan: era un negativo, un molde... El tabernero llegó montado en una tartana entoldada, y remolcó el cadáver haciendo rodar el carro por la senda del molino, instalación que había sido asaltada y quemada durante los años de la hambruna. Carrigan yacía en la parte trasera de la tartana, rodeado por algunos de los niños salvajes. El cadáver lucía saludable y lozano, a semejanza de un cliente de la barbería.

XVII

El fanal ocupa casi toda la sala de luz, siete pies de altura, el aspecto de gigantesco ojo de mosca. Arriba, un ventilador o respiradero envejece mordido de salitre, destinado alguna vez a evacuar los humos de la combustión. Una cámara inferior encierra la máquina de engranajes que, inerte ahora, permitía años atrás la rotación de la lámpara.

Wilde bombea la pipa de Carrigan soplando a través de una comisura del labio.

—La torre lleva abandonada desde la Insurrección del 48, y la lámpara rotatoria no ha vuelto a trabajar desde entonces —comenta Wilde con un pujo de melancolía.

—¿Va en serio lo que dices? —Keating responde con un bufido desafiante—. Pues aun así creo poder arreglarlo. Sé que intentas desalentarme, Jonas. ¡Tú y tus cálculos! ¡Bah!, nunca has sido un buen cómplice. Te falta la ingenuidad de corazón que tiene todo criminal auténtico.

Se remanga la camisa histriónicamente y resuelve arreglar el mecanismo. Alega en su defensa que no debe tratarse de algo muy complicado, conque Wilde lo deja hacer, limitándose tan solo a observar mientras tira los restos de langosta por una escotilla acristalada. Las gaviotas se lanzan en picada a depredar los despojos.

Wilde apoya la espalda sobre la pared transparente.

—Bien, tenemos todo el día para eso.

—Basta de sarcasmos. Después de todo, soy el hijo del guardián del faro,

¿verdad? Mil veces vi a mi padre componer el eje y afinar la tracción de la cremallera. Será cosa de pegar un par de puntapiés y aceitar tal o cual pieza. ¿Sus herramientas estarán donde siempre?

—Nadie ha entrado allí.

—Pues basta con eso.

Keating emprende una veloz carrera escaleras abajo, de camino a la vivienda del torrero. Se mete dentro, descerrajando una puerta como hecha para un gnomo, con una ridícula aldaba de cabeza de león puesta encima, y sale de allí con un juego de llaves de tuerca. Wilde escucha los peldaños de hierro rechinar nuevamente, esta vez en la dirección contraria. Keating reaparece en el umbral, enarbolando una llave con una mueca triunfal. Se acerca al montante del fanal, y echa un vistazo a la entraña de engranajes.

Prolonga su examen con unos mugidos sentenciosos.

—Veo que nuestro amigo ha acumulado algo de orín —dice.

La referencia es acogida con escepticismo.

Sin esperar respuesta, Keating arrastra una silla hasta él, y se zambulle en la máquina con la llave por delante. Pierde unos cuantos minutos en un esotérico trajín, al que renuncia al cabo de poco, para redirigir su atención al cigüeñal inferior, ubicado en una especie de entrepiso. De alguna manera logra desmaterializarse y se escurre como una anguila hasta la planta de abajo. La manipulación con la llave produce una serie de chirridos tubulares, de dientes cerrándose, Keating convertido en una especie de solista virtuoso.

Parcialmente esfumado, de momento lejos de la vista de Wilde, el hijo del farero da un último retoque a sus buenos oficios con el eje, y logra ponerlo en movimiento, habiendo antes alimentado la caldera. Su mostacho no alcanza a dibujarse en la humosa atmósfera cuando, como un animal que despierta, la lámpara Fresnel empieza a girar torpemente. El cuarto se ilumina de luz que fosforesce como no lo hacía desde hace casi cinco años.

Los botellones llenos de estofado brillan en un rincón de la cámara octogonal, mientras Keating improvisa en su propio honor una falsa danza india. Brinca de aquí para allá dando zancadas de zarigüeya, ululando con una intermitente palma sobre la boca. La luz del faro cubre, a la sazón, una lenta circunferencia. Keating se detiene de súbito. Se quita el sudor de las cejas, dos líneas finas y oblicuas, con el dorso de una manga.

—¡He aquí un instante cosmogónico! —suelta exultante—. *Fiat lux*, muchacho.

Wilde prorrumpe en una carcajada nerviosa.

XVIII

Tras despachar su turno en el hospital rural, codeándose involuntariamente con los becarios llegados desde Dublín, penando entre largas caras insomnes, atravesando los pabellones de enfermos de tifus o difteria, Wilde se lanzó, exhausto al cabo de toda una madrugada en vela, por el camino que desembocaba en la triste encrucijada de casas y comercios que llamaban, no sin cierto orgullo local, el centro del pueblo.

Había acumulado suficiente frío en los huesos como para sentirse de una fragilidad de confitura, pero aun así se animó a echar un trago en lo de Feargus. Vio de lejos el caballo del tabernero, mal ensillado y con la collera ladeada, tascando el freno con gesto hipocondríaco, las orejas apuntando hacia él a manera de balizas de barco. Entró en la taberna y se sentó a una mesa, dejando a la clarividencia de Feargus la elección de lo que bebería.

No se molestó en observar a través de la ventana, ubicada providencialmente a la altura de su hombro izquierdo. Desfilaron por el recuadro, bajando o subiendo por la calle mojada, tres seminaristas en traje de domingo, aunque entonces fuese lunes por la mañana. Una racha inoportuna manteó las tres sotanas, obligando a los afectados a taparse las canillas al aire, implumes, y realizar unos aspavientos pudorosos y enfurruñados.

Su presencia no se había disipado del todo, cuando una carreta irrumpió y estacionó frente al portal de la carnicería, un sórdido local con una leyenda escrita por detrás de la vitrina. Patinado de vapor y grasa, el escaparate ofrecía el espectáculo de varias patas de cerdo amortajadas en parejas, sobre las que pendían decorativos festones de salchichas. Las patas semejaban un escuadrón de bailarinas empinándose de puntillas. O eso pensaba Wilde cada vez que se detenía a observar la poco apetitosa colección.

De la carreta emergió un desollado torso de buey, porteado sobre el hombro de un estibador pálido y enclenque. El enigmático bulto se perdió portal adentro, tragado por las fauces de la carnicería, las que pronto escupieron al estibador, tocado por una caperuza con aspecto de red cazamariposas, sus espaldas chorreadas de sangre de res. La carreta arrancó con el sujeto en el pescante, las ruedas traqueteando sobre los adoquines saledizos. Un grupo de niños salvajes acudió al lugar instantáneamente, conducidos allí por un perro pastor.

Era el perro vagabundo de la calle. Wilde se dignó mirar fuera.

—¡Hey, Feargus! ¿Esa que está ahí no es tu mascota?

El tabernero se volvió hacia Wilde. Carraspeó, se subió los pantalones y espantó una mosca. Se rascó las patillas cuadradas, pelirrojas, con una manaza regordeta, poniendo cara de intriga.

—¿De qué maldito perro hablas?

—Pues ese —Wilde insistió, apuntando con un dedo al exterior—. Husmeando frente a la carnicería de Pip Donahue. ¿O no lo ves?

Feargus se enderezó y trasladó hasta la mesa de Wilde, llevando consigo una pinta de malta para su cliente. Colocó la jarra sobre el tablero grasiento, tapizado con

viejas ediciones de periódicos, y oteó en la dirección aconsejada, el cuello ocupado en una tortuosa elongación.

—Bien, es el perro, claro. Pero aún no lo he adoptado. Solo viene aquí a que le tiren un hueso. ¿Y qué hacen los chicos alrededor de él? ¿Mendigar?

—Hacen apuestas para saber quién tiene la pija más grande... ¡Qué importa lo que hagan, Feargus! Bueno, gracias por el trago.

—No agradezcas —Feargus suspiró con un boqueo arrastrado—. ¿Alguna noticia de Keat?

—El épico, rocambolesco Lucas Keating... Ni una puta línea.

—¿Se ha enterado de la muerte de Tess?

—Se lo conté en una carta.

—Hmmm —Feargus zumbó—. Nada bueno. ¿Se te antoja algo más?

Wilde miró su jarra de cerveza mientras Feargus se golpeaba una nalga con un rollo de periódicos. Debía tratarse de una copia del *Freeman's Journal*, a juzgar por la cenefa historiada que asomaba en el borde superior del pliego. Afuera, en la calle, el carnicero había salido a espantar a los chicos con un fantasmagórico machete. El perro corrió a refugiarse en lo de Feargus, el pelambre pulgoso pegado a la puerta de la taberna.

—Tengo suficiente —se excusó Wilde, percutiendo un par de uñas contra la jarra de estaño—. Solo me quedaré aquí, junto a la ventana. Tomaré la corriente de aire que se cuela por el visillo hasta acalambarme. Es toda una tradición.

—Así veo —dijo Feargus—. Te ofrecería algo de comer, pero ya sabes que solo tengo en bodega un costal de papas florecidas, llenas de ojos. Ir allí es como entrevistarse con Argos en persona. ¿Nunca has tenido la sensación de ser observado por un montón de tubérculos?

—Sí, a menudo —dijo Wilde y apuró una risita de hiena—. Especialmente cuando acabo de beber un tonel de whisky.

Feargus se volvió a golpear la nalga con el rollo de periódicos.

—Lo tomaré como un cumplido —dijo y se marchó de regreso a la barra.

Wilde se acodó sobre el borde de la mesa y echó unas cuantas cabezadas junto a su cerveza. No tardó en adormilarse, arrullado por la lectura ociosa y tangencial de los avisos del periódico, el papel tendido allí enfrente a manera de mantel. Reparó en la existencia de un par de columnas sobre la cosecha de agosto último. Noticias optimistas, pues prácticamente no se registraban rebrotes de la plaga ese año, *Phytophthora infestans*, esa vieja conocida...

Otros avisos y notas comerciales celebraban curas contra las callosidades de los pies, partituras de piano, figurines de ropa de mujer, debates parlamentarios o alquileres de recónditos caseríos. Consumió las noticias con un flojo aleteo del párpado. El rumor del mundo ascendía hasta él cruzando a través de capilares inconscientes, porosidades de una mente extenuada. Fue entrando así en un sueño gradual y consolador, sin por ello dejar de estar anclado a su realidad inmediata.

Sabía que soñaba, y esta garantía daba a su sueño una calidad turística e inofensiva.

Visitó un limbo poblado de bruma, entre cuyos jirones más densos anidaba una entidad móvil. La sombra evolucionó y cobró un relieve cada vez más preciso. De pronto tenía ante él un caballo. O más bien solo su cabeza, la que se proyectaba sobre un cuerpo todavía ahogado de niebla. El caballo tenía un lucero blanco sobre la frente. Wilde se acercó para acariciar la mancha de pelaje más claro. Deslizó su palma derecha sobre la marca, alisando una piel mullida y húmeda.

La epifanía duró solo un segundo, frustrada por el golpe que dio Feargus con su rollo de periódicos sobre la mesa de Wilde. Este abrió los ojos y miró al tabernero como si no lo conociera. Feargus traía un plato de papas fritas en la otra mano.

—Perdón. Solo trataba de apachurrar una mosca. Lástima que no la he pillado. Bueno, tal vez para la próxima. En fin, Jonas, ¿puedes hacer sitio allí para esto? —dijo y señaló la provisión de papas fritas.

El impertinente depositó el plato entre los codos de Wilde. Se aprestaba a renovar la charla, cuando su fisonomía sufrió un súbito trastorno. Clavó la mirada en un punto de la mesa. Wilde persiguió el objetivo de aquella mirada, y él mismo acabó convergiendo sobre su puño derecho. La expresión de Feargus pasó de la sorpresa a la irritación.

—Diablos, Jonas. ¿Qué tienes ahí en la palma de la mano? ¿Es que alguien te ha puesto una plancha caliente encima? ¿O has cogido un carbón encendido sin darte cuenta? Mírate esa mano. Ampollada. Una enorme burbuja de suero, secretando hiel y linfa... No lo había notado antes, pero veo que tú tampoco. Aguarda. Pondremos una media libra de manteca fría sobre la quemadura. Y envolveremos todo en papel de periódicos. Tengo experiencia con estas cosas. Tal vez más que tú.

Wilde contempló la llaga. Intentó justificarse.

—Pude haber cogido un cauterio por el lado equivocado.

Pero ni él mismo se tragó la explicación. Sí, había debido cauterizar a un paciente durante su ronda nocturna, pero no admitía la posibilidad de una quemadura sin un simultáneo ramalazo de dolor. Había ingerido una cantidad muy poco recomendable de opio líquido, pero esto no era excusa, claro que no. En efecto, el opio no podía obliterar el pinchazo del fuego de manera absoluta.

Recordó el lucero cruciforme sobre la frente del caballo.

—Olvídalo, no es nada.

—¿Puedo sentarme contigo? —preguntó Feargus.

La llaga comenzó a hormigear y latir. El dolor, hasta entonces dormido, se removió y embistió con la fuerza que, sin duda, solo podía surgir de una paciente incubación. Wilde trepidó y buscó algo en qué fijar su vista. El malestar se tornaba tan intenso que le impedía escuchar lo que Feargus tenía que decirle. Procuró leer sus labios, tal como Molly solía hacerlo.

—¿Seguro que estás bien?

—Sí, seguro —mintió Wilde.

Feargus se sentó al frente. Sacó un cuaderno desde un bolsillo de su chaqueta. Se lo enseñó a Wilde.

—¿Qué crees que tengo aquí?

—¿El *Diario* del padre Carrigan?

El tabernero asintió con una titilación del labio inferior, dejando ver la dentadura intermitente, las piezas encajadas piadosamente en una mucosa sangrada. Wilde lo observó un segundo. Luego su mirada vagó sin objeto hasta tropezar con la espalda de otro de los parroquianos. Todo indicaba, a juzgar por la boina y la mano llena de anillos, de que se trataba de Ignatius Moran, el autoproclamado gitano.

Moran torció la cabeza al percatarse de ser observado. Levantó su jarra a manera de saludo, sus anillos ceñidos contra el asa de estaño. Wilde replicó el gesto.

Feargus bajó la voz y se dirigió a Wilde en privado.

—Viene a saber de Lobo, el percherón que está allá fuera.

—Fue una buena compra —Wilde susurró—. ¿No es así?

Feargus aprobó con una media sonrisa. Volvió a ocuparse del *Diario* de Carrigan, pasando las hojas con un pulgar. Lo abandonó sobre el tablero. Se irguió como si se sacudiera la herrumbre de los huesos.

—Iré a buscar la manteca fría para tu mano, Jonas. Tú mientras puedes hojear el cuaderno de Carrigan. Esa herida se ve algo mal, muchacho. Ya sabes. No puedes ir por ahí tocando estufas calientes. Y además: llevas aún el estetoscopio encima. Luces un tanto ofuscado. Tal vez sea el opio, así que, bueno, solo ten cuidado. Y disculpa por ser en cierta forma un aguafiestas.

—Mi persona llegada de Porlock.

Feargus arqueó la ceja derecha. Parecía no comprender.

—¡La manteca! —dijo Wilde—. Te debo una, Feargus Lynch.

XIX

Kearing se toca los bolsillos del saco, demorándose en el preámbulo de un cigarrillo. Se percata con un mohín de fastidio de que se ha olvidado el papel de fumar. Mira a Wilde con cierta urgencia.

—Me he quedado corto de papelillos. ¿Tienes aún la pipa de Carrigan?

—Justo acá en el bolsillo —dice Wilde y exhibe la pipa ante Keating—. No suelo traerla conmigo. Corres con suerte, ¿eh, peregrino?

El haz gira monótono, encandilando a su paso a quienes se le ponen de por medio. La tracción del eje, alimentado por la caldera del cuarto de máquinas, se sacude lentamente de encima los años de abandono, la tediosa hibernación. Keating entretiene ociosamente la boquilla de la pipa entre sus muelas.

—*Olim periculum nunc salus* —recita con aire de oráculo, mientras se golpea las

palmas entre sí, felicitándose por el trabajo recién hecho—. ¡Antes el peligro, ahora la salvación! ¿No es ese el lema de todos los faros? Mi padre solía repetir la frase al tercer whisky. Era la única forma de puntualidad que se permitía. Un entrañable cirrótico, el viejo Keating, mi progenitor... Un antiguo inglés perfectamente aclimatado en la Isla. *Hibernior*, ya sabes. ¡Más irlandés que un irlandés auténtico! —explica Keating con un gallito en la voz—. Hubiera deseado donar su hígado a la ciencia. Rescatado de la autopsia el órgano habría hecho un excelente tapete. ¡Lo resistía todo! Una válvula etílica.

El observatorio nada en una luz tan intensa que la oscuridad exterior, por un natural efecto de contraste, luce todavía más negra. El mar deja ser visible, y se transforma así en una dimensión puramente auditiva. Una música vasta y terrible, que parece surgir desde dentro de la cabeza.

Keat enciende la pipa con una astilla.

—La tendremos que compartir —dice aspirando el humo.

El haz del faro incendia las dunas. La playa tiene un aspecto lunar, cadavérico. Una mancha fosforescente se desliza sobre las olas. Las gaviotas han parado de graznar. Comienza a sentirse un frío de losa. La cazoleta de la pipa descansa dentro del cuenco de un puño. Keating vuelve a aspirar, y luego le entrega la pipa a Wilde.

Wilde muerde la boquilla, y después apunta con esta hacia Keating.

—El tabaco prende bien.

Keating aprueba el comentario con una torsión de su mandíbula.

—Es la humedad del país. El tabaco seco siempre arde mal —dice.

El haz incide sobre el rostro de Keating, lo convierte en una sombra blanca, una intermitencia plana y sin relieves. Por supuesto, el fenómeno no tarde en repetirse. Ocurre cada veinte o treinta segundos. Sin embargo, el ciclo se hace cada vez menos molesto. Los ojos se acostumbran a él rápidamente.

Wilde piensa que él también debe resultar para Keating otra sombra.

—Tal vez no fue buena idea ver aquel par de tumbas —dice Wilde.

—No, todo lo contrario. Debía saludar a esos dos en algún momento.

La luz del fanal insiste en su contrapunto. Se hace leve, hipnótica.

—Te confiaré un pequeño secreto —añade Keating entrelazando sus dedos por sobre su nuca, los brazos estirados atrás—. El pasado siempre está allí. Sigue ocurriendo aunque uno le dé la espalda y le eche paladas de tierra por encima del hombro. El pasado fermenta, madura en silencio, crece aun cuando lo crees muerto. Y con esto no quiero decir que el pasado sea lo mismo que la memoria, ese fantasma circular. No, para nada. Ni siquiera creo que tenga lugar propiamente en la mente.

Wilde se pasa la boquilla de la pipa de una hilera de muelas a la otra. Escucha sin prestar mayor atención. Deduce que los espíritus del licor ya le han embotado la cabeza al visitante de ultramar. Ve a Keat sacar su peine de concha de tortuga, dedicándose a jugar con él mientras habla. Su amigo se nota algo borracho, aunque de un modo enfático y defensivo, como si realmente lo fingiera.

—Sospecho que el pasado sigue vivo como tú o yo estamos vivos. De hecho, es el presente lo que me trae problemas. No es algo que haya cuajado del todo. Hoy mismo, por ejemplo. Todas esos futuros incubándose, esperando para saltarte encima. En cambio el día de ayer. ¡Por Dios, Jonas! He aquí una cosa sólida, neta, que incluso tiene la dignidad de rechazarte, de ponerte en perspectiva.

—No des la lata, Keat. ¿Ayer? Pues el ayer es lo que ya fue.

—¡Como si fuese tan fácil! ¿Cómo puede ser eso historia, letra muerta, una fecha tachada? No acabo de tragármelo. Pensándolo bien, el ayer debió haber derivado simplemente a una existencia furtiva. Medra oculto en una excitante clandestinidad. Prospera, se agiganta, respira como una gran ballena y lanza lenguas inquisitivas a la superficie. Yo vivo en el ayer, Jonas. Soy el nuncio papal del ayer.

—«Llamad al ayer. Decidle que vuelva».

—¿Y a quién pertenece la cita esa?

—*Touché, monsieur*. Tu querido Shakespeare en *Ricardo II*.

—¿Sabías que el bardo era un católico papista?

—Solo falta que defiendas que Shakespeare participó en el Complot de la Pólvora de 1605, junto a Guy Fawkes y su pandilla vaticana... Lo que digas, Keat, pero de momento evita fastidiarme.

—No me tomas en serio. Y con razón. A veces pienso que no tengo talento para decir la verdad. Se me da mucho mejor la fantasía, el eufemismo, el retruécano, las evasivas... ¡En cambio tú!

—¿Qué hay de mí?

—Nada, olvídale. Es solamente esa, ehem, sí... Honestidad pueblerina.

—Gracias por el cumplido.

—Porque es un cumplido, créelo. Personas como tú son la sal del mundo.

—Al grano, Keat.

Keating suspira.

Todo él se convierte en un pulmón, un túnel de aliento.

—He robado dinero —confiesa—. Y lo peor es que no he hecho nada con él. Ropa, viajes, hoteles, un par de amantes... Dinero de la Causa —afirma, la mirada de sabueso se humedece, la comisura del labio titila y parece desahuciar un esbozo de sonrisa—. He estado gorroneando todo este tiempo. Un parásito dorado, si lo quieres ver así. He hecho mis sacrificios, cierto, una que otra renuncia, aspavientos patrióticos, política en do menor, heroicas gesticulaciones *pour la gallerie*, actos de ventrílocuo. Nada serio, Jonas.

—Sin embargo, no veo por qué me has tomado de confesor.

—¿Confesor? ¡Vaya! Es cierto. Lástima, Jonas. Pero eres el único amigo que me va quedando. ¡En fin! ¿Tienes algo de tabaco en tu bolsillo mágico?

Wilde niega con la cabeza. Pega una última aspiración.

—Debiéramos despedirnos, Keat.

—Aguarda —interrumpe Keating intentando disuadirlo—. Prometiste viajar al

Río de la Plata.

—¿Con las recomendaciones de quién? ¡Vamos, Keat!

Keating recupera algo de su compostura anterior.

—Ya compré tus pasajes de barco. Liverpool, Lisboa, Río...

—Bueno, pues los perderás. No tengo tiempo —Wilde suspira y parafrasea a continuación un pasaje de Swift— para oír tu modesta propuesta... Además, carezco de pasta de antípoda.

—No entiendes... ¿Recuerdas la última charla con Carrigan? ¿Recuerdas de qué habló entonces? Había esos caballos salvajes en el fin del mundo. Carrigan leía las memorias de un par de jesuitas, misioneros en la Patagonia... Miles de cimarrones galopando en un país interior del tamaño de tres Irlandas.

—¿Y qué hay con eso?

—Libertad, Jonas. Has hecho mucho aquí. Ya es tiempo de que busques un lugar bajo el sol. Bajo un sol distinto.

Keating extrae desde el forro de la chaqueta un sobre de papel de manila, la aleta superior sellada con lacre. Se abanica con el pliego. Desiste del ejercicio y luego extiende el sobre a Wilde.

—Toma esto. Son tus recomendaciones —le notifica.

—¿De quién? —titubea Wilde—. ¿Y para quién?

—Solo importa el destinatario: Juan Manuel de Rosas —dice Keat.

—¿El dictador Rosas? ¡Dios!, Keat... Esas sí son relaciones influyentes. Tess solía hablar del fusilamiento de la chica O’Gorman, una hija de irlandeses que huyó con un cura argentino... Tu amigo Rosas no vaciló en mandar al escuadrón de fusileros para que acribillaran a la O’Gorman, aun cuando la chica estaba embarazada. ¿Y tú me quieres enviar allí precisamente? ¡Dios!, Keat. Al menos deja pensarlo.

Keating guarda el peine de carey, después de rastrillar sus amplias entradas, alisándose el pelo negro, color de cuervo.

—Ha sido bueno hablar contigo, Jonas Wilde.

La lámpara continúa parpadeando, observando la órbita de costumbre, pero ahora la marcha parece rezagarse. Se deja oír una crujidera de quincalla, de cadenas arrastrándose. Simultáneamente, la caldera de carbón lanza un menguante eructo desde el cuarto de máquinas. El rayo cruza entonces por encima de Keating, y lo sorprende reincorporándose, congelado en el gesto de arreglarse los puños de la camisa.

A la otra vuelta, la luz lo enmarca contra la cristalera panorámica.

La próxima imagen hace presagiar lo peor: Keating vacila parado sobre la cornisa de la torreta, de espaldas a Wilde, como si fuese a practicar una zambullida. Luego la luz deja reflejarlo, y solo persiste la vibración de una ausencia. El viento golpea contra los cristales empañados de sal. Olor de aceite de lámpara, algo podrida, yodo esfumado.

Keating acaba de saltar por sobre la pequeña balaustrada de hierro.

Cuando Wilde se acerca para ver, sacando medio cuerpo afuera, cree discernir una mancha humana sobre la explanada del faro. El suicida vegeta despatarrado junto al macizo de lupinos, los ollares del caballo husmeando en la caracola de una oreja. Mientras tanto, el rayo del faro da sobre la nuca de Wilde, frenando paulatinamente su rotación hasta que se detiene por completo. El haz, fijo ahora, se proyecta sobre el vientre del océano.

El sombrero de Keating rueda sobre la playa a merced de una ráfaga.

XX

Descifró no sin esfuerzo la letra del padre Carrigan, avanzando unas cuantas páginas del cuaderno. Leyó allí, en renglones apremiados por una glosa seca y nerviosa, sobre las opiniones del Real Tesorero defendiendo la suspensión de las importaciones subsidiadas de maíz a la Isla, transacciones intermediadas por la Banca Baring... Revisó entonces, llevado por el azar, los apuntes de Carrigan sobre el crecimiento de las sucursales bancarias inglesas (intercaló un bostezo) a través de toda Irlanda, las que permitían (otro bostezo) recolocar las rentas de los terratenientes enriquecidos por la creciente demanda de granos durante las Guerras Napoleónicas, distrayendo así (nuevo bostezo) la inversión de recursos en el campo.

No contento con eso, Carrigan había transcrito tablas de reportes agrícolas y extractado varias columnas del *Times* de Londres, en especial las que relataban episodios de antropofagia o motines en las naves de la diáspora. Entre la serie de transcripciones destacaba una en particular, tachada tal vez por razones de decoro, de modo que Wilde solo pudo intuir su contenido después de una ardua inquisición. Se enteró así del caso de una joven que arrastró el cadáver profanado de su madre por tres días, vagando por los caminos en busca de una sepultura, hasta finalmente morir ella misma.

En mitad de la lectura lo volvió a interrumpir Feargus, esta vez trayendo consigo la manteca que había prometido. El tabernero aplicó un pegote de sebo frío sobre la quemadura de Wilde. El contacto le deparó un bienestar inmediato.

—¿No has recibido noticias de Keating?

—No últimamente —respondió el herido.

La palma quemada reposaba dentro de una crepitante col hecha de periódicos.

Segunda parte

«...causando así horror entre los caballos».
Anábasis I, VIII

I

Aguarda arrellanado sobre un sillón de jacarandá, sus brazos sobre los brazos del mueble, acomodándose ansioso. Se ha trasladado hasta el palacio del dictador, un cortijo con una mansión de una sola planta, yendo a bordo de una bamboleante calesa de pago, las ruedas crujiendo a lo largo del empinado camino de macadán.

Wilde consulta su reloj, traga saliva, se apoya en un codo y luego en otro. Sobre su rodilla descansa un sobre sellado con una carta de recomendación, esquila suscrita por un distinguido comerciante irlandés residente en Buenos Ayres, adicto obviamente a los Federales de Rosas. Se abanica con el rectángulo de papel manila. Sus dedos tamborilean sobre el brazo del sillón.

La antesala de su recepción se extiende por más de dos horas, plazo que Wilde renueva con irritados suspiros. Se embolsa el reloj y mira hacia la puerta del despacho del canciller. Cree haber perdido el tiempo. Se dispone a abandonar la cita cuando alguien entorna la puerta, y asoma a través del quicio una pequeña cabeza de camafeo.

El individuo no es otro sino el canciller Arana, jurisconsulto educado en Santiago de Chile, un sexagenario patricio de provincias, flemático y meticoloso. Arana llama a Wilde con un braceo cansino, mientras a sus espaldas se abre la perspectiva de una habitación aún más grande. Wilde acude al punto, cruzando a través del parque asoleado.

Entran a la oficina del canciller, una sala escasamente decorada. Todo el lugar nada en una radiación plácida y veraniega, aunque cuesta precisar la fuente exacta de aquella luz. Un insolente espejo veneciano ocupa uno de los muros de *scagiolla*. La reunión se desarrolla teniendo en frente el simulacro de la misma reunión.

La lámina replica el vasto escritorio de Arana, aunque es otro hombre quien preside sobre él. Mamotretos y legajos ministeriales se apilan en la mesa, cuyo cotidiano registro ha terminado, sin duda, por alabear la espalda del canciller. En la práctica, Arana se mueve como si escondiera una minúscula joroba, tal vez una vértebra anquilosada.

Curiosamente, Arana no ha tenido la delicadeza de presentarlo al hombre sentado, y este tampoco se ha dignado a levantarse, mucho menos saludar. Todo hace pensar que se trata de Juan Manuel de Rosas en persona. El presunto dictador cultiva una actitud distante y reservada, echado atrás en un sillón de tafetán rojo, jugueteando entretanto con una fusta de equitación. La complexión oscura, alucinada.

Wilde hace el amago de entregarle la carta al canciller.

—No tiene importancia, señor Wilde. Sabemos perfectamente de usted. Necesitamos médicos en la República, pero sobre todo funcionarios leales. Me preguntaba si, como servicio a su patria de destino, discutiría con nosotros la posibilidad de una asignación en la Pampa, es decir, en el desierto. Confío sea usted un hombre que pueda dormir al sereno y pasar un par de días sin afeitarse.

El conjetural dictador aprueba la alocución del canciller con un mugido en sordina. El probable Rosas tiene la guerrera desabrochada, los flancos abiertos y flojos, el abdomen amortajado en una camisa dos tallas menor. Levanta la fusta y la golpea contra el borde del escritorio, el gesto de un director de orquesta exigiendo un ataque de violines. Con la otra mano se mesa una barba entrecana.

Wilde observa por el rabillo hacia el espejo. El cuadro humano no deja de causarle gracia. Ahí está él, Jonas Wilde, un matasanos salido de la hambreada Hibernia, a punto de recibir la investidura de espía por parte del plenipotenciario de un país apenas boceteado en los mapas.

Arana reanuda su explicación.

—Será un trabajo difícil, ya lo creo. Pero considérelolo una misión civilizadora. Curar a los indios. En especial a su cacique, un cierto Calfucura. Un tipo listo, todo un estratega. El sujeto se ha aliado circunstancialmente con la República, y hemos rubricado unos cuantos pactos con él. Nada de mucho valor, sin embargo. Hombres leales, ¿recuerda? Pero ya tendrá tiempo de conocer el carácter de esos salvajes, ocupados crónicamente en secuestrar mujeres blancas y ganado. Pues bien, entraré en materia. Tememos que los agentes del Partido Unitario coopten a este Calfucura, un caudillo araucano proveniente de Chile, y hagan que la indiada conspire contra nosotros. Es una guerra, señor Wilde. ¿Alguna pregunta?

El canciller Arana se tira las mangas de la levita, y ancla un pulgar en el bolsillo de la chaqueta. Wilde sofoca un tosido contra una cadena de nudillos. Aprieta el puño, después lo relaja paulatinamente. Tiene una única pregunta.

—Si muero en la Pampa, es decir, en el desierto, ¿hay alguien que pueda beneficiarse con una pensión de supervivencia? Una gratificación póstuma, en honor a los deberes cumplidos. Espero comprenda. Es un escrúpulo legítimo.

Arana se rasca una oreja, adoptando una expresión melindrosa y superciliosa. Golpea el parqué con la punta del zapato. Luce un tanto intrigado. Escruta a Jonas Wilde con aire miope, tomándose todo el tiempo del mundo. Envidia el espíritu práctico del joven médico, aunque prefiere fingirse levemente ofendido.

Mientras, atrincherado tras el abultado escritorio, el dictador Rosas, o quien parece serlo, dirige la fusta hacia una pila de portafolios y con un capirotazo hace caer toda la columna. Las carpetas se dispersan como una baraja. Increíblemente, la flagrante descortesía pasa desapercibida para el canciller.

Arana prepara una respuesta para Wilde.

—¿Hijos? ¿Alguna viuda? ¡Hmmm! Pues bien, supongo que podremos llegar a una solución que satisfaga a todos. Pero no perdamos tiempo. Ya podrá arreglar los detalles del caso con el señor De Angelis, nuestro cosmógrafo de palacio, si permite que haga una broma inofensiva a costa de un ausente.

Manuel de Rosas se levanta del sillón. A juzgar por su semblante, lívido de hastío, parece haber dado por concluida la audiencia. Ya de pie, abrocha los botones de la guerrera y se cala un bicornio de general, una cosa emplumada y fúnebre. El

accesorio proyecta sobre su frente un negro espolón. Se arregla los entorchados del cuello y esponja su barba.

Se acerca a Wilde y lo toca con la fusta, como si practicara con él una *accolade*. Sin más ceremonia que esta, el general desaloja la sala y se pierde en la galería contigua. Wilde y Arana permanecen en el despacho por un rato más, reflejándose en el vigilante espejo. Picado por la curiosidad, Jonas Wilde pregunta al canciller si don Juan Manuel de Rosas se ha hecho una idea adecuada de su persona.

Arana no pretende ocultar su sorpresa.

—¿Quién?

—Rosas —insiste Wilde.

—¡Pero si él no lo conoce a usted! ¿Cómo podría?

—Acaba de estar aquí —explica Wilde.

—Se confunde, querido amigo. Era solo Eusebio, el bufón de palacio.

—¡Dios! Pensé debía ser el propio Rosas, o bien uno de sus generales.

—Pues en eso último no se equivoca —Arana dice y esboza una sonrisa obsecuente—. Para escandalizar a los enemigos del régimen, don Juan Manuel de Rosas ha conferido el rango de general de la República a ese pobre diablo. Y no es un grado militar puramente simbólico. Muy pronto verá usted a Eusebio desfilar con su destacamento a lo largo de las alamedas de Palermo. Por otra parte, ¿acaso no se percató de que se trataba de un cuarterón, un pobre mulato?

II

Avanzan a través de una galería descubierta. El canciller va por delante, un conspicuo rollo de tela bajo el brazo. Pisa sobre la extensa losa con una aristocrática marcha de pingüino. El extremo posterior del rollo pivotea en el hueco de la axila del señor Arana. Este se detiene ante la penúltima puerta del corredor. Golpea con sus nudillos.

Hace un aparte para cuchichear con el irlandés.

—¿Está listo para entrevistarse con el restaurador Rosas?

Wilde cabecea aquiescente. Oye correr agua del otro lado.

Enseguida alguien acude a abrir. Una criada negra. Joven, cargada de tetas, un turbante blanco sobre la cabeza modosa. Su piel posee un tinte tan intenso que despide un tornasol azul en las partes blandas. Wilde se la queda mirando largamente: jamás ha estado tan cerca de una mujer de color.

La sirvienta inclina el turbante y se encoge en una rápida venia. Detrás de ella emerge el perfil masivo de una bañera esmaltada, con grandes patas de gárgola en pan de oro. El solitario bañista levanta una mano e invita a los caballeros a entrar.

Arana se cuadra ante el hombre en la bañera.

—Déjese usted de formalidades, amigo Arana.

El dictador se remueve dentro de la tina. Acaba de dirigir al canciller un gesto negligente y despreocupado, cuya reverberación también alcanza a Wilde. Los precede en la audiencia, sentado a la sazón en una banca de terciopelo, el erudito Pedro de Angelis, criatura de una fealdad jovial y cínica, casi seductora. De Angelis termina de hojear la edición de hoy de *La Gaceta Mercantil*, periódico que él mismo publica. Descifra con un bisbiseo los partes meteorológicos, los movimientos de naves en el puerto, los cambios de moneda y las entradas diarias de ganado en la ciudad.

Tan pronto se percata de la irrupción del canciller y del otro joven, se levanta y brinda un apretón de manos a cada uno de ellos. Sus relaciones con Rosas han evolucionado desde una vieja antipatía a una tensa simbiosis utilitaria. La menor fricción podría electrizar el ambiente.

—De modo que usted es el irlandés —De Angelis sugiere desafiante.

—Eso dice mi partida de nacimiento —contesta Wilde.

De Angelis suelta una carcajada, y luego se gira para enfrentar al tritón de la bañera, como para comentar la licencia humorística del recién llegado. Rosas resopla y se moja la cara rubicunda con una esponja, sin prestarle mayor atención a De Angelis. El dictador dirige una mirada somnolienta al irlandés, el cuerpo sumergido en el agua jabonosa.

—Pues es un gusto, señor Wilde.

Wilde experimenta una trivial epifanía. Esa cara la conoce de antes. El mismo casco de pelo rojo y denso. Las patillas cayendo hasta insinuar una sotabarba. La nariz afilada y enérgica. La faz mofletuda y sanguínea, con flores de ponche en las mejillas abotargadas. El conjunto trae a su mente al remoto Feargus, echado sobre la barra de la taberna en alguna encrucijada de Galway.

Se inclina y saluda al avatar sudamericano de Feargus Lynch.

—¿Cuántos hombres ha matado? —pregunta Rosas sin mayor pudor.

Wilde vacila. Mira de soslayo al canciller, luego a De Angelis.

—¿Perdón, señor restaurador? ¿Matar? Es decir, ¿matar a quién?

—No se asuste, carajo. Me refiero a los obituarios que ha producido su vocación con el bisturí y la farmacopea. ¿Diez, veinte bajas? —el dictador sonsaca a Wilde mientras la criada negra se agacha para ordenar un montón de ropas. La joven viste un tubo de tela blanca ordinaria, enfajado a la altura del seno. Se moja los labios a cada tanto con su lengua.

Wilde vuelve atrás, se eclipsa, titubea, toma aire, responde.

—Muertos, ya veo de qué habla. Mis muertos. ¿Diez? ¿Veinte? No, señor. El número es vertiginoso. Pueblos enteros vaciados en el curso de semanas. Demasiadas cruces en la carretera. Cuerpos bañados en cal a falta de ataúdes. Hambre, señor. He visto osamentas que aún respiraban. ¿Diez? ¿Veinte? Más, señor. Mucho más. Y un bisturí, temo decir, sirve menos que un pala de sepulturero.

Se hace un silencio. El canciller estornuda repentinamente.

—¿Dónde aprendió usted español? —el restaurador interroga.

—En Irlanda. Con un sacerdote educado en la Gregoriana de Roma.

—¿Sabe montar?

—Sí, señor.

—¿Sabe disparar?

—No, señor.

—Mejor así. ¿Pero sabrá pelear a cuchillo, por lo menos?

—Sé cómo cortar un cuerpo —Wilde apura un sobreentendido.

—De abajo hacia arriba. La hoja en las entrañas. Luego gira un poco.

Rosas reflexiona en voz alta, aposentado en la cabecera de la tina, los brazos regordetes extendidos sobre los bordes esmaltados. Su diestra describe el empleo de un cuchillo imaginario, pero la maniobra no termina de convencerlo, no parece lo bastante elocuente. Suspende la lección para pedir paternalmente a la criada que le alcance el suyo, guardado allí entre sus ropas.

—Acero fraguado en Sheffield. El espesor de una uña de mujer... ¡Ah, esos ingleses! —dice Rosas, juzgando la gravitación del cuchillo, aquella formidable daga manufacturada en las acerías de Sheffield, y entonces desliza su pulgar sobre la muesca de filo falso, ubicado en el dorso de la hoja—. Porque hay algo cierto —añade elogioso—: los malditos sí saben cómo hacer una buena navaja.

Un arma ligera y sutil, cuya posesión parece estremecerlo.

—Alcánceme ese cojín, De Angelis. ¿Me oye usted?

De Angelis obedece, trasladando una lenta zarpa hacia la banca de felpa. Coge un almohadón, un bulto rollizo lleno de pluma de ganso.

—Aquí tiene, general.

Rosas se contorsiona dentro de la tina. Una cadena de burbujas asciende desde el fondo del líquido. El canciller Arana retrocede, intimidado por el miasma que la digestión del restaurador ha lanzado subrepticamente. El tronco grueso, rosado, con saludables gorduras, se hunde un poco más en el agua alcalina. La criada arroja dentro una cubeta con una carga fresca.

Rosas sonríe a Wilde.

—¿Sabe qué otra cosa hacen muy bien los ingleses? Bancos. Sí, tal como lo oye. Bancos. Sobre todo bancos centrales; es decir, cajas de emisión. Nunca me perdonarán que yo les haya quitado el monopolio para imprimir billetes. Mi predecesor, el señor Rivadavia, ahora un espectro, una cagadura de mosca en la historia, pactó la creación de un Banco Central argentino con los comerciantes de Londres, una sociedad a partes iguales.

Rosas balancea el cuchillo y prueba un corte contra el cojín.

—Por supuesto, el gobierno argentino entregaba una cuota de capital en metálico, plata fuerte, usted se imagina, contra la cual se girarían los futuros billetes descontables. Lo cierto es que nadie sabe si los socios ingleses integraron alguna vez

su cuota de metálico, de modo que muy probablemente la única plata en las arcas era la nuestra, dinero público.

El canciller Arana saca un pañuelo y se limpia una fosa nasal, procediendo con una ostentosa discreción. Se suena, luego vuelve a cuadrarse. Rosas monologa animadamente. Devuelve el cojín a De Angelis, no sin antes deslizar la daga sobre la funda del almohadón, imitando el empleo de un abanico.

Wilde finge interesarse por la charla del restaurador.

—Porque dígame si no es curioso —Rosas lo vuelve a interpelar—. Los ingleses compraron sus acciones y participaciones de este banco con préstamos de este mismo banco, préstamos que el banco jamás se encargó de cobrar. Así las cosas, eran dueños virtuales de un banco de emisión sin jamás haber puesto allí ni una maldita libra, y todo esto bajo las narices del Parlamento, que les garantizó absoluta impunidad en esta martingala. ¿Y qué hacían los proceres, los prohombres de la República? Dormían la mona, puteaban, medraban, iban al sastre o remoloneaban leyendo a Bentham o madame de Staél. Habría que haberles encajado un tiro en el culo, ¿no es así, mi buen amigo?

Presa de un súbito berrinche, el restaurador golpea con sus puños contra el agua, salpicando el parqué. De Angelis y Arana bajan la vista. Hasta aquí inmóvil, ocultadizo, un loro se agita y eriza dentro de una pajarera de pedestal, sensible a la efusión de su amo. Wilde observa las evoluciones del exótico espécimen.

Llevado por el nerviosismo, el loro se bandea en la percha y crispera las plumillas del cuello. Un goteo de heces se precipita desde la jaula hasta el parqué de espiga de arenque. De Angelis se abalanza gimnásticamente y tira su *Gaceta* sobre el piso, como si eso sirviera de algo. El ave dreña otra vez. Paf, paf.

Rosas recobra la compostura. Alza su cuchillo y llama con él a la criada negra. Ella acude en silencio, no sin antes arreglar la ropa campestre del restaurador, un poncho y otros atavíos apañados sobre un decapitado maniquí de costura. A una seña de su patrono, la criada extiende el anverso de su antebrazo. El relieve bifurcado de una vena se exalta y tiembla por un pulso que se acelera.

Todavía dentro de la tina, Rosas hiende la hoja de acero casi sin ejercer presión, perpetrando un corte limpio y recto, esfumado. Llama a los presentes a objeto de que se cercioren de la calidad de la incisión. El examen colectivo depara un silencioso desencanto. El canciller Arana se coge la barbilla con aire especulativo, y se cierne por encima del brazo de la negra.

—Hmmm. No veo ninguna herida. Tal vez el acero esté un poco embotado.

—¿Ah, sí? Acérquense ustedes, queridos caballeros.

El diagnóstico de Arana permite a Rosas entablar una irónica tregua. El restaurador aprieta la extremidad de la criada por el codo, su pulgar invadiendo el pliegue interno de la articulación. Adelanta la yema del dedo y oprime delicadamente sobre el impalpable nacimiento del corte. De pronto se abre una microscópica estría y una gota de sangre aflora sobre la negra epidermis.

—¡Las excelentes acerías de Sheffield! —el dictador protesta—. ¡Hay que ver qué clase de cuchillo es este!, dice y se vuelve hacia De Angelis, quien sostiene el cojín mientras se escuda cómicamente tras él. ¡Usted, De Angelis! Sí, sí.

—¿Señor?

—Sacuda un poco el maldito cojín —Rosas ordena.

De Angelis no acaba de palmotear el vientre del cojín cuando una tormenta de plumón estalla bajo las narices del aludido. Las sutiles incisiones de la daga adquieren así una súbita realidad. Un remolino de edredón inunda la estancia.

La pelusa de ganso flota a través del parqué encerado, se apelmaza y forma otra espuma sobre la espuma de la bañera. El canciller Arana vuelve a estornudar. Un pluma se apelotona en una de sus fosas nasales. Se sorbe la nariz, luego sopla por esta. El rollo de tela impresa vacila todavía en su poder.

Rosas se relame las comisuras del labio.

—¡Bien! Mostremos al chico su destinación en el mapa de la República.

III

El canciller se desembaraza del rollo que trae bajo el brazo, y estira el lienzo coloreado lo más que puede, víctima de una penosa gimnasia. Se asoma por detrás de la lámina, y hace vagar una mirada bovina y amable en torno a sus observadores. La carta geográfica muestra un cuadro de las provincias del Río de la Plata, dividida en grandes manchas apasteladas. Rosa, celeste y amarillo.

Wilde echa un vistazo encima del mapa, agitando indolentemente el portapliegos con sus referencias, las que él mismo ignora, selladas como están con un púdico medallón de lacre. Hace un esfuerzo de concentración para anticipar los movimientos de los demás asistentes. La lección de geografía se inició con un coro de tosidos y crujidos de ropa.

De Angelis da un paso al frente y se cruza los botones de la chaqueta a la altura de la cintura. Se gira y apunta con un dedo hacia el mapa de la República, la uña peculiarmente crecida, de un pardo terso y lustroso como el élitro de un escarabajo. Señala con su índice el sitio de Buenos Ayres en el mapa, y después subraya la línea de fortines que penetran en territorio indígena.

Se detiene a explicar la localización exacta de las Salinas Grandes del Sur, punto en que Jonas Wilde ha de reportarse al cacique Calfucura, a quien Rosas ha conferido, con criterio ciertamente oportunista, el rango de coronel de la Confederación Argentina. La función de Wilde es simple. Servir como médico personal del coronel, De Angelis instruye a su audiencia y se sacude de encima unas rezagadas plumas de ganso.

—Bueno, pero no solo eso —se corrige sobre la marcha—. Deseamos también

que usted —anuncia con un tosido y se dirige en particular al irlandés— monitoree las eventuales negociaciones que el cacique pudiera celebrar con otros poderes. Y con esto, naturalmente, me refiero a las embajadas que reciba por parte de la oposición, o incluso de la vecina República de Chile, o de otros miembros del alto mando de este gobierno. No confiamos en nadie, señor Wilde.

—Así es —el dictador Rosas confirma desde la bañera.

Tras lo cual, Rosas mismo condesciende a un paréntesis para recibir las recomendaciones de Wilde, quien se las entrega con un amago de reverencia. El dictador toma el sobre con una zarpa húmeda y se abanica con este sin prestarle mayor atención. Wilde retrocede y observa al dictador posar la carpeta sellada sobre el agua de la bañera. El hombre gordo continúa con sus abluciones como si nada.

De Angelis vuelve a tomar la palabra.

—Por lo demás, este Calfucura, o tal vez deba referirme a él como el coronel Calfucura —el consejero comenta con sorna—, resulta un tipo con quien es preciso andarse con cuidado. Preside sobre un territorio dos veces más grande que Francia, y gobierna una población de ciento cincuenta mil almas, ¡casi tanto como todo Buenos Ayres! Además es un formidable estratega, y logra controlar, por supuesto que en su beneficio, gran parte del tráfico de sal en el país, cuyas existencias son esenciales para las industrias de curado de carnes.

—¡Suficiente por ahora, De Angelis!

Rosas hace un gesto a la criada y pide que le acerquen una toalla. Emerge de la bañera, pega una zancada fuera y chorrea profusamente, el aspecto de un gigantesco bebé, el sexo cohibido y agazapado dentro de una pelusa roja. El sobre con las referencias de Wilde ha quedado en el fondo de la tina, ensopado al extremo de la desintegración, los restos de lacre desparramados en el pozo de espuma. Rosas se seca y luego se viste con sus ropas de gaucho, asistido pertinentemente por la sirvienta negra. Interpela al canciller, preguntándole si su doble, un jinete criollo con su mismo peso, ha montado con regularidad en su caballo.

—Pues creo que sí —Arana afirma con una inflexión insegura.

—Es malo si el caballo se olvida de la pesantez de su dueño —comenta Rosas incidentalmente—. Nunca hay que dejar que se olviden del peso de uno —agrega embutiéndose las perneras de un pantalón de montar—. ¿Qué opina usted, Wilde?

Wilde se dispone a hablar cuando Rosas lo ataja abruptamente, e impide que articule una respuesta. El dictador mete la cabeza dentro de un poncho color camello. La negra se hinca a un lado para hebillar y asegurar sus botas.

—Olvédelo. Solo quería desearle suerte.

Intercala un apretón de manos, y cambia con Wilde un par de frases congratulatorias y triviales. La mano de Rosas resulta de una blandura anfibia. Es un pólipo suave, con dedos gordos y sin callosidades.

—Muy amable de su parte —Wilde replica.

Despachado el cordial receso, nada sino una baladronada para probar el temple

del novicio, Rosas da su venia a De Angelis para que continúe con su explicación. Se apresta a abandonar el recinto.

—Gracias, Excelencia —dice el *chevalier* De Angelis.

—Gracias, Excelencia —Wilde emula al *chevalier*, percatándose del ridículo destino que ha tocado a sus recomendaciones. Un confeti mojado, ilegible.

—¡Una última cosa! —Rosas amonesta a De Angelis, mitad amanuense y mitad soplón—. No dé usted la lata a nuestro joven facultativo.

IV

Tras asistir a la salpicada *levée* del dictador, el par se anima a dar un paseo por la alameda que bordea el caserón. Sobrepasan las arcadas italianizantes, y se aventuran dentro de la plácida arboleda. Todavía es de mañana, y el calor aún resulta tolerable, aunque dentro de poco será preciso recogerse en algún rincón sombreado.

Atendiendo a un apetito un tanto anacrónico, De Angelis extrae una especie de polvera llena de rapé y toma una brizna de picadura. Guarda el estuche e introduce una mota de polvillo rubio en una fosa voluptuosa. Sorbe con la nariz gruesa y melancólica, y después se cruza de brazos por detrás, un muñeca anillada dentro del círculo inconcluso que forman su pulgar y su índice.

El erudito desfila bajo la línea de álamos de Lombardía, acompañado por el médico extranjero. Echan a andar bajo la penumbra aleteante, De Angelis una cabeza más bajo que Wilde. El primero camina inmerso en una invisible campana neumática, el cuerpo hinchado, la cara abotargada como si fuese a estallar. Patas de gallo crecen a semejanza de una pujante flora alrededor de los ojos. Dos globos verdes, ágiles, adiestrados en un continuo sondeo lateral, que hacen parecer a De Angelis un tanto estrábico.

Aferra un pañuelo dentro del puño derecho, con el que se enjuga los chorros de sudor. Respira. Una vaharada de oxígeno fresco, ácido, que recuerda a los limones de Amalfi. Intercambian trivialidades. Ociosas preguntas sobre el clima y las vicisitudes de la profesión médica. De Angelis tose teatralmente y cambia de tema.

—No debe tomar muy a pecho el patriotismo de Rosas, sobre todo en cuanto a los ingleses. Cuando murió el Rey Jorge el año 31, y un lustro después Guillermo IV, Rosas decretó duelo provincial y presentó sus saludos oficiales a la Reina Victoria. Tiene conexiones duraderas entre ellos. Ahora, respecto de la tan cacareada defensa fluvial durante el bloqueo anglofrancés, y del asedio militar que mantuvo del otro lado del Río de la Plata, déjeme decirle a usted que Rosas prefiere mantener a sus generales lo más lejos de Buenos Ayres por miedo a que le manoteen las riendas del Estado.

De Angelis atisba de soslayo al irlandés. Wilde finge prestar atención. El joven

médico le da vueltas al borde de su sombrero *bowler*, oprimiendo aquí y allá el aro de fieltro oscuro. En el curso de la premiosa digitación, se gira hacia De Angelis y formula un escrúpulo en lo concerniente a su próxima destinación en el desierto.

—Con el respeto debido —dice Wilde—. Hay un punto que quisiera despejar. Se trata de mi voto hipocrático. No tengo en mente suspenderlo bajo ningún predicamento. Tal como se habló, me limitaré honorablemente a monitorear los tratos del cacique con las embajadas de los otros partidos, incluyendo las demás bandas de salvajes nativos. Fuera de esto, no contribuiré a ninguna muerte.

De Angelis escucha interesado. Bizquea. Se rasca una oreja.

—Bien dicho, señor Wilde. Aunque el tono solemne lo avejenta a usted un tanto. Por otra parte, si Rosas hubiese querido citarse con un asesino a sueldo para este trabajito en la frontera, seguro que habría pensado en otra persona. ¿Cree usted que simplemente queremos liquidar al cacique? Eso sería atraerse un problema mucho peor: desatar una guerra intestina entre sus sucesores, y tener que negociar con diez en lugar de uno. En verdad, usted es justo lo que necesitamos. ¿Qué es un espía después de todo? Alguien que puede ser otro. Que debe ser otro. No alquilamos una lealtad. Alquilamos una biografía.

El sol parpadea a través del alto follaje de los álamos. Wilde hace visera con la mano y entonces mira arriba, obnubilándose. El publicista (y discutible *éminence grise*) del régimen se abre la levita y se palpa el abdomen, puncionándose con tres dedos, el aire de tratar de hacer sitio allí a un plato más de pasta. Continúan a lo largo de la arboleda por media hora más.

De Angelis intercala una pausa en el bucólico paseo y se vuelve hacia Wilde. Una máscara de luz se posa sobre el napolitano.

—Acompáñeme usted a la cocina —ruega cortésmente.

V

La cocinera es una mujer maciza, llena de redondeces y con un busto hiperbólico. Es además una formidable mulata, ahora en sus cuarenta años, la piel bruna y manchada de oro viejo en las mucosas, en los pliegues de los dedos, en el cartilaginoso laberinto de unas orejas que lo oyen todo. Rige sobre un imperio de sartenes, cacerolas y morteros, sin más auxilio que una mulatita etérea y reservada, como educada en un convento.

La gente de la casa la llama *tout court* la cocinera, aunque, por supuesto, la antonomasia tiene más el efecto de un título de nobleza que de un alias. Ejerce su investidura con una mezcla de irritación y magnanimidad, inspirada seguramente en su amo, el dictador Rosas, quien a menudo se da una vuelta por allí para consultar con ella el programa de una cena de notables.

Esa mañana la cocinera recibe a De Angelis sin más saludo que el ademán forzado y veleidoso de mostrarle una silla.

Va y viene sobre una plancha de mármol cubierta de harina cernida, mientras su única escolta, la niña mulata, vacía una docena de huevos en un cuenco. Dos o tres fogones arden simultáneamente dentro del lugar, un fuliginoso bodegón con sacos de cebollas apoltronados junto a los muros, telarañas en las esquinas del cielo raso, cuchillos y machetes repartidos en un azar promiscuo.

Una calabaza se obstina en una mueca de tragedia griega, cruzada por un anfractuoso tajo a serrucho. De Angelis se sienta, se descubre. Presenta formalmente a Jonas Wilde, quien prefiere permanecer de pie, aunque nadie, realmente, pretenda persuadirlo de lo contrario. Luego, en un provocador desplante, De Angelis va y posa su sombrero de copa sobre la calabaza. Hace un gesto a la niña de los huevos, ocupada en trasvasar las yemas empleando dos mitades de cascarón. La mulatita se atormenta con un pujo de risa, exhibiendo sin querer la encía de arriba.

De Angelis se seca el sudor con un pañuelo.

—¿Y que hace la señora cocinera, si puede saberse?

La cocinera finge no darse por aludida, doblada entretanto contra el mármol de amasar de pan, el culo respingón vuelto escépticamente hacia De Angelis. Tira un puñado de harina a lo largo de la plancha, contoneándose. Se limpia las palmas sobre el delantal de gutapercha. Se gira y pide a la mulatita el cuenco con las yemas de huevo. La chica obedece.

De Angelis reincursiona.

—Jamás usted ha accedido a preparar mis *tortellini*. Y ni hablar de mis *linguini*. ¿Le he dicho que pienso compartir mis recetas con usted?

—¡A callar, diablo blanco! —la cocinera apostrofa—. Que me desconcentra.

Un perol borbotea puesto sobre uno de los fogones. Diez libras de arroz se cuecen en un fondo de leche, emitiendo succulentas vaharadas de vainilla. De Angelis alcanza dos melocotones desde una fuente, y entrega uno a Wilde. A espaldas de ambos hombres hay una especie de alcoba consagrada a la guarda de salmueras, separada del resto del ambiente por una cortina. El sitio exhala una solapada onda de frescor.

De Angelis se levanta y llama a Wilde a un lado.

—Déjeme que le muestre mi estudio.

La despensa es lo bastante grande como para que una familia entera viva allí. Rebosa con barriles de vinagre, en cuya verde profundidad cabecean cebollas desnudas y cristalinas. Bombonas de vidrio conservan ajos o pimientos barnizados de rojo o amarillo. Cajones de sal gruesa se arrumban en los rincones de la trastienda.

—Aquí es donde paso las horas de canícula —De Angelis informa a su invitado con una floritura de su pañuelo. Escamas de mucosidades resacas se desprenden instantáneamente de él y mariposean en torno. Regresa el pañuelo al intersticio de una bocamanga, no sin antes señalar hacia una hamaca—. Créame que he tenido siestas memorables ahí.

La red de cáñamo ocupa una esquina del cuarto. Cuelga melancólicamente por sobre los cajones de sal, reducidos a la función de sarcófagos para una pata de jamón a medio enterrar. El napolitano suspira, se acerca y toca la hamaca con una generosa, anhelante unción.

—¿No quiere usted tenderse?

—Oh, en absoluto —Wilde se excusa—. Supongo que todavía tenemos que discutir ciertas cosas. Quisiera regresar a mi alojamiento en la ciudad antes del almuerzo. No desearía abusar de vuestra hospitalidad. Por otra parte, está la cuestión del mapa. Necesitaré una copia. El itinerario exacto.

—Una copia, naturalmente —De Angelis remeda—. El itinerario.

Wilde sale de la trastienda.

—En cualquier caso resulta un escondite bastante cómodo —elogia.

Para entonces, la cocinera ha acabado de estrangular la masa de harina, friccionándola hasta hacer de ella un mucílago poroso y dúctil. La masa descansa bajo un paño, abandonada a la laboriosa fermentación de la levadura. Entretanto, la acción ha pasado a otro lugar de la cocina. Un horno con colosales fauces, equipado con un fuelle de pie semejante a la válvula de un órgano de iglesia, resopla como un monstruo.

—Sospecho que cocinan un pastel de volatería —De Angelis ilustra a su joven amigo, mientras trata de hacer sitio en el mármol para su mapa—. Ahora ayúdeme con esto, estimado Jonas.

Desenrollan la carta geográfica a todo lo largo de la plancha de mármol.

De Angelis coge dos morteros de piedra y los emplea como pisapapeles, uno en cada extremo del mapa. Se acoda sobre el mármol, una estela veteadas con sinuosas incrustaciones de Conchitas y fósiles. Se quita la levita y sube las mangas de su camisa, un blusón abollonado, acaso un remoto préstamo del conde Orloff, antiguo mecenas del italiano durante su exilio en París.

De Angelis traza una ruta imaginaria con su dedo.

—Partirá la próxima semana, si usted no tiene inconveniente. El teniente López hará las veces de correo, un hombre sin grandes atributos, excepto conocer personalmente el territorio. Descanse usted hasta entonces.

Wilde toma el consejo a beneficio de inventario. Pregunta a De Angelis si debe viajar ligero o no. Advierte que necesita ropa de montar.

—De eso ya me encargaré yo. En cuanto a lo primero, le ruego a usted que lleve consigo toda la panoplia de cirujano. Los casos de gangrena abundan en el desierto. Pinzas hemoestáticas, cauterios, en fin, todo el equipo. No lo olvide.

—No lo olvidaré.

—Por cierto. También encontrará brotes de viruela entre los indios, aunque confío que solo episodios individuales. Presumo que está familiarizado con los procedimientos antivariólicos, ¿verdad? Un compatriota suyo, el doctor O’Gorman, fue el pionero en la materia aquí en la Argentina.

—Tengo una lista de medicamentos que desearía llevar a los indios.

—Pues muy bien. Muéstremela.

De Angelis sostiene la lista de Wilde en un puño.

—Dos litros de láudano, polvos de cobre sulfatado, tintura de yodo, hipoclorito, algodón de Mercer, colodión —musita como si solfeara una partitura—. ¡Muy bien! ¿Eso es todo?

—Sí, señor.

—Le seré franco. No creo que encuentre nada de eso en Buenos Ayres. Tal vez con suerte escamas de murciélago disecado, jalea de sapo, o algo por el estilo. El país no es precisamente un emporio de la medicina moderna. ¡Créame que con dificultad yo mismo consigo papel de escritorio! Pero no se decepcione usted. Déjeme consultar antes con el Protomedicato de la República y ver qué puedo hacer al respecto. Espero tener novedades.

Wilde se encoge de hombros y mira por el rabillo del ojo hacia las mujeres. La niña se balancea arriba y abajo parada sobre el dorso del fuelle, todavía junto al horno. La bóveda caliente ronca y jadea, gruesas espirales de oxígeno silban a través del tiro, la temperatura se hace insoportable. Hubiera aceptado de buen grado pasar al fresco estudio del *chevalier* De Angelis y echar una siesta sobre la hamaca.

—¿Me escucha usted, señor?

—Eh, bueno... —Wilde balbucea. Se percata de un añadido en el mapa, un parche zurcido, del tamaño de una estampilla. Apunta con un dedo—. ¿Y eso?

—¡Oh, bien! Le explicaré a usted. Yo mismo mandé coser el parche que describe la isla de Pepys, llamada así en honor del criptógrafo, diarista y administrador naval Samuel Pepys, contemporáneo y amigo de Newton nada menos... Supuestamente, el misterioso peñón se halla a unas 230 millas náuticas del archipiélago de las Malvinas, plantado en los 34 grados de latitud sur. El conde de Bougainville y el capitán Cook anduvieron tras la pista de la isla, sin ningún éxito por lo demás. Todo el asunto resulta un tanto esotérico, lo admito, pero aun así he tomado un interés personal en que la isla de Pepys, en mi opinión totalmente auténtica, quede bajo soberanía argentina —el *chevalier* recapitula—. De ahí el parche —concluye.

Wilde se esfuerza por reprimir un bostezo.

—Creo entender.

Paralelamente, la mulatita se baja del fuelle y chancletea un poco por todas partes, sondeando los improbables rincones de una cocina con auténticas pretensiones de ciudadela. Su exploración culmina con el acarreo de ingredientes para la fritura de una docena de pollos capones. Wilde la ve hacer con aire disimulado, seguro de que se trata de la bastarda del *savant*. La niña ha heredado la misma nariz del italiano, solo que en una versión miniaturizada.

La cocinera se acerca avasalladora hasta la plancha de mármol, y manda de paseo a De Angelis con una mueca urgente. Lleva consigo varios pollos desplumados y decapitados, listos para recibir un espolvoreo de harina y pan rallado.

Como De Angelis se demorase en acatar la indicación de la negra, esta perpetra un ademán tosco y abrasivo, enarbolando un pollo muerto a manera de cachiporra.

—¡Quitar el mapa, por favor! Necesito ocupar la plancha de mármol.

De Angelis se quita de en medio, dando un salto atrás, y luego agarra a la cocinera por el culo, mientras entierra la boca en el cuello negrísimo, aplicando unas ventosas que hacen un ruido de chapoteo. Halagada en el fondo, la cocinera tolera aquella licencia mientras vuelca la docena de capones en un lecho de harina.

—Ay, ay... ¡Que no quiero! Que no...

Los pollos caen rodando, el pellejo rosado y casi transparente. Wilde observa el pequeño cuadro de costumbres con una creciente sensación de incomodidad. Un momento después, lo asalta un pujo de asco y debe correr afuera para vomitar. Todo ha sido culpa de una ingrata, mórbida evocación.

Niños muertos en un sudario de cal viva.

VI

Emerge de la siesta y se sienta sobre la cama, encima de un enorme cobertor tejido a crochet. Una ventana se abre sobre un río color chocolate, de un cauce tan lento que parece a veces retroceder. Se pasa una mano por la mejilla y decide rasurarse de memoria, sin tener un espejo cerca, utilizando aceite para cicatrizar en lugar de jabón y agua. Entre el equipaje a medio desempacar despunta el paraguas del suicida, los frunces de seda plegados aprensivamente, todo el aspecto de un murciélago.

Cuando termina de afeitarse, Wilde se pone una muda limpia y sale al comedor de la pensión. La estancia languidece alrededor de la regenta de la casa de huéspedes, una vieja lechuza que mata las horas haciendo calcetas, tricotando frenéticamente, la mandíbula hincada sobre una doble papada, los ojos fijos en la cuenta de puntos de labor. En una mesa hay una tetera y un recipiente con algo que debe ser una cánula, clavada sugestivamente dentro de una borra de tisana.

La regenta de la pensión interrumpe su tejido para succionar la cánula. Luego hace un aparte para ofrecer una calada de yerba mate a Wilde. Este insinúa una negativa con un movimiento de su sombrero, y sale al patio interior de la casa, desde donde vuelve a observar el flujo de cieno, enorme como el brazo de un océano. Un resplandor de limo parece llamarlo a través de la espesura de madreselvas del jardín. Entre las plantas, un impávido pavo real estira el cuello adelante y contempla a Wilde con cierto aire de familia.

La dueña de casa se levanta y sale a ver, una sonrisilla guasona tirando de los músculos del rostro, un óvalo mofletudo con dos ojillos color azul huevo de pato. Interpela a Wilde con una voz de falsete, quebrada, un mantón de manila sobre los

hombros. La mujer se para en seco, su labor de punto destejiéndose por el tirón de la madeja que serpentea a sus pies. Escudriña hacia la silueta recortada contra el fondo de madre selvas. El pavo real se ahueca el plumaje irisado y abre la cola de ocelos.

Las flores respiran un perfume dulzón, oleoso.

—¿Tiene alguna ropa que lavar? —pregunta la casera.

Wilde se vuelve. Recuerda que mañana tiene su segunda cita con De Angelis. A sus espaldas el estuario bosteza y remolonea, arrastrando balsas de vegetación descuajada de las orillas, islotes de detrito erizados con jacintos de agua, toda una escuadra de fardos de basura fluvial bogando en el vientre del Río de la Plata.

—Solo un par de camisas —responde Wilde.

El pavo real deambula sobre las losetas del patio, picoteando aquí y allá, mientras la casera de la pensión hace aletear un abanico contra su papada. Persiste un calor pegajoso y ecuatorial. Wilde no acaba de convencerse de haber hecho el viaje en barco hasta Buenos Ayres. Meses en un camarote de segunda, largas jornadas de vértigo, basqueadas sobre la barandilla de popa... (Se había acostado entonces con aquella joven, la recuerda bien; la había invitado a su camarote, desvestido y echado sobre la litera miserable; los pechos secretaban un hilillo de suero; había abortado de otro hombre recientemente).

Wilde vacila y termina por regresar a su habitación. Ya en la cama, destapa un botellín de láudano de Sydenham, el penúltimo en efecto, e ingiere la sustancia sin la menor prisa. Sobre el cobertor descansa una edición en inglés de la *Anábasis*, libro que, comprado en Liverpool poco antes de trepar por la plancha de abordaje, contribuiría a mitigar el tedio de la navegación trasatlántica. Ha pasado la Navidad de 1851 en alta mar.

A falta de algo mejor, Wilde se vuelve a dormir.

Un maletín con aspecto de cubo acumula polvo en un rincón del ambiente. Él mismo ha empacado su cámara de fotos dentro la valija, trasto que ha aguantado perfectamente las vicisitudes del viaje. Un estuche lateral sirve de mortaja a las placas de cristal y los cartones para negativos.

VII

El *chevalier* De Angelis recibe a Wilde por segunda vez mientras despacha simultáneamente la visita de su sastre, un hombrecillo minucioso y afiebrado, premunido de una vara de medir, dueño de unas gorduras flexibles y casi atléticas. Con su habitual aire de *savant* napoleónico, De Angelis los presenta el uno al otro, subido a la sazón a una tarima, vistiendo solo camisa y calzoncillos, las piernas desnudas, llenas de chichones, lujuriantemente peludas, faunescas. Como para compensar su desnudez, el publicista del régimen empuña un bastón de boj con un

pomo de marfil del tamaño de una bola de billar.

Wilde permanece de pie a un lado.

—Espero no interrumpir.

De Angelis lo absuelve con un aspaviento cordial.

—¡Adelante, estimado amigo! Su provisión de medicamentos está lista, salvo que no pude conseguir la cantidad original de opio en gotas —dice y señala hacia una esquina de la sala ocupada por un arcón—. Supongo que un facultativo liberal y humanitario como usted no espera hacer sufrir a su clientela. Es una lástima, claro, pero es todo cuanto hay.

—Le agradezco.

La vara del sastre se entretiene en una sorda esgrima. De Angelis se quita una pitarra con un nudillo, restregándose los ojos. Luego vira en redondo siguiendo las instrucciones del profesional, y pone la boca en forma de culo de gallina mientras espanta una mosca inexistente.

—No se moleste usted —el *chevalier* anuncia—. He incluido en su equipaje unas pocas cosas más, confiando que garanticen la comodidad del viaje, entre estas una pistola italiana del 1800 y un poncho de alpaca. El arma es, ciertamente, solo un préstamo: me perteneció en mis días de cadete cuando serví al hermano de Napoleón. Creo que será de buena suerte. Ahora bien, los detalles prácticos del itinerario al desierto conciernen al teniente López, con quien usted se entrevistará a su debido tiempo.

Se oye una tosecita.

—Levante usted el brazo, *chevalier* —sugiere el sastre.

El profesional resulta ser un señor enormemente serio, intratable, puntilloso como un erizo, de una urbanidad exquisita, áulica. Pequeño, pechugón, gesticulante, ataviado con una corbata de plastrón azul ultramarino, el atareado satélite va y viene calculando con escrúpulo forense los centímetros que hay de una axila a una cadera, o de la bragueta a los tobillos. Sus quevedos resbalan desde una nariz aquilina. Colapso que el sastre se apresura en rectificar con un índice recalcitrante.

—Estuve pensando... —Wilde titubea.

De Angelis se vuelve hacia él.

—Permítame darle un par de consejos —añade secamente—. No se haga ilusiones, estimado amigo. En cuanto al cacique, lo único que encontrará usted es un nativo taimado, un poderoso cuatrero, un hermético mandarín que se emperifolla con el uniforme de coronel de la República domingo de por medio. Olvídese de ver en él a un noble salvaje, pues no hallará nada de eso. El maldito cacique ha pasado a cuchillo a otras bandas de indios de su misma nación, y esto con una ferocidad apabullante.

De Angelis se pica una nariz grave, meridional, de voluptuosas aletas. En la punta del apéndice hay una como condensación de líquido. Un plexo de venitas decora cada una de las fosas, alternativamente dilatadas y comprimidas.

—El propio dictador, en parte para aplacar al cacique, y en parte para enrostrarlo en su causa, acostumbra enviarle un tributo anual de miles de yeguas y vacas, además de ropas y vituallas. Se supone que Calfucura redistribuye este tributo (si es que él no se queda con todo, cuestión que estoy tentado de creer) entre sus propios aliados, los capitanes de indios que cruzan en masa por la cordillera, viniendo desde Chile.

—El tipo parece ser un carácter pintoresco —comenta Wilde.

—¡Sin duda! Un personaje digno de incluirse en una memoria sobre este fin de mundo. Tarea literaria que un joven como usted podría considerar meritoria de emprender algún día —insinúa el *chevalier*—. Pero a lo que iba... Circula el rumor, fomentado quizá por el propio cacique, a objeto de amedrentar a sus allegados, de que él es algo así como... Pero usted se reirá, ya lo creo que sí... Bueno, que es inmortal.

—¿Inmortal?

—Invulnerable más bien —De Angelis se corrige.

El sastre suspira irritado.

—¡El otro brazo, por favor!

El *chevalier* De Angelis levanta una extremidad maciza, dejando ver la maraña de pelo negro que aflora desde la axila.

—Leyendas, chismes de vieja, usted ya comprenderá... Dicen que tiene dos corazones, y que un jinete fantasma lo protege en sus escaramuzas y refriegas, siguiéndolo de cerca. Patrañas, naturalmente, pero algunos juran haber visto al cacique ordenar las piedras levantarse del suelo y luego abalanzarse contra sus enemigos. Y hay esa otra historia, por supuesto —De Angelis suena deliberadamente provocativo—. El cacique atesora un meteorito con forma humana. Una piedra azul.

El sastre se estira adelante y mide la cintura de su cliente. El *chevalier* hunde el estómago púdicamente, aguantando la respiración. El sastre cuenta los centímetros con un murmullo, mientras la barriga regresa a ocupar la circunferencia de costumbre. De Angelis observa a Wilde por sobre el hombro del sastre, y lo llama hacia él zarandeando una manga.

—Sería bueno que también le tomen las medidas a usted.

—No tengo manera de pagar por eso ahora —contesta Wilde.

—Pondré el encargo en mi lista —De Angelis añade con aire paternal. A continuación, suaviza el tono y se dirige al sastre con voz de conspirador—: Hágale un par de trajes a nuestro amigo irlandés. ¿Correcto, señor Miradet?

El sastre, un tal Miradet, se gira y barre con una mirada la figura del extranjero. Lo estudia brevemente, con la pericia de un anatomista veterano, capaz incluso de actuar a distancia. Wilde se le aparece al sastre como un individuo más bien alto, las entradas amplias, las mejillas demacradas, un remolino de pelo ferruginoso, el tórax abombado y los brazos torpes y corrientes.

—¿Dos trajes?

De Angelis aprueba con una sonrisa, sí, sí, dos trajes, y da por terminada su

entrevista con el sastre. Despide al sujeto, no sin antes hacerle prometer que tomaría las medidas de Wilde más tarde en el domicilio de este. El sastre se escabulle y abandona la sala. El *chevalier* baja desde una pequeña tarima, y palmorea a Wilde en un hombro.

—Tenemos asuntos que resolver, estimado amigo.

—¿Qué asuntos?

De Angelis se llega hasta un escritorio de caoba y tira del asa del cajón central, sección camuflada entre las molduras de acanto. Exhuma desde la cavidad una boleadora: dos contrapesos esféricos forrados en un cuero blanco, atados entre sí por una trenza de cordobán, tres codos de largo. Las bolas tienen un tacto acolchado, como si se tratara del juguete de un niño. El *savant* coloca el arma arrojadiza sobre el tablero.

Llama a Wilde con una jovial brazada.

—Quiero compartir con usted un hallazgo.

Wilde se aproxima y refleja sobre la cubierta barnizada.

—Una boleadora —De Angelis declara solemne—. Pero no cualquier boleadora. Vamos, joven, tómeme usted el peso. Un artefacto magnífico, ideal para la caza esteparia... Nuestros salvajes tiran sus boleadoras a los pies de caballos o reses, liándolos y botándolos con una pericia que asombra. Pero esta boleadora es especial por otra razón. Permita que le muestre —dice y saca un minúsculo cuchillo de fruta, con el que rasga uno de los contrapesos—. ¿De qué cree que está rellena la maldita bola?

Wilde creyó discernir un resplandor de ámbar.

—¿Cobre? —ensaya.

De Angelis negó con la cabeza.

—¡Oro! —De Angelis exulta—. ¡Oro de la mejor ley!

—¿Y cómo ha llegado el oro allí?

—¡Buena pregunta! El objeto (que presumo no es el único: seguramente proviene de una región rica en lavaderos auríferos) llegó a mi poder por intermedio de un cierto Santos Centurión, baqueano criollo residente en el país de los tehuelches... El tal Santos dice (cosa que solo sé por referencia) que un cacique de esta nación se hizo con la pieza entre la escoria basáltica de un volcán extinto, donde también halló manzanas petrificadas.

—Comprendo, *chevalier*. Pero un volcán no vomita oro.

—¡Claro que no! El oro y las manzanas son los testimonios de una, digamos, ciudad anterior, un pueblo arrasado por el magma y la ceniza incandescente. Tiendo a creer que el sitio en cuestión corresponde a la Sierra Baguales, en el extremo sur argentino.

—¿Pero qué ciudad anterior podría ser esa?

—*Mysterium tremendum!* —De Angelis dice inflando los carrillos—. Tal vez sea una antigua ciudad fundada por los incas: de ahí el oro. O en su defecto, una

población de náufragos europeos, aislados durante siglos y luego aniquilados por un estallido volcánico. Comoquiera que fuese, está también la evidencia de la isla de Pepys.

—La isla fantasma.

—Los cartógrafos cambian de opinión como las mujeres con lunas. Tengo la corazonada (un pálpito de apostador, si usted quiere) de que la isla de Pepys y la ciudad anterior están, digamos, relacionadas de algún modo... Para empezar, ambas ocupan virtualmente la misma latitud terrestre.

El *chevalier* descansa una garra benévola sobre el hombro de Wilde.

—Se preguntará por qué le cuento todo esto, ¿verdad?

—Entre otras cosas, pues sí.

—Seguirá a Calfucura al país de los tehuelches, los antiguos patagones... Digamos que estableceremos, usted y yo, un segundo canal de comunicación, aparte del oficial con el general Rosas, el que solo concierne al mariposeo de agentes rivales con pretensiones de comprar la lealtad del cacique... Este asunto realmente no me interesa.

La garra aprieta un poco más.

—Le propongo una participación en la explotación del oro.

—¿Oro? —Wilde confirma vacilante—. ¿Quiere que informe a usted sobre ciudades enterradas, islas de quimera?

—Una pequeña confabulación. *Il faut se défendre!*

Wilde retrocede y asume un aire quisquilloso.

—Estimado *chevalier*... Me acaba de explicar usted que hay un jefe indio con dos corazones, escoltado en las batallas por un jinete fantasma, y que además posee un meteoro azul que encierra todas sus fuerzas. ¡Eso es demasiado incluso para un irlandés! Y ahora el oro...

—Chsss... —De Angelis susurra—. Hable más bajo, amigo mío.

El consejero del régimen regresa la boleadora al cajón del escritorio y cierra con llave. Se alisa los rizos de pelo peinados a la romana, pasándose una mano por encima de la calota del cráneo. Esconde la llave dentro de una manga.

—Solo trate de mantenerme informado —De Angelis aconseja—. Tendré preparada una estación de reconocimiento a orillas del río Negro, frente a la isla de Choele-Choel, destacamento a cargo del teniente López —explica—. Este mismo oficial lo llevará a usted, el lunes próximo si Dios quiere, hasta los aduares indígenas en las Salinas Grandes, así que alístese para una larga galopada en territorio indio.

—De acuerdo, *chevalier*.

—Ahora, en cuanto a nuestros negocios arqueológicos, estoy dispuesto a entregarle a usted un diez por ciento de todo cuanto halle de valioso allá en el sur. No puedo decirle más en este momento —informa con una expresión levemente paranoica—. *L'art d'ennuyer c'est de tout dire...* ¿Me sigue? —pregunta y guiña un ojo.

Wilde se despide caballerosamente, y se larga de regreso a la pensión.

VIII

El teniente López lo chaperonea a lo largo de la ruta, montando en un alazán asustadizo y receloso, recién salido del picadero. Wilde cabalga junto al oficial delegado. Oliváceo, enjuto, picado de viruelas, con un recio aspecto de gavilán, López arrastra por doquier un vistoso, y proféticamente inútil, sable de húsar. Viste un almidonado uniforme de campaña, destinado a convertirse en una fuente de molestias. El pantalón produce ásperos roces bajo sus muslos.

Un anónimo sargento les va a la zaga, responsable de conducir una tartana que transporta quintales de tabaco y quincallería para la horda de Calfucura, además de un saco de tintura de añil. Entre el tributo que el dictador Rosas presenta a la indiada se cuentan también varios rifles de infantería Winchester, cuyo empleo a manos de los salvajes demandará la futura asistencia de López.

Obedeciendo el itinerario establecido, pernoctan en un fortín abandonado. Reanudan la marcha después de hacer un rápido desayuno, las sombras recortadas por un sol incandescente. La jornada transcurre entre baldíos, carrizales y pantanos resecos. Idéntico panorama se reitera el tercer y cuarto día. Al caer la última noche divisan los fuegos de un campamento, ubicado junto a un apenas audible curso de agua.

Arrean y pasan bajo la promiscua copa de un ombú. El claro de luna espejea a través del follaje. La pequeña caravana adelanta unas cuantas cuadras más. La carreta traquetea penosamente. Una hora después dan con el primer destacamento. Dos indígenas jóvenes, pintarrajeados y medio ebrios, emergen desde el interior de un toldo y atajan a los desconocidos, brindando a la embajada de Rosas un recibimiento poco entusiasta.

López les muestra, no bien se apea del caballo, una carta firmada y lacrada personalmente por el dictador, la que iluminan sirviéndose de la proximidad de una fogata. El documento no hace, pese a todo, una gran impresión. Tiene lugar un sordo conciliábulo, marcado por expresiones de ansiedad o apuro.

Uno de los interlocutores indígenas se aparta y tras un aleatorio paseo mete sus narices dentro de la tartana entoldada. Fisgonea y remueve los costales de tabaco, los cacharros de cocina, los rifles prometidos al cacique. El sargento al mando de la tartana tiene instrucciones de no interferir. Acabado el registro, el intruso se repliega y los autoriza a acampar dentro del vivac.

El teniente López vuelve a montar y continúa al trote.

Atrás le sigue el resto de su comitiva, incluido el doctor Jonas Wilde, a horcajadas de un caballo castaño con cañas blancas, regalo del propio Rosas. El séquito se para

en seco a una señal de López. Los miembros de la patrulla desensillan y hacen fuego aprovechando las ascuas de una pira anterior. Wilde se planta junto a su caballo, soba los carrillos del animal y suelta sus aparejos dejando una pulgada de holgura. Se cerciora del estado de su equipaje, en especial la cámara fotográfica, la pistolera y la caja de medicamentos.

La luna está en su cuarto creciente.

—Venga acá, doctor, y descanse usted un rato —expresa López.

El oficial lía un cigarrillo, sentado sobre un poncho enrollado a modo de cilindro. Su sargento corta con un cuchillo de monte una libra de carne curada, no sin antes haber puesto un pote con agua fresca sobre las ascuas. Galopadas de indígenas cruzan junto a ellos, a tan escasa distancia que la tierra vibra con un estallido de cascos. En el horizonte inmediato se discierne, a semejanza de una refracción acuática, una bulliciosa y abigarrada masa de nativos.

El viento trae consigo una resaca de gritos y relinchos.

—Celebran una de sus fiestas —dice López.

Irrumpe otra galopada a cosa de unos metros, la que pasa atronando de camino a los grandes fuegos. López reclina un codo sobre el rollo de ropa mientras su sargento le alcanza un corte de carne seca. Se echa adelante para prender el cigarrillo, masticando todavía la tira de salazón.

Wilde termina por arrimarse al fuego.

—¿Celebran algo en particular? —pregunta.

López traga el trozo de carne y aspira el cigarrillo, las mejillas estriadas, los labios torcidos. Expulsa una bocanada virtualmente en plena cara del irlandés, como si fumigara un avispero. La luz de las brasas lo aborda de sesgo y pronuncia los relieves de su calavera.

—Me imagino que agasajan al demonio tutelar del cacique. O eso o algo por el estilo. En cualquier caso, los festejos derivan fatalmente en copiosas borracheras. Por lo demás, la actividad resulta más bien inofensiva. Pero no se entusiasme usted, doctor. No le recomendaría a nadie, mucho menos a un extranjero, participar del jolgorio. Verá algunos sujetos pintarrajeados o coronados con plumas de avestruz, pero no mucho más que eso, así que puede estarse tranquilo.

López desenvaina su sable y hace rodar las brasas con la punta de la hoja.

—Los allegados de Calfucura le profesan un respeto reverencial, seguramente a causa de esa ridícula leyenda. ¡Dos corazones! ¿Puede creerlo? Suele hacerse aconsejar por una curandera, en realidad una nigromante. El cacique tiene además esa piedra, el resto de un meteorito. Una roca azul, con el aspecto de un hombre. Dicen que el indio habla con la piedra. De hecho, su propio nombre significa eso, Piedra Azul. Un meteorito parlante, y que aun puede ver con unos ojos de piedra y trasladarse de un sitio a otro, reptando como una lagartija.

Wilde parece invadido por una terciana. Escucha el monólogo del teniente con una cortesía ausente.

—¿Se siente usted bien? —interroga López.

IX

Mañana despejada y tibia. Media docena de indígenas, seguramente enviados allí por el cacique, se reportan ante el teniente López, quien tiene preparados los rifles para una práctica de tiro. Los eventuales tiradores cogen las armas y las examinan puntiliosamente. López espera en vano que los indígenas se cuadren y tomen posición de firmes. No lejos de allí, Wilde y el sargento apuran un frugal desayuno.

Se oye graznar a un pequeño halcón. El ave planea por encima del grupo de hombres, obstinándose en realizar círculos y bucles en el aire blanco. Un jinete indígena se acerca lentamente, montando a pelo. Imita el graznido del halcón, mientras su caballo refrena por sí solo. El ave rapaz atiende al llamado y aterriza sobre una acolchada manopla de cuero. El viento hace flamear unas gualdrapas de lana.

El halconero emboza a su mascota con una caperuza. El pájaro permanece quieto como una estatuilla. El maestro de cetrería arrea la montura y anuncia su llegada con un silbido. Todos parecen oír. El sargento propina un codazo de alerta al doctor Wilde. A escasa distancia, López instruye a los tiradores indígenas, las culatas de los Winchester apoyadas contra el hueco del bíceps. Grita sus órdenes con escaso éxito.

El sargento apunta con un dedo hacia el halconero indígena, el torso desnudo terciado con una bandolera.

—Deben venir por usted, doctor —dice como escupiendo.

La lección de balística se desarrolla torpemente. Wilde se reincorpora y mira a un lado y otro. Se cala el casquete del *bowler* y emprende el camino hacia su montura. Pivotea sobre el estribo y luego se sienta a horcajadas, las grupas del animal cargadas con sus trastos. Wilde fluctúa indeciso, demorándose en orientar las bridas. Advierte que le tiemblan las manos. Una racha de viento agita las crines de su cabalgadura.

Espolea y echa a andar. Hace un esfuerzo por equilibrarse sobre la silla, pegando la bragueta contra el arzón. Vuelve a escuchar otro grito de López, esta vez coreado inmediatamente por un fragor de disparos. Los fusileros nativos acaban de hacer fuego. Wilde se gira atrás llevado por una especie de inercia. Una nube de pólvora quemada oculta al grupo de novatos.

Wilde regresa la vista al camino. Apenas acaba de avanzar un trecho cuando experimenta un insólito dolor lumbar, una punzada a la altura de los riñones. Se encorva instintivamente, como poniéndose a cubierto de una amenaza. Su caballo titubea y resopla. Al instante siguiente, el doctor siente que el pulso le falla y que repentinamente pierde pie. Su mirada se oscurece, hundida dentro de una mullida espesura de crines. Pega una mejilla contra el cuello de su montura. Resbala y cae al

suelo.

No volvería a levantarse sino después de una larga postración. Lo último que escucha es la quebrazón de la caja de medicamentos, acompañada en su caída por la maleta de la cámara fotográfica. Permanece boca arriba largo rato, sumido en una tenebrosa duermevela.

X

Despierta dentro de un orbe gaseoso. Todo a su alrededor gira vertiginosamente. Los objetos se disipan en una carrera centrífuga. Recuerda haber caído de la montura, derribado por el impacto de una bala sin destino. No cesa de oír el relincho histérico que siguió a su desplome, pero ahora ralentizado, suspendido en el tiempo. Un grito cavernoso y gutural perpetuándose en la nada.

Yace desnudo, indefenso. El sabor a hierro y bilis pegado al paladar. Debe haber dormido por tres largos días, pues siente el bozo crecido, hirsuto... Ante él se condensa una sombra, la que a su turno materializa una entidad subalterna. Un apéndice oscuro, fuliginoso. Un cuchillo. La sombra realiza otra evolución más, y se muestra abiertamente. Es una anciana.

La anciana tiene la tez lúgubre y pringada de hollín, los ojos bridados, las manos cuadradas y manchadas por la edad. Blande el cuchillo contra un halo de luz, puesta de hinojos junto al agónico bulto. Asperja el pecho de Wilde con una rama de canelo. El herido ignora el sitio exacto de la entrada del proyectil, pero imagina que la bala del Winchester podría haberse alojado en un pulmón. Respira con dificultad, pero al menos conserva el pulso cardíaco, está seguro de eso.

Acierta a levantar un brazo, pero el amago no prospera. La curandera sonrío con su extraña cara de iguana, irguiendo el cuchillo a través del aire embalsamado. Wilde nada puede hacer al respecto. Se sabe debilitado, sin capacidad ni valor para resistir. Su mente calla por un momento. Cierra los párpados.

Su memoria revisita el vestíbulo de Tess.

Todo está igual allí. Como si pudiese hurtar algo físico desde esa orilla, por ejemplo un cenicero o una copa, y traerlo consigo intacto. Pero es un teatro ajeno e irredimible, que solo tolera tímidos inventarios, cacerías que no cobran presa excepto la imagen de lo perdido. Barre con la mirada el rincón del piano, y lo halla escandalosamente deshabitado, sin otra animación que el tictaqueo del metrónomo. El péndulo del artefacto ya anda casi sin cuerda, y amenaza con detenerse en cualquier instante. Rindiendo una última cabezada, la barra del péndulo claudica y luego se escora a un lado. El silencio es esta vez extremo. Una opresiva mordaza lo envuelve todo. Estrangula su respiración, su pulso, el eco del mundo...

Juraría que su propio corazón ha dejado de latir. Entonces abre los ojos. La

curandera sostiene un bulbo sangrante, rojos hilos de plasma brotando rítmicamente desde unas cavidades arcanas. Wilde espía el plano rasante de su pecho. Tiene allí, justo bajo la tetilla derecha, una sajadura de una palma de largo. La hemorragia ha parado, aunque un charco rojo vibra sobre el hueco del plexo. Recuerda los modelos en porcelana del corazón humano, las ilustraciones en gris de las enciclopedias de anatomía, incluso el órgano real durante las sesiones de disección. El ganglio palpita nuevamente, todavía en poder de la curandera.

Wilde suspira y desvía los ojos empañados a otra parte. Toda la experiencia debe caber en un demorado segundo. Una eternidad microscópica. Siente una maternal caricia sobre pómulos y frente. Averigua con la mirada vencida que hay un tercero, otra persona... De pronto se hace una luz, y logra ponderar los contornos del extraño. Sí, hay un cuerpo más, tumbado paralelamente al suyo... El hombre se ladea. Es el cacique. Evidencia un corte análogo al que la anciana ha practicado con él. Calfucura se reclina como si fuese a echar una siesta. Wilde cree haberle oído roncar.

La anciana vuelve a acariciar a Wilde. Él percibe aquel roce tibio y manso, temiendo que sea el adiós a algo. O peor, una iniciación. Sin aguardar más, ella introduce su puño a través del surco en el pecho. La masa invasora excava un instantáneo túnel entre la red de cartílagos, venas y nervios, perforando el diafragma.

El irlandés es asaltado por un dolor absoluto.

Poco antes de desvanecerse, ve que el brazo ha calado en él hasta más arriba de la muñeca. Wilde comprende que ella ha deslizado un injerto vivo en un organismo moribundo. A continuación, la anciana saca una mano enguantada de rojo desde sus costillas, ahora sin el corazón.

La oscuridad crece y lo abraza todo como una selva.

XI

Oye su pulso, la oreja haciendo ventosa contra su propia muñeca, todo él ovillado a semejanza de un homúnculo en una retorta alquímica. No sabe cuánto lleva durmiendo, pero al menos bastante tiempo como para haberse orinado encima sin recordarlo. Se despereza. Los miembros chocan contra las paredes de un vellón cerrado a manera de bolsa. Mira a los lados.

La habitación consiste en un domo de adobe, envigado con bambúes y techado con paja brava. Un único tronco sirve de sostén central a toda la estructura. El pilar remata en un orificio que hace las veces de respiradero, y por el cual asciende el humo de un brasero. Hierbas medicinales arden sobre las ascuas, incensando el ambiente.

Se incorpora a medias.

—Reclínese usted —dice la curandera.

Wilde obedece.

La anciana vela sentada sobre la tierra, ambas piernas cruzadas. Se ha echado una manta araucana en el regazo y otra de tartán sobre los hombros. Esgrime una enorme aguja de coser, enhebrada con un hilo hecho de nervio de liebre o perro. La aguja acribilla los bordes de un vellón, hilván tras hilván. Ya debe ser de mañana. Wilde cavila un rato más, ganado por un creciente sopor. Hace un frío agradable, neutro. Su barba raspa como una piel de lija.

Duerme un día entero, y vuelve a despertar la mañana siguiente.

Lo primero que ve es una hidra de cabezas femeninas planeando sobre él. Mujeres adultas, probablemente esposas del cacique o de sus belicosos allegados. El irlandés está desnudo. La tez blanca y pecosa expuesta con una sordidez clínica. Velloidades rojizas, semejantes a las de un zorro, sombrean sexo, axilas y esternón. Mira a las mujeres que lo miran, las melenas partidas en dos alas equivalentes. Parecen juzgarlo con una severidad casi victoriana.

Se desmaya otra vez, aunque espabila al cabo de unas horas, cumplido el mediodía. Sigue desnudo. Felizmente nadie lo observa. Está solo. Tal vez demasiado solo. Nota por una discrepancia de temperatura y tacto que lo han untado con un cataplasma. La sustancia huele a una mezcla de estiércol de caballo y ricino.

Entonces vacila. ¿Ha tenido lugar efectivamente aquella cirugía? Recuerda la vibrante entraña. Un segundo corazón injertado ahora del lado derecho. El cataplasma se enfría y craquela en el curso de la tarde. Wilde sesteá de manera intermitente. Un rebote de luz vespertina le hiere los ojos.

Despierta en plena noche. Aún más solo.

XII

La nube de Magallanes acecha ubicua, sus partículas diseminadas en manchas de azul y acero. Crux resplandece con un brillo helado, su eje longitudinal señalando fielmente hacia el polo. Centaurus rodea la periferia de Crux, abrigándola entre sus galopantes y feroces piernas...

Wilde ha arrimado la cabeza al pilar de la choza. Observa el inmóvil flujo de las constelaciones, los ojos indagando a través del miserable respiradero. Traza el dibujo de Centaurus una y otra vez, tratando de memorizarlo, de apropiárselo, convertirlo en un tatuaje de la mente.

El brasero chisporrotea.

Wilde saca una mano fuera de la manta, y se toca las sienes, los párpados, la boca áspera, la barba hispida y llena de púas. Alguien ha dejado para él un cuenco con gachas de harina tostada. Toma la escudilla y apura su contenido. Una pasta granulosa, sazónada con azúcar, pimiento rojo y grasa animal.

Junto a él arde una vela de sebo. El nimbo de luz esculpe perezosos relieves, puntas o salientes o curvas de objetos arrinconados en la tiniebla. Una ristra de ajíes o guindillas del país cuelga vindicativamente desde un muro, el aspecto de cuernos o vainas de cuchillo.

Se acoda en el suelo de tierra y arquea la espalda, doblándose adelante. Explora el entorno. Ahí están la aguja y el hilo de nervio de liebre o perro, abandonados sobre una costura a medio hacer. Un ramalazo de dolor, cuyo origen no se atreve a rastrear, lo agarrota y paraliza, aunque solo sea por un momento.

Se recupera solo para rebañar el cuenco con el mendrugo de una tortilla. De pronto experimenta un hambre violenta, exasperada. Un hambre vieja y reptante y sórdida como una locura hereditaria. Calcula que debe llevar varios días sin comer, tal vez una semana entera, todo ese tiempo debatiéndose en un estado crepuscular. Termina con las tortillas, y después ataca una cesta de castañas o piñones.

Se palpa la caja del tórax, presiona sobre sus costados.

No contento con eso, flexiona un brazo atrás con tal de acceder a la bola del omóplato. La bala, la maldita bala, Wilde murmura por lo bajo. Pero no hay señales del orificio, y si este existe no difunde la menor sensación de malestar. El dolor viene de otra parte.

Cuando el brazo vuelve a su posición de costumbre, sucede que el cataplasma, hasta aquí un simple parche pectoral, se agrieta y descascara. En su lugar queda la piel limpia excepto por una sutura que atraviesa un tercio del lado derecho. La incisión segrega una jalea lívida y serosa, que promete cicatrizar muy lentamente.

XIII

La sensación de hambre se hace más intensa la mañana siguiente. No bien despierta, busca ávidamente algún resto de comida. Una saliva amarga pesa dentro de su boca. Se desliza gateando hasta un rincón de la choza y hurga en arpilleras vacías de grano, en odres escuálidos y resecos. Se levanta y deja guiar por la lengua de sol que reptaba a sus pies.

Un toldo de cuero es lo único que lo separa del exterior. Se agacha y sale. Hurta la mirada a una luz redonda y espesa. El día está poblado de ruidos. Chivateos, relinchos. Los faldones de los toldos chicoteando al viento. Él mismo es presa de una racha áspera y cruda.

Tiembla. No parece haberse percatado de ir desnudo. El pelo grasiento y desordenado, el sexo encogido. Comprende que la caravana ha alcanzado la orilla meridional del río Salado. Se cruza de brazos, y echa a andar a los tumbos.

Una criatura invisible, transparente a las miradas, Wilde va de un lado a otro sin excitar la menor oposición. Nadie se digna señalarlo o implicar su presencia a través

de un susurro o una mueca o una expresión de rechazo. Se le antoja un sueño. Todo le resulta ajeno, impenetrable.

Un grupo de mujeres degüella una oveja, figuras achaparradas ataviadas con incongruentes ropones de fraile. Una banda de niños pelea festivamente dentro de un remolino de polvo. Wilde pasa de largo. Solo cobra conciencia de sí mismo cuando una trailla de perros le sale al camino. Los ladridos le otorgan una segunda vida. Un reconocimiento.

La realidad se ha encarnado de pronto en aquellos hocicos y lomos erizados. Aunque no por mucho. Una pedrada disgrega a la jauría. Los perros reculan entre chillidos. El lanzador aparece, coge la piedra, mira a Wilde. El chico debe andar en los diecisiete años. El rostro terroso, pómulos saledizos, la frente ceñida por un lazo o cinta. Se aleja y pierde del otro lado de un grupo de monturas.

Wilde espabila por fin, y dirige los pasos hacia un bullicioso corro de indígenas. Los nativos se apretujan en un elástico círculo de observadores. Wilde llega hasta ellos y levanta la cabeza para ver. Un potro se agita rampante a la mitad de un improvisado picadero.

Los ollares dilatados, la baba chorreando desde los carrillos, los remos sin herrar manoteando o dando coces. El domador es un indígena joven, singularmente alto, el pelo negro y cerdoso crecido hasta la cintura.

El domador ha logrado lacear al potro.

La sogá tiende un aro voluble en torno al cuello del animal. El potro lucha por quitarse el cepo de encima. Se encrespa y amaga feroces cabezadas, tensando el lazo y arrastrando a su dueño en un continuo zigzag.

Pese a todo, la doma se alarga por media hora más, sin que el animal dé indicios de ser vencido. Al contrario. Sus pujos por zafar del cerco se tornan cada vez más vehementes. Los espectadores responden con un coro de chivateos y pullas.

El retador persevera en su asedio. Acorta el lazo y cuando está lo bastante cerca salta sobre el lomo del caballo. Atenaza las costillas del potro entre las piernas, una mano en el lazo y otra en un mechón de crines. El potro caracolea y arquea el espinazo arriba y abajo.

Luego pega un brinco y catapulta al jinete por sobre su cabeza. El nativo cae despatarrado. Se levanta y trastabilla de regreso a la masa de mirones. El extremo del lazo serpentea todavía en la tierra.

Un segundo domador entra en escena.

Un individuo compacto, cetrino, la cara angulosa y precozmente decrepita, curtida por el licor y la intemperie. Irrumpe con silenciosa autoridad, batiendo en la diestra una boleadora. El arma consiste en dos bolas del tamaño de un puño, unidas por un cordón de cuero trenzado. La bola libre órbita en torno de su compañera, levemente más pequeña que la primera.

El nuevo retador alza la boleadora y empieza a zumbiar con ella, haciéndola girar con gesto amedrentador. Circunscribe poco a poco los corcóveos del caballo, hasta

que pronto lo tiene acorralado. Poco después, se agacha y arroja la boleadora contra las manos del potro.

Este se entrapa y estorba con el cordón del arma. Se cimbra y acaba derrumbándose en una lenta zozobra, resoplando, meneando el cuello, pataleando impotente.

El hombre se aproxima y arrodilla junto a la cabeza del potro, palmeándole la frente con una indulgencia exacerbada, como si pudiese cambiar de opinión y degollarlo en ese mismo instante. Ensaya una pausa.

Se yergue y abre un túnel entre los testigos del episodio, entre ellos el propio Wilde. El irlandés sabe de quien se trataba. El sujeto ha estado con él durante la impalpable cirugía que le practicara la vieja india.

Calfucura se aleja de camino a su toldo. Lleva un inverosímil frac color pizarra, sin duda arrancado a un oficial del Regimiento de Patricios en alguna olvidada escaramuza, y un manto o poncho apañado a manera de bragas. Sin él la sesión de doma no tarda en disolverse. Wilde queda nuevamente a solas, exiliado de sí mismo. Intenta hacer el trayecto hasta la choza de la curandera, pero su visión se nubla y pierde.

Oye una voz.

—Gringo, ten aquí. Come esto.

Es el chico de la piedra. El mismo que ha ahuyentado a los perros. Wilde experimenta un súbito sentimiento de vergüenza. Su improbable benefactor extiende hacia él una escudilla llena de una pasta a medio licuar.

Wilde se apresura en ingerir la papilla. Conforme lo hace su estómago se caldea plácidamente. La libación sabe a óxido, a tierra, a entrañas de animal.

Está como borracho.

—¿Hablas español? —pregunta Wilde.

Kewen se limpia los mocos con el filo de una mano. El chico habla un español rudimentario pero expeditivo, aprendido años atrás gracias al trato circunstancial con los misioneros. Suele officiar como intérprete faltando el traductor de confianza del cacique, un forajido chileno de madre indígena, veterano de las cabalgadas de los bandidos Pincheira. Comoquiera que fuese, Kewen es también un formidable baqueano. Tiene el talento de fijar el rastro de cualquier animal, analizando una huella fresca o un montón de heces.

—¿Hablas español? —Wilde vuelve a preguntar.

—Hablo —dice Kewen.

—¿Hacia qué parte vamos?

Kewen señala hacia el sur.

—¿Qué tan lejos? —insiste Wilde.

—Caballos.

—¿Caballos? Me refiero a la distancia.

—Caballos salvajes —responde Kewen.

—¿El cacique piensa darles caza?

—Una manada de cien mil cabezas.

—¿Y cómo se enteró de eso el cacique?

Kewen se encoge de hombros.

—Tuvo un sueño —concluye.

Wilde se cubre el sexo con la escudilla de madera. El viento le pone la piel de gallina. Siente enormes deseos de volver al saco de vellón y echar una siesta allí dentro. Comprende que ha tragado una libra entera de sangre de borrego, si es que no más. Tapa un eructo. Su estómago ha puesto en marcha una sórdida confabulación de jugos y gases.

—Será un largo viaje —pronostica.

—Quince jornadas a caballo —dice Kewen.

—¿Vendrás con nosotros? —pregunta Wilde.

Kewen se rasca una mejilla. No manifiesta interés en responder. Tan pronto hace el amago de marcharse aparece su mascota, un armadillo. El pequeño acorazado se deja ver, avanza con un curioso anadeo, escarba en el suelo arcilloso y hoza buscando insectos o raíces. Kewen lo toma y levanta, poniéndoselo sobre un hombro. La cola del armadillo oscila como un péndulo.

—Más vale que te vistas, gringo.

La recomendación es también una despedida.

Más tarde, hallándose Wilde en lo de la curandera, puede dar finalmente con sus ropas. Por desgracia, la hemorragia ha acartonado su camisa; nadie se ha encargado de lavarla. Rebusca entre sus alforjas, pero aparentemente las mudas limpias se han esfumado. A falta de algo mejor, se pone un pijama de un solo cuerpo y se calza el par de botas. Toma su *Anábasis*, un volumen en octavo, edición en rústica, y entonces vuelve a salir.

XIV

El cacique lo ha citado a su toldo, haciéndoselo saber a través de la curandera, quien abordó a Wilde en mitad de su lectura, apoyada su espalda contra el fuste de una acacia chata y espinosa. Puesto en aviso, Wilde no tardaría en acudir a la entrevista. El cacique lo aguarda sentado dentro de su tienda, despechugado, un frac de oficial abierto en dos faldones equidistantes.

Un interior saturado de humo de tabaco. Botellones de loza color nata de leche repartidos un poco por doquier. Aroma de caña evaporada y orín de caballo. Las boleadoras olvidadas en un rincón junto a un sable sin vaina. Sobre una mesita de tijera, todo un lujo en aquel ámbito estrecho y espartano, permanecen un tintero y una pluma.

Se saludan y complimentan con recíprocos cabeceos. Wilde se descubre, encorvándose con involuntaria elegancia, el cielo del toldo pegado a la nuca. Calfucura lo invita a sentarse, señalando con un mohín hacia una colcha araucana. El huésped se acomoda enfrentando al cacique, descansando el sombrero sobre el hueco que hacen sus piernas cruzadas, su *Anábasis* presa en una mano ociosa y ligera.

La entrevista se desarrolla al principio con torpeza. Afortunadamente, pronto se les une Kewen, quien se encargaría de traducir el diálogo. El chico se instala junto a la mesita de campaña, el aire circunspecto de un notario de provincias.

Para sorpresa de Wilde, transcurren varios minutos antes de que el cacique tome la palabra. El protocolo se abre con una monocorde recitación de saluciones y preguntas sobre el estado de parientes y relaciones personales.

—«Ruego que vuestro padre se conserve bien» —Kewen traduce.

—Gracias, pero está muerto —Wilde responde.

—«Ruego que vuestra madre esté con salud».

—Muerta también. Lamento mencionarlo.

—«Ruego que vuestras mujeres trabajen y alumbren sin pérdida».

Wilde evita sonreír. Suspira y refrega el bozo hirsuto alrededor de la manzana de Adán, acumulando ya varios días sin rasurarse. Cavila un rato. La pregunta le hace gracia. Observa que Kewen se escora a un lado para cuchichear al oído del jefe indígena.

Simultáneamente, un ojo interior echa una luz melancólica sobre el cuerpo amortajado de Teresa Keating, consumida por la tuberculosis, vestida de novia en su lecho de muerte. Casi podría tocarla. Una guirnalda de ciclamen y violeta alrededor de la frente glacial, toda ella temblando por efecto de las tercianas.

—¿Mujeres? Vaya, el plural me halaga, pero sucede que continúo soltero.

Kewen traslada el comentario, volviéndose nuevamente hacia el cacique. Este evalúa la respuesta y mira a Wilde como absolviéndolo de una ofensa.

—No quise decir soltero —Wilde se apresura en rectificar—. Viudo, más bien. Lamentablemente mi matrimonio duró solo un día. *In extremis*.

Otro cuchicheo. El cacique apunta hacia el libro de Wilde.

—Calfucura pregunta por sus lecturas —el traductor anuncia.

—Oh, ¿esto?

Wilde levanta su *Anábasis* demostrativamente.

—Historia antigua —dice excusándose—. Un viaje tierra adentro en un país extraño —añade con tono didáctico.

Calfucura manda llenar dos jarras de latón con un chorro de aguardiente. Kewen escancia y ofrece una jarra al extranjero. Antes de beber, Wilde se cuida de imitar la etiqueta empleada por el propio cacique.

Este humedece dos dedos en el líquido y luego asperja con ellos su vecindad inmediata, conjurando así la amenaza de espíritus hostiles. Wilde copia el gesto y echa una rociada de aguardiente, mojando sin querer las perneras de su pantalón. El

indígena empina la jarra y apura un trago.

Se toma un tiempo antes de volver a intervenir.

—Dice que nosotros también viajaremos tierra adentro.

Wilde hace un aparte y se dirige a Kewen en privado, disimulando el hecho lo mejor que puede. Confía sus escrúpulos al joven intérprete, mientras sonríe con expresión deliberadamente inofensiva. El subterfugio no parece haber levantado sospechas, o eso cree Wilde, dejando resbalar su *Anábasis* desde el promontorio de una rodilla.

Desliza un susurro.

—Son los caballos, ¿verdad?

—Sí —Kewen recalca—. Calfucura quiere ir por las últimas manadas.

El cacique se enjuaga la garganta y escupe a un lado. Tras una pausa se embarca en un generoso discurso, punteado por enérgicos movimientos de ojos y manos. Una red de arrugas y patas de gallo rodea la mirada gris y astuta.

Kewen toma el relevo al cabo de poco.

—«Iremos hasta donde acaba el mundo» —traduce—. «Grandes yeguas esperan allí. Caballos fuertes. Ancas poderosas. Buen galope. Cada cual tomará cuanto quiera. Tú serás médico de caballos, doctor».

Wilde tuerce la comisura del labio.

—Soy médico de personas —objeta.

Pero su censura no sirve de mucho. El cacique ha dado la audiencia por terminada unilateralmente. Se pone de pie volcando la jarra de latón. Esta rueda hasta la mesita de campaña, produciendo un opaco cascabeleo. Aunque Wilde rechazara el honor que el caudillo pretendía conferirle, este último parece no tomar muy en serio a su huésped. Se gira en el umbral de la tienda y lanza una enigmática orden.

—¿Qué acaba de decir? —pregunta Wilde a Kewen.

Kewen traga saliva y arquea las cejas.

—Dice que lo espera aquí mañana.

—¿Solo eso?

Kewen niega con la cabeza. Hay más.

—Quiere que usted lea su libro para él.

XV

Esa noche volvió a soñar con Teresa. Lo de siempre. El tacto frío de las sábanas, el visillo de la ventana corrido y formando un piadoso frunce, un candil de queroseno titilando sobre la mesita de noche. Olía a hollín de plancha, a sudor femenino, a incienso de iglesia. Ella gravitaba medio dormida sobre una cama de dosel.

La tela semejaba la túnica de una medusa.

—¿Eres tú, Jonas?

Su aliento inflaba la tela de gasa y hacía como una burbuja, un flanco convexo que luego se relajaba y alisaba. Él conocía aquella voz, una voz ardua, serena, ligeramente gangosa, que ascendía desde una garganta llena de flema y sangre. El busto de la tuberculosa se delineaba a través del viejo cendal. Su pelo oscuro había encanecido precozmente en las sienes.

Jonas había entrado sin anunciarse.

—Soy yo —dijo—. Vuelve a dormir, Tess.

Era una recomendación inútil, aunque viniese del propio Jonas, o tal vez precisamente por eso. Jonas, el Jonas del sueño, una criatura exclusivamente onírica y vicaria, que nada tenía ver con el Jonas real, trajinaba entre los pastilleros y luego batía un termómetro. Una bacínica se agazapaba junto a la pata del catre de hierro. Estuvo a punto de tropezar con ella, aunque alcanzó a retroceder oportunamente.

Tess trató de incorporarse. Se persignó.

—Dime si me veo bonita —murmuró tras hacer un esfuerzo.

—Se lo preguntas a la persona equivocada.

—¿Por qué? ¿Acaso no me voy a casar contigo?

Wilde corrió el dosel. A una seña suya, Teresa abrió la boca y admitió el termómetro bajo la lengua. Se llevó la punta del aparato a la fila izquierda de muelas y después a la derecha. Lo hizo chocar contra el paladar.

—No le preguntas a un hombre enamorado cosas así. Sobre todo cuando ya sabes la respuesta por anticipado. ¿Cuál es el truco? Vamos, Tess. Puedes hacer algo mejor que eso. Solías ser la comediente del pueblo.

—La verdad es que el título —Tess aseguró balbuceando— siempre le perteneció a mi hermano. A propósito, ¿has recibido noticias de nuestro peregrino de ultramar, el buen Lucas Keating?

Jonas Wilde cogió su estetoscopio e introdujo las dos olivas de goma en sus oídos. Sopló sobre la campana auricular del artefacto, y con un gentil ademán pidió a Teresa que se inclinara hacia adelante y desabrochara su camisola.

—Bueno, al menos Lucas ha salvado el pellejo de milagro. Si se hubiera quedado aquí por más tiempo, seguro lo apresaban y embarcaban con rumbo a Tasmania, igual que los demás patriotas de la Joven Irlanda. En lo personal, no veo a un carácter como Lucas Keating, propenso a las mujeres y la bohemia, aclimatarse en un sitio semejante. Una robinsonada así —Wilde comentó con un pujo de sarcasmo— hubiera destruido a un espíritu tan mundano como Lucas. ¡En fin, pero pagaría por ver eso, créemelo! Me lo figuro vestido con un módico taparrabos, destripando lapas en un playa desierta y esgrimiendo un pecio a modo de lanza —bromeó—. Pero no lo tomes a mal porque se trate de tu hermano. ¿Eh, Tess?

Teresa rio tan solo para complacer a Wilde.

—Lo último que supe es que estaba en Texas, entre los inmigrantes irlandeses. ¿Te imaginas, Jonas? Toda esa tierra gratis. Acres y acres y acres —ella suspiró—.

Cuestión de ir y reclamar un pedazo. Si estuviera sana iría a Texas. O tal vez a México. Tú me acompañarías, claro.

Wilde aplicó la campana del estetoscopio sobre una escápula. La piel de Teresa había tomado ese tinte azul lechoso. Percutió con dos dedos a lo largo de las vértebras, mientras atendía al ruido de los pulmones. Terminó la auscultación al cabo de unos minutos. Teresa se reclinó contra los cojines de la cabecera, súbitamente debilitada. Las almohadas despidieron un resuello de lavanda desvanecida.

Afuera empezaba a chispear.

—Hay esa anécdota, ¿la recuerdas? Él la contó en una de sus cartas, tal vez el año pasado o algo así —Teresa dijo con aire evocativo, las manos sin anillos posadas sobre el regazo.

La llama de queroseno chisporroteó. Ya era de noche.

—¿Otra anécdota de Lucas Keating? ¡Oh, vamos! —Wilde protestó guardando el estetoscopio en el cajoncito del velador—. Sé lo mismo que tú sabes. Que estuvo con las tribus indígenas de Oldahoma. Uno de los pocos carapálidas. Recolectaba contribuciones para la causa, ¿no es así?

Tess asintió. Y volvió a toser mientras Wilde escudriñaba el tablero de la mesita de luz. Ahí estaba la alianza de oro. Intacta. ¿Había olvidado ponérsela? Era extraño. Él y Teresa se habían comprometido un par de meses atrás. Sin grandes esperanzas, por supuesto.

Teresa arrojó el termómetro con un mohín de cansancio.

—Quiero dormir, Jonas. Tiéndete a mi lado.

La lluvia, hasta entonces inaudible, una lengua secreta hablándose a sí misma, recrudeció y pareció envolver el tiempo, hacerlo líquido, abolido. Junto al anillo había un botellín de láudano. Wilde se acercó y lo tomó, pero fue un movimiento lento y casi regresivo, como si jamás fuese realmente a alcanzar el maldito frasco. Destapó la botellita y trasegó la mitad de la sustancia. Se había aficionado a la tintura de opio desde hacía un año o más, y creía que ya no podría sobrevivir un día sin ella.

Rodeó la cama y se recostó a un costado de Tess, lo bastante cerca como para sentir la reverberación de su pulso. Se quitó los zapatos presionando con un talón sobre otro. Algo le pinchaba las costillas. El termómetro. Observó la graduación del tubo. Esperó unos cuantos segundos y lo regresó a la boca de Teresa. Exhausto, echó una breve cabezada.

Se abandonó al arrullo de la lluvia, en cuyo fondo latía el golpe de las olas sobre la playa. El mar aguardaba a pocas leguas, y se manifestaba a través de borrascosas embajadas, brazos de un diluvio que amenazaba con llevarse todo por delante. Veló un rato junto a ella, solo para descubrir, en un revelador parpadeo, que Teresa había roto el termómetro entre sus dientes y liberado un rosario de lágrimas de mercurio.

Se había herido los labios con las esquirlas del cristal. La hemorragia impregnaba las ropas de cama, formando una pequeña laguna dentro de un pliegue. Wilde se preguntó si Teresa había tratado de envenenarse con el mercurio del tubo. La escena

lo paralizó. Inconsútiles gotas del metal flotaban sobre el lienzo húmedo de sangre. Diminutas perlas con la consistencia del aceite.

Un instante después, una tromba de agua reventó contra la ventana, e inundó la habitación como si la pareja fuese presa de un naufragio. La masa de líquido subió vertiginosamente, hasta que ambos se convirtieron en pecios humanos, flotando a medias y luego hundiéndose en el agua invasora. De pronto Wilde experimentó una placidez amniótica. Un olvido material.

XVI

No ha vuelto a ver su caballo desde que cayera de la silla, viajando los últimos días en carreta, apretujado entre las vituallas, encogido como un feto. En cierto punto del trayecto logra identificar su montura, viéndola desde lejos, sin atravesarse a reclamar su restitución. Aparentemente, el caballo ahora pertenece al propio Calfucura, y figura entre los animales de su recua de refresco. Tan pronto consigue audiencia con el cacique, Wilde solicita a este la devolución del ejemplar.

—El caballo es mío.

—«Tú lo perdiste, doctor, cuando caíste de él» —tradujo Kewen.

—¿Qué solución me ofreces, cacique?

—«Te devolveré la silla, doctor, y te entregaré otro animal».

Wilde trepida y se encoge de hombros. El cacique le entrega en el acto la silla con todos sus aparejos, y pide a Kewen que le muestre el nuevo animal.

—Es una yegua —dice Wilde, agachándose—. Y además está tuerta.

—Pero conoce los caminos mucho mejor que el otro caballo —dice Kewen.

—Eso lo veremos —dice Wilde, atalajando a la yegua tuerta, ciñendo cinchas, cabestros, bocados, estribos. Se le pone por delante y le acaricia el morro y después el canal de la babilla—. Todo un gusto, señorita —susurra a una oreja picada de tiña.

—Ya está amansada —Kewen añade a manera de defensa.

—Y conoce los caminos, ¿eh? ¡Todo un lujo! Como si el cacique no me hubiese estafado. El maldito marrullero.

Aun así, Wilde se da el tiempo para corroborar la edad de la yegua. Abre el hocico del animal y estudia la dentadura. El ángulo de los incisivos da una impresión de ligereza.

—Bueno, por lo menos es joven —diagnostica, mientras revisa el resto de sus pertenencias. Nota que falta el paraguas. Nada bueno: después de todo era una herencia de Keating.

La omisión parece irremediable, considerando la afición del cacique por los artículos exóticos. Por fortuna, al menos la pistolera está en su lugar, junto a la grupera de la silla, y dentro de ella la pistola del *chevalier*. Posteriormente, se percata

de que también le han robado la lupa con la cual Keat encendía sus cigarrillos. En cuanto al resto del equipaje, el botiquín y la cámara de fotos se hallan en un estado más bien ruinoso.

XVII

Corrida una semana, la procesión ecuestre vadea el río Colorado y pasa a la otra orilla sin más pérdida que tres bueyes ahogados. La caravana se disgrega y detiene a pernoctar unas cuantas leguas al sur, sus miembros repartidos en fuegos de diez a veinte almas. La mitad de los jinetes, entre ellos el propio cacique, duerme encima de la montura, temiendo el asalto de otro grupo de indios, probablemente merodeadores descolgados desde las Salinas.

Wilde se arrebujaba junto a una pira de bosta de caballo, hundido hasta la nuca dentro del vellón. Ha terminado la última botellita de láudano unos días atrás, malogrado el resto del botiquín por su caída del caballo. Tirita a causa del interregno de abstinencia, empapado de un sudor frío, la complexión flemática y aterida. Se consuela mirando el fuego, un calor destinado a extinguirse en plena madrugada. Se tumba vencido por el cansancio al cabo de una hora.

A la mañana siguiente es reclamado por lo que debe ser el primer caso de viruela. Traen a su presencia a una criatura de pecho, el cuerpo acribillado por erupciones rojas, algunas purulentas. Su madre es una mujer blanca, todavía joven, con un pectoral de plata sucia colgando desde el cuello. La criatura gime y grita. Alza unos puños diminutos y ansiosos. Arde en fiebre. La mujer se descubre un pecho, una ubre lánguida y con aspecto de higo, y deposita un pezón ocre sobre la boca del lactante.

Wilde toma prisa y va hasta su maletín.

—¿Hay otros como él? —pregunta.

La madre menea la cabeza con aire impávido.

—¿Hay más enfermos? —Wilde insiste.

Una sombra aparece por detrás.

—¿Me entiende usted?

Una voz se condensa en el acto.

—Ella no habla español —Kewen explica.

Wilde titubea. Se vuelve atrás para mirar.

—¿Puedes traer agua? Rápido.

Kewen asiente y marcha a buscar un odre hinchado en la corriente del río. En su ausencia, el médico registra su instrumental y extrae una ampolla con la emulsión antivariólica y una jeringa. Comoquiera que fuese, existe el riesgo de que la enfermedad se halle en un estado avanzado y que la vacunación resulte por entero inútil. Aun así Wilde aplica el procedimiento.

Carga la jeringa y practica una punción en el hombro del crío.

Kewen reaparece. Otras mujeres se aproximan para fisgonear.

—Que entibien el agua y disuelvan un poco de harina de avena dentro. Una inmersión servirá —Wilde instruye—. Al menos el chico dejará de llorar a causa de la picazón.

El niño muere esa misma noche, pese a los cuidados que Wilde recomendara. Al otro día, la mortaja de la criatura es llevada en andas por una comitiva de plañideras. El diminuto cadáver es depositado dentro de una urna con forma de bote, llena de hierbabuena y poleo. El cajón mortuario concentra la atención de una parentela compuesta de unas veinte o treinta personas.

La ceremonia se extiende por tres largas jornadas, la primera de ellas con la asistencia de Wilde. En el curso del funeral, cavan una enorme trinchera y traen al lugar un caballo joven. La curandera unge y consagra el potro, amarrándolo a una estaca, y entonces lo degüella y deja morir junto a la zanja, de modo que su espíritu proteja al espíritu del niño muerto. Vuelven a tapar la zanja, esta vez con la criatura y su compañero echados dentro, dos fardos inmóviles y cenicientos.

Sigue a continuación una borrachera colectiva. Varias rondas de aguardiente llegan hasta Wilde, sentado como está ante las ascuas de una fogata, el ánimo embotado y pesimista. Bebe hasta que oscurece y las ascuas se hielan y mueren. Una luna con forma de hoz se eleva sobre el cielo. Se tumba y duerme poco a poco.

XVIII

Cabalgan desde el alba. El cacique monta sobre un caballo manchado. Encabeza la columna de jinetes trotando con cierta solemnidad. Wilde toma carrera y adelanta hasta alcanzar al caudillo. Este lleva enganchados a su silla un obsoleto rifle Tower y dos lanzas con punta de hierro. El indígena tira del freno y su montura pega un respingo, disminuyendo el paso.

—Quiero hablar con usted —grita Wilde, la voz secuestrada por el viento.

El cacique tuerce las bridas y se aleja de la tropilla unos cuantos metros, imitando en esto a Wilde. El irlandés agradece la muestra de interés inclinando el ala del sombrero hongo.

—Es necesario que vacunemos a su gente —dice.

Calfucura lo escudriña de arriba abajo. No exterioriza el menor signo de comprensión o simpatía. A sus espaldas desfilan los demás jinetes, las carretas con mujeres, los grupos de ovejas y becerros, las jaurías protectoras.

—Hay peligro de que crezca el contagio.

Calfucura se moja los labios y silba estentóreamente. Ha llamado al traductor. Sigue entonces un intervalo absurdo, en que ambos, el caudillo y su médico, se

enfrentan como dos centinelas sin nada que defender a sus espaldas. Transcurren varios minutos antes de que el traductor se deje ver.

Kewen se acerca al galope e interroga a Wilde con un gesto.

—Viruela —Wilde contesta—. Dile a tu jefe que debo inocular, es decir pinchar, a todos quienes no la hayan sufrido antes. Hace media semana tuvimos el primer brote. Por desgracia, solo cuento con antídoto para unas treinta o cuarenta personas.

Kewen traslada la información al cacique. Este abre los dedos contra el viento, elevando la diestra por sobre sus ojos. Su caballo sacude las crines.

—Dice que solo pinche a los hombres.

Wilde luce contrariado.

—Mujeres y niños —alega—. Esa es mi prioridad.

Tres sombras alargándose sobre un parche de pasto reseco. El sol cae de sesgo y tiñe el entorno con manchas de un bronce pálido. Un alacrán indaga sobre un montón de boñiga fosilizada, escabullándose poco después a causa del golpe de un casco. A lo lejos se ven diminutos médanos de tierra arcillosa. Los montículos anuncian la proximidad de las madrigueras de vizcachas.

—Mujeres y niños —Wilde repite.

—«Habrà guerra. Necesitamos hombres sanos».

Wilde se ahorra la respuesta. Se despide ladeando el tilo del sombrero, y regresa a la caravana. Tres o cuatro millas adelante la columna trashumante se detiene y vuelve a dispersar.

Durante los preparativos del campamento, pasa junto a Wilde uno de los guerreros del cacique, acarreado consigo una recua con seis o siete caballos de relevo, todos de un perfecto pelaje ahumado. El conductor de la reata lleva la espalda descubierta: embriones de llagas comienzan a manifestarse, distribuidos en tímidos racimos por sobre la piel brillante.

Wilde invierte todo aquel día en visitar los toldos y fogatas, haciéndose entender con efusivas pantomimas. Con el reluctanté auxilio de Kewen, pues la acción tiene lugar sin la autorización explícita del cacique, logra reunir unas cuantas mujeres. Y poco falta para convencerlas de admitir un pinchazo, cuando, para su desconsuelo, la visión de la jeringa lo arruina todo.

Las pacientes reculan horrorizadas. Sin más remedio, Wilde retira el pulgar desde el émbolo y devuelve la jeringa a su aterciopelado nicho con forma de T, cerrando el estuche con un jadeo consternado. No ha comido desde hace media jornada. Tantea su reloj y consulta el disco, tan solo para cerciorarse de aquella intuición.

Afuera, entretanto, la cabalgadura de Wilde se echa y abandona a un piadoso letargo, abrumada por el último tramo del viaje. Es ya el crepúsculo cuando su dueño resuelve hacerle compañía. Wilde se acurruca con varias mantas y cueros, la nuca apoyada sobre el espinazo del animal.

La luna está en su cuarto creciente.

XIX

El viento azota los pastizales. La borrachera de la víspera ha hecho varar sobre el terreno decenas de garrafas de aguardiente, ahora vacías y desfondadas. Una brisa rasante silba a través de los rotos botellones, y produce un rumor bajo y tenebroso.

Es la tercera o cuarta ocasión en que Wilde recita a Jenofonte para el jefe indio. La lectura de la *Anábasis* se desdobra en el flujo paralelo de la traducción: una susurradora onda que sale de los labios de Kewen y entra en la mente del cacique con un torbellino de imágenes. Este se asoma a un espejo anterior: ve caballos y hombres armados y sudor de largas remontas en tierra de nadie.

Mientras Wilde lee en voz alta, sentado a unos palmos del caudillo, se pregunta si Calfucura establece parentescos con la suerte de aquellos viejos guerreros y mercenarios: si solidariza con el terror, el fuego y la traición que agitan las vidas de los reyes de aquel otro desierto. De ser así, tal vez el libro sea peor que el licor. El cacique emerge de las sesiones como intoxicado, persuadido de su propia omnipotencia, los puños tensos, la complexión crispada.

El indígena interrumpe la lectura y se para con una urgencia que lo asombra a él mismo. Sale a orinar y regresa a la tienda al cabo de unos minutos. Wilde cierra la tapa del libro, y estira una pierna tan pronto acusa el cosquilleo de un calambre. Kewen se apresura en rellenar las jarras de latón con un chorro de aguardiente.

Calfucura se dirige al lector.

—Pregunta que hace cuánto murieron los personajes del libro —Kewen explica a Wilde, el primero acucillado en un rincón de la tienda, jugueteando con un palo.

—¿Cuánto? Bueno, demasiado tiempo. Más de dos mil años.

Calfucura oye la respuesta con una expresión de reverencia. Señala hacia la mesita de tijera, en cuya cubierta de lona descansa una bandeja con bártulos de escritura, incluyendo una pluma de ganso con el cañón torcido. La alusión resulta lo bastante enfática como para ser comprendida en el acto.

—¿Quiere que escriba algo? —Wilde consulta a Kewen.

El traductor asiente, y pasa la pluma de escribir al irlandés, sumergiéndola antes en el tintero. A continuación, hace ostensible un amarillento papel de carta, encarrujado en las cuatro esquinas. Entrega el papel a Wilde, un pliego virgen, mientras el cacique vuelve a sentarse con las piernas cruzadas. El indígena parece listo para dictar un mensaje a los Poderes del Mundo.

—Quiere contar su vida a usted, desde su salida de Chile hasta ahora.

Wilde se soba la barba. Se apura en declinar semejante honor.

—Dile que no puedo. Soy un extranjero de paso y no debo saber ciertas cosas. Menciona a tu patriarca que yo podría ser un espía. Un soplón a sueldo de los blancos. Mi negativa solo tiene el propósito de protegerlo —Wilde extrema su coartada, apenas ocultando un amago de cinismo—. Además, ni siquiera tenemos suficiente papel —se queja—. Una vida no cabe en una página.

—Se lo diré —Kewen expresa.

Kewen y el cacique entablan un tedioso bisbiseo, subrayado por parte del segundo con teatrales aspavientos. Picado de orgullo, el cacique se muestra dogmático y persiste en su deseo. Parece a punto de montar en cólera. Baja la mirada hundiendo el perfil fibroso en el hueco del esternón.

Murmura para sí mismo:

—«Me llamo Piedra Azul, y nací del otro lado de la cordillera. Ignoro mucho sobre mi infancia. Lo que sé lo digo aquí, y otro lo escribe. Mi madre me llamó con este nombre porque en la víspera de mi alumbramiento cayó una piedra del cielo. Muy joven salí a matar animales, aprendí a conocer las huellas, a leer el viento. Maté a mi primer hombre cuando todavía no me salía barba: el cadáver lo enterré yo mismo. Vine acá sin saber, buscando caballos. Siempre fui buen jinete. Me entrevisté con Rosas y él me pidió que cayera contra otro cacique, y así lo hice y después fui a las Salinas y negocié desde allí con el propio Rosas, quien luego me hizo coronel de su Ejército, mitad por temor y mitad por una oscura semejanza».

XX

Wilde refrena y se apea, los muslos molidos por el continuo zarandeo. Le sigue a poca distancia el traductor del cacique, montando virtualmente a pelo. Kewen conduce un remedo de riendas, empleando una única mano. Con la otra manipula un membráfono, consistente en un arco rígido equipado con una lengüeta metálica. El instrumento vibra y gangosea dentro de la bóveda del paladar.

Wilde se aparta de la columna trashumante.

—¿Dónde uno puede cagar aquí? —pregunta a Kewen, quien desvía y para.

El indígena saca el arpa de resorte desde su boca. Busca un punto en un radio de media milla. Suspende su observación y se vuelve a Wilde. Señala con un brazo hacia un bancal de matorrales.

—Hay que limpiarse con las hojas del arbusto.

—Comprendo —dice Wilde.

Wilde se dirige al sitio en cuestión, se acuclilla a hurtadillas, e inicia una expeditiva puja. Luego hace tal como le aconsejó Kewen. No acaba de subir y abrochar sus pantalones cuando experimenta un picor fulminante.

Examina las hojas del arbusto.

—Ortigas —piensa en voz alta.

Se precipita de regreso a su montura, contonéandose ridículamente.

XXI

La horda descansa en el crepúsculo. Los hombres desmontan y orinan y buscan cobijo en los fuegos que empiezan a arder. Los músculos se marcan a manera de reptiles bajo el pellejo cetrino. El extranjero hace igual, instalándose junto a uno de los últimos fuegos, seguido de lejos por los perros de la caravana. No tarda en acercársele Kewen, quien tañe la lengüeta de un arpa judía, su propia boca convertida en una caja acústica.

Wilde se sorbe la nariz con un manga.

La galopada le ha magullado las ingles, al punto de no poder sentarse sin experimentar un dolor agudo, de modo que permanece en cuclillas por un buen rato. Nubes rasantes y cárdenas invaden el horizonte, disolviéndose imperceptiblemente. Acompañado por su mascota, Kewen se sienta con las piernas cruzadas a unos palmos del extranjero.

El armadillo caracolea y luego se echa a los pies del muchacho.

—¿Sabes si hay más enfermos? —pregunta Wilde.

Ataviado con un enorme poncho teñido de añil, Kewen se interrumpe y deja de pulsar la aleta metálica del instrumento. Estudia las llamas que viborean sobre el montón de estiércol de caballo. Escupe hacia el fuego, y después saca desde un morral un mazacote de azúcar negra. Reparte su provisión con Wilde, mientras los perros se alebran expectantes a cosa de un tiro de piedra.

—Cuatro o cinco hombres de lanza —responde.

—Lo más probable es que mueran todos ellos.

El muchacho asiente con gesto imparcial.

—Cruzando el siguiente río las lluvias se harán más fuertes.

Kewen explica a Wilde que saldrá de madrugada a rastrear las señales del entorno antes de que la lluvia las borre con el primer chaparrón. Formulado este anuncio, el muchacho reanuda el monocorde tañido del arpa judía. Percute la membrana de resorte conforme expande y reduce la cavidad de la boca. Del ejercicio resulta una melopea gangosa y sincopada.

El arrullo continúa por varios minutos. Entretanto, el sol no acaba de sucumbir del todo cuando una nube negra y móvil se desprende del horizonte y se cierne ávida sobre el campamento. Wilde aguza la vista, y descubre que se trata de langostas: el enjambre planea, se eleva, cae y vuelve a remontar vuelo. Cada vez más cerca.

Los insectos rodean los fuegos al cabo de poco.

El enjambre es tan tupido que logra abovedarse y cerrar el aire sobre las cabezas de los viajeros: el zumbido de la plaga impide oír el propio pensamiento. Kewen aborta la música en el acto. Levanta los brazos y une sus manos por los pulgares haciendo una dúctil pantalla. Su armadillo se repliega en una bola blindada. La jauría gruñe y lanza dentelladas contra un enemigo inasible.

Los insectos aterrizan sobre los lomos de los caballos. Se aglomeran y pululan

por encima de cuellos y ancas, se abreven del sudor animal. Pero ni aun así es suficiente. Muy pronto la sed conduce a la langosta a beber de las mucosas humanas. Se pegan y hormiguean contra las mejillas de los crios de pecho para sorber la estela de una lágrima. Se meten dentro de las enaguas de las mujeres.

El muchacho atrapa una de las langostas.

—Pasarán de largo —dice—. Buscan los huertos de los criollos.

El asalto tiene lugar sin protestas ni quejas por parte de las víctimas. A lo sumo una vieja comadre agitando un trapo a modo de exorcismo. Pero la efusión se muestra estéril. Por fortuna, la plaga desaparece con la misma urgencia que ha surgido un momento antes. Las langostas se baten ahora en retirada. Migran rumbo al norte.

Kewen retiene aún a su presa, encerrada dentro de la esfera que forman sus manos. Una vida compacta y vibratoria transcurre allí dentro. Su captor la deja libre un segundo solo para cogerla en un puño y luego decapitarla con un chirlo de su pulgar. El bicho aletea acéfalo, mientras el armadillo de Kewen se aproxima husmeando y devora la presa en dos bocados.

La mascota lame la palma del chico con actitud agradecida.

XXII

Conforme los jinetes de Calfucura eluden la inoculación, las bajas se suceden rápidamente en el cuerpo montado. Cada jornada culmina con una muerte por viruela. Y cada nueva baja desencadena una orgía de acusaciones entre las mujeres, sobre todo ancianas: desdentadas comadres, viudas herbolarias, simples plañideras. Las víctimas femeninas crecen en número de acuerdo a la fortuna y el rango del muerto.

La tradición fija que no existe muerte natural sino la verificada en combate, creencia que convierte a la enfermedad en un episodio de brujería y posesión. De ahí el auto de fe que tiene lugar noche de por medio. Las sospechosas suelen aguardar condena paradas junto a una zanja, mientras desfila junto a ellas uno de los capitanes del cacique blandiendo una cachiporra.

La elección ocurre de acuerdo a los augurios practicados por otra de las mujeres, y es llevada a cabo en un clima de fatalidad y exaltación. Una noche en particular, la cachiporra abate a tres mujeres, ancianas todas ellas, culpables supuestamente de inficionar a un enfermo y proyectar sobre él, un guerrero a quien le sobrevivirían varias viudas, los signos de la plaga. La acción es consumada sin oportunidad de protesta. Un golpe seco contra el hueso temporal, y el fardo inerte rueda dentro de la zanja con un ruido amortiguado.

Wilde es testigo de la triple ejecución. En realidad, no tiene más remedio que comparecer en la sórdida cita. Cuando todo ha terminado se retira perplejo. No logra comprender qué coartada o privilegio lo inmuniza contra la caza de brujas. Más tarde,

alzada la luna, se atreve a consultar el caso con Kewen, quien se le queda mirando con aire desdeñoso.

—Nadie cree aquí que tengas ningún poder —Kewen concluye.

La respuesta reconforta a Wilde. Que no se espere nada de él le da una cierta ventaja. Se esfuerza en sentir piedad por las tres ancianas desnucadas, pero considera el asunto de un patetismo trivial, como si en el fondo las mujeres estuviesen simplemente de más. Y acaba persuadiéndose de que la mortandad ha sido un sólido acto de justicia. Una compensación cruda y básica. Un evento tan justo como un rayo que cae sobre una casa en ruinas y exonera a los herederos de una paciente y costosa demolición.

La hecatombe continúa la mañana siguiente. Esta vez sacrifican tres caballos jóvenes, una licencia de la que Wilde se sustrae oportunamente. Invierte el resto del día en refaccionar su cámara fotográfica, a esas alturas una reliquia quebradiza. Un armazón cúbico dotado de una especie de manga de acordeón, con las dimensiones de un codo de ancho y otro de largo.

XXIII

Se ocupa del arreglo de la cámara durante buena parte de la semana, prolongando una compostura que, si hubiera tenido a su alcance las herramientas precisas, le habría tomado solo un par de horas. Intercala los lapsos de trabajo a los más largos del viaje, aprovechando las detenciones y acampadas a través del desierto, en particular las mañanas ociosas y ajenas, cuando nadie le ve hacer.

En una ocasión, Kewen se le aproxima y observa morosamente su labor con una tabla hallada al azar del camino. Wilde se empeña en cepillar el madero y cortarlo de modo que sirva de flanco para su cámara. Lleva a cabo la operación empleando un cuchillo curvo y un cuero de lija. Prueba a insertar la tabla en el lado descubierto de la caja. Hasta aquí sin éxito.

—Qué haces, gringo.

Wilde sonrío a medias, y le entrega a Kewen el lente cilíndrico de la cámara. El curioso se lleva la pieza a una oreja y después a un ojo. Repentinamente el mundo se empequeñece: el horizonte entero cabe dentro de una burbuja. Da vuelta a la pieza y escudriña nuevamente. Lo lejano se aproxima.

—Qué es, gringo.

—El lente de la cámara.

Kewen se rasca un remolino de pelo en la nuca.

—Cámara —remeda—. ¿Y qué hace?

—Dibuja a quien se pone por delante de ella.

Kewen regresa el lente a su propietario. Traza una figura con un palo sobre el

suelo arcilloso. Ha dibujado un avestruz.

—¿Así? —pregunta.

—Mejor que eso —afirma Wilde, logrando encajar por fin el cuadrado de tabla al hueco del bastidor, a fuerza de hacerla entrar a puñadas. Con el armatoste listo, solo le falta un lugar lo bastante oscuro donde realizar la emulsión de químicos y probar así la calidad de exposición. Sin ocultar su optimismo, se dirige a Kewen e intenta informarse sobre la existencia de algún sitio propicio. En efecto, necesita un interior hermético, como encapsulado, sin luz.

—¿Alguna idea?

—La tienda de Calfucura —contesta el intérprete.

Wilde se queda meditando. Recuerda que la tienda del Cacique es la más protegida: un cono truncado compuesto por un tupido hojaldre de cueros y vellones. Solicita a Kewen que interceda por él ante el jefe, y le explique que el extranjero planea retratarlo.

—Estaré en lo del cacique dentro de una hora —promete.

Ambos se separan. Wilde regresa a su toldo y se apura en disponer unas pocas onzas de colodión y otras de nitrato de plata. Posee aún, intactas pese a los accidentes del viaje, dos o tres placas de vidrio. Coge su improvisado equipo de fotógrafo, y se presenta puntualmente en la tienda del cacique, la misteriosa caja enrollada en un saco embreado.

XXIV

La recepción tiene lugar ante un muro de escepticismo. Los ocupantes de la tienda se limitan solo a ellos tres. El traductor, presa de una complicidad expectante, permanece sentado a la diestra del cacique, mientras este contempla los despliegues de Wilde con la cara magra y ascética. Su fisonomía no admite otra expresión que una disimulada mueca de recelo. Comprime las mejillas y hace como un puchero al sorber la infusión de yerba mate.

La tez yodada y rugosa, el cacique trae puesta una levita en algún tiempo roja, aunque su aspecto actual es de un violeta deslavado. El abrigo está patinado de mugre en solapas y cuellos, y parece quedarle grande en una o dos tallas, exceso que el patriarca asume con graciosa indulgencia. Le ha crecido ahora último una barba esmirriada, puntiaguda, de chivo, la que se mesa con una deliberada afectación.

Aborta el amago de levantarse, haciendo un efecto un tanto intimidatorio, como si llevara prisa o debiese atender una obligación superior, y solo lo retuviese allí una frágil cortesía. Exhorta al intérprete, atrayéndolo hacia sí con un braceo autoritario. El cacique habla por lo bajo espaciosamente, empañando la oreja de Kewen con un vaho avinagrado.

El traductor se dirige a Wilde.

—¿Falta mucho para el dibujo?

—Dile a tu jefe que no es precisamente un dibujo —Wilde replicó—. Explícale que es una magia poderosa. Encerraré su alma en un trozo de cartón.

Kewen traslada el comentario. Hay una risa como acogotada, que sale a borbotones. La manifestación desliza una nota burlona en el experimento.

—El cacique dice que la única magia de los blancos es la pólvora.

Wilde se agacha aparatosamente detrás de la cámara, máquina y hombre cubiertos bajo la arpillera bañada de alquitrán. Ciego como un topo, debe guiarse enteramente por el tacto. Encabalga la placa reactiva dentro de las pestañas laterales de un carril, y asegura que todo esté en su lugar dentro de la cámara.

—Pólvora, ¿eh?

El cacique se ventosea para hacer aún más gráfico el sarcasmo. Al instante siguiente, Wilde saca una mano y gesticula para indicar a Kewen que ya puede hacer entrar toda la luz que quiera. El cacique parpadea bajo el inédito chorro de sol.

—Quieto, por favor —ordena Wilde.

La complexión de Calfucura se enrarece. Nota que de la caja emerge algo así como un cañón o tubo de bronce. Tal peculiaridad lo lleva a dudar de que se trate de un artefacto del todo inofensivo. Pero ya es muy tarde para retractarse.

Wilde saca el obturador.

—¡Quieto! —insiste—. Solo será cosa de un cuarto de hora...

Espera a la noche para revelar la placa. Levanta un sucedáneo de laboratorio reuniendo dos escudillas de latón y una cuerda para tender ropa. Se refugia en un entoldado, y lucubra largamente oculto dentro de la penumbra cenicienta. Se abandona entonces al miasma de farmacia que emerge de sus manipulaciones. Endosa un cartón imprimado al negativo, y aguarda a que se manifieste allí, tenuemente al principio, el ectoplasma.

Un aura lechosa se delinea y consolida poco a poco. Es la silueta del cacique. Parece estampada con una fidelidad embarazosa, desdoblada. Wilde pincha el cartón al pequeño tendadero, y lo deja escurrir a lo largo de toda la madrugada. Hecho esto, empaca su botiquín, arregla sus alforjas y sale a la intemperie, acarreado consigo un saco de harina para la montura.

XXV

Cierra el libro y hace ostensible un gesto de cansancio. Ha recitado al maldito Jenofonte por cerca de dos horas seguidas, acompañado durante todo ese tiempo por el bisbiseo del traductor. La audiencia termina hacia el ocaso. Una claridad rosada y mórbida baña los perfiles del mundo.

Wilde se sacude un calambre, sentado hasta hace poco en una posición digna de un contorsionista, y sale de la tienda detrás del cacique. La yegua tuerta pace melancólicamente en el exterior, acuciada por un enjambre de mosquitos. El aire huele a boñiga fresca. Kewen es el último en desalojar la tienda.

Wilde manipula la bocina de su estetoscopio, como dando a entender que planea una nueva inoculación antivariólica. Consciente de la tácita eclosión de la enfermedad, procura convencer al cacique de realizar una vacunación sistemática, defendiendo la urgencia de fijar una cuarentena para los posibles afectados. Aborda a Calfucura e intenta explicar nuevamente el asunto, pero el indígena se muestra reacio, monolítico.

Vilanos de cardo flotan en la atmósfera detenida.

—«No, doctor» —Kewen traduce—. «No pondrás a nadie en cuarentena».

Wilde se ahorra la respuesta, mientras el cacique sofoca un rezongo. Pasado un instante, el indígena saca a relucir la lupa que pertenecía al suicida del faro, y de la cual él se ha apropiado con un cinismo jovial e irreprochable. El irlandés se lo queda mirando, incapaz de atribuir a Calfucura una edad precisa. Se limita, en cambio, a estudiar la feroz máscara de arrugas, en cuyo margen inferior se abre una ristra de dientes magníficos, de un blanco implacable.

Wilde guarda la bocina del estetoscopio e interpela al traductor.

—Quisiera enseñar algo al cacique —propone.

No acaba de formular la sugerencia, cuando hace aparecer un cartón con la imagen de Calfucura grabada encima. Exhibe el cromo ante los ojos del propio cacique, quien se reconoce de inmediato en la efigie. Este adopta una actitud melindrosa, encandilada.

—«Yo. Soy yo».

Aunque francamente lo quisiera, el jefe no se anima a birlar la foto de un simple manotazo, y no es porque no resulte capaz del atrevimiento. Sus dedos hormigean ante la expectativa, pero algo le dice que la posesión de aquella imagen, su doble, podría significarle una amenaza, un peligro numinoso. Tenerla sería como cohabitar con un espejo congelado: su cotidiana intimidad terminaría por vaciarlo a manera de un vampiro. La contaminación de lo igual, de lo idéntico, lo hace renunciar a una presa ofensivamente fácil.

Baja las manos.

—«Yo... Yo...» —repite.

Wilde observa que el cacique se acobarda. No obstante, sabe que solo se trata de una impresión inicial: tal vez mañana Calfucura cambie de opinión y demande para sí la condenada foto. Aferra la ambrotipia recién revelada por una de sus esquinas. Es una lámina de un sepia acaramelado. El retrato del cacique lo muestra en una pose hierática, solemne.

—«¿Qué quieres a cambio, doctor?».

—Nada —Wilde contesta, dirigiéndose entonces a Kewen—. Puedo entregarle

esta copia al cacique, pero conservando los originales puedo hacer otras más.

El cacique niega con la cabeza.

—Dice que no quiere tener con él la imagen —explica Kewen.

Wilde se siente legitimado para negociar en otros términos.

—Pues bien, eso cambia un poco la situación. Deseo que me autorice a inspeccionar a las personas que estimo proclives al contagio, y que llegado el momento me permita aislarlas. Ah, y otra cosa. Deseo que tú —Wilde alude directamente al traductor— me asistas durante las auscultaciones. Escasamente he logrado vacunar a un par de personas trabajando en solitario.

Kewen transfiere la solicitud al cacique.

—«Tienes mi palabra, doctor».

—Espero que respetes tu promesa, cacique.

Wilde guarda la fotografía en un bolsillo de su chaqueta.

—Desearía formular una petición adicional —añade con un susurro—. El general Rosas me confió su voluntad respecto del trato que Calfucura debería brindar, de aquí en adelante, a los civiles criollos. En particular, me encomendó rogar al cacique suspender el secuestro de niños y mujeres blancos.

Wilde ensaya una reverencia, la que redundaba en una finta errática o ridícula. Aguarda a que el cacique conteste. La máscara rugosa ejecuta una paciente torsión, los ojos enfocando un punto dentro del sol invisible. Se escucha un graznido. El pequeño halcón del cetrero gira y se precipita a tierra, volando a escasa distancia de los tres hombres. El dueño del ave rapaz irrumpe poco después.

Calfucura emite un nuevo rezongo.

—«Así sea, doctor».

Los dientes apretados, la mirada solapada.

XXVI

La procesión encarrila a marchas forzadas por una huella del oeste, avanzando bajo un calor ventoso. La radiación acartona la piel. Los trastos mal amarrados a las gualdrapas se vuelan y pierden en la retaguardia caliginosa. Enfilan a lo largo del cauce de un río a medio esfumar, buscando una angostura por donde cruzarlo y retomar así el derrotero de un principio.

La comitiva ha mermado desde que saliera desde Salinas Grandes, sobre todo a causa de la viruela y los holocaustos de caballos. Como es de rigor, el cacique y un par de lanceros nativos encabezan la columna. Tres o cuatro carretas, cargadas con los tributos del restaurador, zangolotean en la cola de la procesión, llevadas a remolque de unos bueyes comidos de piojos.

Media legua adelante se materializa desde el seno de un espejismo un convoy de

paisanos, seguramente vecinos de la provincia de Cuyo. La tortuosa fila de tartanas y carretas también se dirige al oeste. No obstante, su estiba luce más onerosa y pesada. Los indígenas no tardan en dar alcance al convoy criollo, presidido por un miliciano viejo, equipado con una bandolera y un destartado fusil de avancarga.

Los jinetes de Calfucura, entre ellos el halconero, levantan un vórtice de polvo amarillo en torno del sujeto. El tipo se presenta ceremoniosamente.

—¿Hay algún cristiano entre ustedes? —pregunta.

La avanzadilla enviada por el cacique inspecciona al ojeo los costales acunados en las carretas. Hay allí unas diez o quince fanegas de sal. Los indígenas constatan el precioso flete, lanzando gritos y chivateos exultantes. Viendo la escena de lejos, Wilde suelta las bridas y pega un galope abrupto, arrojándose junto al cacique al cabo de poco. Se sorprende de poder comunicarse directamente en la lengua del país.

El responsable de la columna de criollos estudia la situación.

—¿Se trata de un robo, verdad? —pregunta—. Pueden llevarse los costales de sal, pero les ruego no tomen cautivos. Solo hay hombres viejos aquí —dice el miliciano blanco, sin tener respuesta.

Mientras tanto, Wilde y el cacique dialogan torpemente.

—Recuerde que pactó con Rosas suspender los ataques —Wilde grita en español.

Calfucura mira a Wilde como si estuviera ante un cómico jubilado. Desestima la mediación del extranjero, y da la orden de abarload las carretas junto al convoy de sal, facilitando así el próximo desvalijamiento. Manda también plagiar niños y mujeres blancas si los hay.

—No —Wilde grita en la lengua de la tierra.

Rebusca en su chaqueta la fotografía, pero esta vez no da con ella. ¿Dónde diablos la ha puesto? Tiene que estar por algún lado. La invocación de la imagen ha funcionado antes como un elemento extorsionador... Wilde confía en que su influencia será igualmente oportuna ahora. Si el cacique cree haber infiltrado una larva dentro de él, un segundo corazón, Wilde conserva pese a todo una carta bajo la manga, una especie de rehén... El hombre del convoy, llevado por un error, pone la culata en ristre y apunta paradójicamente hacia Wilde, creyéndolo el principal instigador del robo.

—No lo hagas, cacique.

Calfucura niega con la cabeza y ensaya un rictus desafiante, como queriendo decir: ¿buscas esto, amigo? De alguna manera se ha hecho con su retrato. No lo tiene él, por supuesto, sino el cetrero indígena, quien sirve actualmente de escolta al cacique, y presta a este una intercesión casi providencial. Emplazado jactanciosamente a espaldas del jefe indígena, el halconero sostiene el cartón ilustrado. Wilde baja los brazos.

Sospecha que ha perdido la pulseada.

—La puta suerte —impreca para sí mismo.

Luego se estira atrás, recordando que trae aquella pistola italiana, un anacrónico

lujo napoleónico. Toma el arma con una elástica torsión, y la encañona hacia el cielo, sin hacer blanco contra nadie... Al instante siguiente, en un gesto aparentemente contradictorio, se abre la camisa enseñando el costurón vertical que ha dejado allí el trasplante. Dirige la pistola contra la cicatriz del pecho. Apoya un índice capcioso sobre el gatillo.

Exhorta a Calfucura.

—Tengo tu viscera conmigo, cacique.

El irlandés amenaza con descerrajarse un tiro en el pecho, fingiendo el preámbulo de un suicidio. Pero no es esto lo que perturba al cacique, sino más bien la eliminación concomitante del segundo corazón, alojado ahora en el organismo del doctor... El simulacro resulta lo bastante convincente como para amedrentar a Calfucura, quien se estremece y vacila con las riendas en un puño. Si Wilde llegara a morir, piensa, también se extinguiría parte de él mismo... Termina por ceder al chantaje. Ordena detener el despojo, limitándolo a dos o tres carretadas de sal gruesa.

—Sin cautivos —Wilde conmina.

—Sin cautivos —Calfucura aprueba.

El miliciano criollo asiste a la escena ignorando qué demonios sucede. Tiene ante sí a ese insólito par de jinetes, uno de ellos blanco y joven, el otro indio y viejo, ambos disputándose la autoridad de la redada. Advierte que el primero guarda la pistola y que agradece al segundo con una inclinación del sombrero, volviendo grupas hacia la cola de la caravana.

El halcón encapotado, ciego, tuerce la cabeza.

XXVII

Peregrinan un día más antes de arribar al cruce del río. Todo cuanto se ve allí abajo es una estría de lodo fluido, engolfándose en la garganta de un barranco todavía accesible. La escarpadura del lado de la caravana desciende por un declive poco pronunciado, y luego se abre en un lecho de lajas de basalto, hasta por fin tocar y encerrar la corriente color de sepia.

El grupo describe una perezosa recta antes de descender por la pendiente. Los cantos rodados saltan bajo herraduras y ruedas, y caen atropellándose cuesta abajo, abismados en la modesta arteria, a veces desencadenando nuevos desmoronamientos. Los caballos andan como de puntillas, el aire de comparsas de ballet, procurando no perder pie y desbarrancarse.

Tras ellos vienen las carretas, ahora desenganchadas e introducidas de revés, unos cuantos hombres controlándolas desde atrás. Los costales de sal, sumando las recientes adquisiciones ganadas a punta de cuchillo, hacen un lastre formidable, al extremo de entorpecer y envarar toda la maniobra. Tanto es el peso que una de las

carretas revienta por el eje de las ruedas, incapaz de aguantar la penosa tracción.

No es un caso aislado.

En efecto, igual ocurre con los demás armatostes, descalabrados por una suerte de contagio instantáneo. De un momento a otro, las carretas se voltean de un lado, traquetean con las ruedas salidas, y patinan a los tumbos a manera de gigantescos trineos. En una especie de adiós ritual, se precipitan de bruces justo en la orilla. Los sacos y costales salen catapultados con destino al río, donde, por una ironía más bien abstracta, el agua se encargaría de disolver su entraña con un celo impersonal.

El cacique vigila el desastre desde lo alto de una loma, aferrando las riendas con una vehemencia estéril, empinado sobre los estribos de plata vieja. Todo sucede en menos de un minuto. Los costales de sal se aglomeran y forman un dique en la mitad del cauce, rodeados por los erizados escombros de las carretas, dificultando así el rescate de la mercancía.

Para cuando un grupo de indígenas logra llegar al cauce y poner en seco los primeros costales, la sal se ha desleído casi por completo. La pérdida significa, sobre todo, que el intercambio con los tehuelches del sur no podría llevarse a cabo de acuerdo a los planes originales del cacique. Aun así, él mismo no acaba de resignarse, y promete venganza en vano, aullando entre dientes. Corta las riendas, gira la montura con un respingo y trota loma abajo.

Junto con la sal, también se ha perdido la carga de añil. El saco de tintura en pasta, de un azul que viraba al negro, ha caído con otra de las carretas, y ahora se empoza en el seno del río, liberando lenguas de un color sobrenatural: extrañas, alucinadas venas salen a superficie y dibujan allí florituras y bucles. Al cabo de poco, todo el río es una gran mancha móvil de tinta azul. Los caballos vadean el cauce sumergidos hasta los ijares, y emergen de la ablución con las patas y la barriga teñidas de índigo.

El último en pasar es el propio Calfucura.

XXVIII

Hacen un alto a un cuarto de milla del río. Las indígenas acometen la tarea de desembalar los toldos de cuero, acarreados hasta aquí sobre lomos de caballos y bueyes. Siendo Wilde soltero, él mismo debe encargarse de armar su tienda.

Esta consiste en una correosa colgadura enarbolada sobre dos varas de bambú.

No bien termina de asegurar el entoldado, decide regresar al río y rescatar unas cuantas tablas para hacer fuego. Silba a su cabalgadura, vuelve a montar y endilga rumbo al norte. Llega al sitio al cabo de una o dos horas, reencontrando el cuadro de costumbre: las carretas encalladas, los costales vaciados flotando en la corriente.

Baja a pie por la escarpadura, y gana el cauce dando unos saltos metódicos.

Dispersas aquí y allá, vigas y tablas rotas sobreviven al hundimiento. Wilde toma un haz bajo el brazo y ensaya el camino de vuelta, subiendo entre los cantos rodados. Una vez fuera del barranco, trepa a la silla y guía la montura con una sola mano, viajando con el ocaso a la espalda, el viento racheado escupiendo briznas de paja sobre sus ojos.

Alcanza el campamento, desmonta y arregla junto a su tienda el montón de tablas astilladas. Se ayuda con un yesquero de pedernal para lograr la primera chispa. Se arrodilla y sopla con un mejilla pegada a la tierra, azuzando un punto rojo y volátil. El fuego prende poco a poco.

Entre los maderos que acaba de salvar hay un tronco del grosor de una botella, adelgazado en punta bajo la acción aparente de un cuchillo. Debe ser el eje de una de las carretas, pero la sección ahusada, Wilde deduce, no parece formar parte de la factura normal de la pieza. Es una anomalía. Tal vez una avería deliberada. Luego, una evidencia de sabotaje. Wilde concluye que alguien ha debilitado, sin duda procediendo a hurtadillas, los ejes de las carretas, de modo que no aguanten el paso por el río.

Se calienta frente a la pira, respirando el humo acuoso y vago. A su alrededor, las jóvenes se aplican en deslendrarse unas a otras, mientras en el centro del campamento tiene lugar el descuartizamiento de un caballo. Se queda esperando su pedazo de carne cruda, bofes y pulpas sangrantes pasados de mano en mano hasta que el último de los hombres termina por recibir su ración de alimento.

Pone la carne al fuego menos rato que otras veces, chamuscándola superficialmente. Mientras oscurece, una bruma humana se esboza en el horizonte y adquiere un relieve cada vez más nítido. Es una nervadura negra y huesuda, precedida por un aura de sudor fétido, un coloide terso y grasiento que entra en la nariz con un pinchazo. Los cascos repercuten arrolladores a través de la tierra intacta.

Un hombre de a caballo, galopando desde el sur, se deja ver al cabo de poco. Debe llevar varias jornadas de viaje. Una costra de suciedad enmascara su rostro, lo acoraza de pies a cabeza, de ahí el maldito olor. Un eco nauseabundo. Pasa de largo frente a Wilde, y cabalga en dirección a los fuegos más grandes del vivac. No es un indígena.

Wilde devora su ración de carne mientras hojea, auxiliado por una luz palpitante, su *Anábasis*, un despojo amarillento y quebradizo, lleno de páginas huérfanas. Tras una hora de lectura, se quita las botas y soba sus pies, friccionando unos tobillos castigados por el roce del estribo.

Medita sobre la identidad de la aparición.

Lo despierta el olor a café del recién colado. Sale de su tienda, atisbando en torno con la mirada turbia y monótona. Se quita las lagañas del ojo con un pulgar y procura seguir la estela dulzona e incensada del grano tostado. Una figura puesta de espaldas se recorta contra el aire blanco. El sujeto vierte el líquido marrón, oleoso, desde un pote caliente a una jarra estañada. El intruso se voltea sospechando la presencia de Wilde, y le guiña convidándolo a un café, el gesto familiar y apurado. Se limpia los dedos sobre unos zahones de vellón.

—Mister Wilde, presumo —dice.

—Buen día —Wilde responde.

—Tenga aquí su café. Por cierto, soy Philip Bishop, pero tan solo llámeme Bishop, así a secas. Es un nombre fácil de recordar. Apuesto a que hace meses que no prueba un café como el mío. ¿Fuma usted?

Bishop era otro ahora. Hacía semanas que no bajaba del caballo, literalmente durmiendo y orinando a horcajadas, apestando peor que un saco de abono, y solo hoy por la mañana había podido lavarse y afeitarse. Sus ropas se oreaban tendidas sobre el pasto. De momento, solo vestía un poncho y unos calzones ridículos, ambas prendas tomadas prestado. Había invernado en el país de los tehuelches, convertido a sus costumbres por más tiempo del que hubiera deseado, y ahora experimentaba una saludable convalecencia.

Enseña a Wilde su bolsa de tabaco.

—¡Vamos!, líeme usted un buen par de pitillos —aconseja Bishop—. Tengo esta mano un poco tullida. Dormí sobre la escarcha varios días seguidos, y he aquí las consecuencias. Pero mejoraré. He viajado hasta con tres flechas en la espalda, y aun así me mantengo vivo y coleando —Bishop sonríe y hace resbalar un dedo bajo la nariz—. Es un excelente tabaco, ¿sabe? Comprado en La Habana.

Bishop hablaba un inglés rápido y abrasivo. Sin duda era uno de esos cosmopolitas portuarios, educados arriba de un barco durante una juventud tumultuosa: edad que se prolongaría más allá de los cuarenta, y que otorgaría a su titular un refrescante aire de granuja. Tenía uno de esos cráneos un poco equinos, con dientes largos como fichas de dominó. El pelo color de ladrillo, con un hopo brillante formando una onda sobre la frente curtida y lúcida. Sus movimientos eran cerebrales, fríos, como si los hubiera practicado frente a un espejo.

Wilde aspira el perfume del tabaco. Bebe el café de un tirón.

—Acaba de llegar ayer, ¿no es así? —pregunta.

Bishop asiente rascándose detrás de la oreja.

—El cacique me mostró la fotografía.

—Pues bien, él me escamoteó el maldito cromo de forma muy poco honorable, conque espero me la regrese en algún momento —confiesa Wilde—. ¿Hace mucho que lo conoce?

—Un par de años. No es un mal tipo. Es simplemente un burgués. Lleva sus negocios con cuidado. Comercia, chantajea, roba un poco aquí y un poco allá. No veo

la diferencia con un súbdito de Su Majestad británica. Es un carácter sin romanticismo, un héroe opaco y razonable, comprometido en el avance de su carrera material. No se engañe usted si lo ve comiendo carne cruda. Tal vez solo se trate de una veleidad culinaria. Una *gourmandise* propia de un caballero de club. Un exotismo excusable.

Wilde pellizca las motas de tabaco mientras oye la explicación.

—Toda esa sal, perdida ahora, claro, ¿sabe adonde iba? —Bishop continúa—. Pues al país de los tehuelches, los antiguos patagones de las cartas náuticas... Ellos se especializan en producir cueros de caballo, los que cambian por sal y quincalla. Luego, el cacique cambia los cueros por ponchos con los indios tejedores de Chile, y estos ponchos los cambia nuevamente por sal en las pampas argentinas. No es un circuito puramente filantrópico. Se trata de un mercado de medio millón de personas.

Wilde deja hablar a Bishop, fingiendo interesarse por la calidad de la picadura. El inglés se peina con un peine de Carey, el pote del café enfriándose sobre una piedra chata y oblonga. Una bandada de pájaros cruza entonces por sobre los hombres. Aves aguzadas a manera de lanzaderas. Colas de horquilla desdibujándose contra un sol oxidado.

—No tiene caso que lo oculte, ¿verdad?

Wilde titubea. No sabe a que se refiere Bishop exactamente.

—Trabajo para la Banca Baring, de modo que somos algo así como enemigos, aunque de una forma no declarada. Es decir: vicaria, inocua y amortiguada. Un poco chocha, si quiere usted. ¡En fin!, tal vez usted hubiera preferido un duelo en regla, pero vivimos una época prosaica y numérica, así que no hay más remedio que ahorrarse el caballeroso ajuste de cuentas. Lástima. Además, tendría que matarlo solo con mi cafetera, pues perdí el resto del equipaje en el camino, incluyendo mi sable, elemento ligeramente más absurdo que una cuchara. ¿Piensa quedarse en el país?

—No lo sé.

Una pausa. Un intervalo vacío. Otra bandada de pájaros.

—¿Tiene papelillos de fumar? —Wilde inquiere por fin.

—Espere. Solo si no le importa cometer un sacrilegio.

Bishop se vuelve a un costado y tantea una bolsa. Extrae sorpresivamente una Biblia de bolsillo. Se abanica con ella y después se la entrega a Wilde, no sin antes acariciar el filo de una página, haciendo pinzas con dos yemas pringadas de nicotina. La exhibición hace un efecto elocuente.

—Con esto servirá —dice—. ¡Siempre que no se sienta ofendido, mister Wilde!

XXX

Pasa el resto de la tarde en compañía de Bishop, devanando cigarrillos y

apretando colillas, midiendo el día con largas exhalaciones inútiles. El proceso pone en marcha la mutilación paulatina de la pequeña Biblia de papel de seda.

—Digamos que soy un soplón del capital —Bishop resume—. Recorro el país anotando mis impresiones sobre el consumo de telas de Lancashire y hojalatas de Sheffield, calibrando las posibilidades de una buena inversión en alguna mina de la sierra, inventariando existencias y calculando el tráfico de cacharros y animales a través de los ríos interiores. Nada de esto resulta muy apasionante, ni siquiera novelesco. Pero es una rutina que me permite llevar una vida fronteriza y extramural, lejos de la lepra de las oficinas.

—¿Y adonde se dirige ahora?

Bishop se queda cavilando. Enciende un cigarrillo con la colilla de otro.

—Al desierto del Chaco, allá arriba, en plena zona tórrida. Habrá una guerra, como sabe. Los intereses ingleses están un poco mezclados, naturalmente, pero tienden a alinearse contra el dictador Rosas. Supongo que usted se enrolará en el ejército oficial.

Wilde ríe como si se asfixiara.

—No tengo pasta de mercenario —declara.

—Me malinterpreta. Las guerras en América del Sur son un poco como la ópera. Engorrosos carnavales con unos pocos muertos aquí y allá, generales intactos, munición inservible, tropas díscolas: mucha bandera y mucho clarín, pero escasa acción. ¡Bah! Las cargas de caballería ligera lo harían amodorrarse. Los únicos que saben pelear con cierta eficiencia son los malditos indios. Por supuesto, ¡si les interesara pelear por alguna causa! Pero se trata de simples bandidos rurales. Podría hacer usted una carrera en las armas. Médico castrense o algo por el estilo.

—Bueno, tal vez nos volvamos a ver en el Chaco, o dondequiera que tenga lugar la próxima guerra sudamericana. Espero haga un tiro limpio y se encargue de sepultar el guiñapo que resulte de su buena puntería.

—En todo caso disculpe mi cinismo. ¿Eh, Wilde? Hace bastante que no mantengo una charla civilizada. Y uno enloquece hablando a solas. La auténtica barbarie solo les ocurre a los solitarios, a los exiliados... Usted viene de Irlanda, ¿correcto? Una vez estuve allí.

—¿Durante la hambruna?

—Eso creo. Sin embargo, no vi cadáveres caminando.

—El hambre es púdica. Se sufre como una enfermedad venérea.

Bishop contesta con una evasiva. Se limpia las botas con un escupo.

—¿Por eso emigró acá? —dice tras pensárselo un rato.

—No lo sé —Wilde replica—. Nadie realmente escoge nada.

Bishop asiente con la cabeza. Recuerda su última semana de viaje.

—Pronto cruzarán hacia territorio tehuelche —anuncia.

—¿Debo prepararme para algo?

—Dejé algunos amigos entre los naturales. Buenas relaciones.

—El cacique va en busca de caballos —informa Wilde.

—Ya lo sé, mister Wilde. Pero no creo que los halle. Ni él ni nadie. Caballos salvajes. Grandes manadas de cimarrones. Pues nada, tan solo olvídelo. Han desaparecido. En realidad los han exterminado los propios indígenas. Yo mismo estuve tras su pista, obedeciendo a un interés exclusivamente personal —confiesa Bishop—. Los tehuelches alimentan el mito de que existe una manada de medio millón de cabezas, pero es solo eso: un mito. Dudo que exista hoy media docena de caballos libres en ninguna parte de la Patagonia, mucho menos arriba en las pampas.

Bishop parece recapacitar.

—Aunque hace diez años era muy distinto, nadie lo creería. Había enormes manadas de baguales a cosa de cien leguas de Buenos Ayres. Esos miles de caballos constituían un ejército fantasmal, con sus jerarquías, estrategias y ceremonias. Atravesaban la pradera como una nebulosa, arrasando los pastos, pero jamás dejaban verse del todo. Yo tuve la suerte de seguirlos de cerca una vez.

Wilde sonríe incrédulo.

—Algo así como los caballos sabios de Swift —notifica.

—Tómeme por un nuevo Lemuel Gulliver, o comoquiera que a usted le plazca, pero el caso es que lo vi todo con estos ojos. Los malditos cimarrones escogen una vanguardia de centinelas que órbita en torno de la población general, mientras otro grupo se dedica a redimir las cuadras de caballos domesticados.

—¿Caballos robando caballos?

—Tal como lo oye.

Una carcajada. Wilde arma un enésimo cigarrillo.

—Es usted un tipo simpático, mister Bishop. Jamás había oído algo semejante. Ni siquiera en Irlanda, y créame que ese es un lugar lleno de mitómanos, empezando por sus curas y terratenientes.

—Me halaga, doctor —dice Bishop—. Incidentalmente, permítame elogiar otra vez la fotografía que ha tomado del cacique. ¡Buen trabajo, sin duda! Mi jefe en Buenos Ayres estaría encantado de hacerse retratar por usted... Tal vez no sería mala idea que le diera las señas de mister Strawman, el viejo cocodrilo. Todo un carácter, ya lo conocerá. Lleva adelante una encarnizada puja con el gobierno para hacerse pagar los bonos de la deuda nacional. O algo así —modula con una sonrisa—. Bueno, admito que no estoy al tanto... Naturalmente, no tomaré a mal que usted vaya con el chisme al general Rosas y le diga que el cacique está en tratos con un agente de los ingleses. Cada cual hace lo que debe. O más bien lo que puede... Ahora, si no le molesta, reanudaré mi partida de naipes. Vengo jugando al solitario con una baraja inglesa desde hace años. Lo invitaría a usted a echar una manito, estimado doctor, pero resultaría muy poco deportivo, y por supuesto nada canónico.

XXXI

Bishop apareja su montura y marcha país arriba al alba siguiente, llevando dos caballos de relevo tras de sí, ambos obsequios del cacique. Tras su partida, la columna indígena se pone también en marcha, excepto que en dirección opuesta. El cielo tiene un brillo cadáverico, levemente irisado a semejanza de la pátina de una concha. Wilde se ha quedado con la Biblia y el tabaco, azar que no deja de agradecer.

La mañana dura más que otras veces.

El mediodía pasa desapercibido, una breve luz cenital sobre un mundo húmedo y todavía embrionario. El paisaje es siempre el mismo, perpetuado por unos árboles idénticos, petrificados de viento. Aunque es verano, en esa latitud el clima seguía siendo frío y brumoso. Escarcha durante la madrugada, y las cosas demoran largamente en una bolsa plomiza, y permanecen allí como cristalizadas.

El viento es la voluntad detrás de todo, una animación plural. Siempre sopla desde el sur, como si en aquel punto durmiese un fantástico animal respiratorio. Espolean los caballos y cargan en esa precisa dirección, Calfucura el primero, encaramándose en los estribos, la estatura sabiamente pronunciada. Un par de edecanes, en realidad simples cotillas de su estado mayor, otea hacia el fondo del páramo.

Un árbol se escorza y parece afinarse y luego disolverse. Entonces hay un ave, tal vez una lechuza blanca. Un aleteo perdiéndose en un banco de neblina. Sombras desfilando a una distancia elástica y mentirosa. Pero el terreno también miente. Se torna lento, flojo, encharcado, a veces pantanoso. Afortunadamente, la llegada de la noche al menos permite el fuego, pero la noche es, por desgracia, una tiniebla húmeda y ocultadora. Sin estrellas.

Las noches se acortan progresivamente. Wilde mismo, imitando en esto a los otros jinetes, ha empezado a dormir sobre la montura, pues la humedad del suelo acaba anquilosando las articulaciones, satura los pulmones de un vapor enfermizo. Las heladas caen a eso de las seis y no se disipan sino hasta avanzada la mañana. Así es el primer día, y también el segundo y el tercero. A esas alturas, Wilde ha agotado su tabaco y descuajado un tercio de la Biblia de papel de seda.

Reciben a la espectral embajada justo entonces.

XXXII

Tres mujeres desnudas ascienden desde un pozo de niebla. La epidermis cerosa, vitrea, adherida como un capullo a las costillas salidas. El esqueleto marcado y opresivo, las crestas ilíacas más que insinuadas, formando las puntas superiores de un triángulo invertido que converge en un pubis lampiño, bífido. Tiemblan. Las tetas

caídas y flácidas.

Irrumpen lentamente, caminando hacia los caballos. Su desnudez tiene el efecto de una amenaza. Wilde apura el tranco y se aproxima hasta ellas, notando que una trae entre los brazos a una criatura. Embrida y ladea la montura, exhibiendo el flanco derecho, plagado de costras causadas por el continuo espoleo. Un par de las indígenas tehuelches extiende las manos entre susurros.

Es evidente que no han comido desde hacía días. Tal vez debido a las heladas o a la viruela. O tal vez por la muerte de los hombres de la tribu. En cualquier caso, ellas también morirán tan pronto como Calfucura decida desviar el rumbo y abandonar las intrusas a su suerte. El cacique azuca las crines de su caballo y emite una orden. Tuercen el rumbo y dejan atrás a las famélicas figuras.

Wilde se percata, antes de alejarse con el grupo montado, de que el crío de pecho es una bola amoratada, inerte, transida de livideces. Mira los tres puntos empequeñecerse y luego borrarse, engullidos nuevamente por la niebla. Los jinetes siguen adelante, escapando de la epifanía. Wilde va a rienda suelta, entregado al vaivén de la yegua, la silla basculando rítmicamente.

Kewen acelera el trote y se le acerca por detrás.

—Continuaremos país abajo hasta dar con las manadas —advierte.

—Seguramente no encontraremos nada. Hay hambre y enfermedad aquí, y no hay mucho que cambalachear con los tehuelches. No tenemos sal. Ni tejidos. Ni hierros. ¿Por qué ellos tendrían que conducirnos a los malditos caballos?

—No compraremos sus caballos —Kewen objeta—. Simplemente los tomaremos.

XXXIII

Todavía es de madrugada cuando siente que le pinchan las costillas con un palo. Se vuelve calado de frío y pestañea torpemente, incapaz de inducir un movimiento en aquella caparazón embotada y rebelde que se obstina en servirle de cuerpo.

Se soba un codo tumefacto, doblándose a semejanza de un títere halado de los hilos. En el intervalo observa que el muchacho se saca el poncho y prueba a obsequiárselo, aunque todo se limita a un aspaviento enfático e imperioso.

—Arriba, gringo.

Wilde obedece. Nota que el muchacho trae bajo el brazo la carcasa de un panal. La colmena está rota de tal manera que puede verse su meollo repleto de celdillas hexagonales. Dos o tres abejas rezagadas titilan aún en el corazón de la estructura. El chico tira su poncho sobre la tierra.

Wilde estornuda. Mira al cielo. Hay una luna clara y benigna.

—Hay que encerar el poncho —Kewen apremia con un susurro.

Y pulveriza el resto del panal entre sus manos, mientras Wilde se le queda viendo

con la expresión de un moroso, involuntario aprendiz. El muchacho amasa un montón de cera entre las manos. La sustancia despide un olor fresco, alcanforado, balsámico. Kewen se arrodilla junto al poncho y embadurna los densos flancos de urdimbre, impermeabilizando todo el tejido.

Se levanta y se pone derecho.

—Está listo —anuncia complacido—. La lluvia no lo tocará.

Media hora después, cabalgan a trote lento a través del descampado.

Wilde lleva encima el poncho que había pertenecido al muchacho. Este va en la delantera, montando a pelo sobre un potro bayo, las riendas guiadas casi sin esfuerzo. El campo crepita con las langostas que agonizan entre los pastizales. No hay hitos en el paisaje, excepto un árbol esquelético. Un fósil esculpido por el viento.

Wilde se pregunta qué condenado rastro persiguen aquella madrugada.

—¿Adónde vamos? —inquire.

Pero el batidor no responde, sumido como está en un mutismo supersticioso, averiguando cabizbajo las marcas en la llanura, las que sin embargo pasan desapercibidas para el no iniciado. Arrea y toma un camino, después embrida, tuerce y adelanta zigzagueando. Se aventura con el caballo entre unos como médanos, mientras la estepa fosforesce y el rocío quema los dedos trabajados en las riendas.

En el curso de la deriva, Kewen opta por pasarse las bridas a los pies y gobernar con estos la marcha de la montura, dejando así ambas manos libres. Coge con una la boleadora y con otra la lanza de tacuara. Algo se agita a una distancia que solo podría ser salvada con una enérgica carrera. Kewen se vuelve hacia Wilde y le ordena detenerse con una señal de su brazo.

Luego desmonta y sigue a pie, agazapándose entre la hierba crecida. Gana un breve trecho en el pastizal, pero el avance resulta una provocación, un llamado de alerta... Aquel punto vivo, ave o animal, sabiéndose de pronto perseguido, vuelve a agitarse y desaparece en la nada. Kewen se gira silencioso y mira a Wilde significativamente.

No transcurre mucho antes de que confíe a él la boleadora, lanzándosela con un voleo amistoso. Simultáneamente, en otro lugar del campo, una manga de pellejo gris, semejante a un guante de señora, emerge y examina la vecindad con ojos protuberantes y ansiosos. Es la primera vez que Wilde ve a uno de los avestruces del país. El pájaro yergue el cuello como si posara para un bestiario medieval.

Segundos después, un lanzazo lo derriba en seco.

XXXIV

Llevan media semana en aquel confín. La bruma lo impregna todo, flota a ras de grupas, se mezcla al sudor, impide ver donde se pisa, oxida el acero de los cuchillos.

La bruma alucina a los caballos y obliga a ponerles trapos sobre los ojos. Un árbol se perfila como un corte en la grisalla.

Conducen los caballos hacia él. Las herraduras suenan afelpadas, suaves. La masa de niebla se atenúa conforme avanzan, y desoculta el cuerpo que cuelga del árbol. Las muñecas amarradas con algas secas a los brazos del árbol. Un hombre blanco muerto. Aspado. Desnudo.

Los jinetes rodean al colgado. El sexo pende enjambrado de bichos, una solitaria flecha hincándose en la cuenca del ojo derecho. Wilde arrima la yegua al cadáver y estudia el alerón de pluma. La víctima debe ser uno de aquellos misioneros, la cara apopléjica, torcida. Le falta una oreja. La hemorragia ha cuajado y pinta un unto de ocre desde la sien a la axila.

El sol no logra calentar.

Wilde se ha puesto vendas en los nudillos. Vira en redondo y retrocede, mientras uno de los hombres del cacique lo reemplaza ante el árbol. Hay entonces un chasquido. Un silbido tubular. Una flecha acaba de fulminar al segundo observador. Cruza su garganta de lado a lado.

Pero el herido parece no haberse enterado del asalto. Se gira y mira a los demás miembros de la caravana. Se desvanece lentamente, descansando la frente sobre la crin de su montura. Cae a tierra haciendo un ruido de bofetada.

Más tarde ese mismo día Wilde y el intérprete vuelven a encontrarse.

—¿Alguna huella? —pregunta el irlandés.

—No. Pero tal vez más al sur.

—¿Qué dicen los tehuelches?

—Fui ayer con ellos. No quieren hablar.

—Siguen muriendo. ¿Tienen comida?

—Nada. No hay mucho que cazar. Pájaros tal vez.

—Comieron sus últimos caballos, ¿verdad?

—Huesos en todas partes. Calaveras de caballo.

—¿Y sus hombres? —Wilde indaga.

—Muertos —dice Kewen—. La peste.

—También moriremos si seguimos al sur.

—Una mujer tehuelche soñó con las manadas —anuncia el guía.

—¿Significa algo? No lo creo. Sería mejor regresar.

—El cacique necesita los caballos. Todos los caballos.

—Hoy han muerto dos niños de nuestra caravana.

—Lo sé —el joven indígena confirma—. Sacrificarán animales.

—Y así se acabarían todas nuestras provisiones. ¿No?

—Cazaremos aves. Hay avestruces. He visto huevos.

—Tendremos que disputarnos la comida. Recuerda la flecha.

—No temo las flechas de los tehuelches. Tú sí, gringo.

—Es cierto —Wilde dice y tapa un bostezo—. Ahora necesito dormir.

- Dormiremos sobre los caballos. Otra vez.
 - Debo hablar con Calfucura. Convencerlo.
 - Hay que hacer fuego, gringo. Tú encárgate.
- Wilde acepta torciendo el ala del sombrero.

Gira la cabeza y contempla accidentalmente la figura de un jinete. Como es obvio, ya puede imaginarse de quien demonios se trata. A lomos de su caballo manchado, el cacique sostiene un paraguas frívolamente abierto, aferrándolo por el pomo de gancho. Parado sobre el filo del horizonte, el centauro hace un espectáculo ridículo, sobre todo en un día sin lluvia. Irónico naufragio de las cosas, piensa Wilde. El paraguas de Keat ahora en poder del jefe indio... ¿Qué última orilla deben tocar los objetos, las más triviales posesiones, antes de desvanecerse por completo?

XXXV

Wilde vuelve a dormir sobre la yegua. Se encapota con una manta de cuero de armadillo, abrigo prestado por el muchacho. Lo utiliza a modo de coraza, protegiéndose así de las flechas nocturnas. Se echa contra el cuello de su yegua. Tan cansado que llega a orinarse encima. Un hilo tibio escurre por sus piernas y desemboca dentro de sus botas.

Se ve a sí mismo cabalgando a campo traviesa. Da caza a alguien más, persigue rastros de un enemigo, lo hostiga, adivina sus posiciones, baja del caballo y analiza una huella. Surca la pradera a trote rápido, galopa, entra en una boca de viento. Su sombrero salta de su cabeza y revolea en una racha de aire.

Ignora quién es su presa, pero hay esa voz sin voz que le ordena continuar. Una conciencia paralela, extrapolada, dicta sus movimientos y lo atrae como un imán hacia el fondo de la estepa. El mundo es un plano abstracto. Una geometría pasiva y sin alteraciones, que se reproduce una y otra vez.

A medio camino de ninguna parte, la imagen lateral del padre Carrigan se plasma repentinamente. Un Carrigan vivo y sólido, la pipa encajada en la mandíbula de boxeador, vestido de paisano, lleno de una agitación beatífica. Eleva una cometa. Wilde pasa de largo ante él. Pero Carrigan tampoco se habría molestado en saludarlo, concentrado a la sazón en dirigir el vuelo de su birlocha.

Otra figura espera adelante. Lucas Keating en persona. El suicida luce bastante saludable para haberse tirado desde la cámara del faro. Gordo, con esas mejillas llenas y encendidas como manzanas confitadas, enfundado en un casimir de viudo alegre, se pasea dentro de una esfera insonsa, levantando el sombrero hongo como para cumplimentar el tránsito de su sombra.

A esta ilusión se suma la de Tess. Una Teresa flotando en gasas de novia, caminando hacia un altar invisible. Arrastra una longitudinal cola de tul, y parece

pisar sobre margaritas. Conjurada la tisis como de milagro, Teresa vuelve a ser joven y deseable. Wilde se pregunta si todavía esperaría por él. Pero es en vano. La novia se eclipsa y pierde en el horizonte que retrocede.

Entretanto, el jinete acomete en su carrera y devora leguas y más leguas de vacío. Trepa entonces por una loma y llega a una especie de terraza tendida sobre un llano. Frena la montura y barre la planicie con una mirada circular. El número lo alucina. Encuentra la última gran manada. Un ojo de agua se extiende a sus pies. Baja del caballo para ir a beber.

Se arrodilla y agacha. Cabizbajo, observa su reflejo sobre el agua. No es él quien está allí, sin embargo. Una máscara estriada y gris lo contempla desde la tensa película. El reflejo lo saluda y parece invitarlo a una inmersión definitiva. El rostro del cacique tarda en borrarse, desgarrado en una sucesión de aros concéntricos.

Wilde bebe presa de una sed irremediable.

XXXVI

Se despereza acuciado por un calambre. Abre un párpado y sondea el entorno. Una forma se asoma a través de la pantalla de bruma, y se le aproxima mansamente, la cabeza encapotada, el hocico despidiendo un vaho alcalino. Es un caballo sin jinete, en realidad un caballo salvaje, un joven garañón con el pelaje jaspeado y la musculatura inquieta y precisa.

El caballo se acerca a la yegua, como si su dueño no estuviese allí, y entonces muerde su cerviz con pretensiones de cortejarla. La ceremonia se prolonga por dos o tres minutos, amenizada por unos cuantos relinchos ahogados y revoleos de crines. Testigo accidental de la escena, Wilde termina por creer que el caballo se ha separado de la manada de baguales que rastreaba el cacique, y que el resto del grupo no debería andar muy lejos.

Tan pronto Wilde baja de la silla, el caballo se repliega y vuelve al banco de bruma. La niebla es tan densa que forma escurrideras sobre el cuello de la yegua. Debe ser muy temprano, pues los demás hombres de la partida aún duermen, echados sobre las monturas como troncos. Nada delata su proximidad. Cada jinete es un volumen opaco silueteado contra un fondo invasor, una blancura porosa. Wilde va hasta su precursor en la columna.

El jinete vegeta encorvado sobre el cuello de su cabalgadura. Dos flechas han penetrado a la altura de la novena y décima vértebras, atravesando un cobertor de cuero pintado. No bien Wilde acierta a poner una mano sobre el cuerpo, este se ladea y resbala flojamente, rodeando en su caída las costillas del animal. Es seguro que ha muerto mientras dormía.

Espantado, Wilde corre hasta otro de los indígenas montados. Todo cuando

encuentra es una nueva víctima, la espalda cruzada de saetas. Una de estas, curiosamente, no ha dado en el blanco y permanece tirada a los pies del caballo. Wilde se apresura en recogerla. La cabeza de la flecha consiste en un triángulo de obsidiana o cuarzo, tallado con cuatro muescas convergentes, dos por faz.

Se pregunta por qué ha sido exceptuado de la mortífera cosecha.

XXXVII

Pese al incidente, los hombres acantonan en el lugar, no sin antes despachar a mujeres y niños a un campamento de retaguardia, convenientemente alejado del radio de las flechas. Ese mismo día el cacique es informado sobre la existencia de un pozo de brea superficial ubicado una milla al oeste, noticia brindada por uno de sus rastreadores. Posteriormente, pasado el mediodía, el cacique manda llamar a Wilde, y lo interroga sobre la aparición del caballo salvaje.

—«Debe tratarse del Centinela» —Kewen traduce.

—No lo sé —Wilde replica—. Simplemente salió de la bruma.

—«¿Hacia dónde fue después el Centinela?».

—Ignoro la dirección. Tal vez al sur.

—«¿No lo espantó tu presencia?».

—No, en absoluto. Era como si yo no existiese.

—«¿Ocurrió antes o después del ataque de flechas?».

—Creo que después, pero no podría garantizarlo.

—«¿Tu yegua está en celo?».

—No lo sé —dice Wilde—. Probablemente.

—«Los cimarrones son recelosos: ningún indio, ningún cazador, se les puede acercar así de fácil. Hay que lacearlos primero, emboscarlos, mimarlos, cogerlos desprevenidos... Pero ellos no te tienen miedo».

Wilde procura justificarse.

—Para empezar, ignoro si se trata realmente del Centinela de la manada.

—«Debe serlo —Kewen interpreta un gruñido del cacique—. En algún momento él te hablará en sueños. Te pedirá ayuda. Él piensa que puedes desviar nuestra cacería. Pero tú debes ser fiel a tu palabra, porque ya estás comprometido conmigo, y antes con Rosas. Además, tienes un corazón que no es tuyo. Creo que ellos no te temen porque eres más hombre muerto que hombre vivo. Y los muertos no hacen gran daño. Ahora puedes irte. Descansa».

—¿Ya ha terminado de hablar?

—Sí, gringo —Kewen confirma.

Del grupo original solo subsiste ahora un centenar de guerreros.

Cien indios de maloca, Wilde los cuenta a lo lejos.

XXXVIII

El Centinela reaparece poco antes de salir el sol. Trota a través del pastizal de coirón, y aborda nuevamente a la yegua de Wilde, la que pasta sin acarrear a su jinete sobre el lomo. La yegua tuerta evita al pretendiente, y en cambio va a beber a la orilla de una pequeña laguna. El Centinela la sigue allí y vuelve a morderla sobre las crines del cuello. Amanece.

Wilde tiembla calado por un rocío glacial.

Demasiado cansado para dormir sobre su montura, ha preferido pasar la noche encapsulado dentro de varias capas de vellón y cuero de guanaco. Ha soñado con el Centinela, o eso cree recordar, mientras se desentumece frotando sus manos, echado sobre un parche de pasto. Cuanto más se esfuerza en recordar, más las imágenes retroceden y difuminan.

Se sienta y saca la cabeza por un resquicio del vellón, a medias reconciliado con la existencia un tanto marsupial que ha llevado de un tiempo a esta parte. Siente el aura del opio, o más bien su falta, pero se aconseja calma. Es preciso que aguante la resaca. Atisba hacia el lugar donde ha dejado su montura, y solo ve la silla vacía junto a los demás aparejos, todo tirado en el suelo. Sale gateando desde su bolsa y examina sus pertenencias. Por fortuna todo está allí.

Todo excepto la yegua.

Se embute las botas y marcha aprisa, sabiendo dónde exactamente encontraría su cabalgadura. Afuera de la tienda del cacique se congrega cierto número de personas. Por sobre sus cabezas alcanza a verse el cabrioleo de un caballo joven, alzado de manos, dos lazos tirando de él.

Dos capitanejos del cacique extenúan al Centinela con una doma que duraría todo ese día... y también el siguiente. Wilde se abre paso entre ellos y confronta a Calfucura sin mayor etiqueta.

Este dicta a la sazón una carta a Kewen.

—Dile a tu jefe que ha robado la yegua que me dio antes.

Calfucura levanta la vista hacia el extranjero.

—«No he robado la yegua» —Kewen tradujo—. «Está allá».

El cacique apunta con un brazo hacia un campo de heno silvestre, ubicado a cosa de un tiro de fusil.

—Aun así, usted la sustrajo durante la noche —objeta Wilde.

—«Un préstamo. La necesitaba para capturar al Centinela».

Wilde se gira para ver. Es el mismo caballo de su sueño.

El pelaje tordillo, jaspeado, el morro negro y los ojos vivos. El animal trata infructuosamente de sacudirse de encima al par de laceadores. Estos se entretienen en una doble puja, cada cual halando la cuerda desde su lado.

—Conque finalmente usted lo consiguió —Wilde expresa contrariado.

El cacique se yergue y se planta frente a Wilde, compacto, fibroso, la mirada

cautelosa. Ofrece el aspecto de un lapón en el daguerrotipo conmemorativo de una expedición polar. Su rostro se ablanda de repente.

—«Es verdad» —Kewen vuelve a traducir—. «Te he robado, doctor, y quiero ahora tu bendición. Me arrepiento, aunque de todos modos volvería a hacer igual, y tú me perdonarías lo mismo. Buen caballo el que trajiste aquí con tu sueño. Tordillo. Caballos así resultan buenos nadadores. Atraen la centella».

—Tan solo dile al jefe que no vuelva a tomar mi montura —Wilde se queja ante Kewen—. Y olvidemos el asunto.

Kewen traslada la acotación, la que no parece ser del entero agrado del cacique. Este se muestra irritado. Da la impresión de no haber sido comprendido. Se lleva un índice a la sien derecha y ensaya una especie de mímica, golpeándose con el dedo en el flanco del cráneo.

—«Hablo de tu sueño, doctor, no de la yegua tuerta. He robado tu sueño. Porque fue en tu sueño que vi la laguna pequeña. Sabiendo de la laguna, pude entonces dar con el Centinela. Robé tu sueño. Visité tu sueño sin tu permiso. Por eso debes perdonarme».

Luego dirige el índice al sitio del corazón.

—«No lo olvides, doctor».

XXXIX

Esa misma noche reciben noticias desde el campamento de las mujeres. Malas noticias. Un fulminante rebrote de viruela ha diezariado a la mitad del grupo, probablemente a causa de comerciar con tehuelches infectados a lo largo del viaje. En efecto, dos de las concubinas del cacique han muerto con el nuevo abrazo de la pestilencia. La pérdida desencadena en Calfucura un frenético duelo.

Se le oye gimotear inconsolable, oculto en su tienda, desde la que solo emergería para comer a eso de la medianoche. Dos de sus allegados han ido al ojo de brea, en donde llenaron varios odres con el combustible, regresando poco antes de la comida. Un caballo viejo es sacrificado para la ocasión, cuyas vísceras todos comen en frío, Calfucura el primero.

Despachada la sórdida cena, los hombres se aplican en los preparativos de la batida de mañana. Limpian y arreglan lazos, boleadoras y lanzas. Untan teas del tamaño de cachiporras en la brea fresca. No lejos del núcleo de actividades, Wilde persiste a solas junto a una mezquina fogata. Su ración de carne se chamusca sobre unas ascuas reluctantes. La figura de Kewen se materializa detrás de la veladura de humo.

El chico rodea la fogata y se sienta junto a Wilde.

—Murieron dos mujeres del cacique.

—Así he oído —confiesa Wilde, moviendo las ascuas con un tizón.

—Viruela —Kewen juzga con una objetividad ya superflua.

—Y ahora los caballos salvajes, ¿no? —dice Wilde.

—Incendiarán la pradera para cercar a la manada.

—Así he oído, muchacho.

—Hoy no debes dormir —Kewen aconseja.

—¿No debo? ¿Estás seguro de lo que dices?

—No debes —Kewen afirma, mientras le entrega a Wilde su bolsa de ubre de vaca, en donde guarda las provisiones de sal y ají—. El cacique sabrá más cosas sobre los caballos si vuelves a soñar.

Wilde ríe como no lo hacía desde hace meses. Retira la carne del fuego y la sazona con un espolvoreo que le hace picar la nariz. Tapa un estornudo y después se vuelve a su interlocutor.

—¿Qué dices, muchacho?

Kewen se levanta y se interna en la tiniebla más allá de los toldos.

Horas después, en plena madrugada, con la luna en cuarto creciente, los hombres del cacique sueltan al Centinela, de modo que este los guíe con el resto de la manada. Calfucura mismo ha atado campanillas de plata a sus crines, a fin de identificar su paso aun de lejos.

Los cien jinetes montan y galopan abriéndose en abanico, una tea encendida por cada diez de ellos. La noche es lo bastante clara como para permitir un asedio desembarazado, flexible. Siguen fácilmente el rastro del Centinela, a veces ayudados por el sonido de las campanillas. La luna desaparece al cabo de poco.

Kewen corre junto a los demás jinetes.

No ha transcurrido una hora de la cabalgada cuando empieza a rayar el alba. Por un momento la presa parece haberseles ido de las manos. A la mitad de la carrera, Kewen desmonta y ojea el terreno rápidamente. Hince una rodilla en el suelo y se queda barruntando. Desentierra un mechón de pasto y se lleva el cuajo de raíces a la nariz, luego a la boca.

Calfucura frena su montura y espera el pronóstico de Kewen.

—«¿Hacia dónde, Lengua?».

Uno de sus capitanejos sostiene una antorcha a espaldas del cacique.

—«¡Aprisa, Lengua! No quiero perder al Centinela».

Kewen muerde los filamentos y chupa la savia fresca. Cuando cree haber rumiado lo suficiente, arroja el bocado con un escupitajo, conociendo por el regusto salado o dulce la ubicación de los cursos de agua. El expediente le permite intuir los vadeos y abrevaderos que podría utilizar la manada. Se levanta y trepa a horcajadas del caballo, y apunta con él al sudeste.

Calfucura lo mira y delibera en silencio.

—«Entonces debemos ir al sudoeste» —sentencia.

Mientras tanto, Wilde cabalga en la dirección contraria, ajeno a todo cuanto

ocurre con la batida de caza. La yegua tuerta fluctúa con un tranco flojo. Wilde ilumina la huella con una antorcha. El tufo de brea atonta a los insectos que se enjambran seducidos por la solitaria luz.

Llega al campamento de las mujeres poco antes del alba. Auxilia a los pocos enfermos, vacuna a unas cuantas mujeres, pero sabe que el esfuerzo es en vano. La ronda de inoculaciones no serviría ningún propósito práctico. En realidad, quienes han sobrevivido a la peste se lo debían a una inmunidad anterior, y quienes se hallan actualmente infectados ya no curarán. Manda quemar las ropas infectadas, y ayuda a enterrar los cadáveres llenos de postillas, cuestión que lo mantiene atareado hasta el mediodía.

Un sol sin sombra. Una voz familiar.

—Mire allá, gringo —dice la curandera.

Wilde obedece, y vuelve la vista hacia el sur.

El horizonte arde. Una ola de fuego se encrespa y abrasa la llanura, incubando en sus lenguas interiores nuevas olas de fuego. Las llamas avanzan como los muros exteriores de un país fantasma.

XL

Arrea y pone una jornada de distancia entre el incendio y él. Solo frena para abreviar o hacer un sueño. Atrás reverbera un cielo bajo y caliginoso. Lleva anotadas en los márgenes de su *Anábasis* ciertas descripciones topográficas, tomadas durante el itinerario inicial, las que ahora lo ayudan a orientarse. Se alimenta durante el trayecto de una provisión de harina tostada, sin contar las vizcachas que arponea y asa con un palo. Por las noches sigue viendo la Cruz del Sur junto al Centauro.

Al segundo o tercer día de remonta cae un intenso chaparrón, precedido por la migración de una enorme masa de aire frío. Siente un par de gotas sobre el dorso de sus puños. Este único aviso basta para que se arrebujee en el poncho y baje el sombrero. Observa que dentro de las gotas hay un corpúsculo oscuro, un átomo de ceniza. Un minuto después, la lluvia arrecia y tiende una cortina negra y móvil sobre la tierra.

La escoria del incendio lo vuelve a encontrar, tras leguas y leguas de ir penando en la nada. Un baño de tinta diluida se cierce entonces sobre su montura, sobre él mismo, sobre el llano abierto. La lluvia negra dura por espacio de unas diez millas. En cuanto escampa, la luz de la tarde se torna tibia y untuosa. Wilde se estira para desentumecerse, y hace un alto para examinar sus mapas y notas. Un polvillo gris, heredado de la reciente lluvia, se acaba de sedimentar sobre el lomo de la yegua.

Tan pronto dispone de un margen de ocio, revisa la Biblia desde donde acostumbra extraer a jirones su papel de fumar. No tarda en hallar una inscripción a

lápiz, presumiblemente dirigida a su persona. La letra pertenece a Bishop, una redondilla trazada con un ángulo insidioso, mayúsculas como jeroglíficos. Bishop ha escrito allí la dirección de su jefe en Buenos Ayres, comprometiéndose a arreglar, según consta en una posdata casi ilegible, una cita de negocios entre Wilde y el banquero Strawman.

Tercera parte

«Y he aquí un caballo negro: quien lo conducía
llevaba consigo una balanza...».
Apocalipsis 6, 5

I

Llegó a la encrucijada junto al río promediando la luna llena. Cinco jornadas desde que abandonara la cuadrilla del cacique, nada menos. Había sobrevivido durante el período de vagancia alimentándose solo con carne de roedor. La dieta lo traía un poco indigestado, aunque a la larga terminaría por acostumbrarse. Vivaqueó a solas, sin otra compañía que la yegua tuerta.

Él y su montura se instalaron no lejos del río, prácticamente a un tiro de piedra de la orilla, de modo que pudieran oír el ajetreo del bote cuando este viniera por ellos. Encendió una fogata, haciendo biombo con los flancos de su poncho, y después fue hasta las faltriqueras de la albarda. Desembolsó la pistola italiana, cuyo tacto mohoso, vestigial, no auguraba un funcionamiento por entero satisfactorio.

Aun así sopló a través del alma del cañón, cerciorándose de que estuviera limpio, e introdujo sucesivamente un taco, varias onzas de pólvora y algo de munición. Taponó todo con una baqueta, y aguardó con el reloj a la vista a que diesen las doce. Cumplido el plazo, apuntó con su pistola a cielo abierto y accionó el percutor. El pedernal crujió y luego hubo un estallido.

La yegua se encabritó a causa de la detonación y fue a esconderse entre los carrizos que descendían hasta la lengua de cieno y arena. El río resplandecía con escamas de luz fría, languidecía casi inmóvil, poseía la espectral lentitud de un mar interior. Río adentro se alzaba el perfil de la isla de Choele-Choel, una comba negra y como pulida, semejante al dorso de un cetáceo.

Wilde se sentó junto a la fogata y esperó algún signo.

Al cabo de unos minutos se oyó el disparo de respuesta. Wilde soltó un resuello de alivio: el teniente López no le había fallado. Se desperezó y bajó a la orilla. Acopió allí todo cuanto pudiera servir para engrosar el fuego: ramas, tal vez algún pecio, varas de carrizo. Volvió a subir y alimentó la pira. Esta eructó una columna de humo blanco. Volutas encrespándose en el seno de la enorme bocanada.

Lio un cigarrillo y después media docena más. La luna describió un arco en el cielo plomizo. Wilde empezaba a aburrirse. Poco faltó para que se le acabara todo el tabaco cuando escuchó que alguien llamaba. Miró hacia la corriente. Un bote a remos. Las paletas chapoteando en el agua negra. El bogador echándose atrás y adelante. Una forma más perfecta y sólida que el homogéneo fondo común.

Hubo otro llamado.

—¡Aquí! —Wilde gritó.

La quilla se enterró en la plancha de cieno. El remero espabiló, se irguió y equilibró el cuerpo sobre los tablones del bote. Saltó a tierra con un tambaleo. Se descubrió cortésmente. Una voz cascada, aguardentosa.

—¿El doctor Wilde?

—Con él mismo.

—El teniente López me envía por usted.

El recién llegado extendió una mano callosa, trabajada, diligente. Era un gaucho joven, un peón de hacienda seguramente enrolado en la última leva militar. Un filo de luz le marcaba el rostro agudo, de una ferocidad latente. Sonrió.

Una enmarañada barba cubría lo que debía ser un vergonzante labio leporino, el aspecto de un macarrón hendido por la mitad... El rasgo lo obligaba a la discreción, a la prudencia.

Se saludaron.

—El bote está listo.

—No iré solo —Wilde advirtió y aludió a su montura con un guiño—. ¿Cabremos todos, verdad? —insinuó.

El recluta pareció contrariado. Se amohinó y apretujó el quepí entre los puños. Los dos dientes frontales de arriba relucieron a través del muñón de labio. Deslizó un involuntario silbido.

—No, señor —alegó reluctante—. El animal no viene.

Wilde se volvió sin despedirse y cogió a la yegua por el cabestro, guiándola fuera de la orilla fluvial. El recluta vio al tándem franquear la escarpadura de carrizos y avanzar cuesta arriba.

—¡Bien! Usted gana —gritó—. Pero antes tendrá que embozarle los ojos a su caballo. No sería bueno que el caballo se espantara a la mitad de la singladura.

Wilde hizo una pausa, plantado de espaldas al recluta.

—Es yegua —Wilde se apuró en corregir, y entonces susurró a la oreja del animal—: ¿No es así, señorita?

—¿Cómo dice, doctor?

—No es nada —Wilde se excusó mientras desandaba la senda a través del carrizal, un trecho serpenteante y resbaloso, un auténtico tobogán—. Perdón, soldado —dijo con tono reconciliador—. No le he preguntado el nombre a usted.

—Gamarra —dijo el otro—. Estanislao Gamarra.

—Muy bien, soldado Gamarra. Llevaremos a esta señorita al otro lado del río.

Se quitó el poncho y lo enrolló en torno del cabestro a manera de antiparras, vendando el único ojo de la señorita.

Notó mientras lo hacía que la yegua tenía el pulso enrarecido: goterones de sudor bañaban el nudo de tendones bajo la babilla. Wilde puso en el morro un terrón de azúcar negro, y después hizo entrar a su cabalgadura dentro del bote, contrapesando cada una de las extremidades.

—¡Cuando quiera, Gamarra!

Gamarra empujó el bote desde tierra, trazando un pesado surco sobre la arena. El soldado se metió hasta las rodillas en el agua, y después reabordó, instalándose de un brinco sobre el banco de popa. Tomó los remos y cio suavemente, evitando dar bandazos con el bote. La yegua seguía parada. Rígida, expectante. La cabeza equina proyectándose a manera de un fantasmal mascarón.

Wilde se quedó de pie en el extremo opuesto del bote, acariciando al animal con

unos mimos morosos, prolongados. Gamarra orzó la barcaza, poniendo proa al noreste, y remó sin interrupciones por espacio de dos o tres horas. El bote se escoraba acompasadamente. La navegación tomó buena parte de la madrugada. Divisaron la otra orilla a eso de las cuatro o cinco.

El teniente López en persona montaba guardia en la playa de enfrente, escoltado por un par de hombres de su destacamento. La corriente remansaba en una pequeña cala erizada de guijarros. Sin convencerse del todo, López oteó nuevamente hacia la extraña esfinge que flotaba río adentro. ¿Habían embarcado a Wilde con su montura? El bote hizo una tensa boga, ganando brazadas poco a poco.

La yegua demoraba intacta sobre la cubierta.

—Qué hijo de puta —López murmuró cerrando la valva plateada de su reloj.

II

Hicieron el desayuno sobre las monturas. Una tira de carne curada y un chorro de mosto con sabor a odre viejo. La bota de vino saltaba de jinete en jinete, empezando por el propio López, quien lideraba la partida de soldados. La columna se aventuraba sobre la línea de fortines, a menudo patrullando las vecindades de los reductos de avanzada. El teniente confiaba llegar a destino en menos de tres jornadas.

Wilde lo venía siguiendo de cerca.

—Teniente... Un minuto.

No bien se desembarazó de la bota de vino, Wilde adelantó al trote y se aproximó al oficial, abarloando su montura junto a la de López. Cabeza con cabeza. El viento secuestraba las palabras.

—Gracias por lo del bote a remos —gritó Wilde.

—Cumpló con mi deber —gritó López de vuelta.

—Sin embargo, creo que todavía me debe una disculpa.

—¿Disculpa? —el teniente increpó intrigado.

—Cuando fue la instrucción de balística. Los alumnos de su clase de tiro. Los rifles que entregó a los indios. ¿Recuerda?

López lo miró sin comprender.

—Una bala mal librada dio conmigo y me descabalgó. Esperaba recibir sus condolencias al día siguiente. Sus descargos —Wilde subió la voz, enronqueciéndose.

—¿Descargos yo? ¡Váyase al carajo, gringo de mierda! ¿De qué bala me habla? Hacemos prácticas de tiro solamente con salvas. Pólvora y humo. Sin munición. A usted no lo ha tocado ni una pluma —López gritó afónico—. Tal vez se cayó del caballo por borracho... De Angelis me previno sobre su afición a los opiáceos. ¡Borracho de láudano! Conque haga el favor de callarse, ¿eh, Wilde? Ya fue suficiente locura aceptarlo con esa yegua piojosa —dijo y carraspeó—. Y le diré otra

cosa. Esa oferta suya de operar a uno de mis soldados, Gamarra, el tipo del labio deforme... ¿De dónde ha sacado la idea? ¡Tuve que refrenar a Gamarra para que no lo acuchillara a usted! Sepa que lo ha injuriado de un modo escandaloso —el teniente añadió y aceleró el trote—. Hasta el día de ayer, el infeliz no se había enterado de que era, de acuerdo a su amable opinión, un adefesio, un monstruo... ¡Ruego a Dios que el general Rosas lo emplee a usted como se debe, sin veleidades de gente de salón, sin caprichos de maricas!

III

Se procuró papel y tinta con el secretario del teniente, y ocupó los escasos episodios de reposo, fuera de la montura, para redactar su informe para el dictador. Hizo constar en él las penosas alternativas de su viaje tierra adentro, brindando noticias exhaustivas sobre el cacique y la relación de este con las restantes tribus de las pampas.

Apuró un primer borrador, cargado de mayúsculas, solo para echarlo al fuego, persuadido de que traicionaba algo en lo que, paradójicamente, jamás había creído. Elaboró así un segundo manuscrito, puntual, epigramático, secretamente cínico, y lo midió contra el fondo de lealtad que se revolvía en alguna parte de su cabeza.

Lo leyó varias veces, recitándolo a media voz, hasta que el borrador se le hizo redundante e innecesario. Entonces lo consideró perfecto. Digno de ser analizado por el Estado Mayor del general Rosas. Un pastel retórico, decorado con lugares comunes sobre la política tribal, el comercio de sal, la influencia de la manufactura inglesa entre los indígenas, las epidemias, las alianzas de Calfucura con las facciones locales, las rutas de abigeato...

Maldición. Se extrañó de no sentir el reminiscente tirón del láudano. Aquella atracción, pensó, ¿dónde estaba ahora? El atavismo se había atenuado y debilitado hasta extinguirse por completo. Eventualmente curado, postuló con un escalofrío. Sanar era como perder una parte de sí mismo. La adicción le había otorgado una cierta intimidad. Una soledad casi preciosa.

Ahora regresaba al mundo.

IV

Se reencontró con el dictador en un pabellón de campaña ubicado en un promontorio. Se agachó y franqueó el dosel volante. La tela listada de rojo filtraba el sol matinal y difundía en el ambiente un halo mantecoso. Wilde halló a Rosas en manos de su barbero, un sirviente de color de un cutis azulado y tieso, como de goma,

con blancas palmas contrastantes.

Rosas vaciló y estornudó, sentado sobre una poltrona de mimbre. No bien se percatara de la ritual intromisión, se enderezó y dedicó a Wilde un saludo automático y lateral, guiñándole el rabillo del ojo. Sacó su diestra por debajo del lienzo que le servía de pechera, y apuntó con ella hacia una silla. Era una mano abotargada, de carnicero, con falanges regordetas y amables. Colocó los dedos sobre la mesa vecina y tamborileó contra el borde del tablero.

Wilde se cuadró y reportó de pie junto a la silla, sin poner demasiado esfuerzo en el acto. Observó que el negro se apartaba y batía el hisopo de afeitar dentro de un bacín, adoptando el aire intrépido de quien esponja una clara de huevo para un merengue. Hacía un calor de baño turco. Wilde se tiró del cuello del uniforme como liberando una válvula de una máquina de vapor. Rosas lo miró de hito en hito.

Hizo una pausa y luego sorbió por la nariz.

—Hace algún tiempo desde la última vez —declaró.

Wilde dio la razón al dictador con una media sonrisa.

—Me temo que sí —dijo y se sentó.

El barbero untó de espuma las mejillas del dictador, y después esmeriló la navaja hincándola contra una badana sin curtir. Repasó la hoja un par de veces, empuñándola con gravedad. El mango de corazón de espino inspiraba un tacto fluido, estaba como hecho a la mano, era casi una forma de mujer.

—¿Novedades? —el dictador rumió inquisitivo.

Orlas de transpiración invadían cuellos y puños de camisa.

—Acabo de redactar un informe —Wilde precisó.

Rosas barrió la mesa con un braceo circular, señalando los pliegos de mapas que se acumulaban sobre la mesa. El despliegue hizo un efecto disuasivo, conque Wilde dejó de insistir en el maldito informe. Evidentemente nadie leería el documento, condenado a juntar polvo y polilla en un anaquel. Imaginó un purgatorio con las dimensiones de un archivo de ministerio.

El dictador bostezó.

—Será mejor que usted me lo explique personalmente.

Wilde se sirvió un vaso de agua. Bebió sin prisa.

—Hay este agente de la Banca Baring, un cierto Bishop, Philip Bishop... Conservo su Biblia.

Rosas se lo quedó mirando.

—Lo felicito, muy piadoso, pero ¿y a mí qué con eso? No lo envié al desierto para intercambiar lecturas devotas. Quiero datos, señor Wilde.

—Hay una nota marginal, escrita taquigráficamente.

—¿La ha descifrado ya? ¿Qué dice?

—Se trata de un soborno. Dinero inglés para Calfucura.

Rosas reflexionó. O más bien fingió hacerlo, pues en la práctica no pareció atribuirle demasiada importancia al asunto. El sirviente se cernió sobre él y raspó su

quijada con la punta de la navaja. Ondas de talco circunnavegaban la cabeza maciza y mofletuda.

—¡Oh, bien! Nada de eso me sorprende.

El negro subió la nariz del dictador empujándola con un meñique.

—¿Quieren que el cacique se pase al bando del hijoputa de Urquiza?

—No exactamente —Wilde contestó—. Bastaría con que no movilizara a sus hombres, aun permaneciendo leal a usted.

—¿Leal? Esos indios jamás le son leales a nadie. ¿Sabe usted cómo llegó aquí el pobre diablo de Calfucura? Pues yo lo llamé y corrompí para que me quitara de encima otro enjambre de salvajes. Y él lo hizo muy bien, no tengo por qué quejarme: habrá pasado a cuchillo a un par de miles de hermanos de sangre. Así, en frío. Una cosa admirable —Rosas confesó con un jadeo—. De ahí que lo respete. El cacique tiene olfato político, no lo voy a negar, claro. El infeliz barrunta muy bien las debilidades de cada cual. Brujulea y sabe esperar su turno.

La navaja despejó un pómulo y bordeó el dibujo de la patilla derecha. El dictador dejó hacer al criado mientras clavaba un índice sobre la mesa, concentrando sobre el solitario dedo un énfasis teatral. Apuntaba a los mapas y planos de la próxima batalla. De pronto su semblante se oscureció.

—Todo se jugará aquí. Cincuenta piezas de artillería y cuatro cohetas. Arriba, un foso y dos batallones. Reservas de caballería fresca defendiendo el ala. Dos mil lanceros formados en columnas... ¡Más de veinte mil hombres en total!

Wilde regresó el vaso a la mesa. Estudió a su interlocutor durante un rato. Rosas hacía una impresión confusa, paradójica. Un carácter lleno de intermitencias y marchas en falso. Sí, eso era, lo tenía en la punta de la lengua: un muñeco mecánico al que le falta aceite, un *jacquemart*... Algo le hizo creer a Wilde que el dictador ya había dado la pelea por perdida.

—¡Mañana mismo! —Rosas dijo y chistó los dedos—. Tan rápido como eso.

El dictador suspiró. ¿El cacique planeaba traicionarlo? Pues daba igual. De alguna manera Wilde le había quitado un peso de encima. Ofreció la mejilla sin rasurar al barbero. La hoja remontó hasta la sien, recortando la patilla de hacha que encuadraba el hemisferio opuesto de la cara.

—¡Al diablo si me traicionan! Uno más, uno menos, ¿qué diferencia hace? —razonó pesimista—. Pero usted se quedará aquí, ¿verdad? Con nosotros.

El sirviente limpió el rostro de Rosas con una toalla húmeda. Después de mucho vacilar, y sin atreverse a nada en concreto, recogió sus bártulos y ensayó un ridículo saludo militar antes de marcharse. Rosas lo despidió sin preámbulos, mientras se sacaba el lienzo anudado a su nuca, tirándolo de un envión.

Se arregló la botonadura de la guerrera de gala.

—Todavía podría haber algo para usted, Wilde. Existe una plaza como encargado del dispensario de medicamentos. Estará protegido tras las líneas de artillería. También hay un palomar, no muy lejos de allí.

Wilde tomó un segundo vaso de agua.

Junto a la jarra de cristal yacía el sable obsequiado por el general San Martín a Rosas. Este último acarició los arabescos dorados del arma, dedicando a la vaina del sable unos mimos vagos e indecisos, el tronco corpulento echado adelante. Wilde lo notó impaciente, el ánimo fluctuando entre la excitación y la pura fatalidad. Hacía pensar en un escolar en vísperas de exámenes.

—Un dispensario —Wilde corroboró.

—Será un trabajo fácil. Además tendrá compañía. He traído mis propias palomas mensajeras. Si aguarda un minuto le presentaré al palomero —Rosas instó con cierta sutileza—. Todo un tipo. Un individuo muy peculiar. Le llamamos el Paracleto, y creo que será bueno que ambos se conozcan. Le podrá servir a usted de practicante, ayudándolo así con los heridos.

Tomó una campana de bronce y la tañó hasta dejar sordo a su invitado. Luego sacó su reloj y le dio cuerda hasta pasarse de rosca. Miró a un lado y a otro, como poniéndose en evidencia. Pidió a voces el almuerzo. Las mejillas carnosas, llenas, virginales, se congestionaron a causa de la efusión.

—Almorzará usted conmigo, naturalmente —sugirió—. Así me contará de su excursión tierra adentro —pretextó con el humor picado—. Corríjame usted, pero sospecho que el cacique jamás dio con su manada de caballos salvajes. ¡Medio millón de cimarrones! Maldito indio loco. ¡Y pensar que alguna vez lo tuve por un aliado de confianza!

El sirviente de color reapareció en el intervalo. Rosas lo distinguió con una bienvenida entusiasta, aunque era más seguro que celebraba los dos platos de carne asada, y no a su portador.

—Solo tomaremos agua —Rosas aconsejó—. Nada de licor antes de una batalla.

Ya era mediodía. El criado arregló platos y cubiertos.

—Muy bien... ¿Y la jarra? —Rosas apostrofó.

El negro salió a la carrera y regresó con una nueva provisión de agua fresca. Llenó los vasos mientras los comensales atacaban unas prodigiosas chuletas de res. Rosas trinchó la carne y observó voluptuosamente la oleada de sangre que surgía a través de los vasos del músculo.

Wilde no tardó en imitarlo.

—Ahora cuénteme de su peregrinación —dijo Rosas, triturando el bocado con una sabiduría arcana—. Mañana puede no haber tiempo.

Curiosamente, el dictador hacía el mismo gesto de Feargus Lynch cuando el tabernero de Galway, un viejo amigo, comía carne... O eso habría jurado Wilde mientras espiaba a Rosas a través de los dientes de su tenedor. Los mapas y planos se fueron manchando de grasa y sangre quemada. Media hora después, solo quedaba el hueso astillado y desnudo.

Afuera se oían los movimientos solapados de baterías y cañones.

—Guerra, ¿es eso lo que quieren, no es así?

Rosas echó a andar el cascado engranaje de una carcajada.

V

Wilde y su asistente, el tal Paracleto, se presentaron en el palomar poco antes del alba. El edificio consistía en una construcción redonda, con aspecto de torreta abollada. Tenía en los altos una especie de buhardilla, que servía de vivero a una bandada de torcazas silvestres.

Paracleto hizo el trayecto hasta el lugar con una jaula de palomas atada a las axilas, mientras el sirviente de color, el mismo que ayer afeitara al dictador, acarreaba los botiquines y aparejos del dispensario portátil. Los tres se atrincheraron en los bajos del palomar, y aguardaron allí a que clareara.

Paracleto resultó ser un hombre todavía joven, altísimo, con un tinte moreno de gitano y, cosa curiosa, un tanto jorobado por arriba. Tenía la linfa del ojo de un amarillo sucio y la pupila levemente estrábica, aunque pudiera tratarse solo de una mala costumbre. Era tímido como un boticario, y tenía la tendencia a botar los brazos y mantenerlos en una atonía morbosa. Su único talento parecía relacionarse con las palomas que había entrenado para el ejército, y cuyo lenguaje emulaba con una fidelidad exasperada. Era también un aficionado a óperas y zarzuelas, y silbaba largos pasajes de *coloratura* sin que nadie se lo pidiese.

Montaron guardia mientras las tropas tomaban posiciones, más de veinte mil hombres, la mayoría simples gauchos y criminales en asueto. El negro, a quien Paracleto bautizó con el nombre de Nozzari, en honor del tenor que había estrenado el *Otello* de Rossini, y cuyo parecido él creía obvio y evidente, colaboró en todas las tareas, siguiendo las órdenes de Wilde con una exactitud casi telepática. Nozzari, o comoquiera que se llamara, ayudó a levantar el estrecho quirófano de campaña, y se quedó viendo ávidamente los bisturíes y tijeras.

El arsenal descansaba en una bandeja.

—Y a vos, Nozzari, ¿qué demonios te pasa? —intervino Paracleto.

Nozzari hizo como si no lo escuchara. Entonces se dirigió a Wilde.

—Usted me ha visto con la navaja de afeitar —propuso—. ¿Qué opina?

Wilde se encogió de hombros.

—¿A qué te refieres, Nozzari?

—Podría aprender... —el negro susurró—. ¿Cuánto gana un enfermero?

Wilde se limpió las manos con un trapo. Sonrió.

—Bueno, hoy será tu primera lección. Mantente alerta.

Mientras estos dos aguardaban el toque de clarín, pasando revista a los rudimentos del improvisado quirófano, Paracleto aprovechó de trepar a la buhardilla del palomar y arreglar allí sus jaulas, expulsando a las anteriores inquilinas del

aviario a golpes de escoba. No quedaba claro qué función cumplirían las palomas mensajeras, ni a quién transmitirían los despachos, si a las autoridades civiles de Buenos Ayres, o a unas imaginarias tropas de relevo, pero tampoco Paracleto lucía muy interesado en dilucidar el enigma de su misión.

Wilde consultó su reloj, aplicándose entonces a una laboriosa cuenta regresiva. Temía, no sin razón, que la cadena logística que debía enlazar las bajas del frente con la enfermería fuese solo letra muerta, y que nadie hubiese sido instruido formalmente al respecto. En efecto, no había allí ni camilleros ni parihuelas ni nada semejante. Hubiera deseado equivocarse, pero constató con creciente desánimo que la soldadesca se apiñaba un poco por doquier, como piezas de un ajedrez hacía mucho tiempo olvidado.

La impresión resultaría profética.

—¿Señor? ¿Está usted bien?

VI

El día transcurrió en una expectación vacía. Virtualmente no hubo gran número de heridos, y quien salía mal parado con un bayonetazo o una estocada, simplemente cogía sus cosas y emprendía una solitaria retirada. En verdad, todo fue una continua postergación, un cruzarse de brazos, un bostezar por nada. Esto al menos en lo que concernía a la actividad del dispensario, la cual fue casi nula, una especie de plantón.

A eso de las ocho, Rosas descendió de su observatorio y recorrió a caballo sus líneas, dando órdenes al cuerpo central para que abriera fuego e inaugurara así la conflagración. Un par de horas después, la caballería enemiga cargó contra el ala izquierda, y tras ella siguieron unas cuantas fuerzas de apoyo, debiendo salvar a pie una pantanosa cañada antes de sacar a bailar a las señoritas que les esperaban, fusil en ristre, del lado contrario. Hecho un primer y oblicuo contacto, la caballería enemiga se desbandó sin realmente haber plantado cara.

Pero las deserciones ocurrían en ambos bandos, y otorgaban al encuentro una dispersión centrífuga, como si se ampliara el radio de operaciones, cuando, en la práctica, el caso era precisamente el opuesto. El peligro se atenuaba hasta reducirse a la eventualidad de recibir, a lo sumo, una bala loca en un infamante recodo de la anatomía del incauto: se caminaba entre los dos frentes como por un parque, sin otro riesgo que pillar un caballo sin jinete, coceando asustado por los tiros.

Pero lo peor, sin duda, seguía siendo el pestazo de corcho quemado y heces humanas: mucha de la tropa literalmente se cagaba encima, y evacuaba sin tener una letrina cerca. El miedo, la intrepidez, la sensación de multitud, el apetito por destacar o sencillamente por robar al contrario conspiraban para engendrar una auténtica novatada. Las escaramuzas redundaron así en una coreografía errática y abigarrada,

con algunos virtuosos del cuchillo batiéndose en duelos individuales, cabalgadas y cargas de infantería desplegadas decorativamente, cañonazos sonoros y apabullantes, pero más bien inofensivos.

A la postre, la jugada decisiva llegó solo por mediación de la División Imperial del Brasil, acaso la única tropa profesional, cuyos elementos asaltaron los reductos cercanos al palomar, cayendo directamente sobre la artillería de Rosas. La irrupción de los Imperiales no halló en el sitio, prescindiendo de unos cuantos rezagados, más que a un alucinado Paraclete, subido al altillo del sórdido edificio, dialogando con sus palomas amaestradas en una jerga cantarina, que alternaba ronroneos de bajo lírico y chillidos guturales, luego histéricos.

Poco antes Wilde y Nozzari habían desalojado el remedo de enfermería, evadiéndose sin prisa, el aire decepcionado de quien asiste a un refrito del teatro y se larga pegando un puntapié a la taquilla. Sin más opción, el irlandés guiaba su montura fuera del cerco de metralla, poniendo unos cien metros entre él y el palomar. Instantes después, Wilde oiría un fragor de cascos picando la tierra a sus espaldas. Alguien se precipitaba a su encuentro.

El galope ganó velocidad y acometió con una urgencia vigilante. Parecía ya venírsele encima. Wilde se giró para ver, pero fue tarde, demasiado tarde. Una lanza lo había alcanzado a la altura del hígado, justo sobre el bolsillo del chaleco. El asta del arma se dobló en el aire, mientras su punta penetraba una pulgada bajo sus costillas, chocando afortunadamente contra el reloj de leontina. Gracias a este fortuito escudo, el proyectil desviaría su curso, y trazaría una tangente rebanándole el costado, aunque sin dañar ningún órgano.

El agresor continuó la carrera sin volverse atrás. Wilde miró a todas partes, intentando una explicación, pero solo podía culpar a su maldita suerte. El rejonazo había cortado de sesgo el ala de su chaqueta. Embridó y permaneció quieto sobre la silla, tanteando su reloj entre los pegotes de sangre. Se hizo con él y observó la hora detenida, el óvalo de cristal fracturado, las manecillas truncadas.

Las dos y un cuarto del 3 de febrero de 1852.

VII

Vagó en la llanura pajiza por media hora más, hasta que halló un sitio lo bastante solitario en donde desmontar y revisar la herida, a salvo de la intromisión de terceros. Llevaba consigo un frasco con resina de quebracho. La sustancia había sido obtenida por Nozzari unos días atrás. El negro había sangrado tenazmente los vasos de un árbol rojo, durísimo, destilando de él una savia rica en ácido tánico.

Wilde se desvistió, las ropas tiesas de sangre. Examinó la rajadura que había hecho la lanza. Enhebró una aguja de sutura y cosió los labios de la herida lo mejor

que pudo, sin por ello reducir la hemorragia. A continuación logró hacer un pequeño fuego, y puso a calentar un chorrito de resina sobre una cuchara de sopa, el único cubierto que había empacado entre sus cosas.

Esperó a que el líquido humeara, y entonces lo vertió sobre la carne viva, no sin antes empalmar un palo entre sus dientes. Cerró las muelas sobre el trozo de madera, y permaneció como en vilo, mascando y rumiando, a punto de desmayarse por el dolor. El efecto astringente de la resina no consiguió, pese a todo, atajar el flujo de sangre. A falta de algo mejor, recurrió al morral de pólvora, esparciendo un reguero azufroso sobre las comisuras del corte.

Echó mano nuevamente a sus cerillas de fósforo blanco, un estuche sellado de *Lucifers*, en cuyo frontispicio aparecía el escudo de armas británico, el león y el unicornio dibujados como por la mano de un niño. Prendió el fósforo y posó la llama sobre el reguero de pólvora. El fulminante ardió con un silbido. Wilde suspiró sordamente. Descansó un rato sobre la tierra, tendido de espaldas, jirones de camisa amarrados a su cintura por todo vendaje.

El sol declinó sobre el cuerpo semidesnudo. Un par de rapaces planeaba contra el cielo amarillo, dos buitres o caranchos esbozados en una lontananza borrosa. Jonas Wilde ocultó su rostro bajo el casquete del sombrero. Al instante siguiente, entonó la melodía del *Whisky en la jarra*, dejándose arrullar por la olvidada canción. Tamborileaba el compás con dos falanges entumecidas a causa del trajín con las riendas.

El viento del sudeste murmuraba en sus oídos.

VIII

Ganó una legua a caballo, el trote herrumbroso y lento. Los cascos picaban sordamente contra la tierra calcinada, agrietada en hexágonos interminables. Terrones como prismas se escombraban en una hondonada vecina. Cruzó a través de la depresión, ahogado bajo el mediodía, las riendas en una sola mano. Escupió e hizo visera con la zurda, acechando el horizonte nebuloso.

El torso del jinete se doblaba adelante, como si viniera herido o insomne. Ciñó la brida gastada, espumosa de baba, y luego estiró un puño hacia las alforjas, sobando sin querer la grupa brillante de sudor. Extrajo un jirón de carne salada, dura, y se quedó rumiando largamente, triturando la pulpa correosa entre las muelas. Escupió, y se abrió la camisa. Se palpó el pecho.

Reconoció el costurón bajo la tetilla derecha, allí donde lo habían abierto para introducir un segundo corazón. Presionó sobre la cicatriz, la yema del índice auscultando el relieve de piel, del tamaño y forma de una cría de víbora. Hacía tiempo que alojaba allí dentro la víscera del cacique, un ovillo vivo, sangrante,

bombeando laboriosamente. El jinete probó otro bocado de carne seca, se remangó la camisa y se alzó sobre los estribos.

El ala del sombrero, un hongo negro manchado de sangre y ceniza, le brindaba un filo de sombra sobre los ojos inyectados. Un bozo castaño, rojo en las comisuras del labio, poblaba la tez venosa y curtida. Las patillas caían a manera de hachas sobre la mandíbula cuadrada, los carrillos atareados en masticar el trozo de fiambre fiel a una espontánea rutina. La camisa sin cuello dejaba ver el esternón y luego la garganta, donde la piel era acaso más blanca.

Volvió a doblarse sobre la montura, el arzón pegado al bajo vientre. Iba a horcajadas encima de una vieja silla inglesa. La cincha, mal ajustada, hería los costados del animal, una yegua castaña tuerta de un ojo. La crin apelmazada, espolvoreada de un hollín arcilloso, se había pegado a la cruz del animal.

Levantó la mirada, pero la luz lo volvió a cegar.

IX

Mucho más adelante se erguía un grupo de cañas con aspecto de lanzas, flanqueado por una faja posterior de algarrobos y chañares. Su montura progresaba sobre una querencia de ganado, y se dejaba atraer hacia un rancherío de vaqueros. En el curso de su marcha, Wilde acertó a divisar un achaparrado cobertizo. En lo que debía ser un patio o huerto, cercado por una alambrada ridículamente inofensiva, pululaba un cortejo de gallinas y pollos.

La yegua de Wilde se coló alambrada adentro, y siguió de largo hasta detenerse frente a la miserable fachada. Oculta bajo un escuálido alero, una mujer desplumaba una gallina muerta, encogida ritualmente sobre una silla de paja. Era una mestiza con el pelo partido en dos crenchas trenzadas, enfundada en una blusa con puños y cuello de encaje. Tenía las manos llenas de plumón.

Los suaves despojos revoloteaban a manera de vilanos. Wilde se quitó el sombrero, y se inclinó adelante ceremoniosamente. La mujer lo miró sin interés. Un crucifijo de plata colgaba sobre la pechera de su blusa.

—¿Es usted cristiano? —ella preguntó.

—Eso creo —dijo Wilde.

—Sepa que aquí ya no queda nada por robar.

Wilde sacó una cantimplora y la exhibió ante la mujer.

—Necesito un poco de agua fresca —recalcó obsecuente.

—Detrás hay un pozo, si es agua lo que busca.

Wilde dio las gracias y se apeó con dificultad. Rodeó el cobertizo con pasos demasiado lentos. Las espuelas cascabeleaban en sus talones. Miró a un lado, después a otro, y fue hasta lo que parecía ser el brocal de un pozo. Se asomó a la boca negra y

fría. Tiró hacia el fondo vertical una mellada cubeta de estaño.

Regresó con la mujer tan pronto cargara su cantimplora. Se acuclilló apoyándose contra una pared de tablas sin pintar, y respiró el aire recalentado con una boqueada rigurosa. Desenroscó el gollete de la cantimplora, ofreciendo un sorbo a la mujer. Como no hubiera respuesta, bebió a solas. Aunque ella no lo mencionara, Wilde imaginaba que habían pasado antes por el lugar los desertores de Monte Caseros.

Se palpó por sobre el hígado, buscando el bolsillo del reloj. A escasa distancia, la mujer extirpaba los cañones de plumas espaciosamente, prolongando una tarea que de otra forma hubiera resultado fácil y expedita. Debió pasar un rato antes que las cosas comenzaran a echar sombra. Cascotes de adobe yacían dispersos alrededor de la entrada del cobertizo, seguramente desprendidos del muro acribillado con cinco o seis percusiones de fusil.

Wilde sacó su reloj.

Abrió la valva metálica presionando con el pulgar. El disco de cristal estaba roto, lo mismo que el mecanismo interno. Las manecillas permanecían fijas en una hora del pasado. Suspiró con vehemencia. Había salvado providencialmente de un rejonazo de lanza, y todo gracias al bendito reloj, pensó descansando la nuca sobre el muro. El caparazón del aparato había desviado la punta del arma, obligándola a resbalar sobre un costado de su cuerpo.

Las gallinas correteaban, disputándose una desdentada panoja de maíz. La mestiza miró a las aves de corral, como contándolas de dos en dos. Un viento cortante reverberó en el pequeño maizal que se extendía al oeste de la casa. La ráfaga levantó un torbellino de polvo amarillo junto a las piernas de Cipriana. La mujer se puso de pie y se perdió en el interior del cobertizo, llevando consigo el bulto decapitado del ave. El cogote flácido, desguarnecido, de un rosa pálido, colgaba junto al cinto de su falda.

Cipriana reapareció al cabo de un rato, suspendida en el vano torcido de la casa, enmarcada entre las jambas de un remedo de puerta. Empuñaba un machete, la hoja rectangular apuntando a sus pies. Atisbó hacia la montura de Wilde, y se quedó contemplando el animal. Parecía intrigada. Se agachó y aguzó la vista, aproximándose al animal. Lanzó una mirada especulativa hacia el sexo del caballo. Hembra.

—¿Por qué monta usted una yegua? —Cipriana sondeó a su huésped.

—Es un regalo. Me la obsequió un cacique del desierto —Wilde confesó mientras acomodaba las escápulas sobre el precario tabique—. Sospecho que lo hizo en parte para burlarse de mí. No se supone que un hombre cabalgue una yegua, ¿verdad?

—Tal vez sí tratándose de un gringo —Cipriana añadió. El gringo reprimió una sonrisa.

Se reincorporó y equilibró dentro de sus botas. Al cabo de poco, las suelas de cuero fuerte, adelgazadas por largos meses de merodeo, barrieron la tierra tapizada con cagaderas de gallina. Las manchas de guano brillaban bajo el bochorno de la

tarde. La yegua de Wilde relinchó y piafó con el remo izquierdo. El viento volvía a erizar el plantío de maíz. Las herraduras también se habían adelgazado. Tenían el penoso grosor de una tapa de libro.

—Necesitaré un herrero —instruyó Wilde a Cipriana. La mestiza titubeó. Acarició el crucifijo supersticiosamente. Se acercó a Wilde e izó el machete hasta su mejilla. Un movimiento dócil, como de auxilio. El gringo se reflejó sobre la hoja de acero. No había visto su propio rostro desde hacía casi un año. Era otro hombre ahora, los rasgos maduros y tercos, la mirada gris, casi vacía. Una mancha de sol espejeó entonces sobre la superficie. Wilde salió de la breve ofuscación ladeando el ala del sombrero hongo. Estrechó el mango del machete, de pronto en su poder.

Cipriana señaló hacia el maizal.

—Será bueno que corte unas cuantas mazorcas. Cipriana se limpió el dorso de las manos sobre la pollera de pana gris. El ruedo de la enagua asomaba bajo el vestido, una blonda sucia y desgarrada. Se acercó a la montura con aire distraído, y acarició la barriga de la yegua, los ijares heridos, las cavidades de sombra violeta junto al nacimiento de los remos.

—Está preñada —Cipriana murmuró para sí misma.

Wilde ignoraba la escena, vuelto de espaldas de camino al maizal. Abordó la espesura de espigas, yendo a tientas con el machete. Lanzó un par de estocadas contra una planta. Dos o tres mazorcas golpearon la tierra con un rebote.

—Óigame, gringo —Cipriana gritó—. ¡Su yegua está preñada!

Wilde cosechó una docena de mazorcas, las cargó entre los brazos y el pecho, y entonces regresó con Cipriana, apretando el mango del machete bajo la axila. Las rodajas de sus espuelas dibujaban un surco dentado sobre la costra de tierra y guano. Se reencontró con la mujer. Hubo un minuto de vacilación entre ambos. La noticia lo puso de un humor susceptible y vidrioso.

—Es imposible —protestó—. Debo estar en Buenos Ayres a fines de marzo.

—Faltarán dos meses para que alumbre —Cipriana replicó.

Wilde frunció el ceño y blasfemó por lo bajo. Entregó las mazorcas a Cipriana, mientras una gallina negra y roja correteaba entre las sandalias de la mestiza. Sus pies eran de un bronce pardo, anillos de mugre circundando los dedos regordetes y casi sin uñas. Cipriana se ausentaría de nuevo. Se la vio entrar en el cobertizo y echar las mazorcas dentro de una borboteante cacerola.

Wilde permanecía afuera, junto a su montura.

Se inclinó de sesgo para inspeccionar el vientre de la yegua, y llevó a cabo una suspicaz palpación. Resultaba toda una ironía que él no lo hubiese notado antes, habiendo atendido varios partos en Irlanda, aunque jamás un alumbramiento de establo. En efecto, el vientre se arqueaba debido a una formidable gravitación interna. El volumen permitía descifrar las formas de un potrillo, un mínimo dios amortajado en una bolsa acuosa.

Se enderezó, se quitó el sombrero y se rascó la coronilla con aire perplejo.

Deslizó el filo de un dedo alrededor de la badana sudada. Resolvió desguarnecer a la yegua, quitar los arreos y cinchas, también la silla. Procedió en un atareado silencio.

Cipriana emergió sobre el umbral.

—¿Comerá aquí?

—Puedo pagar con trabajo —contestó Wilde.

La mestiza volvió a señalar hacia el maizal.

—Usted levantará la cosecha entera. No es mucho.

X

Se alojó en lo de Cipriana por tres días, durmiendo sobre una vejiga de buey rellena de lana virgen, sin cardar. Creía, llevado tal vez por un cálculo demasiado auspicioso, que al cabo del período se hallaría por completo restablecido.

Iniciaba las jornadas hacia el alba, con una tira de carne curada por todo alimento, despierto a medias. Se mojaba la cara y el cuello, las nervaduras del pecho y de las costillas, y entonces salía a un exterior espectral y pizarroso, machete en mano. El rocío lo sorprendía dentro del maizal.

Hizo un rápido aprendizaje. Al principio el asa del machete le ampollaba la mano, la despellejaba, delineaba estigmas sobre las marcas originales de su palma. Pero era su culpa. Imprimía una fuerza excesiva. Desplegaba una voluntad que traicionaba su poder sobre las cosas. Luego intentó una estrategia distinta.

Subía el machete con un impulso lateral, el hemisferio del cuerpo torciéndose sobre su propio eje, y entonces suspendía el filo a un palmo de su cabeza, dejándolo caer en diagonal sobre el tallo de la mazorca. Atacaba primero las panojas de arriba, descendiendo a través de la planta con machetazos precisos y quirúrgicos, casi sin gastar fuerza.

Interrumpía la rutina a eso de las diez, cuando Cipriana hervía agua y preparaba una infusión de yerba mate, un caldo agridulce y astringente. La yerba tenía el aspecto de rastrojos de acebo, y probablemente no era sino una variedad criolla de la planta. Unos como palitos de tila flotaban sobre las apelmazadas escamas de yerba, encharcadas dentro de un cuenco hecho de calabaza.

Había un único recipiente, el que Cipriana y Wilde compartían espaciosamente, empleando una caña de plata vieja con la embocadura torcida. Wilde sorbía por el tubo, los labios apenas posados sobre la punzada de calor líquido. El primer día se quedó allí como fluctuando, sentado sobre un tronco de quebracho, el cuenco de calabaza ardiendo entre las manos trabajadas. Mientras tanto, Cipriana se hizo con un saquito de yute, extrayendo de él un lingote de azúcar sin refinar.

Raspó el prisma de azúcar. Virutas doradas, color sepia, la consistencia del lacre.

—¿Qué piensa hacer con la yegua? —preguntó Cipriana.

—¿Podrá aguantar hasta Buenos Ayres? —Wilde caviló susurrando.

—Aguantará —dijo ella—. ¿Viene andando desde el Paso, verdad?

—Unas diez o veinte leguas. Río abajo.

Cipriana echó las limaduras de melaza dentro de la infusión. La camisa de Wilde, prendida a un tendedero de alambre, flameaba morosamente, la pechera y las axilas manchadas con rancias aureolas de sudor. El hombre apuró una chupada de yerba mate, y observó la trayectoria de un pájaro, una especie de tordo. La silueta voló del asta de un palo a otro, para después enganchar las garras sobre el tendedero. El pájaro se acicaló bajo las alas.

Wilde se removió sobre su asiento. Sentía las extremidades como de corcho.

—¿A quién tiene que ver en Buenos Ayres? —preguntó Cipriana.

—A nadie en particular —dijo Wilde, palmoteándose las rodillas del pantalón, y después vaciló, se retrajo, dudó. Ladeó la cabeza y se rascó en las sienes. Una relación del extranjero, rectificó al cabo de un rato. Entregó a continuación el cuenco de yerba mate a Cipriana, la caña de plata enterrada en el poso de materia verde y negra. La borra de yerba ofrecía un resplandor de musgo mojado.

Volvió a palmotearse las rodillas y se levantó con un brinco ahogado. Aun así, la acción fue lo bastante repentina como para espantar al tordo parado en la alambrada. No lejos del lugar, la yegua pacía reflexivamente, el morro hundido entre matas de mostaza y dientes de león. Wilde no había andado un par de trancos cuando Cipriana lo llamó y le arrojó, con una cortesía secreta, el lingote de azúcar. El trozo tenía la complaciente solidez de una pastilla de jabón.

La yegua torció el cuello hacia Wilde, y lo miró con su único ojo hábil. El iris negro, cristalino, cubría todo el globo, y curvaba las imágenes del mundo sin fijarlas ni medirlas. Pelusas de cardo boyaban en el aire seco, y se adherían a las crines de la cabalgadura. El animal acercó el hocico al trozo de melaza, y lamió terca y pacientemente, mientras Wilde restregaba su frente. Sacudió el cuello con una acometida abrupta, nerviosa.

Wilde procuró aplacar el arranque. Sin duda debía ser indulgente. Se cumplía media semana desde su defección en Monte Caseros, evento que había desencadenado una fatigosa migración a través del llano abierto. Durante todo ese tiempo, la montura no había tenido descanso.

Él tampoco.

XI

El desertor espoléó los ijares de la montura y echó adelante. La yegua anduvo acompasadamente, hollando el descampado hacia lo que debía ser una mancha de vegetación, probablemente la ribera de un arroyo. Siguió a marcha de entropaso, los

remos de cada lado moviéndose a un mismo tiempo. El jinete se bamboleaba sobre la silla, atento a los indicios del paisaje. Sacó su brújula, la ponderó en un puño, luego observó la flotación de la flecha. Sudeste.

No tardó en llegar al margen del arroyo. Hizo una pausa, se sacó los botines y las polainas de cuero fuerte, y amarró los aparejos detrás del cuello de modo que no se mojaran. El cauce venía cargado de lodo y detritos de animales muertos, cuajos de bofe sobrenadando aquí y allá. Islas vestigiales sugerían la anatomía de un pulmón de buey o las vísceras de un cordero. Vadeó el arroyo y alcanzó la orilla contraria todavía descalzo, el agua subida hasta la cincha de la montura.

La yegua trepó la escarpada, y se afincó del otro lado con un enérgico estertor. Wilde guio las riendas a la izquierda y torció hacia el sur, desde donde soplaba un viento helado. Había tomado la huella de un desvanecido camino real. Espió el entorno.

El verano había consumido los cañaverales, alzando un universo de polen marchito a través de la pampa. Se arrebujaó entre las solapas de la chaqueta y regresó la brújula a su bolsillo. Continuaría sobre la misma huella por varias horas. Las espuelas cascabeleaban, pinchaban sus clavículas. Aún traía los botines sobre los hombros.

Al cabo de una milla de viaje, Wilde discernió una confusa procesión, integrada por un arriero de a pie y dos mulas ruanas. Se refrescó el rostro con un pañuelo húmedo, hasta entonces anudado a su garganta.

Maldición, pensó.

El viento tejía mordazas de polvo contra los ojos, la boca, los oídos. El arriero salió a su encuentro después de atravesar una nube arcillosa. Se detuvieron a cosa de un tiro de piedra, saludándose con un cabeceo.

—Jonas Wilde.

Wilde mencionó su nombre.

Las mulas se pararon, cada una estibada con arcones y alforjas que parecían doblar su peso. El arriero llevaba encima un redingote del ochocientos, suntuosamente deshilachado, y un decrepito sombrero de copa, torcido a un lado y con el aspecto de un tubo de estufa. También dijo su nombre, Pereyra, y su oficio, folletinista.

La cabalgadura de Wilde reculó y crispó las orejas.

Pereyra se descubrió y comprimió el sombrero como si se tratara del fuelle de un acordeón. Deslizó una palma sobre la calva, la tez color de manteca. Su brazo se arqueó y describió una floritura, señalando hacia la carga de las mulas. Se acercó a una de ella, y se encorvó por sobre un fardo.

—Le mostraré a usted mi mercancía —dijo.

—No traigo dinero —pretextó Wilde.

—Nadie habló de comprar nada.

Pereyra desatoró las correas de una alforja y extrajo un manojito de papeles

impresos. Eran varios cuadernillos en cuarto, compaginados toscamente, fondo amarillo, letras en tinta de máquina. Enarboló un ejemplar ostensiblemente, mientras Wilde se apeaba y avanzaba en su dirección.

El jinete pisaba con las plantas desnudas. El sol había oreado y acartonado sus pantalones. Al poco andar, se sentó sobre una roca y probó a cazar el empeine del pie dentro de un botín, cerciorándose de que el interior del zapato hubiese escurrido satisfactoriamente. Se calzó un par y después el otro. Se reincorporó.

El folletinista le enseñó uno de sus impresos, estirando hacia él una manga deshilachada, como de espantapájaros. Wilde aceptó echar un vistazo allí encima. Pereyra sonrió. Luego golpeó el sombrero de copa contra las ancas de su mula: los frunces del casquete se desplegaron al instante, recobrando así su volumen original. Pereyra cubrió su tonsura, manchada con pintitas azules a semejanza de un huevo de codorniz, y puso los brazos en jarra.

Wilde estudiaba el cuadernillo.

—¿De qué se trata? —preguntó sin entusiasmo.

Expectante, Pereyra apuntó con sus labios hacia el dibujo del frontispicio. La estampa consistía en un corazón retratado con esquemático realismo. Un nudo muscular provisto de válvulas y tubos, el cuerpo central con la forma de una pica de naipe invertida. La tinta estaba fresca. Wilde terminó pegoteándose las yemas con un plasma bituminoso. Borriones dactilares alrededor del papel.

Wilde interpeló a Pereyra.

—¿Por qué el corazón?

—Haga usted el favor de voltear la página —el folletinista recomendó.

Wilde puso en práctica la sugerencia. La siguiente estampa mostraba a un hombre blanco vistiendo un anticuado traje de plantador o funcionario colonial. Junto a él había una segunda figura. Un nativo semidesnudo, hierático, el pelo estriado y cortado a lo paje, sosteniendo una lanza de tacuara en la diestra.

—Yo mismo he tallado la plancha de la viñeta —Pereyra susurró—. Este de acá es un cacique del país. Y este otro, un extranjero que se convirtió en consejero del caudillo indio.

Wilde se quedó viendo las cuartillas. Pasó adelante un par de viñetas y estudió espaciosamente una de ellas. Había allí las mismas dos figuras anteriores, el indio y el blanco. Una tercera persona, una curandera, extraía una víscera del primero y la injertaba en el cuerpo del segundo. Un corazón.

—¿De dónde sacó la historia? —Wilde preguntó.

—Bueno, hay este hombre, un gringo acriollado... A veces viene acá y me convida a un trago en una pulpería, donde conversamos. Compra mis impresos por docenas, aunque no creo que realmente se quede con ellos. Tal vez los regala, no sé. Él me contó la fábula del doble corazón. Pero si usted me lo pregunta, debo decir que ignoro cuándo sucedió esta historia. Pudo haber sido ayer mismo. O hace un siglo. Yo solo hago las viñetas... ¿Piensa comprar una?

XII

El día era una bóveda de vapor cerrada sobre sí misma. El jinete se movía y perseveraba en un medio viscoso, delicuescente. El oxígeno, una gasa pegajosa: la humedad hacía que el cuerpo nadara en sus propios zumos. El único consuelo era ir contra el viento sur. Un dardo frío, reconfortante. Lentas nubes se congregaban en el horizonte recalentado.

Levantó la vista y observó el cielo aborregarse.

Poco después comenzó a chispear. La descarga creció en fuerza y se transformó finalmente en una providencial tromba de lluvia. Precipitó por dos horas seguidas, pero aun así el calor no menguaba. Se sintió traicionado.

La cabalgadura acortó el tranco, bufó y pegó un respingo. La hierba era alta. Espigas aserradas herían la escasa piel descubierta. Olía a tierra mojada, a boñiga fresca. Abrió la rienda y torció con la montura hacia un calvero.

Un árbol de ñandubay dominaba el claro, echando encima una sombra verde y propicia. El jinete siguió adelante, y notó algo más. Un coche de posta permanecía varado dentro de aquel círculo protector. Se dirigió allí. El birlocho capeaba la borrasca lo mejor que podía. Llevaba dos ocupantes. Un viejo y un niño.

Wilde se dejó ver aproximándose por un costado. Un castrado palafrén de tiro languidecía enganchado a las limoneras. Una rueda a punto de salir del eje. El capote abatible con la tela desgarrada. Se introdujo formalmente.

—Jonas Wilde. Médico.

El viejo resultó ser un valetudinario mocho de convento, y se refería a sí mismo como el mocho Juan. Wilde descabalgó, merodeó discretamente. Se quitó el sombrero hongo. El follaje del árbol era tan compacto que lograba, al menos en parte, apantallarlos contra la lluvia.

—¿Y el niño cómo se llama?

—Trinidad. Se llama Trinidad.

Un infante endomingado, ataviado con una pequeña levita negra, la camisa inmaculada. Como si se hubiese preparado para su primera comunión. Incongruentemente elegante, el niño Trinidad llevaba ceñida una venda en torno a los ojos. Estaba empapado, al igual que su tutor, el insólito Juan.

—Está ciego —explicó el religioso.

—¿Lo puedo ver?

El mocho no se hizo de rogar.

Wilde se aproximó y retiró la franja de batista, apretada contra la circunferencia del cráneo. El niño parecía petrificado, el aspecto de una miniatura de porcelana. Wilde sacó el lienzo y lo estrujó dentro de un puño. Los ojos del niño parpadearon impotentes. Dos globos congelados, color de ópalo. Cataratas congénitas.

Wilde ensayó un examen rutinario, pero las pupilas no reaccionaron, estaban muertas, no había remedio, nada. Volvió a vendar los ojos de Trinidad. La lluvia se

había empozado dentro del carro. Una charca de agua negra, los pies sumergidos sin piedad. El caballo de tiro agitó la cola y evacuó impúdicamente. Las bolas de estiércol se desplomaron y cayeron con un chapoteo.

Escampó de repente.

—¿Van ustedes hacia el sur? —preguntó Wilde.

—Todavía no lo sabemos —dijo el supuesto religioso.

El niño Trinidad se mordió el labio inferior hasta hacer sangre. Wilde retrocedió hasta su silla y rebuscó en las alforjas. Pretendía compartir con ellos una libra de carne ahumada. A su regreso, sin embargo, halló que el niño balbuceaba sumido en una especie de trance.

—¿Qué le sucede? —interrogó al mocho Juan.

—Voces —resumió Juan—. Son las voces de un ángel. El niño tiene la ciencia infusa. No ve el mundo. Pero lo conoce. Venimos desde Paraná, donde el niño Trinidad realizó curaciones y profecías.

Wilde se mostró indiferente.

Se quitó el saco, lastrado de lluvia, y lo puso a escurrir colgándolo desde una rama del árbol. Lo mismo hizo con la camisa, quitándose antes la canana del machete, la hoja abrigada en un estuche de vitela. Quedó desnudo cintura arriba, la herida del rejonazo obliterada por un amasijo de tela.

—Lo han acuchillado allí, ¿verdad? —Juan preguntó.

—Algo así —Wilde admitió con un guiño.

El mocho Juan observó la llaga de Wilde, un ojo de carne viva abierto sobre la piel lechosa. La protectora membrana de colodión despedía un aroma alcanforado, y hacía brillar las costillas del sujeto con un resplandor gelatinoso. Por debajo se adivinaban fácilmente las secreciones de pus y linfa.

—¿No desea que Trinidad lo cure?

Wilde desestimó la sugerencia. Después de todo, él se había hecho cargo de sus propias curaciones, aplicando capas de colodión sobre la herida, la misma sustancia que empleaba para emulsionar las placas fotográficas, a objeto de aislar la supuración bajo una película aséptica. ¿Ayuda él? No, en absoluto. Se excusó con un encogimiento de hombros.

—No, gracias.

Su interlocutor descansó las manos sobre el regazo, las cuentecillas de su rosario enroscadas en un índice artrítico. Simultáneamente, Trinidad puso ceño y perseveró en su monólogo, para después enfrascarse en una ominosa pantomima.

Wilde se percató de la agitación del pequeño taumaturgo. Este había orientado sus manos abiertas en dirección de la herida de lanza, dejándose llevar por la sorda imantación de la sangre. Un cortejo de moretones rodeaba el corte de lanza, una periferia machacada y turgente. Wilde no conservaba una imagen precisa de su agresor, tal vez un mercenario enrolado en la tropa brasileña, pero ni aun eso podría asegurar.

Trinidad se empinó de puntillas, los zapatos boyando en el fondo acuoso de la cabina. El mocho Juan bajó la mirada, y ocultó el rostro chato y con aspecto de huso, comprimido dentro de una botella invisible. Wilde dejó hacer al chico, y aun condescendió a ponerse a su alcance. Dos palmas rígidas y verticales se fijaron a unas cuantas pulgadas de la herida.

El niño Trinidad se aplicó en un improbable milagro por espacio de media hora. Terminó por desistir, debilitado por una concentración estéril. Guardó silencio y levantó aquel perfil de santo de yeso. Una cuña de sol incidió sobre la venda que cubría sus ojos. Se dirigió a su acompañante, soslayando la presencia de Jonas Wilde. Este sonrió para sí mismo, absolviendo al joven milagrero del reciente fiasco.

—No puedo hacer nada por él —Trinidad confesó al mocho Juan.

Wilde giró y se separó del dúo de charlatanes. Cogió sus ropas.

—No puedo hacer nada por él porque está muerto —Trinidad explicó.

XIII

Anduvo unas diez leguas en línea recta, el viento norte pegado a su espalda a semejanza de un segundo jinete. Los cascos hollaron el pasto amarillo y moribundo, crujiente como yesca. Conjuró un calambre. Traía la pantorilla agarrotada desde hacía rato. No tardó en frenar la montura.

Ante él se extendía un horizonte de tizones y costras calcinadas. Tan pronto reanudó la marcha, su yegua pisó el chamuscado esqueleto de un cardo, y luego otro y otro más. Pavesas flotaban en el aire sólido y se arremolinaban en torno a los corvejones del animal. Wilde arreó y condujo la montura a través del páramo.

Las cardos quemados se desintegraban nada más tocarlos. Emitían un chasquido grave y tenebroso al convertirse en polvo y astillas, agobiados bajo el peso de las herraduras. Había cientos, miles de ellos, tirados sobre el llano a manera de cerillas usadas. La tala abarcaba hasta donde se perdía la vista.

Sin duda, el área había sido presa del fuego en fecha muy reciente. Tal vez ayer, Wilde pensó. Un fuego deliberado. Diminutas ascuas brillando aquí y allá, como si en cualquier momento pudiera tener lugar una nueva ignición. Miró al sur.

Aquel cielo de grisalla hacía presagiar lo peor. Al oeste, por fortuna, se delineaba el espejismo de un caserío. Dos o tres chozas hundidas, ofuscadas de humo. Enfiló hacia ellas, marcando un trote seco y rápido. El lomo de la yegua estaba impregnado de un sudor frío. Nada bueno.

Era preciso que hallara cobijo para ambos, jinete y cabalgadura. Las nubes se congregaban y retorcían borrascosas. Pronto se desataría una tormenta, lo sabía. Pero el trayecto se hacía cada vez más pesado. Era una distancia mentirosa. Un derrotero que se alargaba delusoriamente, amojonado por los huecos amazones de arbustos y

cardos y espinos varados.

En el límite de la roza había una trinchera concéntrica. Sorteó el declive y continuó de largo hasta lo que parecía un granero o establo. Se entraba por un portalón flanqueado por dos batientes carbonizadas. Las puertas giraban hipnóticamente en el eje de sus goznes, azotadas de vez en cuando por el viento.

Wilde se agachó sin bajar de la silla, franqueó el vano y penetró en una atmósfera cenicienta. La escasa luz revelaba el perfil de antiguos objetos. Aparejos de labranza y pastoreo se habían convertido en crisálidas de sí mismos, mortajas que evocaban una vida anterior y útil: la identidad esfumada de un arado o una pala o un ovillo de sogas para lacear.

Incluso había una mesa, echada frágilmente sobre cuatro patas abarquilladas, esperando un último testigo a quien rendir la ceremonia de su ruina. Wilde se apeó, y fue a echar un vistazo. Sobre la mesa había un libro de cuentas, tamaño de folio, las tapas marmoladas mordidas por el fuego.

Hojeó el libro.

El papel se resquebrajaba de tan solo resbalar un dedo encima. Una letra menuda y redondeada, probablemente femenina, registraba el movimiento de ventas de ganado, mil o dos mil cabezas. Páginas adelante, una columna describía los pagos retribuidos a los peones y gauchos de la explotación. Los cálculos terminaban con la fecha de hace tres días, 7 de febrero de 1852.

Cerró la tapa con extremo cuidado.

Apilados en el ángulo que hacía la mesa con el muro, los libros contables de los años anteriores descansaban con el lomo vuelto de este lado, ilegibles a causa del incendio. Wilde se preguntó si los dueños de la hacienda habrían tenido tiempo de escapar y ponerse a cubierto. Rogaba a Dios no tropezar con los cuerpos de los primitivos ocupantes. Negras momias en poses contrahechas.

Se disponía a abandonar el escrutinio cuando reparó casualmente en la existencia de una cajita de laca, o más bien en su vestigio. La cajita en cuestión yacía acurrucada junto a la pila de libros. Aunque picada por los estigmas del fuego, su barniz había resistido saludablemente. Limpió el velo de hollín con un dedo.

La cajita tembló como si algo vivo se desperezara en su interior. Un instante después se dejó oír una melodía. El compás falible, el tono levemente desafinado. Wilde tarareó sorprendido. ¿Qué música era esa? ¿A qué demonios sonaba? El rollo de una pianola desguazada. No, era distinto, algo más. Las prácticas al teclado de Teresa Keating durante las postrimerías de su tuberculosis.

La cuerda del aparato colapsó repentinamente. El viento aullaba, vapuleaba las puertas desencajadas, erizaba el llano con un galope invisible. De pronto hacía un frío que ponía la piel de gallina.

XIV

Capeó la tormenta dentro de la ruinoso construcción. Una salva de truenos puso en alerta a la cabalgadura, las orejas erguidas, el ojo devorado por una pupila vigilante y líquida. Wilde le había ceñido un saco de forraje en el hocico, y después desbridado y desaparejado. Las puertas del cobertizo seguían golpeándose, a punto de caer desde los quicios. La luz se había enturbiado y virado al negro.

El viento soplaba desde el sudoeste. Mangas de un éter helado irrumpían entre los tiznados adobes, acarreado en su seno un vórtice de escarcha. De un momento a otro comenzó a caer granizo. Wilde salió a ver. El cielo era como una mancha de petróleo. Bandadas de pájaros cruzaban por sobre su cabeza. Un ave parecida a un estornino se desplomó muerta junto a sus pies.

Nuevos grupos de aves se sumaban a la migración. Un sol lejano, amorfo, impotente, se insinuaba a través de la volátil masa. Wilde regresó dentro, no sin antes asegurar las puertas lo mejor que pudo. Echó un último vistazo al exterior. Blanco sucio. Los copos de granizo estallaban en la tierra como pelotas de bádmiton.

No transcurrió mucho para que la embestida se tornara algo más cruel. Wilde fue entonces hasta sus alforjas y se hizo rápidamente con una manta o poncho. Extendió el tejido en el suelo y se sentó encima, pertrechado con una vela de sebo, su *Anábasis* en versión inglesa y la cajita de música que había decidido piadosamente robar y quedársela. Relampagueó.

Pronto se hizo de noche. Leyó por dos o tres horas seguidas, mientras la tormenta se hacía cada vez más fuerte y pesada. En ocasiones la pedrisca horadaba el techo de teja, y un proyectil del tamaño de un puño de mujer reventaba a unos metros. Los relámpagos se sucedían a prisa, casi sin mediar más intervalo que un flemático corcoveo de su yegua.

Se recostó a descansar pasada la medianoche, arrebujado en el poncho, un ojo pegado al umbral entreabierto, acechando la eventual llegada de otro peregrino. Más que a la tormenta, temía al merodeo de los desertores del ejército, caracteres tumultuosos y ligeros de cuchillo. Se mantenía en guardia, preparado para un fugaz intercambio con alguno de los inoportunos.

Pero su atención se relajaba involuntariamente. No podía evitarlo. Cabeceaba, sentía el cuerpo entumecerse. Aun así, los relámpagos no atenuaban su asedio. Chispazos asaltaban el sórdido interior, aislándolo en un halo azul. La respuesta era instantánea. La yegua corcoveaba horripilada, se encabritaba y paraba de manos, picaba con el filo de los cascos. El pulso quisquilloso, frenético.

Cada relámpago deparaba una visión distinta. Una acción separada del tiempo. Una fotografía. Entre sueño y sueño, Wilde alzaba un párpado para atisbar en torno. Pero todo era un fondo indiscernible hasta que la electricidad no encendiera la atmósfera. Tal vez ya dormía para entonces, y la imagen pertenecía a un sueño, pero habría jurado distinguir, durante la luminosa expansión de un rayo, a un grupo de

niños avanzando hacia él.

Creyó reconocerlos. Sus miradas retrocedían dentro de oscuras oquedades, cuerpecillos como de pájaro, la piel cerúlea, rostros macilentos y enjutos, las manos implorantes unidas en forma de cuenco. Se perfilaron contra el brillo lateral de un relámpago, y después se disolvieron en la nada.

La tormenta misma terminó por disolverse y replegarse en un núcleo de inofensiva oscuridad. Wilde se derrumbó y acurrucó enrollado dentro del poncho, cansado a muerte. Amaneció al cabo de un par de horas. El rocío de la mañana se coló bajo su camisa y lo hizo estornudar. Despertó por fin.

Vio una cuerda viva, del grosor de un brazo, desmadejarse y reptar entre las patas de la yegua. El parsimonioso desfile de anillos culminó en una cabeza triangular y sibilante. Las escamas resplandecían bajo la sombra que echaba su cabalgadura. La víbora de la cruz se emboscó al cabo de poco, apoyada sobre un bucle de su propio cuerpo, como si fuese a saltar y abrirse en una dentellada.

Extrañamente, Wilde no temía por él sino por la yegua preñada, cuya indefensión parecía exigir de su parte un celo casi paternal. Tanteó su machete, ponderó el mango, probó a desenfundar la hoja sin delatarse. La víbora lo observó con ojos ciegos, minerales. Los dos habían entablado algo semejante a un duelo. Se medían con una familiaridad exasperada, el aire de conocerse desde siempre.

La lengua partida aleteó en el espacio ahogado. Tras un titubeo sin destino, se retrajo con una especie de suspiro. El ejemplar debía andar en los cuatro pies de largo, tal vez cinco. Wilde desenvainó un lento machete. Nunca antes había estado tan cerca de una crucera, esa lujosa evolución de vértebras, de arcos aspados, un largo guante color arena y óxido. La imaginó partida en dos. Decapitada.

La víbora sofocó una finta, y movió la cabeza de un lado a otro, lamiendo el aire. Zigzagueó adelante, rozando la pezuña de la yegua, sin que esta advirtiese la amenaza. Por encima del reptil gravitaba el vientre combado de la cabalgadura, un ser mórbido y puramente respiratorio. Entretanto, Wilde ya tenía media hoja del machete afuera. Apresuró el gesto y asestó un corte, abalanzándose temerariamente.

De algún modo la serpiente eludió la cuchillada y se estiró vertiginosa y puntual. Simultáneamente, Wilde sintió una estrangulada punción sobre su pierna. Volvió a descargar el machete mientras la víbora lo inoculaba, dos dientes atravesando sus polainas de cuero. La última imagen consistió en una anónima anatomía coleando en una balsa de sangre. La otra mitad seguía agarrada a la pantorrilla, la cabeza pegada a una herida que pronto se hizo tenue y balsámica. Como si él fuese a morir.

Entonces volvió a despertar.

Restregó sus párpados y lanzó una mirada exploratoria. Nada. Exhaló aliviado. Se tocó la pierna. Indemne, ninguna herida. Ni siquiera el maldito calambre de ayer. Observó en todas direcciones. Estaba a salvo. De hecho, el charco de plasma tampoco estaba allí. Había desaparecido: jamás existió. Una bruma mental, pensó consolándose.

Olvidó la pesadilla al cabo de un minuto.

XV

Una carcasa de res se blanqueaba al sol. La jaula de costillas zozobraba contra la hierba alta y turbulenta. La yegua pasó atabaleando cerca del esqueleto, las herraduras hollando con gesto suspendido. Wilde se empuñó sobre la silla y vio, refractados a través del aire espeso, a cuatro jinetes acercándose en su dirección. Presumía que eran desertores al igual que él, evadidos de Monte Caseros.

El cuarteto cortó la llanura, avanzando contra un pálido telón verde. Pronto los tenía a un par de cuadras. Un jinete aventajó al resto de la tropilla en dos o tres cuerpos. La vanguardia tomó carrera y ensayó un galope abrupto, intimidatorio. A continuación, el advenedizo hizo revirar la montura, ofreciendo el flanco abierto de un potro manchado. La cabalgadura cabrioleó y tiró las manos adelante, tascando el freno.

El extraño mantuvo la mirada a Wilde, distante a cosa de un metro, y pasó una mano perezosa sobre la crin cortada a cepillo, la otra empuñando las riendas. Llevaba el uniforme del ejército de Rosas, un harapo escarlata, consistente en una guerrera desvaída y unas trusas o chiripá del mismo color. El sujeto sondeaba con las cuencas excavadas y ojerosas, como ponderando a un eventual antagonista.

Relajó una máscara hostil, y probó una mueca amistosa y fácil.

—¿Tiene usted tabaco que fumar? —sonsacó.

Un ridículo quepí militar, que recordaba más un embudo que otra cosa, caía sobre su cráneo convexo. El gorro tenía prendido un filete de bronce con el número del regimiento o compañía. Wilde lo observó procurando recordar el rostro del sujeto guiándose por el número, pero las fisonomías de la soldadesca solían multiplicarse y confundirse entre sí. Eran miles de hombres. Blancos, pardos, mestizos.

Wilde mismo solo había tenido una función marginal en la batalla, sirviendo un dispensario de retaguardia, una tiendita de campaña con menos equipo del que precisaría una comadrona. Se había consagrado allí a la vieja rutina de zanjar o suturar o simplemente dejar morir. Además, los rostros de la tropa regular casi siempre los vio a la distancia, familiarizado como estaba con los voluntarios indígenas, quienes se desbandaron con el segundo toque de clarín. No. No recordaba su rostro.

¿Tabaco? Wilde asiente con meneo de su barbilla.

—Traigo un poco. Si quiere, pues aquí está.

—Gracias —respondió Natalio Larra, como exonerando a Wilde de una vieja deuda—. ¿No nos conocemos, verdad? —añadió apoyándose sobre el borrén de la silla, el tono agudo y marrullero—. Natalio Larra, para servirle a usted —se presentó

y entonces arreó suavemente, adentrándose en la silenciosa órbita de Wilde.

El potro de Larra resopló.

Su dueño fingía examinar el tabaco del viajero.

No tardaron en reunirse con él los demás jinetes. Los rezagados formaban un grupo compacto, una suerte de familia. Dos de ellos resultaron ser gemelos idénticos, mientras el último hombre, maniatado a la silla, parecía haber sido tomado prisionero y esperar una condena inminente.

Se trataba de un oficial de caballería, uno de esos bisoños hijos de papá, reclutados en la partida solo con un fin ornamental y putativo. Montaba un caballo huesudo y anguloso, posiblemente infectado de muermo. Debía de estar en la veintena, pálido, rubio, un solitario guante de piel de Suecia en la mano derecha.

Ambos hermanos, seguramente parientes de Larra, se conducían con una rara sincronía. Desmontaron simultáneamente y cruzaron por detrás de las grupas. Todavía quinceañeros, cara lampiña, mirada lenta, maneras afiebradas y apremiantes. Se allegaron al prisionero, flanqueándolo, y entonces lo urgieron a bajar, precipitándolo a empellones.

El prisionero resbaló del estribo y se dio de bruces contra el manto de hierba. Se arrodilló, la guerrera pinchada de espigas y astillas de cardos. Nadie acudió a asistirlo. Los gemelos lo escoltaron inmóviles, desdoblados, especulares. Acababan de pactar una tregua cuyo beneficiario era el propio capitán, si bien él lo ignorase.

El oficial se quedó allí, embrollado y vulnerable, aguardando la próxima reacción de sus captores. Larra se giró atrás para echarle un vistazo, desmenuzando unas cuantas onzas de picadura. Después volvió el rostro ante Wilde, buscando una corriente de complicidad.

Bajó de la montura y deambuló en torno.

—El infeliz es nuestro superior en el mando —dijo Larra.

—Buscamos un confesor para él antes de ajusticiarlo —dijeron los gemelos.

—Un cura —Wilde corrigió—. Eso necesitan.

Larra negó con la cabeza. Probó el tabaco.

—No tenemos tiempo para andar entre sotanas. Un hombre justo sería suficiente. Entiendo que el sacramento lo puede suministrar un simple laico, usted por ejemplo. Quiero decir, siendo este un caso de emergencia extrema, ¿verdad? Después de todo hablamos del alma de un cristiano. Cobarde, sí, pero cristiano al fin. ¿No, gringo?

Los gemelos aferraron el pomo de sus sables, la vaina de hierro florecida de moho en la depresión de la curva. El gaucho Larra expectoró y escupió a tierra. Hecho esto, ensalivó sus palmas con un escupo fresco y las friccionó enérgicamente. Se pasó la bola de tabaco de una corrida de muelas a otra. Se dirigió a Wilde arrastrando las espuelas.

—¿Es usted un hombre justo?

—¿A qué se refiere? —replicó Wilde.

—¿Puede confesar al pobre diablo? —insistió Larra.

Minutos vacíos. El gaucho Larra dio un rodeo y se plantó justo detrás del capitán, lo tiró del pelo obligándolo a enseñar la garganta. Los gemelos intercambiaron una mueca impaciente.

—¿Y si no lo hago? —preguntó Wilde.

—Quedará en su conciencia —contestó Larra.

—Se lo ruego —intervino el capitán.

Wilde accedió a regañadientes. Descabalgó y se aproximó al grupo.

El gaucho levantó al tipo como si fuese un títere.

Este continuaba maniatado. Paradójicamente, el tierno capitán aún conservaba su revólver en la cartuchera. Una Colt del 44, adquirida entre los saldos de la guerra americana contrabandeados en el puerto de Buenos Ayres. Larra apresó el mango del revólver. Extrajo barril y cañón con un movimiento limpio, desdeñoso. Extendió el arma a Wilde.

—Es mejor que usted tenga esto.

Wilde titubeó, pensó desistir, luego aceptó receloso.

El arma era un talismán. Una llave que abría y condenaba puertas. Una virtualidad irónicamente sólida y tangible. Bastaría una audaz percusión del gatillo, y alguien rodaría por la tierra. Cuestión de hacer blanco y adiós. El devorador, secreto abismo.

Wilde permanecía a solas con el joven capitán, quien se obstinaba en alargar un inútil prelude. El oficial lucía descompuesto. Tragó saliva, forcejeó contra la atadura que ligaba ambas muñecas. Todo en vano.

Intentó una sonrisa.

—Desprecian a los hombres que llevan armas de fuego —aludió con un balbuceo a sus antiguos subalternos, quienes se habían apartado para echar una ocasional partida de naipes—. Jamás matarían a alguien de esa forma. Con un simple tiro. Es algo que ofendería su sentido de la elegancia —añadió con una nota de sarcasmo que pronto se volvió contra él. Empezó a temblar, su bragueta se mojaba incontinentemente—. Pues bien, no tengo mucho que confesar. No a usted, por lo menos... ¡Sería darle un problema adicional! Inmiscuirse en la conciencia de otro hombre, ¡y para colmo en uno que pronto va a expirar! Ahora, ya entre caballeros, aunque admito que usted también arriesgaría el pescuezo por el atrevimiento, en fin... Si tan solo pudiera desatarme.

Wilde bajó la vista.

—Por favor...

El oficial comenzó a cagarse encima.

—Seguro me matarían si contribuyo a su escape —replicó Wilde—. ¿No desea que participe de su muerte a algún familiar? En unos días estaré en Buenos Ayres.

No hubo respuesta.

Minutos después, Wilde trepaba nuevamente a su montura, no sin antes haber abandonado la Colt del 44. No miró atrás, conque soslayó sabiamente la escena del

ajusticiamiento. El gaucho Larra se había aproximado al excapitán y luego seccionado su carótida. El gesto fue grave, inclemente, expeditivo. Se abrió un surtidor en el pescuezo del capitán, un enloquecido sifón que roció a su ejecutor de arriba abajo. Las heces chorreaban por debajo de los dobladillos del pantalón de montar.

XVI

La luz canicular le hería los ojos. Haciendo un esfuerzo adicional, divisó un caserío en mitad del páramo amarillo. Un penacho de humo coronaba la chabola, cuatro muros de adobe protegiendo una penumbra viciada. Desde lejos se oían los tañidos de un martillo, descargado vigorosamente sobre lo que debía ser un yunque.

Una vez cerca de la forja, surgió a través de una nube de vapor el herrero en persona. El ruido era tan intenso que Wilde debió poner las manos en bocina y llamar con voz estentórea. Como el herrero no respondiese, el jinete desmontó y se acercó a pie. El martillo no descansaba.

Un braguero ceñido a la cadera, con pesos de balanza, entorpecía las maniobras del herrero, quien se percató de la existencia del jinete emitiendo un bufido seco y admonitorio. Paró de trabajar, no sin antes remojar una herradura caliente en un barril lleno de agua. Hecho esto, permaneció en vilo por unos minutos, fregándose los dedos con un trapo. Wilde se quitó el *bowler* y penetró, cabizbajo, en el ambiente.

La yegua castaña aguardaba en el exterior, olisqueando una mata de amarantos o yuyos colorados. Los hombres intercambiaron un saludo. El herrero se alisó el mandil de cuero, notando que el forastero traía el costado herido, la camisa tiesa de un pringue escarlata. Se hizo a un lado y ofreció una silla al peregrino. Las tenazas de boca de lobo yacían aspadas sobre el yunque de cola.

—¿En qué puedo ayudar, amigo? —preguntó el herrero. Wilde apuntó con un brazo hacia la fragua.

—Necesito herrar a la yegua —dijo y se giró la cabeza atrás, arrebuñado entre las solapas, parándose junto al barril de agua.

El herrero sacó una petaca de aguardiente y apuró un trago. Se limpió la barba cerrada con el dorso de un puño. Tenía un parche en el ojo derecho, al parecer una convención típica del oficio, detalle que le otorgaba un misterio gratuito. La tobera zumbaba con la afluencia de aire fresco.

—Veamos, entonces.

El patrón de la forja dio unos pasos adelante y luego salió con Wilde para echar un vistazo a su cabalgadura. Extendió la petaca a este mientras inspeccionaba las patas de la yegua. Wilde bebió del gollete: una corriente de calor bajó por su garganta.

—Traiga acá una silla, amigo —el herrero ordenó.

La silla pesaba como un ancla, el respaldo remachado con grandes cabezas de clavo. El herrero se sentó frente a las ancas de la yegua, y cogió una pierna a la altura de la cerneja. Empuñó un alicate para extraer la herradura vieja, y después limpió la ranilla con un cuchillo. Intercaló una pausa en su labor, y se cambió el parche del lado derecho al izquierdo, ambos ojos en perfecto estado. La maniobra suscitó en Wilde un irónico pujo de risa.

Wilde devolvió la petaca al patrón de la forja.

—Gracias —dijo y ahogó un quejido.

A continuación se acuclilló y rozó unas espigas de maleza posando encima la palma de su mano. Fue una gravitación suave, hipnótica. Dejó de hacerlo y revirtió entonces a la auscultación de la cajita de música. Sacó el artefacto y lo elevó a la altura del ala de su sombrero. El herrero cesó de raspar la pezuña y torció la cabeza hacia la fuente del sonido.

Llamó la atención de Wilde con un carraspeo.

—¿De dónde ha sacado la cajita de música?

—¿Conocía a sus dueños? —Wilde sonsacó.

—Arreglé hace tiempo el resorte del aparato —explicó—. ¿Está usted relacionado con la familia? Eran irlandeses, o eso creo. Mantenían mil cabezas de ovinos. La hija menor del matrimonio se había obsesionado con ese juguete.

Wilde esperó a que la melodía se agotara por sí sola.

—No conocí a esa familia —se excusó—. En realidad, dudo que alguien de ella quede vivo. Pasé por el lugar hace poco. Solo hay escombros ahora. Sospecho que los desertores de Monte Caseros atracaron y desvalijaron la finca, prendiéndole fuego al partir —Wilde añadió con un tono conjetural—. ¿Cómo era esa niña, la dueña del juguete musical?

El herrero escupió a un lado y reanudó su tarea.

—Sorda —dijo y después se calló por unos minutos—. Supongo que solo sentía la vibración de la cajita. Un hormigueo sobre la piel.

XVII

Hizo las últimas millas a pie, la albarda pesando sobre el hombro derecho, las espuelas cascabeleando sordamente. Anduvo con una marcha penosa y reacia: cada paso resultaba de un esfuerzo de concentración y voluntad. La yegua iba sin jinete, un cuerpo atrás, el vientre globoso y maduro.

Wilde llegó a la ciudad avanzada la noche, la herida del costado encostrada con algo que parecía el caparazón de un enorme escarabajo. De un momento a otro, pisaba sobre un pavimento de losas y dejaba atrás la tierra blanda y negra, el fértil

cinturón de explotaciones agrícolas alrededor de Buenos Ayres.

Los cascos chacoloteaban sobre el plano de piedra. Él y su montura progresaron a través de una larga calle. En el extremo opuesto vibraba un punto de luz, cada vez menos lejano. Hacía luna nueva, y la oscuridad era una membrana tibia y ciega, apenas redimida por la existencia de aquella chispa movediza. La yegua resopló y cabeceó inquieta ante la proximidad del extraño.

La figura se materializó al cabo de poco.

—Buenas, caballero —dijo la voz, proyectando un aliento corrompido, senil.

El tipo izó un farol de aceite hasta el rostro de Wilde, iluminándolo desde abajo. El candil arrojaba un resplandor azufroso. La yegua refrenó con una finta amortiguada y torció las orejas. El individuo interrogó a Wilde con una mirada frígida y delirante. Un rostro sin edad, el pellejo flácido cosido a un poliedro irregular y prognático, con grandes rebordes óseos sobre las cejas.

Aunque ya era medianoche, hacía un calor viscoso.

—Buenas —Wilde respondió—. Busco donde alojar.

El sereno enfocó con su farol hacia la yegua.

—¿Viene usted desde lejos? —preguntó mientras los ojos del animal escapaban a la luz. Luego dirigió el haz por sobre la barriga de la cabalgadura—. Esa yegua va a parir.

Wilde asintió, se tocó la garganta y desanudó su pañuelo.

—¿Sabe de alguna caballeriza donde pueda dejarla?

El sereno se sobó la calva con un ademán reflexivo.

—Sígame usted. Conozco a alguien que tiene una cuadra. Tal vez haya una pesebrera para su yegua.

Ganaron un par de esquinas y luego doblaron por una calle flanqueada por caserones pintados de rojo. El sereno hizo un pausa y se pasó el farol de un puño a otro, parándose frente a una de las fachadas.

—Ya llegamos.

Aporreó un portalón, sin duda perteneciente a la cochera de una próspera casa de familia. Salió a abrir un criado vestido con una librea sudada, la cara puntiaguda asomándose por un resquicio protector. El sereno sacudió su cadena como para anunciarse, pretendiendo que el campanileo de los eslabones hicieran el efecto de una *carte de visite*.

—¿Y ustedes qué quieren?

El sereno explicó la situación, señalando intermitente hacia Wilde, como si su presencia constituyese una especie de garantía. Wilde se quitó el *bowler* y tiró del cabestro de la yegua. Esta se acercó y resopló, el morro suspendido por sobre el hombro de su dueño. Una orla de baba blanquea los belfos.

—Vamos, adelante.

El lacayo se echó atrás y entornó la hoja derecha del portalón. Wilde entró con la yegua mientras el vigilante del farol reanudaba su circuito por las calles vacías,

balanceando el candil a modo de adiós. El criado a cargo de la cuadra se aventuró en un patio de macadán y después en otro, seguido de cerca por el extranjero.

Se detuvieron.

—¿Hace mucho que está en el país?

—Par de meses —Wilde calculó, ahorrándose la cifra exacta.

Se quedaron esperando en el umbral de la caballeriza. El edificio era un cubo estrecho, tapizado de heno podrido y con un ala dividida en tres o cuatro pesebres. Los caballos residentes, vendados con negras antiparras, tabletearon nerviosos dentro de las casetas. El lugar estaba en penumbras.

—Pague lo que pueda —dijo el caballerizo—. Y venga aquí mañana por la mañana.

—También busco un sitio donde alojar. ¿Sabe de algo?

—Hay una pensión tres calles arriba.

La frase no había terminado de disolverse en la atmósfera pegajosa cuando una masa de líquido reventó en el suelo. Se formó un instantáneo charco a los pies de los hombres. El flujo tenía una consistencia serosa, con grumos de una gelatina traslúcida en la superficie. Wilde trepidó y miró atrás. Comprendió lo que sucedía. Hurgó en uno de las faltriqueras de la albarda y remuneró al caballerizo.

—Cuídela —dijo y le entregó dos monedas de plata criolla.

La yegua acababa de romper aguas.

XVIII

Estaba inquieta. Pateó, sudó, cambió de posición, miró a sus costados. Se echó y se paró y volvió a echarse. Los zumos previos al parto habían impregnado el heno fresco. Se orinó encima otra vez, y después se escoró con los cuatro remos de un lado. Sofocó un relincho y derrumbó la cabeza con una amortiguada torsión. Debía tratarse de una primeriza.

Tras haber estabulado a la parturienta, el hombre palpó una de las monedas, resbalando su pulgar sobre el relieve del disco. Hacía poco que había esparcido paja y viruta limpia en la cuadra, dejando el rincón más húmedo y mullido para la yegua del gringo. No había luz allí dentro, de modo que el sujeto se limitaba a escuchar los angustiosos escarceos de la potranca tuerta, el glaucoma convertido en una cápsula plomiza.

La yegua había alborotado a los otros caballos, y parecía protestar por la persistencia del criado dentro de la cuadra, dedicándole unos broncos chillidos. El hombre salió de la caballeriza y cerró por fuera. Media hora después hubo un segundo flujo, esta vez mucho más voluminoso que el primero.

A continuación el animal vació el vientre y revoleó la cola pringada de materia.

Comenzaba a jadear y revolcarse, estirándose atrás y adelante. Contrajo el abdomen, y los labios de la matriz se dilataron repentinamente.

Una bolsa blanca apareció entre las ancas rígidas y nerviosas. La envoltura se rompió enseguida. Se siguieron nuevas contracciones. El potrillo era un capullo lustroso y terso, un bloque compacto. Emergió de cabeza, las extremidades anteriores unidas como si se zambullera en el exterior. El útero dejó de emitir los líquidos de costumbre, y entonces se produjo una lenta hemorragia: esputos color de brea navegaban sobre el pozo en que se había convertido el parto.

Echado a un palmo de su madre, el bulto vivo se removi6 y desencogió unos zancos largos y quebradizos, flexionándolos con un espasmo exploratorio. La yegua se aproximó para lamer a su cría. El cord6n umbilical descansaba sobre un lecho de heno mojado. El recién nacido se arrastró y orientó en la oscuridad hasta pegar el morro a una ubre.

La madre continuó sangrando hasta el alba.

XIX

Wilde despertó a eso de las siete, un sol brumoso infiltrándose por la ventana sucia. Había dormido desnudo sobre una colcha bordada. Sintió que alguien remontaba la escalera, los peldaños gimiendo rítmicamente. La crujidera terminó cuando el pomo de su puerta se torció a la izquierda. Se apresuró en cubrirse con un fald6n de sábana.

Una sirvienta indígena entró sin saludar, cabizbaja, el pelo recogido en una única trenza del grosor de una soga de velero. Traía una jofaina y una jarra de porcelana llena de agua, además de una pastilla de jab6n. Depositó el ajuar de limpieza sobre el tablero de una consola, y regresó sobre sus pisadas, evadiéndose cohibida, la tez morena arrasada de rubor.

De nuevo a solas, Wilde se sentó sobre la cama y permaneció como ausente. Convalecía de dos largos meses de vida n6made, período en que había barrido un área diez veces superior a la de Irlanda, atravesando treinta grados de latitud de un punto a otro, desde los últimos parajes de la Patagonia hasta la línea de Capricornio. Le apeteció liar un cigarrillo, pero no llevaba tabaco ni papel. Blasfemó en silencio.

Inmóvil después de mucho, recordó la cura de abstinencia ocurrida en la choza de la sahumadora. Todo fue un continuo perderse y recobrase: vivir por primera vez el dolor de todas aquellas muertes, sus muertes, las muertes del hambre, las que había eludido hasta entonces a semejanza de un hábil sonámbulo. Cierto, llevaba demasiado tiempo aprovechando los pobres consuelos del opio, y en alg6n instante debía prescindir de la droga. Pero tal vez el momento llegó demasiado pronto.

Una purga, una larga noche catártica. Se tocó el costur6n en el pecho, vestigio de

la fantasmal operación. Rio al considerar la supuesta existencia del injerto coronario, y sin embargo ¿no había visto la víscera bombeando ante sus ojos? Sufría la resaca del láudano, tan simple como eso. De ahí las alucinaciones. Demasiado tiempo con la sustancia, y luego adiós, nada, ni una gota: ¿no era obvio que habría consecuencias?

Miró su equipaje, varado junto a las patas de la consola de espejo. La albarda con su doble faltriquera. El maletín de doctor con la cámara fotográfica dentro. Caló hondo, chasqueó la lengua y se limpió los intersticios de un canino con la uña del pulgar. Luego se palpó la barba. Una fronda de virutas. Necesitaba afeitarse. Debía de tener una navaja de rasurar en alguna parte, se dijo, y entonces se levantó e inspeccionó sus alforjas.

Se hizo con la navaja al cabo de poco. Se paró frente al espejo de la consola y se jabonó la barba rojiza. Extendió la hoja, el filo medio embotado pero aun así útil. Raspó los pómulos, las mejillas, el cuello. Limpiaba la navaja a cada tanto, sacudiéndola dentro de la jofaina con agua. Un detrito de espuma y pelo muerto.

Estudió su imagen. El azogue del cristal se había desvaído y un aura lacunosa ocupaba el centro del espejo. Wilde se reflejó pacientemente. Creía haber envejecido, penetrado en una edad sin esperanza. Por un momento se sintió víctima de un presente absoluto, sin pasado ni futuro. Solo había esa actualidad angustiosa, cada gesto neutralizado por su propia consumación. Guardó la navaja y se quedó viendo la cicatriz sobre la tetilla derecha.

Se separó del espejo y fue hasta su equipaje. Sacó la cámara de fotos, ignorando si la haría funcionar satisfactoriamente. De las doce placas de cristal que trajo a Buenos Ayres en un principio, ahora solo quedaba una. Por fortuna, tenía aún unas cuantas onzas de colodión y otras de nitrato de plata. Se sentó sobre la cama y procedió a realizar la mezcla. Se entretuvo con los preparativos por espacio de una hora. Suspendió la tarea tan pronto oyó crujir la escalera de la pensión.

La sirvienta entró con el desayuno. No acababa de depositar la bandeja sobre la cubierta de la consola cuando Wilde se apresuró en entregarle un recado para el sastre, un cierto Miradet, catalán pálido y bajito, con grandes quevedos que resbalan crónicamente de una nariz de gancho. La sastrería de Miradet estaba a unas calles de la pensión, así que la sirvienta no debería demorar sino unos pocos minutos. Wilde le anticipó la propina, y envió con ella el recibo.

—Dos trajes enteros y dos mudas de camisa —especificó.

Antes de partir, Wilde se tomó la libertad de dejar la pistola italiana sobre el mármol de la consola. Adjuntó una nota con las señas del *chevalier* De Angelis, pero consideró que la Quinta de Palermo tendría otros inquilinos cuando el encargo llegara finalmente a destino. Pese a todo, deslizó el mensaje bajo el mango del arma. Deseaba comunicar a su enlace, si es que podía calificar así al *chevalier*, su último, y único, reporte del viaje, además de una misiva suplementaria en la que incluía la foto del cacique y otros detalles más o menos instructivos.

XX

Acudió a lo de mister Strawman a eso de las doce, temiendo que el representante de la Banca Baring hubiera salido a comer, y que la *séance* fotográfica sufriese, necesariamente, una indeseable postergación. Lo recibió el secretario de Strawman, un individuo joven, del tipo defensivo y adulador, vestido con un inverosímil traje color mostaza. Sin duda también era un súbdito de la corona, y lo bastante reciente en el Río de la Plata como para tener un acento errático y patoso.

Abandonó el español y se dirigió a Wilde directamente en inglés.

—Un compatriota —resumió—. ¿Viene por la fotografía de mister Strawman?

El secretario enredó el meñique en la leontina de un reloj invisible, y desvió una cruel ojeada sobre los zapatos del fotógrafo: su estado hacía pensar en una penosa peregrinación ofreciendo retratos de puerta a puerta. Fingió apiadarse.

Wilde se limitó a seguir la corriente.

—Una cita informal —dijo—. Podría esperar aquí.

—¿Afuera? Oh, en absoluto. No entre ingleses. Bien, adelante —dijo el secretario—. ¿No nos hemos presentado, verdad?

Wilde sonrió, pronunció su nombre como si ya no le perteneciera, y se quitó el sombrero con ademán sentencioso, aventurándose por una galería atiborrada con pinturas ecuestres. El secretario se creyó en la obligación de explicar el gusto de Strawman por los cuadros al óleo con caballos montados por cazadores de zorro o jinetes del Derby.

—Hipofilia, apostaría a que así se llama. Tiene su propia cuadra acá en Buenos Ayres. En fin, se llevará una sorpresa cuando conozca a mister Strawman. Es todo un carácter. No es el simple hombre de negocios, ya lo verá por usted mismo. En realidad es más bien un artista. En todo caso un *connoisseur*.

Entornó una puerta de doble hoja, la que se abría a un vestíbulo claustrofóbico. Macizos de heléchos erguían verdes penachos del tamaño de un hombre. Aves embalsamadas, suspendidas en absurdas poses heráldicas, ocupan el tercio superior del muro.

—El fotógrafo, señor.

Strawman en persona presidía la estancia, agitando una copa balón con un poso de jerez, el cuerpo saludable y recio apoltronado en un sillón. Tenía un profuso mostacho blanco, manchado con el amarillo del licor, el mentón dividido en dos lóbulos cuadrados con las dimensiones de terrones de azúcar. Escudriñó a Wilde con agresiva familiaridad.

—Wilde, ¿hmmm?

Despidió a su secretario con un chasquido de dedos.

—Déjenos, mister Quibble. Y cierre cuando salga.

El secretario obedeció con un remilgo.

—Ponte cómodo, muchacho —dijo Strawman—. ¿Traes todo allí?

Wilde asintió mientras sacaba su cámara y la única placa negativa. Insertó la lámina emulsionada en un nicho transversal de la cámara de fotos, cuyo estado hacía presagiar un funcionamiento imperfecto o tal vez nulo. Puso el aparato sobre una mesita de mármol, ubicándola en una altura y dirección idóneas, y después enfocó el cilindro del lente hacia Strawman. Las ventanas permanecían tapadas.

Strawman se levantó. Traje de campaña caqui, largas botas de equitador.

—Es la primera vez que me hago tomar una fotografía —dijo y se colocó por delante de un drapeado de terciopelo. La cortina formaba escultóricos pliegues al caer.

Wilde titubeó y se separó súbitamente de la cámara.

—Necesitaremos más luz —dijo.

—Naturalmente —Strawman aprobó—. Bastará abrir las ventanas —indicó con un mohín del bigote, mientras agarraba la borla de flecos que pendía desde la cenefa de la cortina. Wilde se aproximó a las ventanas e hizo entrar en el despacho un ofuscante chorro de luz. Strawman hizo visera con una palma con tal de hurtarse al resplandor de la mañana.

—Pero qué modales —Strawman protestó parpadeando—. No te he ofrecido una copa de jerez, ¿eh, muchacho? Ese acento tuyo, ya sabes, no logro identificarlo muy bien. Escocés o irlandés, no acierto a distinguirlo. Tuve buenos amigos irlandeses en India. Creo que fue allí, por demás, donde me enamoré de los caballos. Me aficioné al polo, al desierto, a la caza. En fin, muchacho. La vida al aire libre es algo que recomiendo. Resulta —suspiró y se concedió una pausa dramática— vigorizante.

Strawman se acercó a una licorera y arregló un copa balón para Wilde.

—Gracias —dijo Wilde.

El hombre de negocios sonrió. Exhortó a Wilde esgrimiendo un dedo.

—Mi agente, el señor Bishop, habló muy bien de ti, muchacho. ¿Te envió Rosas con las tribus del desierto? Ahora que él ha caído no tiene mucho sentido que guardes confidencialidad al respecto, sobre todo considerando la triste, escandalosa defección del propio Rosas, embarcándose a hurtadillas en una fragata inglesa, el *Centaur*, sin dar una última pelea a sus enemigos —Strawman afirmó y luego rezongó paladeando el jerez, para entonces cambiar de tema—. Un caso divertido este Philip Bishop, por otra parte. Conocí a nuestro actual *intelligencer* por la década del 1840 en la City, y después acá en el Río de la Plata, cuando todavía no se había convertido en el excelente rastreador que es hoy, un auténtico salvaje, todo olfato, todo nervio. Un hombre de la estepa. En cambio tipos como el señor Quibble, mi secretario... ¡Oh, Dios nos libre de su constante incordio! Sufre de hemorroides, ¡el pobre diablo! Tanto tiempo sentado, empollando sus números en el libro de cuentas de la compañía. Tipos como nosotros debiéramos destripar a ese canalla y hacernos guantes con su pellejo blando y anémico.

El inglés rodeó los muebles de la sala, las botas crujiendo acompasadas. Se detuvo ante un busto de caballo en alabastro, emplazado sobre una mesita de caoba.

En el tablero había, además del busto decorativo, un libro de tapas enteladas azules. Strawman lo tomó y hojeó.

—Realmente envidio a Bishop —dijo con un pujo de nostalgia—. Y a ti también, muchacho. Si fuese más joven, iría con vosotros al descampado, expedicionaría a marchas forzadas hasta los confines de la estepa. También he estado tierra adentro, debo confesar, aunque ya casi lo he olvidado todo. La tierra eternamente plana como una mesa de billar. Sin hitos, sin trastornos del paisaje, sin montañas. Todo igual a sí mismo. ¿No te daba náuseas el monótono espectáculo?

—A menudo —Wilde concedió con un balbuceo—. Buena parte del viaje con las tribus la hice medio borracho.

—¡Borracho! Brindo por eso. Aun así, seguro te percastaste que los cacharros y telas que emplean los indios los fabricamos nosotros. Pero el negocio no está allí, en verdad —Strawman admitió tras apurar un sorbo.

Se interrumpió y señaló hacia la cámara.

—¿Está lista ya tu maravillosa caja negra?

—Casi —dijo Wilde—. La exposición del químico llevará algo de tiempo —advirtió—. ¿Lo haremos aquí? Tendrá que permanecer quieto por unos cuantos minutos.

—No hay problema. ¿Otra copa antes de ser inmortalizado?

Strawman sirvió dos nuevas raciones de jerez. Una mancha de luz cruzaba poco a poco el interior poblado de helechos y pájaros disecados. El hombre de negocios proyectó una lánguida mirada hacia sus trofeos.

—No siempre fui banquero, ¿sabes? De hecho, es un trabajo que desprecio. Me veo a mí mismo como un soldado del Imperio, cuestión que también me hace gracia, pues no guardo ningún aprecio por las minucias domésticas de la vida inglesa, toda esa pastoral de pequeños propietarios y señoras con polisón y aro para bordar. El Imperio es, naturalmente, el fin épico, el apocalipsis de la clase media. El Imperio termina destruyendo lo que buscaron esas gentes prósperas y acumulativas. El Imperio no lleva la civilización y el comercio a las últimas playas, sino que trae el terror de las orillas a casa. El Imperio es un clímax, muchacho. Está allí solo para desmoronarse.

Wilde bebió su jerez con un trago resuelto y expeditivo.

—Irlandés —dijo—. El acento y todo lo demás.

—Lo sé —Strawman murmuró—. Ya me había dado cuenta de eso. Mister Bishop mencionó que también eras médico. Bueno, jamás me operaría contigo sabiendo el mal rato que hemos hecho pasar a los comedores de papas, nuestros lotófagos irlandeses. No pretendo ser sarcástico, por supuesto —dijo y sacudió el polvo del libro azul, golpeándolo contra la cubierta de caoba—. ¿Has leído algo últimamente, muchacho? He aquí el *Tratado sobre los caballos* de Jenofonte, una lata memorable, aunque con pasajes interesantes para un *turfman* como yo. ¿Puedo hacerte una pregunta, Wilde?

—Solo cobraré por la fotografía. La conversación es gratis.

—Tienes sentido del humor —Strawman dijo y lanzó el libro a Wilde para probar sus reflejos—. Muy bien, muchacho. Ahora dime. ¿Has estado realmente enamorado? Me refiero al oscuro delirio de querer a otro para siempre, incluso de desearlo muerto para que así no escape, de desear morir uno mismo para castigar su partida. Es un sentimiento extraño.

—Puedo comprenderlo.

—¿Cómo retenemos a quien nos abandona? Una fotografía no basta —Strawman confesó pesimista—. Mister Bishop me contó de tus retratos de cadáveres, si permites que aluda al asunto ahorrándome los eufemismos. Tan pronto supe tal noticia (tenemos un sistema de jinetes de postas para hacer el correo: se trasladan a mataballo de un punto a otro, como antes los Rothschild tenían palomas mensajeras), pensé que sería interesante hacerme fotografiar en una de esas placas de colodión. Desde luego, no seré tan buen modelo como tus muertos irlandeses —Strawman concluyó con una especie de ternura, no sin antes acariciar la cresta de la pieza de alabastro, el relieve tallado de una crin—. No, una fotografía no basta.

—Nada es suficiente cuando se ha perdido todo.

El banquero se giró y midió un paso lento y marcial. Negó con una palma y después chistó sus dedos. Apuntó con sus labios hacia la cortina de atrás.

—Gracias por el oráculo, muchacho. Pero ya he hallado con qué consolarme. Te mostraré —dijo y se aproximó nuevamente a la borla que colgaba desde lo alto de la cortina—. Seguro te reirás, pero resulta una forma de expiación. He embalsamado a quien más amé en mi vida.

XXI

Desde las mamas pendía una secreción espesa y cristalina. La madre expulsó las parias al cabo de una hora, contoneándose exánime, la vulva inflamada y suelta. El potrillo succionaba como una sanguijuela las ubres congestionadas, el hocico anegado de calostro.

Entonces se revolcó mordiendo las tetillas, y se quedó forcejeando contra las piernas de la parturienta. Simultáneamente, la yegua eliminó el meconio evacuando una pasta fétida y grumosa. Se relamió y volvió a patear, todavía echada sobre la paja. Ejecutó una finta rechazando la insistencia del recién nacido.

Este se levantó a empellones, parándose sobre unas patas de palillo. Se estabilizó penosamente, los cascos blandos y torpes, los corvejones temblando. Acertó a dar unos cuantos pasos, se derrumbó y tornó a levantarse.

En ese instante, la yegua pareció espantarse. Se reacomodó sobre la paja encharcada y pateó en el aire, botando una amalgama de mucosa y sangre a través de

las piernas. El ambiente se cargó de un hedor de amoníaco. Su ojo sano se veló poco a poco.

Entre el conjunto de materia, la hembra había expelido también el útero, una especie de calamar traslúcido e inerte. El órgano flotante fue a empozarse junto al resto de los humores, acompañado de un continuo drenaje de sangre.

La yegua tumbó la cabeza para no volverla a mover.

La pupila clavada en una imagen anterior. Las arterias vaciadas. El pulso anémico, luego inexistente. El potrillo apenas se tenía en pie, y avanzaba trastabillando. Ahogó un relincho y se aproximó para husmear el vientre del cadáver.

XXII

Tiró de la borla y las cortinas se abrieron con un gimoteante chirrido. La colgadura había estado ocultando un caballo auténtico, de un blanco cremoso, con canicas de cristal en lugar de ojos, la crin y la cola peinadas y trenzadas, aparejado sobriamente.

Su dueño palmoteo las ancas inertes.

—Está relleno de estopa y arena —dijo Strawman—. ¡Noble animal! Estuvimos juntos en India y después en el norte de Persia. Tiene un nombre sánscrito, sin duda todo un augurio: Gandarva.

La pose del ejemplar era un tanto ridícula por estática, los cuatro cascos virtualmente clavados al piso. Junto al prodigio de taxidermia había un escabel de tres peldaños orientado de modo que facilitara subir y poner pie en el estribo. El dueño de Gandarva se volvió hacia Wilde y le dirigió una mirada casi neutra.

—Será una fotografía de tema ecuestre.

Wilde no censuró la decisión.

—No tengo inconveniente —dijo y observó a su anfitrión trepar al escabel y montar el caballo momificado, acomodándose a horcajadas sobre aquel extraño monstruo de carrusel.

—Como te decía antes, muchacho —Strawman reanudó la plática, volviéndola a tomar en una de sus frustradas circunvoluciones, mientras descansaba sus nalgas en las alas de la silla—. La ganancia no está en vender quincalla y yardas de paño inglés a indios o criollos. El negocio es algo más sutil. Lo que hacemos es drenar el metálico al cambiarlo por nuestros productos, en general más baratos, y provocar así una mayor demanda de moneda entre los locales. Moneda que luego prestamos en forma de crédito descontable en nuestros comercios. Aunque hablar de crédito es aquí un exceso de realismo, pues se trata de algo mucho más etéreo, más incorpóreo, pero a la vez más vinculante.

Wilde afinó los últimos preparativos de la toma.

—¿Puede mirar acá, abajo? La luz le embota la cara.

Hizo un aparte para cerrar una de las ventanas.

—El crédito —Strawman continuó— son los números del señor Quibble: solo están respaldados por la tinta. Pero es una tinta muy especial. Si tienes moneda, compras donde quieras, y asunto cerrado. En cambio el crédito te liga exclusivamente a tu acreedor. Es curioso considerarlo así, pero el origen de la esclavitud no es la guerra, sino la deuda.

—Quieto, por favor.

—Pues bien —Strawman murmuró procurando no mover los labios, circunscribiendo el entorno de la boca a una mínima tarea muscular—. Ya sabrás la historia del millón de libras prestado por la Casa Baring al gobierno argentino, ¿correcto? Del millón solo prestamos dos mil libras en metálico efectivo, la mitad la descontamos por servicios de intermediación, y el resto lo volvimos a poner en nuestras arcas a tres por ciento anual, mientras Baring cobraba el doble de interés por el millón primitivo. Hasta los Rothschild se asustaron ante tal esquema —masculló como amordazado—. Pero incluso la usura tiene sus héroes. Sus pioneros.

El lapso de exposición química avanzaba por su cuenta. Wilde abandonó la cámara y rodeó la periferia del modelo, evitando ponerse en medio del objetivo. Se acercó y esperó a un lado, hojeando el libro azul. El inmóvil jinete hacía un espectáculo a la vez siniestro e infantil.

—Lo insólito del caso es que no hay nadie a quien culpar. No somos vulgares corruptores. En general son los hombres de Estado quienes vienen a nosotros —Strawman comentó en sordina—. Como yo lo veo, sin embargo, la deuda es el embrión de un buen gobierno. Si un gobierno nos debe, exprime a sus ciudadanos con impuestos para a su vez pagarnos, y los ciudadanos exigen derechos por sus impuestos: puentes, escuelas, fragatas de guerra. Cinismos aparte, eso se parece bastante a una democracia, ¿no es verdad? La deuda es el bautismo del progreso. Su misterio de iniciación.

La mancha de luz progresaba describiendo una diagonal a través del cuarto. Su origen, Wilde pensó, podría deberse a un haz de sol refractado contra una veleta o una cúpula de iglesia. Al poco andar, el reverbero se posó vagamente sobre la grupa del caballo muerto, y luego reptó hasta la silla del jinete.

Strawman arriscó la nariz sin emplear las manos, como si espantase un estornudo o un bostezo. Atisbó de soslayo hacia Wilde, y vio que el irlandés seguía hojeando el libro. Fingiendo no interesarse, se limitó a sostener las riendas con aire de estatua de plaza pública.

Suspiró por la nariz.

—Jenofonte, naturalmente. ¿No es el mismo griego que se vendió a uno de los reyes de Persia?

Wilde asintió.

—Eso creo —dijo como escupiendo.

Strawman pareció complacido.

—Bien, muchacho —anunció impaciente—. Podrías seguir trabajando para nosotros ahora que tu antiguo empleador ha desertado. Harías algo parecido a lo que hace mister Bishop, con la dosis de exotismo que consideres propicia. Incluso esa máquina tuya podría eventualmente ser de ayuda. Necesitamos oídos y ojos.

No había terminado de hablar cuando Wilde se abrió la chaqueta y allegó una mano hasta sus costillas, buscando un tacto agudo y familiar. La mancha de luz flotaba en ese momento sobre la mirada de Strawman, velando su visión al punto de impedirle discernir lo que sucedía a cosa de un palmo. El intruso aprovechó entonces de desenfundar el machete y añadir otro resplandor. Lanzó el libro con un voleo hasta las manos de Strawman, rindiendo una última cortesía, como si eso bastara para poner al jinete en guardia.

El primer corte cayó sobre el empeine de la bota, abriendo un surco que pronto se llenó de sangre. Otro machetazo cortó las correas de la silla, dando inmediatamente con Strawman en el suelo, para después penetrar con fluidez en un flanco del caballo. Un reguero de arena surgió desde la herida, como si Gandarva comenzara a vaciarse igual que una clepsidra averiada.

Ya en el piso, Strawman se arrastraba desmadejado, sin acertar a responder a la embestida. Gateó bajo la sombra del caballo, colocando la cabeza bajo la granulosa lluvia. El mostacho immaculado viró de súbito al rojo, a medida que nuevos golpes seguían cayendo contra nuca y espalda. Wilde mismo se sorprendió de que todo fuese tan fácil. Sin gritos ni manoteos de resistencia. Solo esa beatitud silenciosa, resignada y fatalmente senil.

XXIII

El caballerizo regresó a la cuadra a eso de las ocho, avisado por las campanas de una iglesia vecina. Tan pronto penetró en el ámbito acre y vaporoso se percató de la vitalidad del potrillo, pivoteando sobre unas zancas fragilísimas. Los demás caballos bufaban y piafaban en sus pesebres, tapados con gualdrapas y antiparras.

El empleado se acercó al montón de paja en que yacía la yegua del gringo. El morro estaba espeso de baba y el único ojo ya no lo reflejaba: era un disco vacío, empañado con una nube gris. Alrededor había una balsa de humores y heces, un enjambre de mosquitos zumbando de un lado a otro. Tocó el cuerpo con la punta del pie. Ninguna reacción.

El huérfano lucía saludable, un manto de pelaje alazán manchado de blanco en la frente y las cañas. Dio unos pasos y luego se echó, moviendo las orejas con curiosidad. Otra persona entró en la caballeriza. Una jovencita con aire formal, la cofia almidonada ocultando un moño rubio y tenso. Su aspecto era el convencional,

excepto por unas botas de hombre y una fusta de cuero trenzado.

La joven equitadora se aproximó al potrillo y se arrodilló junto a él.

—¿Y la madre? —preguntó al lacayo de la cuadra.

—Muerta, señorita.

—Hay que sacar el cadáver y enterrarlo en una fosa de cal.

—Así se hará —el hombre respondió—. El dueño no ha venido.

—Mejor. Nos quedaremos con el potrillo.

—Salió manchado. Será de buena suerte.

Se miraron entre sí. Hubo una pausa de alarma. Gritos desde el exterior, bastonazos contra el portalón de la cuadra. La joven se reincorporó y salió con un fragor de tacones. Ella misma abrió las pesadas hojas de roble. Empuñó la fusta mientras del otro lado se dibujaba el rostro congestionado del secretario de papá.

—¡Quibble! ¿Usted aquí?

Quibble gesticuló sin acertar a explicar lo que había sucedido con mister Strawman. Mencionó eventos aislados, inconexos. La escenificación de la fotografía. El libro robado por el agresor. La ventanilla abierta y llena de sol. La arena vaciada alrededor del bulto acuchillado.

La hija de Strawman retrocedió y azotó la fusta contra el dorso de su mano. El tiempo adquirió una leve, perversa viscosidad. Como una telaraña pegada a los párpados. Entonces la fusta volvió a caer. Pero el castigo no borraba la sensación de irrealidad. Había cenado con él ayer tan solo: juraría que su copón de jerez se volatilizaba lentamente en la sala del comedor.

—¿Muerto? —ella replicó sin acabar de comprender.

XXIV

Se detiene junto a la morada de Carrigan, a quien Molly ha sobrevivido casi a pesar de ella misma. Un flanco de la casa languidece en ruinas, los cascotes del muro reintegrados a la tierra verde, formando una pequeña elevación que luego culmina en el techo, igualmente tapizado de trébol y musgo. Da la impresión de que la pareja hubiese vivido en una madriguera bajo la colina, como una familia de conejos.

No hay puertas ni ventanas a las cuales llamar, sino una escotilla excavada virtualmente solo para el tamaño de Molly Ann, y por la cual cuesta imaginar que pasara el propio Carrigan, aquel cura enorme y sentencioso, la melena canosa crecida hasta más abajo de los hombros. No ha sido difícil llegar allí, pues Lobo recordaba el sendero, y él ha sorteado sabiamente el laberinto de bosques y huellas anegadas. Llave.

No ha parado de hacerlo desde hace meses, y Feargus mismo cree haber olvidado cómo lucía un día con sol. La ropa huele a humo de carbón o a podrido, y toda

actividad, incluso el trabajo más humilde, barrer el piso de la taberna, cargar la carreta del cervecero, se ve reducida a un perpetuo chapoteo. Una existencia monótona y anfibia.

Feargus Lynch decide desensillar. Lleva encima un chubasquero como esos de la Marina, además de aquel inverosímil sombrero de ala ancha, testimonio del paso del difunto Keating por Texas y la frontera mexicana. El alegre suicida se complacería de verlo ir así. El sombrero encasquetado virilmente hasta las cejas.

Tensa el estribo derecho y después planta una bota en el lodo. La capa de cieno es lo bastante profunda como para tragarse el pie hasta el tobillo. Vadea el extenso charco hasta la mezquina abertura en la fachada. Acarrea sobre los brazos una caja. Cinco tablas mal claveteadas entre sí.

Siendo Molly sorda de nacimiento, Feargus ha creído superfluo anunciarse. Mete la cabeza dentro, encorvándose. Flexiona la rodilla izquierda tentativamente. Silba para hacerse notar, pero recuerda que es inútil. Enumera los pertrechos que trae para Molly. Bujías, azúcar, harina. Tacos de tiza para escuela. Tres libras de carbón y una yarda de tela ordinaria. No debe olvidar la carta, por supuesto.

Molly Ann permanece de espaldas, el pelo comprimido en dos bollos laterales, brillantes como ciruelas. Ella se sienta a una mesita, acodada laboriosamente junto a un libro. Un muñón de vela arde junto a la sacrilega viuda de Carrigan.

Casi una niña, piensa Feargus. Como si el hambre hubiese realizado el irónico prodigio de conservarla en una infancia nubil. Mujer y niña. Un pajarillo embalsamado. Dieciocho, diecinueve, no más edad que esa. El intruso deja la caja en el piso de tierra. La vibración alerta a Molly instantáneamente. Ella se voltea con la expresión azorada, rígida, demudada. Se apresura en tomar su cofia y ponérsela a tientes.

Nerviosa, el aire de haber sido pillada en falta. Mete el cabello dentro de la visera de cono truncado. Se sacude el regazo del vestido. Botines dos tallas mayor, heredados de alguna muerta anónima, o proporcionados por el azar de la caridad pública, la aíslan de un suelo que rezuma una humedad mohosa.

Una resaca de rubor la vuelve a animar. Un cuadro de pizarra pende desde su cuello por un cordoncillo. Escribe sobre la plancha con una cilindro de tiza. El resultado es una frase larga y ondulada. La misma caligrafía del viejo Carrigan.

Feargus lee el trazo escrito:

—«Es bueno tenerlo acá, Feargus Lynch».

El rostro de Molly Ann se ilumina poco a poco. El visitante se inclina adelante y alcanza a su anfitriona el paquete de bujías y una libra de azúcar. Molly aspira el olor de las velas de estearina, envueltas en un pliego de periódicos, demorando su tacto sobre el pequeño fardo. Fija sus ojos sobre los labios de Feargus, procurando no perder la arruga elocuente de sus comisuras.

—He traído algunas cosas —dice Feargus.

Molly asiente con un cabeceo. Borronea sobre la pizarra portátil:

—«Haré té. Por favor quédese».

Feargus asiente y se desabrocha el chubasquero. El abrigo escurre copiosamente, doblado ahora sobre el respaldo de una silla. Se desembaraza del sombrero y lo estruja entre las manos. Contempla el interior doméstico sin detenerse en ningún objeto, realmente nada en particular... Ni las ropas de culto de Carrigan ovilladas dentro de un bostezante arcón. Ni la Biblia latina llena de cintas rojas saliendo de entre las páginas escaroladas. Ni el juego de té con sus dos pocillos sin oreja.

Los muros todavía lucen blancos. Y el suelo de tierra tiene un resplandor mate y homogéneo, como si el difunto Carrigan hubiese esparcido brea caliente encima. Por un impulso espontáneo, Feargus lleva el saco de carbón hasta una salamandra de hierro. Alimenta la estufa, hincándose y soplando con la cara terciada, sus patillas a punto de chamuscarse. Entretanto, Molly pone a hervir agua, y después prende una vela nueva, colocándola en el otro extremo de la mesita. La nervadura de su cuello queda suspendida en un danzante claroscuro.

Feargus se endereza y limpia sus dedos contra los flancos de su chaqueta. Arrastra una silla y se sienta a horcajadas. El agua borbotea en el pote de latón. Molly se apresura a filtrar el té, y entonces regresa con Feargus. El diálogo progresa en un silencio unilateral, con Molly siguiendo las mínimas inflexiones de su interlocutor, cada vocal una apertura distinta de la boca. Lee su propio nombre. Labios juntos, paladar ahuecado, lengua en los alvéolos. «M-o-l...».

—Molly, querida Molly —dice Feargus por fin.

Cada palabra traza una expectativa. Prepara el resorte de una trampa de sentido. Es un rastro fosforescente. Un hilo de luz que anticipa la salida de un túnel largo y opresivo. Una premonición.

—Sucede que también hay una carta.

Molly comprende. Su mirada se empaña y vibra. Ladea una mejilla. Un mechón de pelo brota desde el interior de su cofia. La pantalla del bonete echa una sombra delgada y azul sobre el resto de su vestido.

XXV

«Señorita Molly Ann

Usted no me conoce, naturalmente, aunque ambos tenemos una relación común en la persona de Jonas Wilde, a quien prometí despachar esta misiva cumpliéndose ciertas circunstancias cuyo detalle abordaré posteriormente. En cuanto al destino actual del señor Wilde, créame que no puedo decir demasiado, en especial porque él mismo ha optado por no manifestarse, si bien confío en que nuestro amigo se encuentra a salvo en alguna parte del país.

No transgredo el menor voto de secreto al participar a usted de las actividades del

señor Wilde en el Río de la Plata. De hecho, considero oportuno referirme a las tareas semificiales que se le comisionaron, para así ilustrar y permitir a usted una adecuada comprensión de las intenciones de esta carta. Como ya se habrá percatado, he adjuntado a este correo un cupón bancario por el monto de £ 1.000, título que por una triste ironía usted podrá canjear en la Casa Baring de Liverpool. Daré noticias de los dos anexos adicionales en otro párrafo.

La última comunicación que recibí del señor Wilde, nuestra *Liaison* de inteligencia entre las tribus de las pampas y la Patagonia, me alcanzó en medio de los preparativos de un éxodo forzoso, derrocado a la sazón el régimen al cual servía, y hallándose todo Buenos Ayres, mi ciudad de adopción, en un caos escabroso. Fue una simple nota, lo recuerdo bien. Un mensaje en absoluto personal, consistente en un par de instrucciones más bien técnicas.

A esas alturas casi me había olvidado del señor Wilde, cuestión que admito no sin reproche. Su asignación *in partibus infidelium* se había prolongado más allá del tiempo deseable. En consecuencia, nuestros contactos terminarían disipándose al punto de hacerse nulos. No obstante, él fue en gran medida responsable de estas crecientes y penosas omisiones. Estoy seguro de la honorabilidad del señor Wilde, y del respeto que debió observar en esta labor de vigilancia, digamos, diplomática, pero la exposición de un espíritu sugestionable a formas sociales primitivas puede desencadenar reacciones turbulentas, o bien sencillamente apáticas.

Acogí con optimismo su reaparición, si bien limitada a una humilde esquila sin remitente. Con el correo venía una de esas novedosas impresiones por coloide, ambrotipias que le llaman. El ejemplar consiste en el retrato de uno de nuestros caciques, un cierto Piedra Azul. La efigie habla por sí misma. Imploro la atesore, pues no existe otra semejante, y considero que se trata de un *chef-d'oeuvre* excepcional. He puesto el cartón emulsionado en una plica aparte.

Hay una tercera plica. Ábrala con el mayor cuidado. Tiene usted en su poder un título de enfiteusis o usufructo, emitido por el Gobierno de la República a su entero favor, sobre una finca de 500 acres en las afueras de Buenos Ayres. El certificado es legítimo, y creo que intransferible. Evidentemente, esto supone su inmigración al Río de la Plata. Le aconsejo a usted hacerse con un pasaje de segunda en Liverpool, y también comprar un diccionario. Viaje ligero.

Pues bien, apelo a su indulgencia por reservar mi identidad. Ahora mismo me veo reducido a una condición ambulante y precaria, viviendo casi de prestado, y temiendo el dardo vindicativo de los nuevos amos y de los antiguos amigos. Espero que mi inglés oxidado no estorbe a la inteligencia de toda esta curiosísima situación. Por lo demás, ruego a usted excuse los manchones de tinta que ha provocado mi sudor.

El trópico, estimada señorita, no es para los viejos. Para colmo, cuesta mucho encontrar una hamaca que se adapte a nuestro peso, una vez que uno ya ha dormido sobre una por años. Manías de carcamal, simplemente. Prometo invitar a usted a mi ínsula del Fin del Mundo tan pronto alguno de mis torpes espías dé con ella.

Siempre suyo de usted.
Un incógnito».

XXVI

Molly observa la foto de colodión tomada al jefe indígena. El retratado ofrece la expresión dispéptica de un icono bizantino, una cierta gravedad senil curiosamente burlada por el mohín de los labios, nada sino un demostrativo puchero. Los ojos parecen inteligentes o crueles, y miran hacia Molly con un brillo ansioso. La figura reivindica una extraña semejanza con alguien que ella conoce.

Alguien cuya familiaridad impide, pese a todo, una asociación inmediata. Un ramalazo de inspiración sacude entonces a la joven sordomuda. Molly hace notar la foto con un ademán, y después imita los anadeos de la usurera madam O'Rhea, la urraca del pueblo. El tabernero se la queda mirando, hasta que finalmente acaba por comprender. La chica extiende la fotografía a Feargus. La implicación parece obvia.

Feargus se sume en un rápido escrutinio.

—¿Crees que el jefe indio se parece a madam O'Rhea?

Molly parpadea nerviosa. Da la razón a Feargus con un chillido.

—Ahora que lo mencionas... Bien, es cierto. Sobre todo en los ojos.

Feargus se levanta y sacude sus mangas y solapas. Devuelve la ambrotipia a Molly, quien la guarda a su vez junto al álbum de Jonas Wilde, una galería de fisonomías borrosas, tomas del natural de niños famélicos, familias enteras reducidas a un osario ambulante. Entre ellas, la imagen de Teresa Keating en el día de su muerte. El álbum ocupa una caja sobre una balda. Vegeta en su escondite junto al *Diario* de Carrigan, un cuaderno manchado de manteca y pringues de malta.

Molly regresa junto a Feargus.

—Quisiera estirar un poco las piernas, si eso no te molesta, Molly.

Feargus sale al huerto de Molly Ann y contempla los incipientes cultivos, brotes de calabaza, de legumbres, rojas pencas de ruibarbo. Recuerda, sin mencionárselo a su anfitriona, el color rosado de la nieve sobre el brécol hace un invierno exacto. Las verduras escurren, el mantillo bosteza a través de las grietas anegadas. Una abandonada tapia de ladrillo, que no cierra ningún espacio, limita el huerto del lado del viento.

Se acuclilla y huele una hoja de rábano. Flores azules de papa levantan cabeza alineadas en hileras paralelas. Entre la tapia y las últimas flores sigue plantada la cruz de Carrigan, el travesaño ligeramente alabeado, como si apuntara en dirección del mar. Hay una segunda tumba. Otra cruz. Pertenece a Keating, el suicida. Feargus busca infructuosamente la silueta del faro: debe estar en alguna parte detrás de la tapia.

Molly toca el hombro de Feargus por detrás.

—¿Sí, Molly?

Molly se santigua, se pasa las manos sobre el mandil. Hace como si se llevara una cuchara a la boca. Parece invitar a Feargus a cenar. La chica huele a savia de ruibarbo, a humo, a lejía. Se arrodilla junto a él y entierra los dedos bajo el tallo de rábano. Escarba un poco y extrae la hortaliza, la forma de un huevo, la piel acarminada y lustrosa. Molly limpia el rábano con un pañuelo y se lo ofrece a Feargus, mientras ella se queda con otro.

Da una mordida.

—Cenaré contigo entonces —Feargus dice.

Molly señala hacia la cruz del suicida. Pone cara de pregunta. Dobla una ceja y arrisca la nariz con una ternura cómica. Se sienta sobre sus talones. Una ráfaga anima su flequillo de pelo castaño. Dibuja en el aire, poniendo ambas manos en pinza, los memorables mostachos de Keating.

—¡Pobre Keat! Hace bien durmiendo junto a Carrigan, y no en el osario de la iglesia. Después de todo no lo hubieran aceptado allí. Gente respetable, ya sabes.

El viento aúlla repentinamente en los pinares arenosos. Las flores de papa se doblan y agachan sometidas a un lastre invisible. Una ráfaga termina arrancando la cofia de Molly, aunque ella logre atajarla apenas por una puntilla. El viento la despeina. La cofia se infla y aletea todavía en su poder.

Molly se ruboriza. Se levanta y regresa dentro.

—¡Molly! —Feargus la llama con un grito, percatándose del absurdo.

Ella reaparece al cabo de poco. Trae consigo la cometa de Carrigan, exhibiéndola ante su huésped. Se moja el índice y lo eleva con la intención de precisar la dirección del viento. Gesticula entusiasta. Ofrece la cometa a Feargus.

—¿Quieres que la encumbre?

Un trapezoide de raso verde, impregnado con una sustancia aceitosa, probablemente trementina. Molly asiente con una sonrisa. Feargus se reincorpora, toma la cometa, la examina, prueba el ingrátido bastidor, alisa la superficie con su palma derecha... Molly sostiene el carrito de hilo.

—No la pierdas de vista, ¿eh?

El carrito gira sobre su eje, se devana rápidamente. El viento enarbola la cometa y la suspende en lo alto. El hilo huye de las manos de Feargus. Yardas y yardas corren entre los pliegues de sus nudillos, hiriéndolos. La cometa describe una parábola y después da un respingo. Molly estudia el vuelo de la pájara de raso. La mirada jubilosa, extática.

Feargus gira su cabeza hacia la viuda de Carrigan.

—Cuidaré del huerto cuando te vayas, Molly.

Un silencio inmenso y resonante, en cuyo seno arde un silbido sin cuerpo. Los ruidos, las palabras del mundo, caen en el pozo y se asfixian entre sí. La sordera es ese pozo, ese silencio. Una burbuja plácida, invulnerable.

Molly ríe sin poder oírse.

XXVII

Deja que lo encuentren al cabo de un tiempo. Mata las horas en una cantina de las afueras, bancas y tableros cochambrosos, pegoteados de licor seco. Los parroquianos del lugar se demoran ante una baraja española, sobándola y mezclándola una y otra vez. Un quinqué echa un mórbido cono de luz sobre el piso de tierra.

Todo ha sido una larga, tácita tregua, cuyo desenlace se le antoja pese a todo agradable: larga, piensa Wilde, al extremo de haberle hecho olvidar quién se beneficiaba de ella. Entretanto ha oscurecido. Se acoda en la mesa que le ha tocado en suerte. Alguien talla el mazo de naipes y reparte cartas tapadas. Un mosquito golpetea contra la tulipa del quinqué de petróleo.

Se oye el paso de un jinete. El trajín de los aparejos de montar. El roce de un estribo contra los ijares. El trasteo de las herraduras. El patrón de la cantina sale a ver, y regresa con un mensaje para Wilde.

Larga, tácita tregua.

—Un indio pregunta por usted —el patrón confiesa con un bisbiseo.

Wilde se despereza e inicia una perpleja migración hacia la puerta a medio entornar, el solitario batiente recortado contra el vano irregular, desencajado como la mueca de un muerto. Arrastra las botas hasta el umbral y luego entra en una medianoche fresca, saturada de oxígeno. Ya en el exterior, tira un faldón del poncho por sobre su hombro y ofrece un apretón de manos al viejo conocido. Sin bajar del caballo, el indígena prescinde del gesto y vuelve un rostro neutro, ecuánime.

—¿Cuántos años?

—No muchos.

—¿Sabías donde estaba?

—No has mudado las botas.

—¿Viajas solo ahora?

—Es mejor así. Robo ganado solo para comer.

—Llovió escoria por tres días después del incendio en la pradera.

—Lo sé. Llueve igual para todos.

—Averíaste las carretas de sal en el cruce del río, ¿verdad?

—No preguntes lo que sabes, gringo.

—Y las flechas.

—Sí, las flechas.

—Y el fuego.

—Sí, gringo.

—Y la lanza —Wilde añade palpándose una herida que ya no existe—. ¿Por qué

la lanza?

—Tenías el otro corazón. El poder malo estaba dentro de ti. Era una larva. Un animal dentro de un animal. Tú condujiste al cacique hasta los caballos. Tú eras entonces la sombra del cacique. Hablabas con un aliento prestado.

—¿Debía morir entonces?

—No tú, gringo. El mal.

—¿Mataste el mal aquella vez?

—Tú lo sabes mejor que yo. Tú debes decírmelo. El mal es un hambre que cría hambre. Nada lo llena. Es el viento en una red. Pero el bien es como un puño. Algo que se cierra sobre sí mismo. ¿Eres ese puño, gringo?

Un parroquiano sale en ese instante a orinar, azotando el batiente tras de sí. Arquea las piernas y desenfunda un miembro rugoso y lábil. Evacúa contra el muro de adobe, espaciosamente. La intervención degenera en una letanía de suspiros. Aliviada la vejiga, el sujeto vuelve a entrar y retoma el juego de naipes allí donde lo había dejado.

El mal. El corazón.

Que se cierra sobre sí mismo.

—Está bien —Wilde acepta por fin—. Ya puedes irte, muchacho.

—Solo quería saber eso. Adiós, Jonas Wilde.

—Una última pregunta —Wilde ruega fríamente—. ¿El cacique jamás necesitó un traductor, no es así? Siempre comprendió lo que yo decía. Confiaba en sorprender a alguno de nosotros en una trampa. Nos ponía a prueba. Creía que todos podrían confabularse en su contra. ¿Estoy en lo correcto?

El indio tuerce las riendas en silencio, bastándole una sola mano, y vuelve grupas de camino al desierto. Con la otra mano tañe su arpa de boca, la pequeña ballesta metálica zumbando dentro del paladar, un tono bajo y después otro alto. Wilde palmotea el anca del caballo como diciendo adiós: es inútil volver a preguntar. El jinete se aleja con un trote perezoso, mortecino.

La noche se cierra como un puño.

Nota del autor

Los retratos de Pedro de Angelis (1784-1859), Juan Manuel de Rosas (1793-1877), Felipe de Arana y Andonaegui (1786-1865) y el cacique Calfucura (...-1873) son tomados del natural, y corresponden a caracteres plenamente históricos, el tercero de ellos un tributo un tanto irónico a la parentela argentina. Eventos que contribuyen a la atmósfera de esta novela, como la «hambruna irlandesa» o las vicisitudes políticas y bélicas de la Argentina del 1850, son igualmente auténticos, y se inspiran en fuentes contemporáneas a los hechos. Apelo a la indulgencia del cartógrafo por las pequeñas licencias que he tomado al describir vadeos fluviales y otros accidentes del terreno.

La peripecia del protagonista se basa en parte en las experiencias de Auguste Guinnard (*Trois ans d'esclavage chez les Patagons*, 1864), joven francés cautivo de una *razzia* indígena —y quien posteriormente ofició como amanuense de Calfucura—, así como en el testimonio de Santiago de Avendaño, plagiado por los indígenas ranqueles en 1842, y cuyas *Memorias* registran la vida fronteriza en un período especialmente turbulento. La psicología del cacique deriva —mediando un falible ejercicio de introspección, *peccavi!*— del *corpus* de correspondencia entre Calfucura y algunos funcionarios de frontera, según consta en el archivo de las Misiones Salesianas de la Patagonia, Argentina.

Las referencias a escenarios utópicos como la Ciudad de los Césares y la isla de Pepys fueron obsesiones del propio De Angelis: él documentó su (in)existencia en una masiva colección de publicaciones eruditas, obra auspiciada por Rosas. La boleadora con contrapesos o lastres de oro no es menos real. Su último poseedor conocido fue el cacique tehuelche Papón, quien confesó haber hallado la exótica pieza en la Sierra Baguales. La anécdota ha sido glosada en otra parte por el historiador Mateo Martinic.

Las manadas de caballos salvajes están lejos de ser una fantasía. Los naturalistas jesuitas del siglo XVIII consagraron formidables páginas a los cimarrones que galopaban a través de las pampas y la Patagonia, lamentablemente aniquilados en el siglo siguiente. Así, por ejemplo, Thomas Falkner (*A description of Patagonia and its adjoining parts*, 1774) y José Sánchez Labrador (*Paraguay natural*, 1771). El título *Tratado sobre los caballos* es, por supuesto, una traducción algo pedagógica del *Hiparco* de Jenofonte.

Los incidentes de la contratación de la deuda externa argentina reciben un tratamiento parcial, aunque vívido, por parte del espía decimonónico Ferdinand White, agente del Banco Baring en Argentina, cuyo *Diario* he consultado no sin sorpresa. El historiador Norberto Galasso ofrece un estudio actual, y por demás

recomendable, sobre el mismo tema. Otra lectura aconsejable es el libro de Peter Austin, *Baring Brothers and the Birth of Modern Finance*. El cuadro de la Irlanda rural toma prestadas unas cuantas notas del *Journal* que Alexis de Tocqueville redactó durante su paso por la isla (1836). La relación entre la hambruna de 1847 y el aparato financiero y político de Londres, así como los efectos de ambos sobre la emigración irlandesa, son analizados en los libros de Robert Scally (*The End of Hidden Ireland: Rebellion, Famine and Emigration*, 1995); Melissa Fegan (*Literature and the Irish Famine*, 2002), y Gordon Bigelow (*Fiction, Famine, and the Rise of Economics in Victorian Britain and Ireland*, 2003).

Por último, este libro es culpable de omitir la *justicia poética* que rodeó la muerte de algunos de sus actores. El dictador Rosas, muerto pobre y sin autoridad durante su exilio inglés; el *savant* De Angelis, muerto loco, víctima de los espejismos de la isla de Pepys; Calfucura, derrotado al fin, habiendo alcanzado un siglo de vida, solo es llorado por las plañideras que despreciaba: sus despojos serán exhumados y profanados por la tropa del ejército argentino... He aquí, pues, una Némesis con un sentido del humor realmente simétrico. Casi un exceso de literatura.



CRISTIÁN BARROS nació en Santiago en 1975. Se desempeña profesionalmente como consultor y profesor universitario. Con una carrera literaria exitosa y fecunda, Barros ha publicado cinco novelas: *Tango del viudo* (2003), obra con la que fue finalista del Premio Planeta en 2002; *La espesura* (2004); *Las musas* (2006), *Elogio del cadáver* (2013), novela con la que fue merecedor del Premio ALBA de literatura; *Jinete en la niebla* (2015), novela galardonada con Premio Libros de El Mercurio.

Sus obras han recibido elogiosos comentarios por parte de la crítica, resaltando su serio trabajo historiográfico y el amplio uso del lenguaje.